

SEDA NEW ADULT



**ROCK & LOVE
CONCERT**



**BACKSTAGE
PASS**

**SIN
ARREPENTIMIENTOS**

KYLIE SCOTT

Libros de
seda



© *Jenny Ruddle Photography*

Kylie Scott es autora de best sellers del New York Times y del USA Today, Kylie Scott fue elegida escritora romántica del año 2013-2014 por la Australian Romance Writer's Association. Sus libros han sido traducidos a más de diez idiomas. Le encantan las historias románticas, la música rock y las películas de terror. Vive en Queensland, Australia, con sus dos hijos y su marido. Lee, escribe y nunca titubea cuando cuenta algo en Internet.

¿Y si ella fuera realmente la chica de tus sueños? ¿La dejarías escapar? Jimmy, el líder de los Stage Dive, está acostumbrado a conseguir lo que quiere, cuando quiere, ya sean drogas, alcohol o chicas. No obstante, un pequeño desastre que aparece en forma de accidente le obliga a recapacitar: tendrá que replantearse la vida que lleva, ir a rehabilitación, y ahí conocerá a Lena, la nueva asistente que se encargará de evitarle problemas.

A Lena no le apetece la basura que pueda venir del roquero sexy y tiene muy claro que su relación con él será meramente profesional. Pero la química entre ambos le pide otra cosa... Sin embargo, cuando él va demasiado lejos, ella se va y es entonces cuando Jimmy se da cuenta de que, tal vez, haya perdido lo mejor que le había pasado nunca.

Sin arrepentimientos
Libro 3 de la serie Stage Dive

Título original: *Lead, Stage Dive, 3*

Copyright © Kylie Scott, 2014
© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Paseo de Gracia 118, principal
08008 Barcelona
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo
Maquetación: Rasgo Audaz
Imágenes de cubierta: © Viorel Sima/Shutterstock
Conversión en epub: Books and Chips

Primera edición digital: febrero de 2017

ISBN: 978-84-16550-72-5

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Kylie Scott

SIN ARREPENTIMIENTOS

Libros de
scda

*Doy las gracias muy especialmente a Jo
Wylde, Sali Pow y Natasha Tomic.*

*Dedicada a la Asociación de Lectores de
Novela Romántica de Australia.*

PRÓLOGO

HACE DOS MESES...

La boca del individuo seguía moviéndose, pero hacía bastante rato que yo había desconectado.

No me pagaban suficiente por hacer lo que hacía. Ni de lejos. Mi segundo día de trabajo y ya estaba dispuesta a tirarme de cabeza por la ventana. «Currar en el negocio de la música es guay», decían. «Ya verás que glamur», decían. Pero mentían.

—¿Es tan difícil de entender? ¿Es que no lo pillas? Un petisú es un pastel grande, cubierto de chocolate y relleno de crema, no esta... esta cosa redonda que me has traído. ¡Otra vez! —bramó el imbécil, con los carrillos temblorosos.

En el escritorio, su asistente personal se hundió un poco más en el sillón, seguramente por si decidía convertirla en su siguiente víctima. Lo más probable es que a ella tampoco le estuvieran pagando lo suficiente. Solo una masoquista sería capaz de aguantar esto por menos de cien pavos la hora. En mi caso, normalmente aceptaba trabajos temporales de un par de meses, más o menos. Suficiente para ganar un poco de pasta sin verme metida en ningún marrón.

Normalmente.

—¿Me estás escuchando? —me gritó.

Conforme crecía el enfado, su piel, artificialmente bronceada, iba pasando del habitual y asqueroso tono anaranjado a un rojizo claro. Si le daba un

ataque al corazón, no iba a ser yo quien le hiciera el boca a boca. Ya surgiría algún alma caritativa y valiente que se sacrificara.

—Señorita... como te llames —dijo—, ¡vuelve a la tienda y esta vez asegúrate de traerme lo que te he pedido!

—Morrisey. Me llamo Lena Morrisey —le informé, al tiempo que, con todo cuidado para no tocarle, le tendía una servilleta de papel, ya que una verdadera profesional siempre guarda las distancias. Además, él era completamente repugnante—. Tenga, para usted.

—¿Qué es esto?

—Un mensaje del encargado de la pastelería, en el que se disculpa por la carencia de petisúes grandes, sabrosos y faliformes. Al parecer, no los hornean hasta un poco más tarde —le expuse—. Dado que cuando ayer le expliqué a usted esto mismo, no me creyó o bien no me hizo caso, he pensado que quizá se convencería si la información le llegaba directamente escrita por la más alta jerarquía en el mundo de los pasteles y los donuts a la que he sido capaz de llegar.

Completamente perplejo, miró alternativamente a la servilleta y a mí.

—Su nombre es Pete —le aclaré—. Parece agradable y atento, así que puede llamarle si considera necesario verificar la información que le estoy transmitiendo. Como verá, le pedí que escribiera su número de teléfono ahí, al final. —Intenté señalar los números en cuestión, pero Adrian retiró la mano bruscamente y arrugó la servilleta formando una bolita.

Bueno, al menos lo había intentado. A mi manera.

Una sonora carcajada surgió de uno de los rincones de la oficina. Un chico de buen aspecto, con el pelo largo y rubio, me sonrió. Parece que Rubito Simpático se estaba divirtiendo. Por otra parte, casi seguro que a mí me iban a despedir de un momento a otro.

¡Alto ahí! ¿Rubito Simpático no era Mal Ericson, uno de los miembros de Stage Dive?

Manda huevos. Era él, ¡en carne y hueso!

Así que los otros tres debían de ser el resto del grupo. Intenté desviar la mirada, pero los ojos actuaron por cuenta propia. ¡Gente famosa, toma ya! Por lo menos estaba disfrutando de la oportunidad de ver a alguno muy de

cerca antes de que me dieran la patada en el trasero. Lo cierto es que no parecían muy distintos de nosotros, los seres humanos corrientes y molientes. Un pelín más guapos, quizá... Incluso habiendo renunciado a los hombres, no podía negar ese factor añadido. Otros dos chicos, de pelo oscuro y tez pálida, examinaban juntos unos documentos. Debían de ser David y Jimmy Ferris, los hermanos. Ben Nicholson, el bajista y, mira tú por dónde, el más alto de todos, se sentaba bien estirado, con las manos detrás de la cabeza y por lo visto dormido como un tronco. ¡Bien por él! Magnífica forma de sobrevivir a una reunión.

—Así que Lena Morrisey, ¿eh? —dijo Mal señalándome con el dedo.

—Sí.

—Me gustas. Eres divertida.

—Gracias —dije secamente.

—Mal, colega —intervino Adrian—. Deja que me libre de esta... jovencita. Y así podremos terminar de una vez con nuestros asuntos.

El monstruo de la corporación se volvió hacia mí con ojos pequeños y brillantes.

—Estás despedida. Largo de aquí.

Hecho. Suspiré.

—No tan deprisa. —Mal se puso de pie con una especie de contoneo. Me recordó a una serpiente reptando—. ¿Te encargabas de la basura administrativa en este sitio?

—La hacía hasta hace quince segundos, sí.

—No parece que te afecte mucho mi presencia, Lena —dijo dedicándome una sonrisa—. ¿De verdad que no te impresiono?

—Claro que sí. Pero se me ha ido la pinza, ya ve, porque me acaban de despedir, así que puede que no esté en condiciones de apreciar la magnitud del momento. —Le miré a los ojos directamente, con las manos en las caderas. Era guapo, y estoy segura de que esa sonrisa derretía a montones de chicas. Pero conmigo no iba a funcionar—. Una vez que me haya repuesto del bajón, pensaré en la suerte que he tenido.

—¿Tengo tu palabra? —dijo apoyándose en el quicio de la puerta.

—Totalmente.

—Confío en ti.

—Se lo agradezco, señor Ericson. No le defraudaré.

—Eres una listilla. Me gustas —confirmó, y me dedicó una amplísima sonrisa.

—Gracias.

—De nada. —Ladeó la cabeza y se tocó los labios con el dedo índice—. ¿Tienes pareja, Lena?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Oh, no es nada. Simple curiosidad. Aunque a juzgar por la cara de cabreo, detecto que la respuesta es «no». Y me avergüenzo de mi género por haber dejado libre a una chica tan estupenda como tú.

Una buena cantidad de «hermanos de género masculino» no me habían dejado libre, para nada. Todo lo contrario, me habían jodido bien, y de ahí la cara de cabreo. Pero ni loca se me ocurriría contarle eso.

—¿Mal, estás ahí? —preguntó Adrian muy molesto, al tiempo que se tocaba la gruesa cadena de oro que le colgaba del cuello como si fuera un collar.

—Un segundo, Adrian. —Mal me miró de arriba abajo despacio, recreándose sobre todo en la curva de mis pechos.

Las tetas grandes, mi escasa estatura y unas caderas semejantes a las de una embarazada eran parte consustancial de la herencia genética familiar. Mi madre, a ese respecto, era exactamente igual que yo, así que no merecía la pena luchar contra la naturaleza. Sin embargo, la falta de suerte en el amor parecía algo exclusivamente mío. Seguramente eso no era genético, sino ambiental. Mamá y papá llevaban casados treinta años, y mi hermana estaba a punto de pasar por el altar, aunque yo ni siquiera pensaba ir a la ceremonia. Una larga historia. O más bien una historia de mierda, lo dejo a vuestra elección.

Fuera como fuese, estaba muy bien así, volando con mis propias alas.

—De verdad, creo que eres lo que necesitamos, Lena —dijo el batería, sacándome bruscamente de mi ensimismamiento.

—¿Y eso? —dije abriendo mucho los ojos de pura perplejidad.

—Sí, ya lo creo. Mírate, eres mona y dan ganas de abrazarte como a un

peluche. Pero lo que me gusta de verdad es esa mirada de «anda y que te den» que me estás echando a través de tus gafas supermodernas.

—Así que eso es lo que más le gusta, ¿no? —Mi sonrisa fue todo dientes.

—Sí, claro. Eres estupenda. Pero no para mí.

—¿No?

—Por desgracia no —dijo negando con la cabeza.

—¡Maldita sea!

—Ya lo sé. Lástima que te lo pierdas —dijo mientras suspiraba y se colocaba el pelo por detrás de las orejas. Después miró a los demás por encima del hombro—. Caballeros, volviendo al problema del que hablábamos antes: creo que tenemos la solución justo delante.

David Ferris nos miró a Mal y a mí, y después frunció llamativamente el ceño.

—¿Hablas en serio?

—Al ciento diez por ciento.

—Ya la habéis escuchado, es administrativa. —El mayor de los hermanos Ferris ni siquiera levantó la vista de los papeles que estaba revisando. Tenía una voz suave y profunda, y no obstante completamente apática—. No tiene ninguna cualificación.

—¡Ya, claro! Y todas esas otras chicas con hermosos títulos que hemos encontrado hasta ahora han hecho un trabajo de mierda —gruñó Mal—. ¿A cuántas has despedido? Es el momento de enfocar el problema desde otra perspectiva, chaval. Abre tu mente a esta maravilla, de nombre Lena Morrisey.

—Pero ¿de qué narices va esto? —pregunté, completamente desconcertada.

—Chicos, chicos... —El imbécil de Adrian empezó a mover las manos, presa del pánico—. No podéis estar hablando en serio. Vamos a relajarnos y a reflexionar un poco.

—Adrian, danos un minuto, ¿de acuerdo? —dijo David, y siguió hablando en voz más baja con Mal como si Adrian no existiera. Me cayó bien—. Escucha... No es nada fácil vivir con él. ¿Crees que podrá manejarlo?

Jimmy resopló sobre los papeles.

—Sí, creo que sí —dijo Mal, dando saltitos como si estuviera muy entusiasmado. Levantó los puños como si fuera a boxear—. Muéstrame lo que puedes hacer, Lena. Túmbame de un puñetazo. Vamos, campeona. Puedes hacerlo. ¡Ponme contra las cuerdas!

¡Vaya pirado! Aparté de mi cara el puño con el que me desafiaba.

—Señor Ericson, tiene usted cinco segundos para decir algo que yo sea capaz de entender; y si no lo hace, me largo de aquí.

David Ferris me dirigió una tenue sonrisa. ¿De aprobación, quizá? Ni lo sabía ni me importaba. Aquella función de circo ya estaba durando demasiado. Tenía que preparar las excusas que iba a dar en la empresa de trabajo temporal. Dado que no era la primera vez que me las tenía tiesas con un jefe estúpido, mis esperanzas respecto a conseguir una nueva oportunidad eran muy, pero que muy escasas. Ya me habían pedido una o dos veces que moderara mis reacciones. Pero la verdad es que la vida es muy corta como para comerse un marrón tras otro, y encima voluntariamente. Si dejas que la gente te pisotee sin protestar ni rebelarte, tendrás lo que mereces. Esto lo había aprendido por la vía más difícil.

—Muy bien, de acuerdo... —dijo Mal suspirando y bajando los brazos, como si estuviera decepcionado—. No hace falta que pelees conmigo. Tampoco me importa tanto.

David miró significativamente a Mal y después le dio un codazo amistoso a su hermano.

—Puede que merezca la pena considerarlo.

—¿No vale una mierda para Adrian y así, de repente, es la que necesitamos? —se quejó Jimmy—. Vamos, no me rayes.

—Creo que Mal tiene razón. Esta es distinta.

Adrian soltó una especie de gemido de desesperación. Por mezquina que me hiciera sentir mi reacción, el caso es que me encantó escucharlo. Quizá el día no terminara por ser tan negro como apuntaba al principio.

—Dime, Lena —dijo Mal con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Qué te parece Portland?

—Llueve constantemente, ¿no? —pregunté. Para ser sincera, la idea de irme tan al noroeste, a orillas del Pacífico, no me atraía demasiado.

—Lo sé, mi adorable Lena, lo sé —gruñó Mal—. Créeme, he intentado por todos los medios arrastrarlos de vuelta a Los Ángeles, pero no hay quien los mueva de allí. Portland es el sitio por el que, a día de hoy, pululan los hermanos Ferris. Hasta el bueno de Benny se ha establecido allí.

Ben abrió un ojo y nos dirigió una cansina mirada a ambos. Inmediatamente lo cerró y siguió durmiendo.

—Venga, Jimbo —dijo Mal, empezando otra vez con sus saltitos—. Ayúdame a convencerla de que Portland no es un sitio tan asqueroso.

Finalmente, después de un rato un tanto largo, Jimmy suspiró, levantó la vista y me miró.

El individuo obtuvo de mí de manera inmediata lo que Mal no había logrado. Todo se volvió más lento, si exceptuamos mi pulso, que latía con potencia detrás de mis orejas. Era guapo, tanto como las estrellas del *rock*. Solo podía mirarlo con anhelo, pues sabía que estaba absolutamente fuera de mi alcance. No obstante, los momentos como ese han de convertirse en especiales. Saber que el destino está jugando sus bazas justo debajo de tus pies debería hacerte sentir bien, poderosa. Pero en lugar de verlo todo con iluminación relajante y escuchar una música espectacular, lo que obtuve fue una fría y tosca mirada azul, procedente de un hombre cortante como una navaja de afeitar, al que la ropa le sentaba como un guante. El pelo oscuro le caía sobre la cara y el cuello, enmarcando las mejillas de un ángel, pero también la mandíbula de un niño terco. Cada milímetro del resto de su cuerpo parecía el de un hombre hecho y derecho; no tenía nada de infantil. No obstante, el modo en que elevaba la mandíbula... En fin, era el que era.

Sin duda, guapo como él solo, pero seguro que nada agradable. Había conocido el suficiente número de hombres desagradables en mi vida como para saberlo. Eso sí, podéis estar seguros de que era atractivo. Y mucho.

Así que, dadas las circunstancias, fruncí el ceño a mi manera.

Su mala cara se acentuó.

La mía también.

—¡Vaya, vosotros dos os estáis comportando como si la casa ya estuviera en llamas! Es como si os conocierais desde hace años. Jimmy, tengo la impresión de que puede ser una magnífica asistente personal para ti —dijo

Mal—. Díselo tú, Lena.

—¿Asistente personal? —repetí, sin entender nada.

—¿Y desde cuando necesito yo una asistente personal? —inquirió Jimmy mirándome de arriba abajo, con los labios apretados y mostrando evidente desaprobación.

—Desde que te muestras incapaz de mantenerte sobrio —contestó su hermano con calma, y quizá con cierta frialdad también—. Pero tú verás. Si no quieres darle una oportunidad a ella, la compañía discográfica ya te buscará alguien. Alguien adecuado... Jimmy dio un respingo y sus anchos hombros, que llenaban el traje, se curvaron hacia dentro. Casi me sentí mal por él. Seguramente no tenía la mejor de las disposiciones, pero no le vendría mal que su hermano le mostrara un poco de apoyo moral. Amor fraterno. ¡Qué se le va a hacer, no abunda!

—Seguramente tendrán suerte y encontrarán a alguien que soportes, ¿no crees? —preguntó David—. Lo estás haciendo muy bien, pero no podemos permitirnos que se te vuelva a ir la olla.

—No se me va a ir la olla —dijo Jimmy.

—Salimos de gira pronto y tus rutinas establecidas se irán a la mierda. Es el tipo de situación en la que podrías volver a caer fácilmente en los viejos hábitos. Ya escuchaste lo que dijo ese último terapeuta.

—De acuerdo, Dave. ¡De acuerdo, Jesús, hijo de Dios vivo! —Pese a la conversación que mantenía con su hermano, la mirada de hielo de Jimmy no se apartó de mis ojos.

Yo se la devolví, imperturbable. No era mi estilo darle la espalda a los retos.

—Contratada —dijo duramente.

—¡Vaya, señor Ferris! —dije riendo—. Yo todavía no he dicho que sí a nada.

—Pero con condiciones —siguió Jimmy sin hacerme ni puñetero caso.

Mal, que estaba a mi lado, empezó a golpear el aire con los puños y a hacer ruiditos imitando a un público ferviente.

Lo dicho, de mi comentario pasó todo el mundo.

—No quiero tenerte delante de mi jeta a todas horas —me advirtió Jimmy,

examinándome de una manera todavía más distante. Sí, comprobé que era posible recibir aún más hostilidad.

—Un momento, por favor, a ver si me aclaro. ¿Así que me está ofreciendo trabajo como asistente personal? Pregunto solo para asegurarme de que lo he entendido bien.

—No, no lo has entendido bien. Te estoy ofreciendo un periodo de prueba como asistente personal. Digamos... de un mes, si es que duras tanto.

Podría aguantar un mesecito con él. Probablemente. Pero el salario tendría que merecer la pena.

—¿Cuáles son las obligaciones del puesto, y cuál es el salario?

—La obligación principal es no ser un coñazo; y la paga, el doble de lo que ganas, perdón... ganabas aquí.

—¿El doble? —dije levantando las cejas hasta el cielo.

—Pero no debes contarle a nadie lo que hago o lo que dejo de hacer, a no ser que me dé un chungo —me cortó Jimmy—. Y en tal caso, avisarías a uno de los chicos de la banda o a nuestro jefe de seguridad. ¿Lo pillas?

—¿A qué tipo de... chungo se refiere, exactamente?

—Créeme, lo reconocerás si lo ves. ¿Me puedes decir otra vez cómo te llamas?

—Lena.

—¿Tina?

—No. Lena. L-E-N-A.

Adrian hizo un ruido como si se estuviera ahogando o alguien lo estuviera estrangulando. Pero me daba igual. Lo único que importaba era el modo en que se suavizó la expresión de Jimmy Ferris. El enfado, la tensión, o lo que fuera que sentía, desapareció de su rostro, y me miró casi con amabilidad. Eso sí, no sonrió, ni siquiera se acercó a ello. Y por un momento me pregunté si ese tipo podía hacerlo alguna vez.

La curiosidad mató al gato.

—Leee-na —dijo arrastrando mi nombre por su lengua como si lo estuviera midiendo—. Muy bien. Mantente fuera de mi vista todo el tiempo que puedas y ya veremos lo que pasa.

CAPÍTULO 1

Jimmy estaba muy cabreado.

La puerta de la habitación del hotel tembló cuando algo la golpeó bastante fuerte desde el otro lado. El tono era muy elevado dentro, pero no se distinguía qué decían. Quizá debería quedarme quieta en el vestíbulo durante un rato. Me sentí muy tentada de hacerlo. Todo esto era culpa mía y solo mía, pues tenía que haberme esfumado hacía semanas. La verdad es que, pese a la pasta que estaba ganando, este trabajo y yo no encajábamos. No obstante, cada vez que iba a abrir la boca para decirle que lo dejaba, las palabras no me salían.

No me lo explicaba.

—Hola. —Eva deambulaba por allí con un vestido negro muy sencillo, entrelazando los dedos nerviosamente. Se había recogido la rubia melena en un moño de lo más elegante.

—Hola —le devolví el amable saludo.

—David está hablando con él.

—Sí.

Probablemente yo también tendría que haberme puesto un vestido más convencional. Lo último que quería era avergonzar a Jimmy un día como ese. Solo en el norte de Idaho podía hacer un frío tan acojonante en noviembre. Para alguien procedente de climas cálidos, no había leotardos lo suficientemente gruesos como para protegerse de este clima polar.

La banda y su séquito habían pasado algo más de una semana en Coeur d'Alene, y el humor de Jimmy se volvió tormentoso nada más llegar. Mucho peor de lo habitual. La madre de Mal había muerto cuatro días antes, tras perder finalmente la batalla contra el cáncer. Por lo que pude deducir, Lori había sido una especie de madre suplente para los hermanos Ferris. Su madre, la de verdad, no fue más que una especie de apósito que se despegó de ellos muy pronto. Solamente me encontré con Lori un par de veces. Las suficientes como para darme cuenta de que había sido un alma buena.

Más gritos sordos. Otro golpe.

—Me da la impresión de que no tendría que haber salido a desayunar. — El café, la tostada francesa bien empapadita y mucho más sirope de arce del que necesita cualquier mujer, todo ello se apiñaba en mi estómago, cada cual luchando por un sitio. En resumen, pesadez de estómago casi insoportable—. Pero bueno, en un momento estaremos en el gimnasio.

—Tampoco puedes estar vigilándole todo el tiempo.

—Se me paga para que lo intente —contesté, encogiéndome de hombros—. Y supongo que Dios me ayudará.

—Y si lo haces, va y te despide por estar demasiado cerca de su jeta. Eso es lo que hizo con las otras. La verdad es que es aconsejable dejarle un poco de aire. —Ev dio un respingo al escuchar otro estruendo procedente de la cámara de los horrores—. Por lo general es así.

—Mmm.

Jimmy no había despedido por las bravas a todas mis predecesoras. A algunas las empujó suavemente a renunciar. O al menos así era como él mismo lo contaba. Pero tampoco me molesté en corregir a Ev.

—Tranquila, Lena. David terminará por conseguir que se calme —me dijo Ev con tono de absoluto convencimiento.

Era muy dulce el modo en que veneraba como un héroe a su marido. Yo no era capaz de recordar la última vez que tuve tanta fe en un amante. David y Ev se casaron en Las Vegas durante una noche de borrachera. El asunto fue cabecera de todos los medios de comunicación. Al parecer, la historia fue

infernol, aunque yo aún no había sido capaz de enterarme de todos los detalles. Ev me había invitado a salir un par de veces con sus amigas, pero en ambas me excusé. Naturalmente, le agradecí el gesto, pero no me parecía bien salir con ella mientras yo trabajaba para su cuñado.

Mi obligación era encargarme de Jimmy, nada más. Así que sonreí discretamente a Ev a modo de disculpa y metí la llave en la cerradura de la habitación. Había llegado el momento de comportarse como una cabrona, lo que, según mi ex, bendito sea, se me daba fenomenal.

Despacio, con mucha calma, empujé la puerta. A poco más de un metro de mi cara un vaso de cristal se estrelló contra la pared y se hizo añicos. Me llevé un susto de muerte, y con el corazón a punto de estallar, tropecé y caí al suelo.

—¡Lena! —bramó Jimmy—. ¡Largo de aquí, joder!

Malditas sean las madres que parieron a las estrellas del *rock*.

Lo digo en serio.

Menos mal que finalmente no me había puesto falda o vestido. Unas rodillas raspadas como las de un crío de cinco años no hubieran resultado presentables en absoluto. Lo tenía decidido: en cuanto regresáramos a Portland, dejaría esta locura de trabajo y exigiría daños y perjuicios. Y en cantidad. Ya estaba harta de malos rollos.

—Jimmy, como vuelvas a romper otra cosa te meto uno de mis tacones de ocho centímetros por el recto. Te aseguro que para extraerlo necesitarás un equipo quirúrgico bien entrenado; lo digo por experiencia: no serías mi primera víctima —le amenacé con una mirada asesina que traspasó como un dardo su oscuro flequillo—. ¿Me he explicado bien?

Me miró frunciendo el ceño.

Hice una mueca de desdén. Lo de siempre, vaya.

—¿Estás bien? —David cruzó a toda prisa la suite de lujo, esquivando una mesa rota y una lámpara derribada. Me tendió la mano y me ayudó a levantarme. Los hermanos Ferris tenían buen aspecto, dinero, fama y talento; pero solo uno de los dos tenía buenos modales. Sin olvidar los míos, seguí mirando fijamente al furioso individuo que permanecía impassible al otro extremo de la habitación.

—Muy bien, gracias —dije ajustándome las gafas que, por fortuna, solo se habían ladeado.

—No creo que vaya drogado —me avisó David en voz baja—. Solo es un mal día, ¿sabes?

¡Dios! Esperaba que Jimmy no se hubiera metido nada. Por su bien y por el mío.

—Son malos tiempos para todos, Lena.

—Sí, ya lo sé.

En el otro lado de la habitación Jimmy se paseaba nerviosamente con los puños apretados. Normalmente iba hecho un pincel, como un perrito de exposición, cuidado hasta el último detalle. El pelo bien engominado hacia atrás y toda la ropa de diseño. Como ocurre cuando se miran las golosinas, ese aspecto de dios del *rock* era un placer para los sentidos. Y yo fantaseaba libremente y sacaba mi libido a pasear cuando me encontraba fuera del alcance de su vista. (Por desgracia, no me libré del deseo sexual cuando decidí tomar los votos y apartarme de los hombres. La vida habría sido mucho más fácil si lo hubiera logrado.)

Por el contrario, ese día Jimmy tenía un aspecto muy de andar por casa; demasiado, de hecho. Estaba a medio vestir y algunos mechones le caían sobre su angulosa cara. Además, una barba incipiente y descuidada le poblaba el mentón. Su habitual autocontrol brillaba por su ausencia. De hecho, tanto el estado de la habitación como el suyo propio eran impactantes. No parecía haberse salvado nada. Cuando me asomé por la puerta seguro que me consideró uno de esos payasos de feria a los que tienes que acertar con una pelota en la boca para ganar un premio. Seguí recorriendo con la mirada toda la estancia, intentando captarlo todo.

—Vaya desastre —murmuré para mí misma.

—¿Quieres que llame a Sam? —preguntó David, refiriéndose al jefe de seguridad de la banda.

—No, no hace falta. Gracias, de todas maneras.

—No creo que te haga ninguna... barbaridad, aunque está completamente fuera de sí. ¿Estás segura de que no necesitas ayuda?

—Completamente. Nos vemos abajo —concluí.

Tener confianza en las propias fuerzas lo es todo. Abrí la puerta y, mientras David salía, no dejó de mirarme con preocupación. Mi tibia sonrisa no pareció tranquilizarle demasiado.

—Creo que será mejor que me quede cerca, por si las moscas —me dijo.

—Me habéis contratado para que me ocupe de él. Vete tranquilo. Estaremos bien —afirmé mientras cerraba la puerta ante las miradas preocupadas de Ev y David.

Jimmy seguía recorriendo la habitación a grandes zancadas, pasando por completo de mí.

Respiré hondo una vez, y después otra, lentamente, concentrándome en la situación. Calma y frialdad. Recordé las muchas charlas que había recibido en mi vida: no hace falta que seas perfecta para hacer un buen trabajo, lo único que necesitas es motivación. Y pensara lo que pensase de este individuo, lograr su bienestar era mi responsabilidad, la prioridad única. Tenía que dar lo mejor de mí misma.

Pisé cristales rotos con los tacones mientras cruzaba la entrada y me acercaba a él. Rodeé el sofá vuelto del revés y sorteé la lámpara en el suelo. No quería ni imaginarme lo que iba a costarles todo este caos. Los de seguridad deberían estar ya aquí. Sin duda, otros clientes habrían escuchado el ruido del estropicio y se habrían quejado. Aunque puede que cinco mil pavos por noche sirvieran para insonorizar una suite incluso a prueba de explosiones nucleares.

Jimmy me lanzó una mirada sombría conforme me aproximaba. Parecía tener las pupilas de tamaño normal. Buena señal. Plantó el trasero en una silla, mostrando agresividad y enfado, pero también excelente coordinación. Puede que no hubiera tomado nada.

—¿Qué mierda ha pasado aquí? —pregunté, deteniéndome justo frente a él.

Aunque tenía los nudillos rosados y con algunas rozaduras, no había ni rastro de sangre. Apoyó los codos sobre las rodillas y dejó caer la cabeza al medio.

—Vete de aquí, Lena. Quiero estar solo.

—No creo que sea una buena idea.

Soltó un bufido.

—¿No te parece un tópico, eso de que un roquero famoso deje la habitación hecha pedazos? —dije, repasando los desperfectos.

—Vete a tomar por culo.

Suspiré.

Puede que echarle una bronca no fuera una buena idea, después de todo. Me re Coloqué las gafas en su sitio para reflexionar durante un instante. Había que intentar otra cosa. Jimmy solo llevaba puestos los pantalones negros del traje. Ni camisa ni zapatos. Y por muy agradable que fuera la visión de su pecho y sus hombros, no era adecuado que asistiera a un funeral con esa pinta. Y menos con aquel frío.

—Jimmy, tenemos que irnos dentro de nada. Debes terminar de arreglarte. No querrás llegar tarde, ¿verdad? Sería una falta de respeto.

No hubo respuesta.

—¿Jimmy?

—Odio ese tono —dijo, mirando al suelo.

—¿Qué tono?

—El que has usado. Me hablas como si fueras mi terapeuta. Y no lo eres, así que pasa de ese rollo.

Puesto que no encontré una respuesta adecuada, mantuve la boca cerrada.

Se le notaban perfectamente las venas del cuello, tensas como cuerdas, y un hilillo de sudor recorría la musculatura de su espalda. Pese al furor, en ese momento era la viva imagen de la derrota. Puede que muchas veces se comportara como un cretino arrogante, pero Jimmy Ferris era fuerte y orgulloso. Durante los dos meses que llevaba siendo «su canguro», le había visto pasar por todo tipo de estados de ánimo, generalmente malos. Pero nunca así de derrotado, ni herido. Y la contemplación de su dolor resultaba tan sorprendente como desagradable.

—Necesito algo —gimió con voz gutural.

—¡No!

—Lena, joder... No puedo.

—Sí que puedes.

—¡Consíguemelo! —gritó.

—No voy a hacer eso, Jimmy.

Se puso en pie casi de un brinco, con la cara desencajada por la furia. Mi instinto de supervivencia me gritaba que me diera la vuelta y saliera corriendo de allí lo más rápido posible. Papá siempre me decía que era demasiado terca, y que eso no era bueno para mí.

Incluso con los tacones puestos, Jimmy me sacaba más de una cabeza, y al parecer su pasatiempo favorito esa mañana eran hacer *jogging* y lanzamiento de objetos contra la pared o el suelo. La adrenalina que invadió mi torrente sanguíneo tenía toda la lógica del mundo, pero sabía, y estaba completamente segura, de que él no me haría daño.

Bueno, digamos que estaba más o menos convencida.

—¡Solo un jodido trago! —volvió a bramar.

—Escucha...

—No tienes ni puta idea de lo que estoy pasando. Solo necesito un jodido trago para ponerme a tono. Después volveré a dejarlo, te lo prometo.

—No.

—Haz una llamada y pídelo.

—Te has cargado el teléfono.

—Entonces mueve el trasero, baja al bar y tráemelo tú.

Negué con la cabeza.

—¡Trabajas para mí! Te pago por ello, y muy bien. Tienes que obedecerme, ¡joder! —Se puso el dedo índice en mitad del pecho para dar énfasis a su afirmación—. ¿O es que te has olvidado?

—No, no me he olvidado. Pero no te voy a traer ninguna copa. Me puedes amenazar todo lo que quieras. —Mi voz tembló un poco pero no me amedrenté—. Eso no va a suceder. Ni lo sueñes.

Otro gruñido.

—Jimmy, tienes que calmarte. Vamos.

Se le tensó la mandíbula y le temblaron las aletas de la nariz.

—No quiero implicar a nadie más en esta mierda —continuó—, pero falta un pelo para que lo haga. Así que, por favor, tranquilízate.

—¡Joder!

La guerra que libraba en su interior para lograr controlarse se asomó a su perfecta cara. Con las manos en las caderas, me miró durante mucho rato sin decir una palabra. Su respiración acelerada era lo único que se oía en la habitación.

—Por favor... Lena... por favor...

—No.

¡Mierda, no estaba sonando nada convincente! Me puse las manos en el estómago para ganar potencia

—¡No, Jimmy!

—Por favor... —volvió a rogar, con los ojos enrojecidos—. No hace falta que se entere nadie. Quedará entre nosotros. Necesito algo que me ayude a superar esto. Lori era... era muy importante para mí.

—Lo sé, y siento muchísimo que la hayas perdido. Pero darle a la priva no te va a ayudar —le dije. Intenté recordar todo lo que había leído en Internet al respecto, pero no podía pensar con claridad. No me parecía que fuese a ocurrir, pero me aterrorizaba lo que pudiera hacerse a sí mismo. No se podía permitir volver a caer. No le dejaría—. Beber puede ayudar, aunque no mucho, pero solo a corto plazo. A la larga es desastroso y pone las cosas mucho más difíciles. Ya lo sabes, Jimmy. ¡Vaya si lo sabes! Vamos... Puedes salir adelante hoy. Claro que puedes.

—Van a enterrarla —farfulló con la voz rota, dejándose caer en la silla—. Ella nos alimentó, Lena. Cuando en casa no había nada, nos sentó a Dave y a mí a su mesa y nos dio de comer. Nos trató como si fuéramos suyos.

—¡Oh, Jimmy...!

—Yo... No... no puedo con esto...

Y, al parecer, yo tampoco.

De hecho, allí estaba de pie, frente a él, con el corazón roto. Siempre me pregunté qué le habría ocurrido para que se volviera tan duro y tan arisco. Pero ni se me había pasado por la cabeza algo como esto.

—Jimmy, lo siento muchísimo —le consolé, sabiendo que esas típicas palabras no servían ni para empezar.

Lo cierto era que Jimmy necesitaba un terapeuta, o un consejero, o lo que

fuese. Cualquiera menos yo, que no tenía ni puñetera idea acerca de cómo manejar la situación.

Este hombre estaba deshaciéndose literalmente ante mis ojos, y contemplar cómo se desmoronaba era una auténtica tortura. Durante los últimos años había sido muy cuidadosa, evitando los malos rollos y sin abrirme a nadie. Y ahora, de repente, sentía su dolor como si fuera mío; me rompía por dentro, dejándome inerte. Hasta la habitación se desdibujó a mi alrededor.

¿Qué diablos hacía allí todavía? ¿Por qué no dejaba ese trabajo?

Cuando acepté el puesto las instrucciones que recibí fueron de lo más simple: pégate con cola a él y jamás, ni siquiera en peligro de muerte, de que te despidan o de lo que sus abogados pudieran inventar para hacerte la vida imposible, jamás permitas que tome una gota de alcohol o un microgramo de droga. Ni una pastillita. Nada.

Y dado que había permanecido limpio por su propia voluntad durante el último medio año, no parecía una tarea tan difícil.

Hasta ese día.

—Voy a buscar una camisa —le propuse, pestañeando como una posesa y luchando por recomponerme. Capacitada o no, yo era todo lo que él tenía en ese momento—. Voy a ayudarte a que termines de vestirte, y después nos iremos.

No dijo ni una palabra.

—Vamos a superar esto, Jimmy. Superaremos este jodido día, y las cosas irán mejor mañana. —Las palabras se me volvieron amargas en la boca. Por lo menos esperaba que no se convirtieran en mentiras.

Todavía ninguna reacción por su parte.

—¿De acuerdo? —insistí.

—¿Por qué dije que iba a hablar en el funeral? ¿En qué cojones estaba pensando? —espetó de repente, frunciendo el ceño—. Los chicos tenían que saber que esto no iba a funcionar, no tenían que haberme puesto en ese compromiso. No estoy en condiciones de decir nada, maldita sea. Pero Dave dijo que yo pronunciaría unas palabras y él leería una poesía, y que todo estaría bien. ¡Menuda estupidez!

—Jimmy, puedes hacerlo.

—¡No! No puedo. —Volvió a apretarse la cara con las manos—. Si no quiero cargarme el funeral de la mejor persona que he conocido, necesito un trago. Solo uno, y después volveré a parar. Por favor, Lena...

—Nooo —repetí por enésima vez mirándole a los ojos—. Escucha, te pidieron que lo hicieras porque, por mucho que les fastidie admitirlo, todos saben que lo harás mejor que ellos. Eres el líder, el que da la cara. No necesitas la bebida, Jimmy, basta con que seas tú mismo. Lo tuyo es brillar bajo los focos. Ese eres tú.

Me miró durante un largo momento. Tan largo que me costó cada vez más mantener su mirada.

—Puedes hacerlo, Jimmy. Yo sé que puedes. No me cabe la menor duda.

Nada. Ni siquiera pestañeó. Solo me miraba como si fuera a traspasarme. No se podía calificar de desagradable, aunque no estoy muy segura de cómo era su mirada, aparte de intensa. Me limpié el sudor de las manos en las mallas.

—Bien. Entonces, de acuerdo —dije, intentando salir de la situación—. Voy a buscar tu ropa.

De repente, unos brazos fuertes me rodearon y tiraron de mí. Salí disparada hacia delante, y solo me detuvo la presión de su cara, apretada contra mi estómago. Su abrazo era brutalmente fuerte, como si esperara que fuera a luchar por librarme de él, por rechazarlo. Pero simplemente me quedé de pie, paralizada y perpleja. Le temblaba todo el cuerpo, y sus convulsiones me llegaban hasta los mismísimos huesos. No obstante, no hacía ningún ruido. Algo mojó la parte de delante de mi camisa, que quedó húmeda.

Puede que fuera sudor. Pero tenía la penosa impresión de que no lo era.

—¡Oye! —Me sobresalté.

En los últimos dos meses nada me había dado la más mínima pista de que podía suceder algo como esto. Se suponía que Jimmy no me necesitaba para nada. Es más, pensaba que le molestaba. Chocábamos constantemente. Él procuraba mantenerme al margen y se metía conmigo, y yo hacía chistes más o menos buenos. La forma de relacionarnos quedó clara desde el principio.

Por eso el hombre que ahora estaba pegado a mí me resultaba un extraño.

Apoyé las manos sobre sus hombros desnudos, presa del pánico. Bajo ningún concepto se me permitía tocarle. Ni un poquito. El contrato de trabajo, que establecía las condiciones a lo largo de ¡ciento doce páginas!, era absolutamente claro al respecto. Antes de esto, lo normal era que él se hubiese apartado para evitar cualquier tipo de contacto, pero ahora me apretaba fuertemente con los brazos, y sus dedos escarbaban mi cuerpo. Estaba casi segura de que oía crujir mis costillas. Demonios, el tipo estaba realmente fuerte.

Por fin logré salir del aturdimiento, porque si no, me hubiera aplastado hasta morir.

—Jimmy, no puedo respirar —jadeé.

El abrazo se aligeró un poquito, y pude incorporarme a duras penas, con los pulmones trabajando a destajo. Pero seguía abrazándome. Estaba claro que no podía irme a ninguna parte.

—Oye, igual debería avisar a Sam —propuse tras un golpe de genialidad, una vez recuperado el aliento. Sam, su jefe de seguridad, tenía toda la pinta de un gorila con traje de mafioso. Pero seguro que daba unos abrazos tremendos.

—No.

¡Joder!

—O a David. ¿Quieres que venga tu hermano?

Noté como movía la cara contra mi cuello de izquierda a derecha. «Otra vez no», adiviné sus pensamientos. Bien, seguía lúcida.

—No debes hablarle de esto, por favor.

El silencio regresó a mis oídos.

—Solo necesito un minuto más —añadió.

Envuelta en su abrazo, permanecí rígida e inútil. Un maniquí habría hecho la misma labor que yo. Mierda, tenía que hacer algo, y pronto.

Despacio, infinitamente despacio, mis manos fueron descendiendo. El acuciante deseo de reconfortarle superó cualquier miedo a un conflicto legal. Sentía calor en las palmas de las manos. Él parecía febril, y el sudor inundaba los duros contornos de su torso, así como la columna que tenía por cuello. Pasé suavemente mis manos por todas esas zonas, acariciándole lo más

delicadamente que pude.

Era inquietantemente agradable sentir que me necesitaba de esa forma, estar tan cerca de él, y no solo físicamente.

—Tranquilo, no pasa nada. —Me atreví a acariciar su pelo con los dedos. Era muy suave.

No me sorprendía que no me hubieran dejado tocarle; ahora que lo hacía, parecía que no podía parar. Tendría que estar avergonzada de mí misma, aquí, aprovechándome de él cuando el pobre estaba por los suelos. Pero... fue Jimmy quien empezó el contacto. Me abrazó buscando consuelo y, al parecer, yo tenía mucho que ofrecerle. Tanto, que me daba miedo.

—¿Y qué voy a decir? —murmuró, con la voz amortiguada por mi cuerpo—. ¿Cómo cojones voy a dar un discurso?

—Di lo que ella significaba para ti. Lo entenderán.

Soltó un bufido.

—Tienes razón —rectifiqué enseguida—. Seguramente no. Entonces háblales con el corazón.

Esta vez lo que hizo fue respirar de forma entrecortada y estremeciéndose. Levantó la cabeza y apoyó la frente en mi estómago.

—Y para terminar de arreglarlo, ella ha llamado, ¿sabes?

—¿Ella? —dije sobresaltada, mirándole intensamente. Parecía estar bien. En sus cabales, quiero decir—¿Quién te ha llamado?

—Mi madre.

—¡Ah! —Sin duda, no podían ser buenas noticias. Pero mejores que si se estuviera imaginando conversaciones con la recién fallecida—. ¿Y qué quería?

—Pues lo mismo de siempre: la jodida pasta —dijo en voz baja y áspera. Tan baja que tuve que aguzar el oído para entenderle—. Le dije que nos dejara en paz.

—¿Está en la ciudad?

—Sí. —Lo confirmó asintiendo—. Amenaza con montar un número en el funeral. Le dije que haría que la metieran en prisión si se le ocurría hacer cualquier cosa, aunque solo fuera silbar.

Demonios, esa mujer tenía toda la pinta de ser una auténtica pesadilla.

—Pero Dave no lo sabe —dijo—. Así están las cosas.

—De acuerdo —respondí. No tenía muy claro si era una buena idea o no, pero no me correspondía a mí tomar la decisión—. No se lo contaré.

Noté cómo sus hombros subían y bajaban bajo mis manos. Su tristeza nos rodeaba como una coraza impenetrable. No existía nada más.

—Todo esto pasará. —Bajé la cabeza y me incliné, dándole cobijo con mi cuerpo.

Me dolía el corazón. El desapego emocional con el que hábilmente me había guarecido durante tanto tiempo saltó por los aires. El deseo de darle lo que pudiera, de ayudarlo, era demasiado potente. Normalmente se comportaba de forma irritante, inmadura y grosera. De todas formas, ese enfado habitual hacía que mi trabajo fuera más sencillo. Cuando se portaba como un imbécil, era fácil para mí actuar con indiferencia. Sin embargo, los sentimientos que tan peligrosamente me inundaban, ahora eran blandos y sensibleros, cálidos y lacrimógenos. Bajo ningún concepto me podía permitir involucrarme tanto.

Mierda.

Agarrado a mis caderas, alzó la cabeza para mirarme, completamente desarmado por una vez. Sus habituales gestos hoscos o distantes eran sustituidos por la pena, y eso hacía que su belleza resultara todavía más obvia. Me humedecí los labios, repentinamente secos. Sus dedos me apretaron más fuerte, y arrugó la frente cuando vio mi blusa mojada.

—Siento haberte manchado. Yo...

—No te preocupes.

Me soltó y me flaquearon las piernas, de repente débiles por la separación.

Tras ese breve periodo de intimidad, la habitación se inundó de inmediato con una marea de vergüenza. Casi la sentí físicamente, como si formara un muro sólido entre los dos. La mía vino más lentamente, un tanto débil. Algo, o alguien, sustituyó mi coraza de titanio por papel de aluminio, dejándome expuesta y vulnerable.

Todo había sido culpa suya. Por un momento se bajó de su pedestal autoimpuesto. Se había vuelto real para mí, y me había mostrado sus temores. Yo lo único que había hecho era proporcionarle un poco y probablemente

escaso consuelo. Honestamente, no pensaba que le hubiera dado nada más que eso. Así que me sorprendió que volviera a acercarse.

En todo caso, en la posición que estábamos, nuestra cercanía no resultaba natural, nos separaran apenas unos centímetros. Jimmy me miró avergonzado, por si yo no me hubiera percatado. Estaba claro que se arrepentía de lo ocurrido; es decir, de haber gimoteado ante una mera ayudante, por el amor de Dios.

—Voy a traerte tu ropa —dije, agarrándome a la primera idea útil que se me pasó por la cabeza.

Casi a ciegas, recorrí la habitación. Los pensamientos y las sensaciones me inundaban, formando un gran caos mental. Tenía que hablar con mamá. Por lo que yo sabía, en la familia no había casos de ataques al corazón. El tío John murió de leucemia; la abuela se murió porque se fumaba un paquete de tabaco al día; creo que la tía abuela Valerie pilló una infección rara en los pulmones, por hongos o algo así, aunque no estoy del todo segura. Mamá lo sabría. En todo caso, lo que le pasaba a mi corazón, seguro que no era nada bueno. Solo tenía veinticinco tacos, demasiado joven para morir. Aunque por lo visto tenía edad para convertirme en una hipocondriaca de cuidado.

Encontré la camisa y una corbata en el vestidor que completaba el dormitorio de la habitación, cuyo tamaño era desproporcionado. Mi habitación, al otro lado de la suite, no estaba mal. No obstante, dejaría al mismísimo Ritz en desventaja.

Sobre la cama, por supuesto gigantesca, se desparramaban sábanas, mantas y almohadas sin orden ni concierto. Y no porque hubiera tenido lugar una sesión de sexo enloquecido; por lo que yo había podido percibir, el individuo era asexual, o había hecho voto de castidad, o ambas cosas. De todas maneras, estaba claro que no había dormido nada bien. Podía imaginármelo dando vueltas como un poseso, moviendo de allá para acá su musculoso cuerpo en esa cama absurdamente enorme. Completamente solo, acompañado únicamente de sus malos recuerdos, que debían de ser muchos.

Yo pasaba mis noches en la habitación contigua, también sola y sin dormir tampoco demasiado bien. Algunas veces mi cerebro no se desconectaba ni paraba de hablar, y precisamente la noche anterior fue eso lo que pasó.

Me quedé completamente parada, fascinada por la contemplación de aquel caos de mantas, almohadas y sábanas. Una vez más sentí algo raro en el corazón. Algo totalmente fuera de contexto. Lo que notaba entre las piernas era mejor ignorarlo. Estoy segura de que había algo en mi contrato de trabajo que prohibía cualquier tipo de secreción por mi parte, sobre todo si concernía a James Dylan Ferris.

—Hola —dijo, al tiempo que aparecía a mi lado. Al menos logró que me librara de la basura de pensamientos en los que me había metido.

—Hola... —Me salió un saludo dubitativo y sin aliento. Igual también tendría que hacerme mirar los pulmones, además del corazón, por si las moscas—. Necesitas un poquito de higiene personal. Es urgente. Vamos.

Me siguió como un niño obediente. Las luces del baño brillaban de forma deslumbrante y, después del desbarajuste emocional, casi me marearon. Bueno, ¿y qué pasará ahora? El lavabo estaba lleno de botellitas y tarros. No obstante, a mi atolondrado cerebro no se le ocurrió ofrecerle nada.

—Tenemos que darnos prisa —farfullé, más que nada dirigiéndome a mí misma.

Colgué la camisa y la corbata, agarré una toalla de cara y la empapé en el grifo. Ya que todavía no me había maquillado, podía mojarme la cara con agua fría para despertar de esa extraña pesadilla. Mientras tanto, Jimmy seguía ensimismado, sin duda con la mente muy lejos de allí. Cuando le acerqué la ropa ni reaccionó. En fin, tendría que hacer el trabajo yo misma, no había tiempo para despertares sosegados. La toallita húmeda y fría le hizo retroceder. Las aletas de la nariz empezaron a temblarle de nuevo.

—Estate quieto —le ordené, y me puse a aplicar por primera vez a alguien una limpieza utilizando una toalla a modo de esponja. Básicamente consistió en frotarle como si me hubiera dado un ataque. En medio de tanto ardor, hasta le froté por detrás de las orejas.

—¡Dios! —exclamó, bajando la cabeza para intentar escaparse.

—¡No te muevas!

Después le tocó al cuello, y más tarde a los hombros. Volví a mojar la toalla y me apliqué con el pecho y la espalda, eso sí, a toda prisa. Era mejor no pensar y verle simplemente como mi jefe, Jimmy Ferris. O mejor incluso: pensar que el cuerpo que estaba limpiando era de piedra, es decir, no era real ni mucho menos, pese a la evidente carne de gallina que iba surgiendo por todo él. Los instintos básicos no deben tenerse en cuenta cuando se está trabajando, y a las hormonas hay que colocarlas en los estantes traseros. Podía con esto, soy fuerte.

—Muy bien, vamos con la camisa. —Agarré la prenda de algodón egipcio y se la presenté abierta, para que metiera los brazos. Así lo hizo, y su suave piel acarició el dorso de mis dedos, haciendo que sintiera cosquilleos por todo el brazo. Empecé a abrocharle los botones con toda la torpeza del mundo—. Necesitamos unos gemelos. Y yo no sé hacer el nudo de la corbata.

—Ya me lo hago yo.

—Bien —dije, y le pasé el pulcro y largo trozo de seda negra.

Todo en orden. Lo único que necesitaba era un poco de aire. Y cuanto más fresco, mejor.

Jimmy me siguió hacia el dormitorio. De un cajón de la cómoda sacó unos gemelos plateados y se los colocó. Conociéndole, tenían que ser de platino. Se veían los tatuajes asomando bajo los puños de la camisa, y también por encima del cuello. Estaba claro que eran parte de su personalidad de estrella del *rock*. No pretendía esconder ni adornar nada, pues era demasiado guapo como para necesitar ese tipo de mejoras.

—¿Necesitas algo más? —pregunté, siguiéndole como una marioneta pequeña y perdida. Estiré los dedos de los pies para relajarme, al tiempo que dejaba caer los brazos a ambos lados del cuerpo, como muertos. De ninguna manera quería que se diera cuenta de que me había puesto nerviosa.

—Estoy bien. Gracias. —dijo.

En un extremo de la cama estaban los zapatos y los calcetines. Se sentó para ponérselos. La chaqueta del traje colgaba del respaldo de una silla, y sobre ella descansaba, bien doblado, un magnífico abrigo de lana negra. Era cierto: todo estaba bien, cada cosa en su sitio.

—¿Llevas el discurso? —pregunté.

—Sí. —Volvió a fruncir el ceño—. En el bolsillo.

—Estupendo. Yo tengo que recoger el abrigo y el bolso.

Estiró la mandíbula y me miró.

—Por cierto, estás muy guapa.

—Oh, gracias.

—Solo he constatado un hecho: tienes buen aspecto —matizó, y se dio la vuelta.

Yo no podía moverme. Al principio me quedé asombrada por el cumplido, aunque después, por alguna razón, pensé que dejar solo a Jimmy no era una buena idea. ¿Y si volvía a ponerse nervioso y yo no estaba allí para calmarlo? Que se mantuviera sobrio era crucial, no podía arriesgarme.

Con los labios apretados, miró fijamente la mancha de mi blusa, que poco a poco se iba secando.

—Lena, no se lo vas a contar a nadie, ¿verdad?

—No. Nunca.

Soltó un poco de aire y su expresión se destensó.

—De acuerdo...

Asentí y sonreí con delicadeza.

—Escucha, Lena...

—¿Sí?

—Aquí no hay nada, ni pastillas ni alcohol. No he recaído. Puedo hacer ahora mismo un test de drogas y alcoholemia si quieres, y tú puedes revolver toda la habitación...

—Tranquilo, ya lo sé —afirmé, bastante sorprendida—. Si hubiera algo, no me habrías pedido a mí que te consiguiera una copa, y si lo hubiera hecho, nuestra conversación ahora sería absolutamente diferente. Tú estarías de vuelta en rehabilitación y yo ya no tendría trabajo. Punto final.

—Cierto.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada más. Crucé las manos sobre el pecho y la cara se me puso rígida.

—Puedes dejarme solo —dijo—. Estoy bien, ya te digo. Vete y recoge tus cosas. Haz lo que tengas que hacer y vámonos.

—¡De acuerdo! —Solté una de esas risitas tímidas que odio con toda mi alma. ¡Mierda! Me había olvidado por completo de mí misma—. Sí, de acuerdo. Voy a por mis cosas.

—Perfecto.

Se pasó la mano por el pelo de la misma forma que lo hacía una docena de veces al día desde que trabajaba para él. No era nada nuevo. Pero, pese a estar acostumbrada al gesto, mi corazón hizo otra vez esa contracción tan rara que antes me había asustado.

No. NO.

No podía tener ninguna relación con él. De ninguna manera.

—Bueno, ¿te vas? —Puso cara de fastidio y di gracias a Dios por ello. Su enfado, que no se molestó en ocultar, me alivió por completo. Habíamos vuelto a la normalidad.

—Sí, claro, ya me voy.

—¡Venga!

Salí del dormitorio dando un buen portazo.

No sentía nada por Jimmy Ferris. ¡Qué idea tan ridícula! Era un adicto. Y aunque le admiraba y le respetaba por haberse enfrentado a ello y haber tomado las riendas de su vida, no quería tener nada que ver con alguien que apenas llevaba limpio medio año. Además, la mayor parte del tiempo no era una persona agradable. Su principal característica era la falta de interés y de consideración por cualquier individuo de este planeta.

Y lo peor de todo: era mi maldito jefe.

Lo dicho: no sentía nada por él. No podía, de ninguna manera. En el pasado ya había caído en relaciones con personajes inadecuados, inestables e incluso con auténticos capullos criminales, pero eso se había acabado. Me negaba a sentir nada por él. Había madurado como persona, ¿no?

Me apoyé contra la pared.

—¡Joder!

Respiré hondo y me centré en el funeral.

Las cosas irían mejor.

CAPÍTULO 2

Las cosas no fueron a mejor.

Al parecer, a la madre de Mal le gustaban las lilas. Mi cabeza flotaba con su rico y dulce aroma. Teníamos asientos reservados en las primeras filas, junto a la familia, y la verdad es que era una suerte, porque la iglesia estaba a rebosar. Me sentí de lo más rara sentada al lado de los Ericson, a los que apenas conocía, pero Jimmy quiso que estuviera allí.

Los de seguridad no dejaban entrar a los no que no estaban invitados. Un grupo de fans esperaba fuera, pese al frío. Cuando Jimmy pasó intentaron llamar su atención, agitando camisetas y demás objetos para que se los firmara. Me hubiera gustado darles cuatro gritos bien dados, decirles que tuvieran un poco de respeto hacia su luto y su dolor. No era día para atender a histéricas. Deberían haber considerado su intimidad, sobre todo siendo de la ciudad donde había nacido y sabiendo por lo que estaba pasando. Hay gente que no piensa, o que no se detiene a pensar. Lo único que les importa es lo que quieren en cada momento, y a los demás que les den.

Dios, odio a esa clase de personas.

En la parte delantera, el organista tocó un himno y los asistentes empezaron a cantar lo mejor que pudieron. Jimmy hablaría acto seguido. Su cara parecía más pálida de lo normal, incluso un poco grisácea. No es que se aferrara a mí, pero era evidente que no estaba bien. Le agarré la mano y la sujeté pese a que se encogió un tanto cuando notó el contacto. La mirada que

dirigió a nuestras manos, juntas, parecía de desconcierto.

—Todo irá bien —le repetía constantemente.

Desistió de intentar liberarse y empezó a manosear el nudo de la corbata.

—Jimmy, lo vas a hacer genial.

Cuando acabó la canción, Mal se volvió hacia nosotros. ¡Por Dios, vaya cara que tenía! Era la pura imagen del desaliento, y los ojos solo expresaban pena y pérdida. Anne, su novia, estaba de pie a su lado, rodeando su cintura con un brazo. Un par de semanas antes su gran historia de amor había sufrido una crisis. Por eso me alegré especialmente de verlos de nuevo juntos, sobre todo en un día así.

Mal le hizo un gesto a Jimmy, indicándole que ya era el momento, y lo lógico era que yo le tirara de la mano para ayudarlo a levantarse, pero la situación se había dado la vuelta por completo. Se agarraba a mí con fuerza, apretándome los dedos, pero sin hacer ningún otro movimiento. Estaba paralizado.

David, que estaba también junto a mí, al otro lado, se inclinó con el ceño fruncido.

—Jim...

Empezaba a haber murmullos en la sala. Los asistentes cuchicheaban incómodos. En el púlpito, el predicador dio un paso hacia delante, estirando el cuello y mirando con impaciencia.

Alguien tenía que hacer algo.

—Vamos. —Le puse la mano en la espalda y le empujé levemente.

Pestañeó, aunque muy despacio, como si le hubiera despertado de un sueño muy profundo.

—Tienes que salir, Jimmy. Es tu turno —susurré—. Adelante.

Con pasos penosamente lentos, avanzó hacia el pasillo. Yo le seguí, acompañándole muy cerca, y sentí en mi espalda el peso de todas las miradas. Por un momento pensé que hasta me levantarían el pelo. Daba igual. Avanzamos juntos, y yo le guiaba con la mano, sin dejarle solo. Subimos por las escaleras, y después al altar. Metí la mano en su bolsillo para buscar el papel con el discurso, y se lo puse delante. La gente murmuraba, seguramente comentando nuestro extraño comportamiento. ¡Allá ellos! Lo único que me

importaba era que Jimmy acabara el día de una pieza.

—¿Lo tienes? —pregunté.

—Sí. —Frunció el ceño.

Me aparté a un lado.

Durante un momento observó a su gente. Se fijó primero en Ev y David, después en el guitarrista Ben, que llevaba su habitual pinta friki, y finalmente en Mal y Anne. Después se volvió hacia mí, con la boca cerrada en un gesto de dolor, como pidiendo algo con la mirada. Le dediqué una sonrisa discreta y le hice un mínimo ademán con el pulgar de la mano derecha hacia arriba: todo perfecto, sigue. Estaba absolutamente segura de que iba a ser capaz de enfrentarse a la situación. Fuera como fuese, Jimmy Ferris era especial y complicado, guapo y horrible, todo mezclado. En todo caso, había nacido para la interpretación.

Me respondió tragando saliva y dejé escapar un suspiro de alivio. Podía hacerlo y lo haría. De todas formas, puedo jurar que sentía físicamente su dolor penetrando en mí, casi como si fuera a partirme en dos. Algún tipo especial de empatía, absolutamente incontrolable, había empezado a surgir en la habitación del hotel, y ahora era incapaz de desligar mis sentimientos de los suyos. Y lo que era peor, tampoco lo deseaba. Él me había permitido hacerlo, lo quisiera o no, y ya no podía abandonarlo a su suerte.

Mañana ya daría un paso atrás para ponerme a salvo. Pero hoy me necesitaba, necesitaba desesperadamente una amiga, y eso es lo que yo era.

—Hola —empezó. Su voz profunda y potente se escuchó con toda claridad a través de los micrófonos de la iglesia—. Soy Jimmy Ferris. La primera vez que vi a Lori Ericson fue cuando nos dejó ensayar en su garaje. En esa época yo tenía alrededor de dieciséis años. Al principio, al señor Ericson no le gustaba mucho la idea de que tocáramos allí, pero Lori le convenció. De no ser así, no habiéramos tenido otro sitio donde hacerlo. Para ser sinceros, hacíamos un ruido del demonio. —Sonrió levemente—. Es más, no teníamos ni puta..., perdón, ni la más remota idea de lo que queríamos hacer. En verano nos traía enormes botellas de zumo. A la gente que me conoce no le sorprenderá saber que yo solía tirar la cuarta parte de cada botella y rellenarla con vodka barato que me conseguía un amiguete de la

tienda de licores. —Miró a su hermano, que le devolvió la mirada con una sonrisa un tanto tensa—. El caso es que Lori me pilló una vez haciéndolo. Y le dio igual que fuera mucho más alto que ella; me agarró de la oreja y faltó poco para que me la arrancara. Después me arrastró fuera del garaje y me volvió a hacer lo mismo. Creo que cuando terminó yo había crecido por lo menos un centímetro. Fuera como fuese, amablemente o a lo bestia, ella sabía poner a cada cual en su sitio. Y una vez que lo hubo hecho, se calmó y habló conmigo. Fue una charla muy general. Me habló de muchas cosas. Pero a partir de ese momento, cada vez que iba por allí se las arreglaba para conversar un rato conmigo, aunque solo fueran dos minutos. Por aquel entonces nuestra madre se había esfumado, así que en casa no tenía a nadie con quién hablar; nadie adulto, quiero decir. Evidentemente, no era hijo de Lori. Puede incluso que no le pareciera muy bien que estuviera alrededor de su propio hijo. No obstante, siempre me atendió y se portó como si lo fuera. Cuidó de Dave y de mí, se aseguró de que tuviéramos ropa, comida y el resto de necesidades cubiertas. Lori nos quería, cuando a nadie más le importábamos una mierda. —Hizo una mueca de disculpa—. Quiero decir que ella sí nos quería, y no quien debía hacerlo.

Apretó un poco los dedos antes de continuar.

El silencio en la iglesia era total.

—Me gustaría poder contaros que después de aquello dejé de beber en el garaje de Lori. Así es como debería de terminar la historia. Pero supongo que, al menos en cierto modo, por aquel entonces yo ya era un adicto. Dejé de beber, pero solo durante un par de días, y la verdad es que me lo tomé en serio: no podía soportar la idea de decepcionarla. Tal vez esto suene a que tampoco es que ella hiciera mucho por corregirme, y que no surtió demasiado efecto. Pero en realidad fue algo inmenso. Ella fue la primera persona en mi vida que me hizo desear ser mejor de lo que era; que me hizo pensar que yo era una buena persona, y que podía conseguir más de mí mismo. Y eso, en aquel momento, resultó algo muy poderoso. Si alguien consigue que incluso un tipo como yo desee ser mejor de lo que es, entonces esa persona tiene que ser muy especial. Gracias, Lori.

Dobló el papel con cuidado.

Daba igual, ya no lo necesitaba. La poesía estaba dentro de él, y surgía mediante las palabras que estaba dirigiendo a la gente, desnudando su corazón ante ellos. Allí estaba, erguido, mirando de frente a la multitud. La realidad que estaba proclamando era bonita a su manera, había fuerza y orgullo en su actitud. Al contemplarle sentí una ola de calidez en el pecho. Una sensación de satisfacción que no experimentaba desde hacía muchísimo tiempo. No es que yo hubiera tenido nada que ver con su relato, en absoluto, pero de todas formas...

—Puede que todo esto les parezca una historia rara —añadió con voz serena y firme—. Desde luego no me deja nada bien. Pero sí creo que sirve para que comprendan por qué Lori era tan importante para mí. Lo que la hacía tan extraordinaria era... que nos quería, que se preocupaba de verdad, de forma genuina, por nosotros, y por toda la gente. Eso es inusual, y muy hermoso. Por eso la vamos a echar tantísimo de menos.

Me limpié una lágrima con la mano para que Jimmy no me pillara llorando. Pero, por desgracia, no fui lo suficientemente rápida. Al menos no era la única. Hubo suerte de que no se inundara la sala.

Se volvió hacia mí con la cara completamente rota por la emoción.

—Vamos —me animó.

—Sí —dije aspirando por la nariz.

Bajamos a nuestros sitios, y esta vez era su mano la que se apoyaba en mi espalda, marcando el camino. Antes de llegar, Mal se levantó y, sin decir una palabra, abrazó a Jimmy. Lo apretó muy fuerte y le dio un golpe con la palma de la mano, tal como suelen hacer los hombres. Jimmy tardó un momento en reaccionar, pero finalmente también le golpeó con efusividad. Sonrieron. El organista empezó a tocar y todo el mundo se puso de pie a nuestro alrededor. Los cánticos inundaron de nuevo la sala.

Avancé por el banco y me senté. Jimmy se dejó caer junto a mí, y acercó una pierna a la mía. Esperé a que él protestara para retirarla, aunque había poco sitio, la verdad; de repente me di cuenta de que había surgido en el banco un bolso de mujer. Sin embargo, no se quejó. Lo cierto es que después de tanto drama y tanta tensión emocional, no parecía mala idea estar así de juntos.

Con lo de la tensión me refiero a él, por supuesto. Yo estaba bien.

Se detuvo a contemplar un momento nuestras piernas juntas y se apartó un poco.

—¿Estás bien? —le dije.

—Sí. ¿Y tú?

Hizo un ruidito. La verdad es que no sonó mal del todo.

—Estupendo. —Puse las manos en el regazo.

En el púlpito el predicador empezó a hablar. Jimmy apretó un poco más su pierna contra la mía. No obstante, miraba hacia delante, al parecer, sin darse cuenta de lo que pasaba con su muslo, porque su cara no mostraba gesto alguno. Puede que fuera su modo de agradecerme lo que yo hice, de mostrar su reconocimiento. O igual tenía un calambre. Lo que fuera. Se dibujó una mínima sonrisa en mis labios, y relajé los hombros de puro alivio.

Ya estaba. El trago había pasado.

CAPÍTULO 3

La empanada de Huckleberry es una obra del diablo. Solo tuve que tomar dos raciones pequeñas para estar segura. Y ahora ya lo constataba.

Estaba sentada en un rincón del salón de los Ericson, con Ev a un lado y Anne al otro. En nuestro regazo descansaban unos cuantos platos vacíos. El velatorio había sido otra cosa. Hubo comida y buena música, y acudió casi toda la gente que conocía a la familia. Al principio el ambiente fue triste. ¡Cómo no iba a serlo! Pero las conversaciones y las risas sosegadas fueron calando en la atmósfera, hasta que lograron convertir la reunión en una fiesta para rememorar la vida de Lori, en lugar de un sombrío luto por su fallecimiento. Cinco horas después el ánimo de la gente estaba en muy buen estado. Disimulé un bostezo y, con los ojos cansados, parpadeé. Había sido un día infernal, con todos esos vaivenes emocionales.

Mal se puso de rodillas a los pies de Anne. Sus generosos labios estaban un tanto curvados hacia abajo, lo cual era comprensible. No era mi costumbre fijarme en las bocas de los hombres que salían con otras mujeres. Sin embargo, a veces era imposible no notar ese tipo de cosas.

—Hola —dijo Anne suavemente, poniéndole la mano en una mejilla.

—Necesito un poco de felicidad.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Dime que me quieres. —Ambos se inclinaron casi al mismo tiempo y se dieron un beso muy suave en los labios.

—Te quiero, Mal —dijo ella.

—No, no me quieres. Solo lo dices para darme conversación. Es horrible que me mientas sobre eso, cielo. No sé cómo eres capaz de dormir por las noches.

—Duermo estupendamente a tu lado. —Sonrió y enroscó los brazos alrededor de su cuello. Durante un buen rato estuvieron muy juntos, acariciándose, besándose y susurrando palabras cariñosas.

—¿Dónde está Jimmy? —preguntó Ev interrumpiendo el espectáculo.

Yo pensaba que no debíamos interferir en ese momento de intimidad de una pareja enamorada, incluso aunque estuvieran delante de nosotros intercambiando frases hechas y carantoñas. La verdad es que eran muy agradables. He de admitir que a veces echaba de menos tener alguien especial. Pero los hombres que habían pasado por mi vida tenían más tendencia a causar problemas que a solucionarlos. De ahí mi decisión de permanecer aislada del sexo y del amor, al menos por un tiempo. Necesitaba protegerme del asqueroso gusto que había demostrado a la hora de elegir pareja, aunque a veces, como ahora, deseara una racioncita de abrazos y mimos.

—¡Lena! —dijo Ev riendo—. Hey, despierta.

—Lo siento. Ah, sí, Jimmy... Está fuera, con el señor Ericson. Creo que necesitaba un poco de «tiempo libre de Lena».

—Ha hecho un discurso realmente bonito, ¿no crees?

—Sí, completamente de acuerdo.

—Y tú lo has hecho fenomenalmente bien ayudándole estos días, Lena.

—Gracias. —Estudié con atención el plato vacío.

—El pobre no ha tenido muchas mujeres en las que apoyarse —dijo, bajando mucho el tono de voz—. Como él mismo ha contado, su madre se marchó muy pronto, aunque creo que probablemente eso fue una bendición. Por lo que me ha contado David, no era ni es la persona más adecuada para tener cerca.

—A Jimmy no le gusta hablar de ella. Aunque lo cierto es que, para ser sinceros, apenas me cuenta nada de nada —dije, dejando fluir mis pensamientos.

Había averiguado más cosas acerca de él en las últimas dos horas que en dos meses. Me costaba asimilarlo. Esas circunstancias estaban alterando nuestra relación, en todos los aspectos.

—Sí. La verdad es que no se puede decir que Jimmy sea muy hablador.

—Eso, por decirlo amablemente —gruñí—. Si soy capaz de sacarle un par de palabras sobre sus citas o planes, puedo dar palmas con las orejas.

—Pero eres la que más ha aguantado. —Dando un pequeño suspiro, Ev se colocó las manos en la tripa. Ella también había probado varios postres—. Es obvio que algo estás haciendo bien.

—Ya. Me pregunto qué. —Me puse a mirar otra vez hacia el techo, reflexionando.

—No lo sé, la verdad. Tal vez le gustes. Puede que se sienta solo y que disfrute teniéndote cerca.

—Sí, claro. ¿Estamos hablando del mismo Jimmy Ferris, la estrella de *rock*?

—No me fastidies, Lena —dijo al tiempo que sonreía, quitándole hierro a sus palabras—. Llevas por aquí el tiempo suficiente como para saber que ser una estrella no siempre significa lo que piensa la gente.

—Puede ser...

—Si es reservado, sus razones tendrá.

—¿Te ha hablado alguna vez de ello? —pregunté. Sentía curiosidad.

—Vamos, ¿cómo se te ocurre? —dijo tras una risa forzada—. Me mantiene a una distancia prudencial y educada, como a todos los demás. Pero nunca se sabe. Pregúntale amablemente y puede que te lo cuente a ti.

Arrugué la nariz con escepticismo. Pese a los acontecimientos de hoy, que no habían tenido el menor precedente, la idea de que Jimmy hablara conmigo de una forma normal, en lugar de los habituales ladridos para transmitirme sus órdenes, me parecía algo altamente improbable.

—Ya, claro. Y quizá me despida por meter la nariz en sus asuntos. —Suspiré.

—Es verdad. Son los riesgos que se corren cuando de verdad nos preocupamos por las personas.

Hubo algo en la forma en que dijo la frase que me puso en guardia.

—¡Oh, no, no, Ev! La relación entre Jimmy y yo es estrictamente profesional.

—Lo sé, lo sé...

¿Sería por su sonrisa? El caso es que su respuesta no me sonó nada convincente.

David se acercó a nosotras. Un pequeño cachorrito blanco y negro se retorció entre sus manos y movía la cola como un loco. Lo cierto es que él no parecía muy contento.

—Este perrucho se ha meado en mi zapato.

—¡Oooh! —exclamó Ev exagerando el gesto, y sonrió irónicamente.

—No tiene gracia —gruñó David, de una forma tan parecida a como lo hacía su hermano; en ese instante parecían gemelos. Eso sí que tenía gracia.

—Bien hecho, *Killer** —dijo Mal arrancándole el cachorro de las manos —. Me siento orgulloso de ti, muchacho.

—¿No le vas a cambiar el nombre? —preguntó Ev.

Anne se encogió de hombros y estiró la mano para acariciar la cabeza del animalito.

—La verdad es que ya me he acostumbrado.

La mascota había sido el regalo de cumpleaños de Anne hacía una semana, aunque Mal ya tenía el nombre elegido antes de dárselo. El hecho de que el tal *Killer* llegara acompañado de un piso de lujo probablemente contribuyó a que la chica no pusiera pegas al nombrecito. Yo, desde luego, no me habría quejado, ni en sueños.

Se escuchó un grito que venía del exterior. E inmediatamente después, otro. Lo que pasa es que esta vez el ruido no cesó, sino que se mantuvo. Podía haber sido un animal... pero se podían distinguir palabras entrecortadas.

—¡Es una mujer! —exclamé atemorizada.

—¿Qué diablos pasa? —Mal se puso de pie inmediatamente y le pasó el cachorro a Anne.

Él y David salieron corriendo hacia la puerta, mientras Ev y yo los seguíamos. El aire helado del exterior me golpeó en la cara, acostumbrada como estaba a la calidez de la casa. La escena era de lo más extraña y

perturbadora: bajo las ramas de un arce, una mujer no paraba de gritar gesticulando e increpando a Jimmy.

¿Qué demonios pasaba?

David corrió hacia ellos.

—Mamá, ¿qué haces aquí?

—¡Jodido ingrato! —exclamó la mujer, no haciendo ningún caso a su hijo pequeño—. ¿Piensas que no le voy a contar todo a quien me quiera escuchar?

—Adelante, tú misma —respondió Jimmy sin pestañear—. No pienso darte más dinero. Ya te lo dije esta mañana. ¿Qué coño creías que ibas a conseguir apareciendo aquí?

Llevaba una melena negra y desaliñada, y los pómulos tan marcados que parecían cortar la piel. El parecido familiar era obvio, aunque tenía la tez pálida y el pelo le caía sucio a ambos lados de la cara.

—No me asustan tus amenazas —exclamó ella, exagerando una mueca.

—Mamá, por favor, estamos en un funeral. Vete de aquí —dijo David, colocándose al lado de su hermano.

—Dave, cariño, tú siempre has sido mucho más amable conmigo. Vas a ayudar a tu pobre y vieja madre, ¿verdad, mi amor? —dijo con voz engolada, pretendidamente dulce—. Solo un préstamo, mi niño. Solo necesito una pequeña ayuda para poder volver a levantarme.

David se puso rígido.

—Por lo que he podido saber, Jim te ha dejado ya mucho dinero, más que suficiente, y tú lo has tirado por el váter, ¿no es así?

—Necesito mis medicinas.

—¿Tus medicinas? ¡Y una mierda! —explotó Jimmy—. Lo que tienes que hacer es largarte de aquí inmediatamente si no quieres que llamemos a la policía.

—Vamos, mamá —dijo David pacientemente—. Esto no está bien. Estamos aquí para despedirnos de Lori. Ten un poco de respeto, ¿de acuerdo?

La gente empezaba a arremolinarse en la puerta de entrada, observando la terrible escena con ojos como platos y caras de curiosidad. El caso es que la muy bruja no lo hacía mal, imitando a una plañidera. Que una madre fuera tan perversa me superaba, pero lo que realmente me preocupaba era cómo le

afectaría a Jimmy todo esto. Dios, era lo último que le faltaba, después de lo que había pasado durante el día.

Me puse detrás de él para estar cerca en caso de que me necesitara. Así que en cuanto tuviera una oportunidad, por pequeña que fuera, para acabar con toda esta mierda, la aprovecharía.

—¿Y qué hizo en toda su vida esa zorra estirada y moralista, aparte de volver a mis hijos en mi contra, eh? —farfulló la madre, tambaleándose ligeramente.

—Mamá, por favor. No te pongas en evidencia —expresó Jimmy con voz cortante—. Todo lo que tú nos hiciste fue mucho antes de que conociéramos a Lori.

La mujer lo miró con ira, levantando el labio superior como una auténtica perra rabiosa. Si hubiera empezado a echar espuma por la boca, no me habría sorprendido lo más mínimo. Sus ojos emanaban una mezcla muy poderosa de locura y odio. En ese instante entendí por qué Jimmy tenía tantos problemas. ¿Cómo un niño pudo aguantar algo así? No lo concebía.

—No eres más que una yonqui —dijo, cara a cara con su madre, en infinito desprecio—, una basura comemierda con la que, para nuestra desgracia, estamos emparentados. Ahora vete al infierno antes de que llamemos a la policía para que venga a por ti. Cuéntale a la prensa lo que te salga de las narices, porque ni muerto te voy a dar un centavo más para que te lo gastes en drogas, ¿entendido? Y si crees que hay la más mínima posibilidad de que lo consigas con Dave, es que estás más loca de lo que aparentas.

Se le puso la cara de color escarlata, como si le fuera a dar un ataque epiléptico.

—¡Fuera de aquí! ¡Largo, largo! —concluyó Jimmy.

Entonces se lanzó hacia él con la boca desencajada y le arañó la cara con sus uñas sucias, dejando marcas en su piel. Sin pensarlo, me lancé en medio de los dos, dándole sin querer un empujón a Jimmy. Él estaba ocupado sujetándole los brazos a la arpía como para preocuparse por lo que yo hiciera. Su hermano se limitaba a mirar boquiabierto la escena. Loca de furor, la mujer se lanzó otra vez contra Jimmy, apretando los dientes.

Empezó a salir sangre de las mejillas de Jimmy, y de repente no vi nada más que color rojo. Sentí un inmenso furor y, pese al frío ambiental, me inundaron oleadas de calor.

Los dos hermanos permanecían de pie, juntos y quietos.

Me dio igual. Pasé entre ellos y le di un fuerte empujón a la bruja en mitad del pecho. Obviamente, Jimmy no se lo esperaba. El desequilibrio le impidió seguir batallando y la mujer cayó de espaldas sobre el duro suelo. Su desastrado abrigo verde se abrió, revelando un escueto y andrajoso vestido de tirantes. Tenía las extremidades macilentas y llenas de señales rojas e irritadas. ¡Por Dios santo!, ¿cómo era posible que esta mujer siguiera viva?

—¡Te voy a demandar! —me amenazó con un dedo—. Esto ha sido una agresión. ¿Te crees que no sé una mierda?

Bueno, pues muy bien. Lo que ella no sabía es que yo no tenía nada que perder, porque apenas poseía nada.

—Ni se te ocurra, mamá. —Jimmy me rodeó por los hombros con una delicadeza desconocida—. Me has hecho sangre. Me has atacado sin mediar provocación. Lo único que ha hecho Lena ha sido salir en mi defensa. Créeme, la policía se reirá de ti si la demandas.

—Ya lo veremos.

Sus rasgos angulosos se torcieron formando una expresión de malicia. Muy despacio y con torpeza, la señora Ferris se fue poniendo de pie y se envolvió con el abrigo.

Sus hijos no dijeron una palabra.

—Putastúpida... —escupió dirigiéndose a mí, y después se alejó por el jardín, hacia la calle. Jamás en mi vida me he alegrado tanto de ver la espalda de alguien.

—Entonces no hay ninguna posibilidad de que me metan entre rejas, ¿verdad? —pregunté por pura curiosidad. Bueno, a decir verdad me preocupaba mínimamente que la mujer cumpliera sus amenazas.

—Por supuesto que no —respondió Jimmy. Tenía tres arañazos en la mejilla.

—Hay que limpiarte la cara y desinfectar las heridas. Vamos adentro. — Al verle de repente me invadió todo el frío que hacía en el exterior.

—¿Sabías que mamá vendría? Lo último que me dijeron es que todavía estaba en Los Ángeles. —David miraba la figura de su madre alejándose, con el pelo enmarañado agitándose por el viento.

—Se enteró del hotel en el que me alojaba y me llamó esta mañana —dijo Jimmy.

—¿Por qué no me has dicho nada? —preguntó David.

—No jodas, Dave. Es mi madre.

—Y la mía, joder.

La frente de su hermano era una pura arruga. Debía de ser un rasgo típico de los Ferris, pues ambos lo hacían cuando estaban nerviosos o embargados por alguna emoción intensa. Por su parte, Jimmy no se había movido ni un milímetro. Estaba allí parado, sangrando. Impasible.

—Vamos, hace frío —dijo David.

Jimmy se volvió para mirar una vez más a su madre. A cualquiera que lo hubiera visto, su mirada le habría parecido inexpresiva. Pero la tirantez de sus dedos, agarrados al borde de su abrigo, demostraban otra cosa, al menos a mí. No estaba tan indiferente como quería que todo el mundo creyera.

—¿Qué pensabas hacer, llevarla a un albergue? —se lamentó Jimmy—. Se escaparía. ¿Comprarle ropa de abrigo? Antes de un minuto la vendería para pillar alcohol y drogas. Es lo único que quiere y lo único que le interesa de verdad.

—Ya, pero...

—¿Pero qué? —preguntó Jimmy mientras la sangre le resbalaba por las mejillas.

—Mierda. —Su hermano se pasó una mano por el pelo suelto sobre el hombro. Se parecían en muchas cosas—. ¿De verdad te resulta fácil darte la vuelta y dejarla marchar?

—Sé que hace mucho frío, Dave. Claro que lo sé.

—¡Asquerosa de mierda! ¿Estás bien, Jimmy? —apareció Mal.

Jimmy se estremeció como si le hubieran arañado otra vez.

—Sí. No sabes cuánto lamento que haya pasado esto, que se presentara aquí en tu casa y...

—Chicos, no es vuestra culpa. —Todo el mundo debería tener un padre

como el de Mal. Su voz era sincera, sin ningún tipo de doblez. La boca de Jimmy se abrió para continuar con la disculpa, pero el señor Ericson alzó la mano—. No, hijo. Déjalo ya. ¿Por qué no nos vamos todos adentro? Hace un frío del demonio.

Una vez terminado el *show*, los espectadores de las primeras filas empezaron a regresar al salón. Jimmy asintió e hizo lo mismo, como le habían pedido.

Yo les acompañé a él y a Mal al cuarto de baño de la planta baja, en un estado de total agitación. Normalmente no soy una persona violenta; no obstante, si hubiera podido, le habría dado otro golpe a aquella mujer.

El cuarto de baño era muy estrecho. Al parecer, los Ericson no lo habían reformado, ni siquiera con el dinero de su hijo. La casa era antigua, de madera, y tenía un gran jardín, ahora sin flores por el invierno. No obstante, en el vestíbulo había un montón de fotos muy coloridas, tomadas en primavera, que lo atestiguaban. A mi madre también le encantaba cuidar las plantas. Los fines de semana invernales se mostraba nerviosa e impaciente, como si no supiera qué hacer. Generalmente se compraba algún aparato caro y difícil de usar que acababa directamente en la basura cuando se derretía la nieve. Me entró un repentino ataque de añoranza. Menuda estupidez. No quería volver a casa todavía, de ninguna manera. Si acaso, después de aquella farsa de boda de mi hermana, cuando se hubieran disipado todas las consecuencias del escándalo. Entonces, sí, pasaría un tiempo con mis padres, me recompondría y todo iría bien. Podría ponerme en contacto con mis viejas amistades y ver si quedaba allí algo aprovechable para mí. Sí, así lo haría. Me lo prometí a mí misma.

—Mamá guardaba aquí todo el material de primeros auxilios —dijo Mal abriendo el armarito debajo del lavabo y sacando una caja blanca bastante maltrecha—. Mira, aquí está.

—No me pasa nada —se quejó Jimmy—. Con lavarme la cara es suficiente.

—De eso nada —le reprendí.

—¿Quieres arriesgarte a que esa cara tan bonita se infecte? —dijo Mal chasqueando la lengua e intercediendo con habilidad—. Por favor, princesa,

hazlo por mí: cúralo.

Jimmy le dedicó una sonrisa algo desmayada y, finalmente, aceptó los cuidados.

—Como estoy seguro de que prefieres que sea Lena la que haga de enfermera, aquí os dejo.

Me pegué a la pared y Mal se abrió camino como pudo para salir de aquel lugar tan estrecho.

—Si necesitáis algo, silbad.

—De acuerdo —dijo Jimmy.

La tapa de la vieja caja rechinó un poco al abrirla.

—Gracias —le dije a Mal con una sonrisa.

Me guiñó un ojo.

—Bueno, vamos a ello. Siéntate en el borde de la bañera —le ordené, poniéndome al mando.

Jimmy obedeció sin protestar, inspeccionando las manchas de su camisa.

—Vaya desastre, ya no sirve para nada.

—Tienes más.

—Esta me la hicieron a medida en Saville Road, en Londres. ¿Tienes idea de lo que cuesta?

—¿Vas a pedirme un préstamo? —bromeé.

¡Por favor! ¡Pero si tenía más pasta de la que podía contar! Dio un bufido.

—Porque, si te soy sincera, no sé si te daría el dinero. ¿Sabes? No me caes tan bien, ni me fío del todo de que me lo devolvieras.

—Vaya, no estaba al tanto de eso —replicó, estirando la camisa como si ese gesto pudiera servir de algo. Lo cierto es que tenía razón: su destino no podía ser otro que la basura.

—Mmm... Bueno, tampoco estás tan mal. He visto cosas mucho peores, la verdad. —Y tampoco hacía falta que repitiéramos una experiencia como esta en unos cuantos años, o mejor, nunca. Cerré la boca, me ajusté las gafas y empecé a buscar en el botiquín casero—. A ver que hay por aquí...

—Escucha, Lena, respecto a lo de hoy...

Esperé a que continuara. Y seguí esperando.

—¿Qué? —dije.

Jimmy miraba a la pared, evitando mi mirada.

—Solo... solo quería decirte que... esto...

—¿Sí?

—Bueno, que... mmm... Me has sido muy útil.

—¿Que he sido útil? —Levanté las cejas hasta una altura casi peligrosa, diría yo. ¿Después de todo lo que ha pasado, solo se le ocurre el calificativo de «útil»?

Encogió los hombros.

—Sí, fundamentalmente útil —matizó algo desconcertado.

—¿Fundamentalmente? Vaya, he sido fundamentalmente útil. —Negué con la cabeza muy despacio y esbocé una sonrisa de incredulidad. Menos mal que mi autoestima no dependía de él, porque de ser así estaría hecha trizas por todos los rincones del minúsculo cuarto de baño. ¡Después de lo que había hecho por él! Tenía que devolverle el cumplido, a ver qué tal me salía —: Creo que es una de las cosas más amables que nadie me ha dicho jamás, señor Ferris. Ha sido simplemente bonito, hasta poético, diría yo. Jamás volveré a considerar de la misma manera la palabra «útil».

Aspiró por la nariz con desdén, y después, ya sí, enfrentó mis ojos con dureza.

—Fantástico. Y, no lo olvides, he dicho «fundamentalmente» útil.

—Ah, sí. Usted perdone, fundamentalmente útil. ¡Guau! La verdad, no sé cómo agradecerse.

—Un buen comienzo sería dejar la cháchara. A ver si terminamos con esto de una vez.

—¡Señor, sí, señor! ¡Enseguida, señor! —Faltó un pelo para que le hiciera el saludo militar. Solo un pelo.

Del vestíbulo empezaron a oírse voces indicando que la reunión estaba llegando a su fin. Sonaban platos que alguien apilaba para recogerlos. Pude escuchar la voz de Mal despidiéndose de algún asistente, y casi al mismo tiempo entró una bocanada de aire helado procedente de la puerta de entrada. Por debajo de todo aquel ruido sonaba una vieja canción de Bob Dylan.

—Por cierto, de nada —dije, bajando mucho la voz, procurando dejarle en paz. Después de todo, su día había sido infinitamente peor que el mío.

Además, era obvio que le resultaba extremadamente difícil dar las gracias. No se le daba nada bien—. Me alegro de haber estado aquí para ayudarte, Jimmy.

Me miró, y esta vez lo hizo con expresión de sinceridad. O al menos sin la dureza y la frialdad habituales, para variar.

—Yo también —susurró.

Durante un momento me olvidé de mí misma. Nos miramos en silencio, como si esperáramos algo o intentáramos adivinar algo del otro. No lo sé. Fue algo muy extraño.

Finalmente, salió del ensimismamiento. Antes que yo, por cierto.

—Leeena... —canturreó, señalándose la mejilla—. Sigo sangrando, ¿sabes?

—Sí, claro. —Corté un trozo de gasa y me puse a pelearme con la tapa del tubo de desinfectante. ¡Malditos cierres a prueba de niños!—. A ver qué podemos hacer.

Cuando me volví hacia él de nuevo, miraba al infinito. Al parecer, había vuelto a desconectar.

—Esto te va a doler un poco —informé, echando una buena cantidad de desinfectante en la gasa—. Sabe Dios lo sucias que podía tener tu madre las uñas. Tenemos que limpiar a fondo.

—Vamos, no finjas que no vas a disfrutar —dijo, arrugando la nariz por el olor.

—Me siento ofendida. ¡Ni que te hubiera hecho daño alguna vez, o me hubiera portado mal contigo...! —Apenas pude evitar la sonrisa, y tampoco me importó.

Esta pelea verbal con Jimmy se estaba convirtiendo rápidamente en una de las más divertidas que había tenido con un hombre. Lo cual era bastante triste, la verdad. Muy triste.

Empecé a limpiarle con mucho cuidado. Intenté no pensar en nada, pero mi mente se negó a ello. Lo cierto es que nos habíamos tocado mucho más en un solo día de lo que jamás podría haber imaginado. A juzgar por los sentimientos que me invadían, eso no era nada bueno.

Apreté los dientes y tensé los músculos para concentrarme. Esta

conciencia de su proximidad me estaba volviendo loca. No habíamos conectado, la verdad. Lo único que pasaba es que el día había incluido un cúmulo anormal de situaciones emocionales fuera de lo habitual. Un drama continuo, lleno de altibajos, tan extraño que no recordaba otro igual casi en toda mi vida, y ponerlo todo en perspectiva iba a llevarme bastante tiempo. Por suerte, al día siguiente regresaríamos a Portland y todo volvería a su cauce, con Jimmy ignorando mi existencia la mayor parte del tiempo. Así que no había ninguna necesidad de sacar las cosas de quicio.

Pero aún no me podía alejar de él. No iba conmigo cebarme con alguien cuando estaba por los suelos.

—¡Au! —se quejó.

—Venga, no seas crío.

Ojalá mis manos dejaran de temblar. Afortunadamente, él no parecía notarlo. Cuanto más rozaba su cara, más loca me volvía. ¡Qué barbaridad, vaya mierda de día!

Mal había perdido una madre maravillosa mientras que Jimmy y David sufrían como condenados por el regreso de la suya propia, el ser más cutre que jamás había visto en mi vida. ¡El mundo es tan injusto!

Tras usar varios paquetes de gasas y un litro de desinfectante, di por terminada mi labor de curandera. Si la muy bruja le dejaba cicatrices, la próxima vez, si la había, haría algo más que darle un empujón. En cualquier caso, y para asegurarme, le apliqué a Jimmy la suficiente crema antibiótica como para que pareciera un muñeco de nieve, al menos por un lado de la cara.

—¿Sabes? Me hubiera gustado zurrarle más fuerte —admití—. Perdóname, sé que es tu madre, pero...

—No remuevas esa mierda —dijo—. Está mal de la cabeza, es irracional, Lena. Te podía haber hecho mucho daño.

—¡Ya! Entonces es que no te imaginas de lo que soy capaz cuando me convierto en una bruja.

—¡Y tanto que me lo imagino! Eres infernal. —Sonrió.

—¿Y tú no me hubieras cuidado en plan «Enfermero Jimmy»? ¡Qué pena! —me lamenté riendo suavemente. Si dejaba que las cosas marcharan así, en

plan poco serio y ligero, todo iría bien, o al menos, como habían ido hasta ahora entre nosotros. De todas formas, el aire de tristeza que le envolvía hacía que fuera imposible para mí mantener las distancias.

—Jimmy, no fue culpa tuya —sentenció.

Me miró y apretó con tanta fuerza el botiquín de primeros auxilios que volvió a crujir.

—¿Has terminado ya?

Con mucho cuidado, seguí aplicándole crema. Mi problema es que hablo demasiado, mucho más de lo que debería. Y lo que más me irrita es que a veces doy información acerca de cosas que me hacen parecer idiota del todo:

—Una vez salí con uno que vendió mi automóvil para comprar hierba.

Jimmy se echó hacia atrás, liberándose de mis dedos.

—Pues pillaría un montón.

—Sí —contesté, apoyando las muñecas en las caderas y abriendo mucho los dedos llenos de bálsamo para no mancharme la ropa—. A veces hay que cortar del todo con la gente que no te hace más que daño.

—¿Acaso crees que no sé la teoría? —dijo muy serenamente y un tanto despectivo—. Ahí fuera no fui capaz de echarla sin miramientos, pero tenía que largarse. Creo que lo que hice la puso en el camino adecuado. Y no me arrepiento de ello. Pero la próxima vez no te metas, Lena.

—¿Es que va a haber una próxima vez?

—Espero que no. —El dolor que vi en sus ojos me rompió el corazón. Madre mía, me estaba matando. Esto tenía que terminar.

—Bueno, ya estás en fase de curación —dije, y me volví para lavarme las manos en el lavabo.

Ya estaba bien de sensiblerías. Solo servían para alimentar la idea ridícula de que Jimmy y yo nos sentíamos cercanos, como si fuéramos amigos o algo así. Y no lo éramos, eso debía tenerlo muy claro. La vida me ha enseñado que, cuando había cometido la estupidez de desarrollar algún tipo de sentimientos por un hombre, mi corazón quedaba atado a él hasta las últimas consecuencias, siempre amargas. Con la colección de historias estúpidas que llevaba a cuestas se podrían escribir varias novelas épicas. Y si las emociones se mezclaban con los penes, apaga y vámonos, ya no se podía confiar en mí.

Así que él simplemente era mi jefe, ni más ni menos.

Se puso de pie.

El sitio era tan estrecho que de repente estábamos pegados.

—Mierda de día —dijo, intentando moverse hacia la puerta.

—¡Y tanto!

—No veo el momento de que termine y nos vayamos a casa.

Se miró en el espejo.

—¡Lena, no puedo salir con esta pinta! ¡Dios!

—En la caja no hay esparadrapos o tiritas lo suficientemente grandes como para cubrirte los arañazos de la mejilla. He hecho lo que he podido con lo que había aquí.

—Tengo un aspecto ridículo.

—¡Qué va! Estás estupendo —me burlé.

Empezó a jurar en arameo.

—¿Quieres hacer el favor de calmarte? —le dije.

—No estoy hablando contigo —espetó.

Se inclinó hacia delante, y después hacia atrás. El problema era que había tan poco sitio que yo siempre estaba en medio, hiciera lo que hiciese. Y cualquier contacto entre su zona delantera y mi zona trasera debía evitarse a toda costa. De todas maneras, sé por experiencia que me resulta imposible esconder el trasero. Y os aseguro que, pese a mi certeza, lo intenté. Así que opté por volver a acomodarme en el borde de la bañera, intentando quitarme de en medio. Y me senté allí. Era bastante improbable que lograra reducir mi tamaño, o incluso desaparecer.

Junto a mí, el siguió tocándose la cara y poniendo gestos extraños frente al espejo.

—Para de una vez —dije, enfadada—. Vas a empezar a sangrar de nuevo. ¿Por qué no voy a preguntarle al señor Ericson si tiene una camisa que te pueda dejar?

Para mostrar su acuerdo, se limitó a hacer una mueca. Nueve de cada diez veces ese era el método preferido por Jimmy para indicar que una sugerencia le parecía bien. Sin duda, mucho más eficiente que perder el tiempo utilizando la palabra hablada.

—Jimmy, si pudieras de dejar de mirarte al espejo, aunque solo fuera un minuto...

—¿Qué?

—Hay muy poco espacio. ¿Puedes apartarte para que pueda salir, por favor?

Me miró la espalda, fijándose en la curva de mi rotundo trasero y dándose cuenta de que entre nosotros no podría filtrarse ni un cabello, por fino que fuera. Sin ningún comentario, hizo lo que pudo para dejar algo de sitio, escaso pero suficiente, como para que abriera la puerta y me escabullera.

—Gracias.

—Ah, pregunta si tiene una camisa totalmente blanca.

—Claro.

—¡Y date prisa! —dijo cuando cerré la puerta.

Ni por favor, ni gracias, ni nada.

Lo de siempre.

Encontré al señor Ericson mirando por la ventana junto a la pila de la cocina. Del salón llegaba el rumor de la música y charlas animadas, pero él estaba allí solo. Nadie podía ayudarle a superar esto. Debe de haber pocas cosas tan terribles como perder a tu compañera de toda la vida, a tu media naranja.

¿Qué sentiría yo si le pasara esto a mi madre, o a mi padre?

Mierda. Se me hizo un nudo en la garganta y procuré apartar de mi mente ese pensamiento. Estaban bien, acababa de hablar con ellos unos días antes. No obstante, algún día tendría que pasar, ya se iban haciendo mayores. Mis bandazos y ausencias sin sentido debían terminar. Tenía que volver y verles, cuanto antes mejor, porque si algo llegara a pasarles, no me lo perdonaría nunca.

No quise interrumpir al señor Ericson. Jimmy tendría que aguantarse y esperar un poco.

De modo que me quedé un rato de pie detrás de él, pero rocé sin querer con el codo un cuenco con frutas. El cristal sonó más de la cuenta, alertando de mi presencia a cualquiera que estuviera a treinta kilómetros a la redonda. El señor Ericson se volvió y me miró algo sorprendido.

—Hola, Lena. Te llamas Lena, ¿verdad?

—Sí, señor Ericson. Siento molestarle.

—Por favor, llámame Neil. ¿Qué tal? ¿Cómo va Jimmy? —Las líneas de su frente se multiplicaron.

—Bien —dije sonriendo—. Pero estaría más presentable si... si le pudiera prestar una camisa. La suya está manchada de sangre, ¿sabe?

—Por supuesto. Ven conmigo. —Me hizo seguirle por la escalera enmoquetada hasta el piso de arriba, y entramos en una habitación empapelada con motivos florales. También había cierto aroma a lilas. Sobre la cómoda reposaba una foto del día de la boda, y junto a ella, otras más informales.

—A su mujer le sentaban muy bien esas botas blancas por encima de las rodillas —dije, agachándome un poco para ver mejor la foto.

Estaba claro que Mal había heredado de ella su sonrisa y la expresión juguetona en la mirada. Todo lo que había allí parecía indicar que la señora Ericson se las había apañado para sacarle bien el jugo a la vida, que la había aprovechado a tope. Deseé con todas mis fuerzas que así hubiera sido.

—A ella le sentaba bien todo, Lena. —La profundidad de la tristeza que transmitía la voz del señor Ericson era inconmensurable. Y también su amor—. Era la mujer más hermosa que he conocido en toda mi vida.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cuál crees que podría valerle? —dijo más animado, de pie, ante el armario abierto, la mitad con ropa de su mujer. Faldas, blusas y abrigos... Todo perfectamente ordenado en las perchas y las estanterías. También había un par de vestidos. ¿Cómo es posible seguir adelante cuando la mitad de tu vida ya no está?

Acepté la camisa que me estaba ofreciendo, deseando salir de aquella habitación.

—Esta es perfecta, muchas gracias.

—¿Estás segura? —dijo arqueando las cejas.

—Sí. A Jimmy le encantará. ¡Muchísimas gracias, de verdad!

Salí a toda prisa antes de estallar en lágrimas y forzar una situación embarazosa para ambos. El pobre hombre ya tenía bastante con lo que

llevaba encima como para además aguantar otras lloreras. Bajé las escaleras intentando reponerme y respirando hondo.

Llamé con unos golpecitos en la puerta antes de entrar.

—Toma —dije, ofreciéndole la camisa a Jimmy.

—Estás despedida —espetó entre dientes y ladeando la cabeza.

—¿Cómo?

—Lena, ¿es que no la has mirado siquiera?

—¡Ah! —dije—. Bueno es muy alegre y colorida. Así nadie te mirará a la cara, eso seguro.

—Ya. Y por eso estás despedida.

—Pues yo creo que los dibujos rosas y los arbolitos de Navidad rojos combinan de miedo. Y lo de los ciervos le da un tono de lo más entrañable, aunque espera... ¿ese de ahí está saltando o está montando al pequeñito, o pequeñita, de delante? No sé...

Con los dedos tensos se fue desabrochado los botones de su camisa blanca manchada. Los últimos los arrancó literalmente, y fueron a parar a un rincón del cuarto de baño.

—¡Santo cielo! —Seguí inspeccionando el estampado—. Lo creas o no, en la parte de atrás hay un trío. Lo cierto es que a esta camisa no le falta de nada. Y desde luego, si alguien puede sacarle todo el partido, ese eres tú. —Tenía que callarme, joder. Tenía que callarme ya. Pero es que era superior a mí. ¡Qué camisa, por favor!—. El gran Jimmy Ferris. Quiero decir, ¡guau, qué pasada! Se puede decir que eres el rey del estilo y la clase.

—No entiendo cómo coño puedo soportarte.

—Pues yo tampoco —dije, encogiéndome de hombros—. Pero tú sigue pagándome y yo seguiré estando por aquí alrededor.

—Fenomenal. Esfúmate.

—Lo que usted diga, jefe.

Me acerqué a la puerta intentando no reírme... más.

—¿De verdad que te la vas a poner?

—Es lo que debo, ¿no? No puedo hacerle un feo a Neil.

—Lo siento.

—Ya, ya. Sería bastante más creíble si me lo dijeras sin reírte.

Muy cierto.

No podía evitar la risa, ahora nerviosa. Seguramente tenía que soltar de alguna manera todo el estrés del día. No obstante, resultaba innegable que el aspecto de la pobre cara de Jimmy era realmente hilarante. Y la forma en que sostenía la camisa, como si fuera una caca de perro, con el brazo extendido y poniendo cara de asco, contribuía, y mucho.

—¿De verdad estoy despedida? —pregunté, limpiándome las lágrimas de los ojos, pues ya había cedido al torrente de risas.

Si fuera así, la mayoría de mis problemas se resolverían. O al menos el más importante, es decir, él. No tendría que verle todos los días, de modo que mis nuevos sentimientos desaparecerían como por arte de magia, ¿verdad? Sí, seguro que sí. Bueno, probablemente.

—¿Qué pasa aquí? —David irrumpió desde el vestíbulo al modo roquero, léase: sin llamar. Me aparté lo que pude para dejarle un poco de sitio—. ¿Qué pasa con tu cara, Jim? ¿Y qué cojones llevas puesto?

—Pregúntale a Lena.

—No puede contestar. La camisa que llevas es tan horrorosa que se ha echado a llorar.

Ahí ya no pude controlarme, y estallé en carcajadas. Para terminar de arreglarlo, noté que algo se apretaba contra mis tobillos, y después se oyeron unos ladridos.

—¡Vaya, *Killer*! ¿Qué te parece la camisa del tío Jimmy? —Empujé un poco al alegre cachorrillo antes de que me hiciera un agujero en el bajo del pantalón—. Es extraordinaria, ¿verdad?

—¡Hola! —Mal se asomó y se situó como pudo al lado de David, intentando ver la escena—. ¿Qué pasa, hay una reunión en el cuarto de baño o qué? ¿Voy a buscar a Ben?

Jimmy continuó mascullando tacos y se puso a toda prisa el traje.

—¡Anda, te has puesto la camisa de los ciervos follando! —constató Mal acariciando a *Killer* en la cabeza y alzándolo en brazos—. ¡Qué bien! Se la compré a papá hace unos años para tomarle el pelo. Pero creo que es fantástico que te sientas tan seguro de ti mismo y de tu masculinidad como para que no te importe llevarla.

—Yo creo que le va bien —dije riendo—. Refleja su belleza interior mucho más que cualquier otra prenda.

—Muy bien, Lena. ¡Yo no lo habría expresado mejor! —Esta vez Mal sonrió, empezando a comportarse de manera más cercana a la habitual. Era la primera vez que lo hacía en todo el día—. Tengo que llevar a este bichejo con su mamá. Ya va siendo hora de que descanse en su cajón.

—Adiós, *Killer* —me despedí, levantando la mano.

Mal se alejó por el vestíbulo con el perrito en brazos.

—Creo que Mal podría haberte traído otra camisa.

—No. —Jimmy dejó de manipular los botones de la chaqueta. Tenía la expresión mucho más tranquila y parecía que su enfado se había evaporado del todo—. Al menos ha servido para algo. Mal se ha divertido.

—Lo hiciste estupendamente en el funeral —dijo David cruzando los brazos sobre el pecho y apoyándose en el quicio—. Perfecto. Fue un discurso precioso.

—¿Crees que podemos volver ya al hotel? —preguntó Jimmy rascándose la parte de atrás del cuello—. Me apetece pasar un rato por el gimnasio.

Evitó por completo referirse a las palabras de su hermano, seguramente para no sentirse avergonzado, dado que los elogios no tenían lugar en su mundo, lo cual no dejaba de ser raro, al tratarse de una estrella de *rock*. Lo lógico sería pensar que le encantaría saber lo mucho que a los demás nos gustaba lo que hacía. En fin, ese individuo era una contradicción andante.

La cara de David no mostró la más mínima sorpresa pese a las palabras de su hermano. Por el contrario, sonrió.

—Claro. Voy a buscar a Ev y a Ben.

—De acuerdo.

—Escucha. Antes, con mamá, yo no quería...

—No pasa nada —le cortó Jimmy—. Déjalo estar.

—Solo que... no me rendí como tú. Me parece un poco duro no darle a ella una oportunidad también.

—Estuviste a punto de rendirte conmigo —espetó Jimmy inspirando con fuerza—. Me amenazaste, ¿o es que no lo acuerdas? Todos lo hicisteis. Pero eso no viene al caso. En los últimos años no he hecho otra cosa más que darle

oportunidades. Y para lo único que ha servido ha sido para que me pidiera dinero, cada vez más y más. Dave, ella no quiere ayuda, solo puta pasta. Es absolutamente feliz viviendo en el puto arroyo.

David reaccionó como si le hubiera dado un puñetazo. Yo miré hacia abajo, deseando desaparecer. La tensión que se respiraba no habría podido cortarse ni con un cuchillo, habría hecho falta una motosierra, como mínimo. Incómodo como el mismo infierno.

Si David no hubiera estado bloqueando la puerta, me habría escabullido para dejarles que intentaran solucionar sus problemas en privado. Pero estaba atrapada y, por tanto, obligada a ser testigo. Pensaba que a Jimmy no le gustaría nada que yo presenciara tantas intimidaciones suyas en un solo día. No solo físicas, sino de su personalidad y de su pasado. La información es una forma de tener atada a la gente, y mi jefe era una de las personas menos proclives a ese tipo de compromisos. Al lado de los suyos, mis esfuerzos por permanecer al margen de todo el mundo resultaban un puro juego de niños. La tensa relación que mantenía con su hermano era un ejemplo palmario. Y eso que trabajaba con él...

—Sí —suspiró David dándose la vuelta—. Supongo que tienes razón. Ella no quiere nuestra ayuda.

Esperé hasta que Jimmy y yo estuvimos solos para abrir la boca. Durante unos momentos el único sonido fue el goteo del grifo. Pero ya era el momento de romper el silencio.

—Tu hermano tiene razón —dije—. Tu discurso fue magnífico.

Jimmy me miró a través de las oscuras pestañas. Sus ojos parecían una tormenta de hielo, y tenía la mandíbula muy tensa.

—Fue brillante, de verdad —insistí, concentrándome en la parte positiva de la conversación con David—. Fantástico, exactamente como te aseguré que lo ibas a hacer.

Elevó un poco la comisura de los labios. Algo dentro de mí se iluminó al verlo.

—Tenías que decirlo, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—Estupendo —masculló, negando con la cabeza—. ¿No te he dicho que

te vayas?

—Siempre me estás diciendo que me vaya. Ahora estaría más o menos en Alaska si te hubiera hecho caso la mitad de las veces. —Bostecé sonoramente. Si no le había hecho gracia que le tomara el pelo, era el momento de parar. Ya tocaba—. Aún no me has dicho si estoy despedida de verdad o no.

—¿Y tú que crees, Lena? —dijo sorprendido.

—Lo que yo creo es que, digas lo que digas, sigues pagándome. Y el dinero, Jimmy, nunca miente.

No dijo ni una palabra. Así que yo proseguí.

—Y también creo que... si me voy, me echarás de menos.

Durante un momento, una parte de mí, la más complicada de entender, deseó fervientemente que él asintiera, lo cual era una locura. Tendría que eliminar ese lado insensato y cauterizar la herida; arrancarla por completo de mi cuerpo. Esperar algo parecido a una expresión de emociones por parte de Jimmy suponía un tremendo error. Para empezar, esa no era su naturaleza, o bien la bruja de su madre se las había arrancado de cuajo hacía mucho tiempo. Y para continuar, la soledad era lo mejor; eso lo sabíamos los dos. Debido a las circunstancias, resulta que estábamos compartiendo nuestra soledad durante unos días, lo cual quizá fuera mejor que estar completamente solos.

—¿Eso crees? —preguntó analizándome fríamente—. ¿Por qué no te vas y lo averiguamos?

—Okey, MacKey —respondí sonriendo. Ya ni me afectaba.

CAPÍTULO 4

DOS DÍAS DESPUÉS...

—¿Qué pasa? —preguntó Jimmy con voz brusca y sin despegar los ojos de la pantalla de la televisión. Retransmitían un partido de *hockey*, los no-sé-quiénn contra los no-sé-cuántos. Lo cierto es que me daba absolutamente lo mismo.

Llevábamos en Portland dos días y habíamos recobrado casi por completo nuestras rutinas, solo con una o dos diferencias mínimas de comportamiento.

—¿Cómo? —dije, tocando la pantalla de mi libro digital para ponerlo en reposo.

—Sigues mirándome raro...

—¿Yo? No, para nada. —Moví la cabeza a ambos lados.

—Pues claro que sí. —Se le notaba enfadado y de vez en cuando me echaba una mirada de reojo—. Llevas haciéndolo todo el día.

—Te repito que no. Te inventas las cosas.

Pero no. No se estaba inventando nada.

Desde aquel día en Coeur d'Alene todo se había vuelto distinto. Yo misma era distinta. No podía verle, escucharle o simplemente estar a su lado sin reaccionar de cierta forma, aunque lo intentara con todas mis fuerzas. Pese a mis deseos, los sentimientos no habían desaparecido. Todo lo contrario: parecían haberse instalado con la intención de quedarse, afianzándose tanto en mi mente como en mi corazón. Esos breves vistazos a su forma de ser y a su difícil pasado habían cambiado las cosas de forma irrevocable.

Seguramente esa horrible cara de boba, o lo que fuera, aparecía dibujada en mi expresión cada vez que le miraba. Y la verdad es que me sentía como una completa idiota.

—De verdad, no pienso volver a hacer estupideces ni cosas extrañas, Lena —dijo—. Relájate.

—No, si ya lo sé —dije después de una pausa—. Eso no me preocupa.

—Bueno, pues entonces deja de mirarme. ¡Ya! —gruñó.

—¡Que no te estoy mirando! —protesté, sin poder evitar echarle una mirada disimulada.

Se acurrucó todavía más en la esquina del sofá, con su bonita cara ceñuda. Para estar en casa se ponía unos *jeans* y un polo Henley negro. Dudaba mucho de que a cualquier modelo profesional le sentara esa ropa tan bien como a él. Tenía un estilo y un buen gusto innatos. Con mi mata de pelo sujeta de cualquier manera y las gafas en la punta de la nariz, seguramente me habrían elegido como candidata precoz a vieja loca amante de los gatos. Si me regalaran una cesta llena de mininos, no haría falta nada más.

Dejé por imposible el libro digital; era una causa perdida en esos momentos. Estando en el misma habitación que él, mi capacidad de concentración era la misma que la de un niño de cuatro años en una mesa llena de pasteles. Pero el caso es que había entrado allí por un motivo en concreto.

—No le has devuelto la llamada a tu hermano —le dije.

—Mmm...

—Y te ha llamado dos veces.

Encogió un hombro.

Por la parte exterior de la ventana corrían pequeños ríos de agua, y en la distancia se veía el resplandor de las luces de la calle. El típico tiempo frío y húmedo de esta época del año. Solo el hecho de pensar en salir hacía que me estremeciera.

—Puedo traerte el teléfono si quieres —me ofrecí—. Iba a la cocina a por un refresco.

—¿Por qué has venido? —preguntó, al tiempo que se echaba el pelo hacia atrás con los dedos—. Por la noche normalmente estás en tu cuarto.

—¿Te molesta que esté aquí contigo? ¿Te supone algún problema?

—No he dicho eso. Solo me preguntaba qué ha cambiado ahora.

Un montón de cosas.

Montones y montones, para ser más precisos. Algunas de ellas todavía estaba intentando averiguarlas, pero aún no había llegado a conclusiones claras. Lo cierto es que había mentido un poco acerca de que no estaba preocupada por él. Parecía estar bien, lo cual no significaba que echarle un ojo hubiera dejado de formar parte de mi trabajo. El funeral y su laberinto de emociones aún estaba muy reciente.

—No ha cambiado nada —mentí—. Supongo que me aburro de estar sola.

Me envolví en mi viejo jersey verde, sintiéndome un poco cohibida. Además, en ese momento me miraba con unos ojos que parecían los faros de un automóvil en una noche cerrada, sin que yo supiera el porqué. Mejor, porque tampoco quería saberlo. No obstante, era obvio que mi presencia le incomodaba, y lo más probable es que fuera por el simple hecho de respirar. Tal era la disposición hacia mí del glorioso Jimmy. No obstante, antes eso nunca me había preocupado. ¿Igual es que me estaba ablandando? ¿Igual no debía haber bajado? Igual lo que tenía que hacer ahora era abortar la misión de supervisión y retirarme a mis cuarteles de invierno, o sea, a mi cuarto.

—Lo que tú digas —concluyó.

Y eso fue todo. Yo, viviendo todo un torbellino de emociones y ni siquiera era capaz de decir una frase en reconocimiento de mi presencia fiel. Supuse que no le importaba ni lo más mínimo.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—¿Perdona?

Jimmy tenía la cabeza apoyada en el brazo del sofá, y la movió lentamente para mirarme. No noté ningún cambio en su expresión, salvo quizá una mínima calidez en los ojos. O igual solo me lo imaginé.

—Estás muy acurrucada —dijo—. ¿Quieres que suba el termostato?

—No, gracias. —Supongo que lo que debía hacer era ponerme un sujetador con más relleno, para que los pezones no resultaran tan obvios cuando estaba con él. Por otra parte, la habitación era muy acogedora y estaba a la temperatura ideal. Ni qué decir tiene que el sofá en el que estaba

sentada era maravillosamente cómodo. Jimmy no reparaba en gastos a la hora de adquirir muebles confortables y lujosos. No le gustaba lo barato.

—Estoy estupendamente —asentí.

Mínimo movimiento del mentón.

—¿Quién va ganando el partido? —dije doblando las piernas, embutidas en unos *jeans*, a la manera budista.

—La verdad es que no lo estoy siguiendo. Si quieres, pongo otra cosa.

—De acuerdo. —Estiré la mano para que me diera el mando del televisor.

Soltó una risita suave, un sonido que a mí me pareció raro, aunque también delicioso. Fue como si me atravesara la piel de una forma extraña y magnífica. Desde luego, si alguna vez soltaba una carcajada, tendría problemas, y serios.

—De ninguna manera, Lena. El mando solo lo manejo yo. Yo voy cambiando los canales y me dices si te apetece algún programa, ¿de acuerdo?

—¿Solo puedes utilizar tú el mando?

—Así es.

—Un obseso del control.

—Es un sistema de ocio casero de última generación, Lena. Me lo han enviado especialmente desde Alemania. —Movié a su alrededor el sofisticado aparato como si fuera un cetro. El rey Jimmy. O eso quisiera—. No voy a arriesgarme a te lo cargues.

—¿Cómo dices? —Me quedé con la boca abierta—¿Qué quieres decir con eso de que no vas a arriesgarte?

—Como la máquina de café. —Agarró un cojín y, mientras cambiaba de canal, se lo acomodó bajo la cabeza.

Un programa de cocina.

—Cambia. —Me gusta la cocina, pero no tengo la obsesión de ser yo quien tenga que prepararla. En casa siempre cocinaba mi madre, y estaba bien—. Oye, apenas toqué la dichosa cafetera. Seguro que se debió a algún fallo mecánico producto del azar, quizá incluso en un universo paralelo.

—Lo que fuera. El caso es que te la cargaste.

En el siguiente canal ponían una película de los años ochenta. Se podía adivinar por los peinados, bien estirados y en punta. ¡Lo que podrían haber

mejorado a esas pobres mujeres con un tratamiento de queratina! Por no hablar de las hombreras gigantescas. ¡Madre mía!

—Pasa, pasa, por favor —le rogué. Le llegó el turno a un episodio de *Crónicas vampíricas*—. Ya he visto este episodio, así que sigue pasando.

—Menos mal, joder. —Jimmy apretó el estiloso mando y surgió en la pantalla un documental de naturaleza. O al menos eso me pareció: un caballo semental negro y brillante montaba a todo trapo a una pobre yegua con cara de asustada.

—¡Anda, esto es parecido a lo que se veía en la camisa que te prestó el señor Ericson! —exclamé batiendo las palmas encantada, y también con cierta y evidente malicia—. ¡Caballos follando, qué bonito!

—Eso te gusta, ¿verdad? —exclamó con voz taimada.

Tras presionar de nuevo el botón, la amplia pantalla se llenó de cuerpos desnudos y en posturas que exigían mucha flexibilidad. A mí me parecieron miles. En el centro, una mujer hacía malabares con sus pechos frente a un tipo dotadísimo. Las susodichas tetas desafiaban a la gravedad de forma espeluznante. Y, al contrario que las mías, no eran nada puntiagudas.

—¡Qué romántico! —suspiré—. No hay nada que exprese tan bien el amor como el porno duro.

Jimmy soltó una risita siniestra y cambió de canal. Los cuerpos fueron sustituidos por automóviles cuyos motores rugían en una carrera.

—¿Por qué muchos hombre tienen el sentido del humor de un preadolescente capullo, nauseabundo y lleno de granos? —me pregunté en voz alta.

—¿Y eso no te parece encantador? —inquirió levantando una ceja.

—Sí, ya lo sé, soy muy rara —confirmé, agarrando un cojín y apretándolo contra el pecho—. Tuve un novio al que le gustaba... Bueno, no. No me apetece contarle eso a nadie. Para nada.

—Venga...

—No. Es mejor que haga como si nunca hubiera ocurrido. Deja que mantenga bien enterradas mis vergüenzas del pasado.

—Eso no es justo —se quejó—. Tú sabes mucho de mi mierda.

Antes de que pudiera contestar, la Fórmula 1 se convirtió en *Downton*

Abbey y di un salto de entusiasmo.

—¡Deja eso! ¡Déjalo!

Jimmy dio un respingo y se frotó los oídos.

—¡Por el amor de Dios! Utiliza un tono más bajo o me vas a dejar sordo.

—Es una serie estupenda. —Dos de los protagonistas estaban hablando, vestidos con esa preciosa ropa de la aristocracia inglesa de principios del siglo veinte. Maravilloso—. Y muy adecuada a nuestras circunstancias, creo yo.

—¿Cómo? —Torció el gesto y se quedó mirando a la pantalla, sin mostrar la más mínima admiración ante tanto esplendor. ¡Qué plebeyo!

—Se trata de la vida de una familia de aristócratas ingleses de mil novecientos...

—Ya veo, ya veo —me interrumpió—. El castillo y las ropas que llevan lo dejan muy claro.

—¿No te parece precioso ese vestuario? —dije apretando el cojín con entusiasmo. Tenía claro que yo viviría y moriría en *jeans*, pero soñar es bonito—. Mira, ahí están los señores, ricos, lo tienen todo, y los criados, más pobres que las ratas, siempre alrededor de sus amos, satisfaciendo hasta sus más mínimos caprichos y recibiendo apenas un «gracias» como pidiendo perdón. Quiero decir que se les trata como ciudadanos de segunda clase, y casi todos, amos y criados, dan por hecho que así deben ser las cosas. ¿No te parece increíble?

Mi comentario, cargado de ironía, dio lugar a un mero gruñido por su parte. Aunque, para ser justos, lo cierto es que Jimmy podía poner mucho sentimiento en sus gruñidos, según el tono y la fuerza que aplicara al emitirlos. Casi se podía decir que eran frases explícitas. Había convertido la forma de expresión del hombre de las cavernas en una especie de arte de la comunicación.

—Y esa es *lady Mary* —le expliqué, señalando atenta a la pantalla—. Dice un montón de cosas horribles porque le salen, aunque no pretende decirlas, siempre escondiéndose detrás de una fachada de distanciamiento y rudeza; eso sí, siempre muy educadamente. Pero en su interior guarda un corazón tierno y tiene buena conciencia, como todo el mundo. ¿No te recuerda a

alguien que conocemos?

—No paras de hablar —masculló—. ¿Vemos esto o no?

—¿Lo vas a ver conmigo?

—No está mal tener compañía —murmuró sin despegar los ojos de la pantalla.

Me pareció detectar un tono algo lúgubre. Puede que Ev tuviera razón, y que se sintiera solo. Durante el día los otros chicos le visitaban a menudo, pero ahora que Mal estaba pasando unos días en Idaho con su familia, la banda se había tomado un descanso. Jimmy estaba más nervioso de lo habitual, como si no supiera qué hacer con su tiempo libre. De todas formas, lo normal era que las noches fueran tranquilas en su gran casa.

—No, no está nada mal —me limité a decir.

Durante un buen rato estuvimos en silencio, viendo la serie con interés. Bueno, en mi caso le miraba a él a ratos, también con interés. Cuando finalmente dejara Portland, seguro que podría dar un curso sobre cómo fingir en las relaciones .

Se había puesto las manos detrás de la nuca, con la cara relajada y los ojos bien abiertos. Qué interesante, parecía que la trama captaba su interés. Cuando están en plena gira o trabajando, resulta difícil conocer a esta gente. Así que resultaba agradable para mí estar ahí, en vez de sola en mi habitación. Tenía que hacerlo más a menudo. Por el bien de él, naturalmente.

—¿Seguro que no quieres llamar a David? —insistí.

Torció el gesto, muy a su manera.

—Si quieres, pongo el partido de *hockey* otra vez. Es fácil si sabes manejar el mando.

—No debo meterme donde no me llaman, tienes razón. Vamos a disfrutar de la serie calladitos, ¿de acuerdo?

—Bingo. Por fin lo has pillado —sentenció con su habitual voz profunda.

CUATRO DÍAS DESPUÉS...

—Lena, ¿has visto mi camiseta vieja de Led Zeppelin?

—No.

—¿Estás segura? —Sus cejas se convirtieron en una línea oscura; estaba enfadado. Los arañazos de la cara habían desaparecido, gracias a Dios. De todas maneras, me seguía apeteciendo estrangular a su madre, un día sí y otro también.

—Sí, estoy muy segura. No la he visto, Jimmy.

—Pues no la encuentro por ninguna parte...

—¿Y qué tiene eso de raro? —Metí las manos en los bolsillos traseros de mis pantalones—. Escucha, tienes más ropa que Cher, Britney y Elvis juntos. Es fácil que no encuentres algo.

—¿Seguro que no la has visto?

—¡Pero, por favor, Jimmy! ¿Qué crees, que te la he robado para usarla de pijama o algo así? —Me reí amargamente.

En realidad, lo ocurrido era bastante despreciable y digno de sarcasmo. No podía caer más bajo. No fue mi intención quedarme con la dichosa camiseta, pero, maldita casualidad, se mezcló con mi ropa sucia unos días atrás. Mira por dónde, fue lo primero que cayó en mis manos cuando salí de la ducha antes de acostarme, y sin pensármelo dos veces, me la puse. Me gustó mucho el perfume suave que desprendía, tan masculino. A partir de esa noche, la usé todos los días. Mi vergüenza no tenía límites. Y no, todavía no la había echado a lavar otra vez. Por eso no pensaba soltar prenda de momento, en todos los sentidos.

—No lo creo —dijo frunciendo el ceño.

—¿Me estás diciendo que deseo secretamente sentirme cerca de ti, de modo que he robado tu camiseta porque no puedo evitar mi terrorífica perversión?

—Pues claro que no se me ocurren semejantes estupideces —contestó de mal humor, mientras se apoyaba con una mano en el marco de la puerta.

Todos los músculos del pecho se le marcaron en la camiseta blanca que llevaba, de una forma tan atractiva que casi no pude evitar que se me empezara a caer la baba. Comencé a notar una especie de latido en la entrepierna, como si el corazón se hubiera trasladado de repente a ese

perverso lugar. ¿Quién tenía la culpa de eso? Yo no, desde luego. Si me ponía de patitas en la calle, seguramente todo esto pasaría y las aguas volverían a su cauce. Lo cierto era que había empezado a habituarme sin problemas a la sana costumbre de no salir con ningún hombre, para no recaer en mis antiguos y poco saludables hábitos. Pero estas nuevas circunstancias lo estaban cambiando todo, muy a mi pesar.

—¡Pues claro que no! ¡Ni que estuviera loca!

¿Y no era esa la verdad, a los ojos de Dios? Lo lógico sería que me encerraran y tiraran la llave al río. No se me ocurría nada mejor.

—Muy bien, entendido. ¿No puedes imaginarte donde demonios podría estar?

Ni los angelitos del cielo habrían sido capaces de sonreír con tal cara de inocencia. Seguro que lo habrían intentado, los muy mentirosos, pero no les habría salido tan bien como a mí.

—Jimmy: no sé donde está. Pero después la busco, ¿te parece?

—De acuerdo —dijo, y, como si se le acabara de ocurrir, añadió otra orden—: Y deja de mirarme de esa manera tan rara.

—¡No te estoy mirando así!

SEIS DÍAS DESPUÉS...

—¿No? ¡Vamos...! —gritó—. Me he dado cuenta. Eso ha sido una mirada.

—¿Qué?

—¡Que me has mirado! —espetó, apuntando a mi nariz con el dedo índice.

—¿Es que no me está permitido mirarte? —me quejé, apartándole el dedo bruscamente—. ¿De verdad? ¿Es una de esas extrañas estrategias que has escuchado que ponen en práctica los famosos? Nadie tiene derecho a mirarte o a hablarte. Es eso, ¿verdad? ¿Y qué te parece que haya cuencos de crema de chocolate allá por donde vas a partir de ahora?

Entornó los ojos.

Puede que sintiera una pizca de culpa muy dentro de mí por un comentario

tan mezquino, pero era una cuestión de pura supervivencia. No tenía elección.

—No estoy tomando nada, y tampoco se me ha vuelto a ir la olla —dijo en voz baja pero muy firme.

—Lo sé.

—Oh, ¿de verdad?

—Sí.

—Entonces no soy yo. Eres tú.

—¿De qué narices estás hablando? —En mi cabeza empezaron a sonar un montón de sirenas de alarma.

—Puedes negarlo todo lo que quieras, pero tengo razón. A ti te pasa algo —dijo en voz baja—. No sé qué coño será, ni quiero saberlo. Lo único que quiero es que pare. ¿Te enteras?

—Jimmy, en serio, no me pasa nada. —Me recogí el pelo con la mano y me hice un moño bastante desmañado, simplemente para tener las manos ocupadas porque, las muy traidoras, se habían puesto a temblar—. Por cierto, ¿le has devuelto la llamada a David? Porque ha vuelto a llamar, y estoy harta de inventarme excusas.

—He estado ocupado. —Se volvió de espaldas y miró por la ventana—. Además, entre otras cosas, te pago para que te inventes excusas.

—Creo que voy a empezar a cobrarte un extra por hacer que mienta. Alguien tendrá que pagar por los pecados de mi alma.

No hubo respuesta. Sus anchos hombros parecían soportar un gran peso, que le doblada la espalda. Eso no era nada bueno. No creía que fuera adecuado hacer ningún chiste respecto a su estado de ánimo.

—¿Sabes? Últimamente estás algo tenso —dijo, cambiando a un tono más suave—. ¿Quieres que te reserve un masaje? ¿No te apetece? Y después, si quieres, podemos relajarnos y ver la tele.

Me miró por encima del hombro; le temblaba un músculo de la mandíbula.

—Sí, suena bien. Voy a salir a correr un rato.

—Está lloviendo.

—Tranquila. No me voy a derretir. —Se fue sin más hacia el recibidor.

Naturalmente, tenía toda la razón. Me estaba pasando algo. Pero lo que

ocurría entre él y su hermano me preocupaba más. Mucho más.

SIETE DÍAS DESPUÉS...

—¡Ya estás otra vez! —Jimmy se paró en mitad de una flexión mientras la gotas de sudor recorrían su rostro tan sexi—. No es que me lo imagine, joder. ¡Lo estás haciendo otra vez, y te he visto!

—¿Qué? —contesté en voz muy baja y con calma.

Estaba sentada en la encimera de la cocina, de mármol italiano blanco y negro: Jimmy solo quería lo mejor. Su casa era muy lujosa y cara, pero eso sí, austera hasta el límite. Desde el exterior se veían tres pisos de pared gris, pero la decoración interior era exclusivamente a base de blancos y negros. Básicamente, parecía como si un artista posmoderno se hubiera dejado caer por allí y el decorador hubiera decidido contratarlo. Era como si alguna nota de color estuviera prohibida. Me sentía tentada a empezar a comprar accesorios de cocina, uno o dos jarrones, varios almohadones de colorines, y dejarlos en distintos rincones como protesta silenciosa, solo para ver cómo reaccionaba.

—Lena, me estás mirando de una manera rara todo el tiempo. Admítelo.

—No. Sólo estoy repasando tu correo electrónico. O sea, nada que ver con lo que dices. —Fijé la mirada un momento en su cuerpo caliente, en todos los sentidos de la palabra, e inmediatamente me volví a concentrar en la pantalla del portátil—. ¡Anda! La Chica de la Lencería te ha mandado otra foto. Esta vez lleva un sujetador de media copa, rosa intenso y con borlas. El color no es muy allá, pero lo de las borlitas le da un toque original. ¡Fíjate, hasta ha mandado un vídeo haciéndolas girar! ¡Qué chica más ingeniosa!

—Bórralo.

—Pero ¿y si dice algo importante?

—Es una completa extraña que me manda fotos y vídeos en las que está medio desnuda, bailando y haciendo contorsiones sobre los muebles, ¿no?

—Sí —confirmé, con tono reflexivo, con la vista puesta en la pantalla—.

Hoy toca la lavadora. Muy sexi, la verdad, al menos desde un punto de vista erótico-doméstico. Una poderosa reivindicación del feminismo, diría yo. Esta mujer es muy profunda. Todo un hallazgo.

—Ya. —Continuó con sus ejercicios—. Nada de lo que diga puede interesarme.

En el exterior una explosión de luz iluminó el cielo, y di un respingo. El trueno sonó enseguida.

—Ha caído cerca. —Dije, y comprobé que seguía a lo suyo, sin preocuparse por las desatadas fuerzas de la naturaleza—. Algunas de tus fans están como cabras. Aunque afortunadamente otras son majísimas. Mira esta...

Gruñido.

El problema de las flexiones era que los movimientos que hacía se parecían mucho a los del acto sexual. Para ser más concisos, el sudor, los jadeos por el esfuerzo, el sube y baja de la zona pélvica... Era repugnante, debería estar prohibido. Además, yo sentía que empezaba a necesitar de verdad alguien con quien acostarme, o al menos a alguien con quien hacer manitas. Me daba la impresión de que había llegado a mi límite de aguante y que estaba a punto de estallar. Dios, esperaba que no fuera más que eso. Nuestro contacto físico antes del funeral había despertado en mí ciertas necesidades que, por desgracia, no podía satisfacer por mí misma. Y no iba a perder el tiempo pidiéndole a Jimmy que me ayudara.

Para más inri, habíamos adquirido el hábito de ver la televisión juntos todas las noches, discutiendo quién escogía el programa. Era agradable, la verdad. Muy agradable.

Una noche, cuando me dejé caer por la sala de estar, estuvo a punto de sonreír y me hizo sitio, moviéndose hacia su lado preferido del sofá. Como si me hubiera estado esperando, o como si esperara mi llegada... Algo así. Igual estaba interpretando mal las señales. Pero me dejó tan sorprendida que sonreí un tanto torpemente, me senté y soporté un cuarto de hora de fútbol americano hasta recuperar mi buen criterio.

Incluso aunque estuviera equivocada, creo que ya iba siendo hora de acabar con la prohibición que me había hecho a mí misma respecto a los

hombres, el sexo y el amor. O, por lo menos, a los dos primeros aspectos: léase hombres y sexo. No podía seguir dando vueltas alrededor de Jimmy como una adolescente embelesada. El problema era que el tiempo que había pasado con él de alguna manera me estaba calmando; me despertaba cierta necesidad de compañía y también la añoranza por las amistades que había dejado atrás hacía unos años, cuando decidí lanzarme de cabeza al mundo exterior. Dicho de otro modo, cuando todo se fue a la mierda.

Si al menos fuera tan amable de ser un perverso... Crucé las piernas y apreté los muslos. El sudor oscurecía el delgado algodón de su camiseta, que se pegaba al cuerpo delineando cada músculo. ¡Y mira que tenía músculos!

—¡Lena!

—¿Quéee?

—¡Para de una vez!

No dije ni una palabra.

—No dejas de mirarme, y no me gusta ni un pelo. Es más, no lo aguanto, es jodidamente molesto.

Dios, tenía toda la razón.

Le observaba constantemente, no podía evitarlo, y cuando no le miraba, pensaba en él. Sobre todo en que no quería sentir nada por él. Pero querer no es poder, digan lo que digan. Estaba perdiendo el norte. Para ser brutalmente sincera conmigo misma, en realidad ya había perdido la batalla en Coeur d'Alene. Mi estúpido corazón tartamudeaba, como si quisiera ocultar lo que sentía. Pero todos esos sensibleros sentimientos crecían cada día y me arrancaban cualquier vestigio de sentido común.

Esto no podía seguir así.

No podía pasar por lo mismo de siempre, una vez más.

—Tengo que irme —susurré. La sola idea de dejar de estar con él era como arrancarme el corazón con un tenedor de plástico, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Dejó de hacer flexiones.

—¿Cómo?

—Quiero decir que... estoy cansada. Hoy he trabajado mucho. ¿Crees que es fácil lidiar con tus admiradoras?

—Nadie te ha pedido que te ocuparas de mi cuenta de correo de las fans. Haces ese trabajo porque quieres.

—Bueno, es que no puedo limitarme a estar todo el día a tu alrededor sin hacer nada. Necesito estímulos mentales.

Jimmy emitió un sonido de exasperación y se puso de pie de forma muy atlética. ¡Qué bárbaro! Seguro que en la cama era impresionante. No, no, nada de eso. Seguro que era un amante egoísta, más pendiente de mirarse en el espejo del techo que del asunto en sí. Pero lo único que yo necesitaba era algo que calmara el infierno que ardía entre mis piernas.

Se formaron algunas líneas entre sus cejas.

—Explícame cómo es posible que ver fotos o vídeos de chicas bailando en ropa interior te resulte mentalmente estimulante. Necesito saberlo.

—No todas son así. Algunas son realmente agradables, y lo único que quieren es una foto tuya firmada o dedicada, o un simple «gracias por contestarme. Me alegra que te gustara el álbum». No les haces ni caso. Y eso, Jimmy, es una falta de respeto.

—Los administradores pueden dedicarse a eso. Y si estás cansada, vete a echar una siesta y quítate de mi vista. Tú y tus rarezas. —Me miró como si estuviera en la zona de residentes de un sanatorio mental. Tenía sus razones, la verdad.

—Muy bien. —Apagué y cerré el portátil—. Eso haré.

—¡Dios! Vaya humor que tienes últimamente. Peor que el mío.

—Jimmy, ¿es que pretendes hacer un chiste sobre tu humor? —dije después de soltar una carcajada, que se pareció más a un ladrido.

Torció mínimamente la comisura de los labios. ¡Oh, no! ¿Era eso un hoyuelo? Mi pulso se volvió como los fuegos artificiales del 4 de julio. No podía resistir esos jodidos y divinos hoyuelos. Me daban ganas de lamerlos, poquito a poco...

—Leeena —gruñó.

Me humedecí inmediatamente.

—Perdona. Solo... ¿qué es eso?

Me detuve y empecé a aspirar, como un perro. Notaba un olor extraño, a humo, que se notaba por debajo del sudor de Jimmy y los restos de su

perfume. Por un momento pensé que podía ser cosa de mi imaginación, pero no. Me dio un vuelco el corazón. De todas las señales que pudieran llegar, esta era de las peores.

—¿Qué es qué? —preguntó.

—El olor a tabaco, a cigarrillo. —Me puse de pie y rodeé la mesa—. Viene de ti.

Se apoyó sobre las caderas.

—No sé de qué estás hablando.

—Tu cazadora también huele.

Dirigió la mirada a la prenda en cuestión, que estaba medio colgada del respaldo de una silla de la cocina. Era gris, de entretiem po y nada especial, aunque estaba segura de que le había costado una millonada. Era perfecta para salir fuera con ella a fumar un pitillo. Se pasó la lengua por los labios y me lanzó una mirada torcida.

—Lena...

—Has empezado a fumar otra vez, ¿a que sí?

—No necesito tu permiso, mami. Puedo hacer lo que quiera.

—Y entonces... ¿por qué lo haces a escondidas?

—Porque no es asunto tuyo —respondió poniéndose de pie con agilidad y frotándose las manos.

—Te equivocas, Jimmy. Invéntate otra excusa, porque mi trabajo consiste precisamente en cuidar de ti y de tu salud.

Extendió la mano hacia la chaqueta. Por desgracia para él, en este caso yo iba bastante por delante. La agarré, la apreté contra el pecho y rebusqué por los bolsillos con una mano. No debía de haber empezado hacía mucho tiempo, aunque lo cierto es que tenía que haber estado más atenta para intervenir desde el primer minuto.

—Dámela —exigió mientras me tiraba de una de las mangas.

Saqué la cajetilla dorada de uno de los bolsillos y la oculté detrás de mi espalda, fuera de su alcance.

—¿Qué será lo próximo que hagas: putearme con el café? ¿Es que me lo vas a prohibir también? —dijo mientras estiraba la chaqueta, que se había arrugado. Pulcro era, la verdad. Pero en ese momento dominaba la ira: sus

ojos echaban fuego de pura furia y el pelo sudado se le pegaba a la frente—. Solo me fumo un puñetero cigarrillo muy de vez en cuando. Lo demás lo he dejado, todo. Por favor, dame la cajetilla, Lena.

—Sabes que no deberías fumar nada. Por eso te sientes tan culpable.

—¡Yo no me siento culpable, joder! —dijo, con la voz tensa y una expresión muy adusta—. Soy adulto, y además, te lo vuelvo a repetir: no es asunto tuyo.

—Me preocupo por ti. —Rápidamente me separé de él, para poner un poco de tierra por medio entre la furiosa estrella del *rock* y yo.

La magnífica mesa para ocho comensales de la cocina suponía una barricada perfecta. Pero, dada la cara que tenía, hubiera preferido una valla electrificada.

—Lo dejaste por alguna razón, supongo —dije—. ¿Me la puedes decir?

—Devuélvemelo. —Volvió a extender la mano con exigencia impaciente. Los labios apretados y el rostro inexpresivo marcaban la escena.

—Hace meses que decidiste dejar el tabaco, ¿no? ¿Por qué lo hiciste, Jimmy? Anda, explícamelo.

No me contestó. Lo que hizo fue moverse hacia la izquierda, así que yo lo hice hacia la derecha, claro, manteniendo las distancias entre nosotros y, lo que era más importante, la enorme mesa. La seguridad era clave en ese momento.

—Lena... —sentenció en voz baja y amenazadora—, no me apetece nada salir ahora, de noche y con esta tormenta, a comprar otro paquete, así que me vas a devolver ese. Y después vas a apartar tu bonita nariz de lo que no te importa.

—No.

—Es una orden, Lena. Te lo pido por favor.

¿De verdad Jimmy seguía pensando que las órdenes funcionaban conmigo? Por la tensión de la mandíbula, me pareció que sí. Una idea absurda, por su parte.

—¡Muy bien, negociemos! —propuse, sacando una silla de debajo de la mesa—. Creo que seremos capaces de sentarnos y hablar de esto como dos adultos. Discutamos los pros y los contras, y asegurémonos de que tomas una

decisión coherente y sensata.

Su amplio cuerpo se mantuvo inusualmente quieto, aunque con las manos agarraba fuertemente el respaldo de la silla que tenía frente a él.

—Claro. Hagamos eso.

—Gracias. Es todo lo que te pido.

Se sentó en la silla despacio. Después inclinó la cabeza, invitándome a que hiciera lo mismo. Tenía hinchadas las venas del cuello y de los brazos. Era obvio que iba a levantarse inmediatamente después de que yo me sentara. ¿Acaso pensaba que era boba? Respiré agitadamente, y noté cómo mis pechos subían y bajaban debajo de la camiseta. Por un momento vi que se fijaba en ellos, y cierto color iluminó su cara. Bueno, eso había servido al menos para distraerle un momento.

A la larga, no podría conseguir que dejara de fumar. Lo sabía perfectamente. Pero al menos sí tenía que impedirselo esa noche, y después hablarlo tranquilamente. Por desgracia, me tapaba el camino hacia el triturador de basura, que hubiera sido la forma más rápida de acabar con el problema en ese momento. Hay que ser creativa.

—De acuerdo. No sabes lo que me alegra que hablemos de esto de forma civilizada. —Fingí que iba a posar mi trasero cuidadosamente en la silla—. Gracias por acceder a hacerlo, Jimmy.

—Por supuesto, Lena. Por ti, lo que sea. —Mostro una sonrisa exhibiendo todos los dientes; pese a la evidente falsedad, era tremendamente atractiva.

—¡Qué atento! —dije, y sonreí.

Y entonces salió corriendo.

La descarga de adrenalina hizo que yo también echara a correr a toda mecha. Tiraría los malditos cigarrillos en el baño del vestíbulo. Perfecto.

Afortunadamente estaba cerca porque, a pesar de que le llevaba bastante ventaja, corría mucho más que yo. No era raro, puesto que él salía todos los días a correr, y yo, por mi parte, comía *pizza* o empanada, también todos los días.

El timbre de la puerta principal sonó por toda la casa, y se mezcló con los fuertes latidos de mi corazón y las potentes pisadas de Jimmy, que corría detrás de mí como un poseso. Agarré el tirador de la puerta del cuarto de

baño y entré patinando en el suelo de mármol. ¡Oh, no! Ya estaba cerca. Pero Jimmy me agarró por la cintura con un brazo y tiró de mí. Dado que él iba descalzo y yo llevaba calcetines, nuestra estabilidad era mínima. Todo lo contrario que nuestro impulso. En fin, física elemental.

Salí literalmente volando. Si no llega a ser porque él estaba allí, seguro que me hubiera roto la mandíbula contra el duro suelo del vestíbulo. No obstante, mis rodillas sufrieron en parte el impacto, aunque él se llevó la peor parte: la palma de su mano se estrelló con fuerza contra el mármol, impidiendo por centímetros que me golpeará la cara. Evidentemente, se me escapó volando el paquete de cigarrillos, que se deslizó por el suelo unos cuantos metros.

Volvió a sonar el timbre.

El moño se me había deshecho, y tenía todo el pelo por la cara, tapándome los ojos. Apenas veía nada, aunque pude atisbar el paquete de cigarrillos cerca de la puerta de entrada, así que me lancé hacia la maldita cosa y la intenté agarrar con una fuerza animal.

Jimmy acabó con la pelea de una forma muy simple: se puso encima de mí y me aplastó contra el suelo, pues su peso era tremendo, al menos en esas condiciones. Su desarrollo muscular hacía que pesara aproximadamente lo mismo que una cría de elefante crecida.

Empecé a agitarme como si me estuviera ahogando, emitiendo sonidos guturales. Él se rio malignamente.

—¡Quítate de encima! —grité, retorciéndome.

—¿Vas a dejar de darme la coña con esto? —susurró pegado a mi nuca y noté en la oreja su aliento cálido, siendo perfectamente consciente de su cuerpo sobre mi espalda. En cualquier otra situación, la cosa hubiera resultado muy excitante. Por accidente, su miembro rozó con mi trasero y... ¡Guau, madre mía! De inmediato noté que me ponía caliente y roja como un tomate.

¡Mierda! Pese a todo, era tremendamente excitante.

—¡Jamás! —Farfullé con la cara contra el suelo.

—No vas a ganar, Lena. —Me agarró de la cintura con sus manos sudorosas, evitando que pudiera alcanzar el tesoro. Noté que su pene se ponía

duro y se apretaba contra mí. Demonios, ¿él también había empezado a disfrutar del momento? En su caso, tenía que tratarse de una reacción puramente física.

—Tu actitud es ridícula —dijo.

—¡Vaya! ¿Y la tuya no? —Resollé, y por un momento pensé que los pezones iban a hacer dos agujeros en el mármol.

—Lena...

Alguien empezó a golpear la puerta. Estaba claro que teníamos un visitante, y en medio de la tormenta, mientras nosotros manteníamos una especie de lucha grecorromana pseudosexual en el suelo del vestíbulo. Magnífico.

Entonces sonó el tintineo de unas llaves y se descorrió el cerrojo.

David Ferris entró por la puerta, acompañado de una fuerte ráfaga de aire frío. Una hoja húmeda, típica del otoño tardío, se me pegó a la cara. Jimmy me la quitó antes de que pudiera reaccionar. El viento cesó en cuanto David cerró la puerta. Se quedó de pie, mirándonos con el ceño muy, pero que muy fruncido.

—Chicos —dijo, e inmediatamente brilló en sus ojos una chispa de diversión—, ¿estáis en medio de una sesión de lucha libre o qué?

—Pues ya ves. Sí. —Golpeé con mis uñas el suelo y apoyé la cabeza en una mano—. Llueve mucho y Jimmy no podía salir a correr, así que... hemos tenido que improvisar el ejercicio físico de hoy.

Vi que David se pasaba la lengua por los labios y su sonrisa se ampliaba.

—¡Qué bien! ¡Me parece estupendo!

—Lena estaba haciendo demasiadas estupideces. Es una larga historia —dijo Jimmy, todavía sentado sobre mi espalda.

—Nada de estupideces, no mientas. Solo hacía mi trabajo, preocuparme por tu bienestar general —protesté—. ¿Serías tan amable de quitarte de encima de una vez?

En ese momento David vio a sus pies el paquete de cigarrillos. Mierda. Los pliegues de su frente se multiplicaron. Lo golpeó hacia nosotros con la punta de su bota. A la velocidad del rayo, Jimmy se hizo con él. ¡Oh, no!

—¿Has empezado otra vez a fumar, Jim? —La voz de su hermano

destilaba disgusto y decepción. Noté como el cuerpo de Jimmy se tensaba contra mi espalda.

—Los cigarros son míos, David —dije.

—No, no es verdad. —La gigantesca masa de mi jefe dejó de aplastarme contra el suelo. Antes de que pensara siquiera en levantarme, unas manos me agarraron por los hombros, y me alzaron como si pesara menos que una pluma.

—¿Hay alguna otra cosa que desaprueres respecto a mi comportamiento, Dave, o quizá debería llamarte «don Perfecto»? —pregunto Jimmy tras aclararse la garganta.

—Las cosas no van como deberían —dijo su hermano con expresión sombría—. Llevo toda la semana intentando hablar contigo.

—Ya. Lo siento, he estado ocupado.

—Bueno.

Los dos hermanos se miraron fijamente con cara de pocos amigos. La reunión no estaba yendo nada bien. Si Jimmy apretaba más los labios, seguramente se quedaría sin ellos. Muchas mujeres de todo el mundo se pondrían de luto por la lamentable pérdida. De hecho, yo misma lo haría.

Era horrible contemplar la cara de dolor y arrepentimiento de David. Seguro que Jimmy le perdonaría. Eran hermanos. Aunque, la verdad, yo no era precisamente un ejemplo de amor fraternal. Sin embargo, estos dos eran distintos a mi hermana y a mí. Ellos se querían de verdad.

—Me alegro de que hayas venido —me atreví a decir—. ¿Cómo está Ev?

—Muy bien. Gracias —asintió David.

—Dave, ahora mismo estamos ocupados con un asunto. —Los dedos, tensos, rodearon el paquete de tabaco. Jimmy procedía con su habitual reacción evasiva. Miró al suelo con cara de reproche, como si una baldosa se hubiera tragado el último Kit-Kat del paquete. Él no comía chocolate, pero seguramente entendéis lo que quiero decir.

—Te llamaré después —dijo con cierto desdén, sin mirar siquiera a su hermano.

Se me cayó el alma a los pies.

—Jimmy...

—Más tarde, Dave, ¿de acuerdo? —Su voz firme resonó en la habitación, y le siguió un ominoso silencio.

—No —dije sin subir el tono, y me puse a su lado—. Vosotros dos tenéis que hablar. Ahora.

—No te preocupes, Lena. No pasa nada. —David se rascó la cabeza y me lanzó una mirada cohibida. El agua goteaba de su abrigo, formando un pequeño charco a sus pies—. Hablaremos cuando Jimmy esté preparado.

Jimmy me miró hoscamente y no dijo nada.

David abrió la puerta sin decir nada más, saliendo de nuevo a la tormenta. El propio Jimmy se acercó a la puerta y la cerró de inmediato tras la espalda de su hermano. Escuché cómo aplastaba la cajetilla de tabaco como si no fuera más que basura.

—Ve a buscarlo. Ahora mismo. —Corrí hacia el armario, abrí la puerta y agarré el primer abrigo que encontré.

Dejó la cajetilla de tabaco encima de la mesa auxiliar. Los cigarrillos habían pasado a mejor vida, sin remedio.

—Estate quieta, Lena.

—No. Solo tienes un hermano y la verdad es que es un hombre muy bueno —dije. Las palabras me salieron sin pensar—. Sí, se equivocó completamente diciendo aquello y poniéndose de parte de tu madre en Idaho, y sé lo mucho que te dolió que lo hiciera. Pero, Jimmy, él lo sabe también, y está arrepentido. Está hecho polvo, se le nota en la mirada.

—No quiero hablar acerca de esto.

—¿Sabes? Yo tengo una hermana, y nos odiamos mutuamente; es algo irracional. Y todo lo que hemos conseguido ha sido partir en dos a la familia. Créeme, no te gustaría nada que la situación entre vosotros llegara a esos extremos. —Lo agarré del brazo—. Jimmy, por favor...

Se soltó de mí inmediatamente.

—¿Y cómo vamos a evitarlo, eh?

—Todo el mundo la caga alguna vez. Tú lo sabes bien, y por experiencia propia. Pero es tu hermano, y te quiere. Dale la oportunidad de disculparse.

—Así que te pones de su parte, ¿no? —dijo mirándome con pena—. Dave siempre ha sido el niño bonito, el sensato, el de buen corazón. Todas las

chicas le quieren. Pero tienes que saber que está pillado por Ev, Lena. No te va a dar lo que necesitas.

—¡Venga, por favor! —Le golpeé fuerte con el abrigo en el pecho y, milagrosamente, conseguí que retrocediera un paso, aunque fue como darle una patada a una roca. ¡Menuda idiotez acababa de decir!—. Pero ¿qué dices? ¿Estás de broma? No tengo ningún interés en tu hermano, ni físico ni sentimental. Además, estoy de tu parte. Siempre lo estoy y siempre lo estaré.

No parecía muy convencido.

—Solo está preocupado por ti —añadí—, por lo herido que te has sentido durante la última semana, preocupado por lo que te dijo. Pero, al mismo tiempo, te ha echado de menos. Tu hermano se equivocó, y él lo sabe perfectamente. Te lo prometo.

Me miró durante un momento.

—Por favor, Jimmy...

Volvió la cabeza. Su nuez subía y bajaba. De repente, con un gruñido dio media vuelta al pomo, abrió la puerta y se lanzó a correr en medio de la lluvia torrencial. El viento gélido me alborotó el pelo y hasta me hizo daño en la cara. Me envolví en su olvidado abrigo, escondiéndome tras la puerta, que se había quedado medio abierta.

Jimmy corría por el jardín de la entrada intentando con todas sus fuerzas alcanzar el todoterreno, que estaba aparcado a un lado. Se abrió la puerta del automóvil y David salió de él. Al principio se quedaron quietos, el uno frente al otro, mirándose, dejando un espacio amplio entre ellos. David tenía los brazos cruzados, y Jimmy las manos en las caderas. Entonces David se acercó y le tocó en el hombro, como si le rogara. Jimmy pareció relajarse un poco y ambos se acercaron. Pronto juntaron sus cabezas, como si estuvieran hablando a pesar de la tromba de agua que estaba cayendo. La cosa parecía ir bien. Por lo que pude distinguir, creo que David asintió. No se veía con claridad.

Un par de hojas de color dorado y naranja entraron volando en la casa, empujadas por una ráfaga de aire.

Cuando Jimmy se dio la vuelta para regresar, su hermano le agarró del brazo y tiró de él. Finalmente, se dieron un abrazo. Por fin. Gracias a Dios.

Jimmy volvió corriendo a casa, empapado hasta la médula.

—Ten cuidado, no te vayas a resbalar. —Le ofrecí el abrigo, pero lo que hizo fue sacudir la cabeza y quitarse la camiseta empapada. El agua le chorreaba y le corría por la cara y el cuello—. Voy a por una toalla.

—No te molestes. Estoy demasiado mojado.

Se dirigió al baño y entró directamente en la ducha, dejando que el chorro de agua caliente comenzara a hacer vaho.

—¿Habéis solucionado las cosas? —pregunté.

—Sí. —Se quitó los pantalones y se quedó en calzoncillos, que no le cubrían más que la mínima zona noble. ¡Qué barbaridad! Allí estaban sus muslos, su pecho con la tableta bien marcada, su... todo. Con la cabeza llena a rebosar de fantasías sexuales, no caí en la cuenta de que en la casa había bastantes más habitaciones. Mi cuerpo sufrió una conmoción absoluta, y el pulso se me aceleró hasta extremos insospechados. No sería mala idea ayudarle a entrar en calor. De hecho, mi cara y alguna que otra parte de mi cuerpo echaban humo. ¡Dios! Apostaría lo que fuera a que esa piel sabía a gloria.

Levantó una ceja.

—Lena...

Parpadeé.

—¿Qué, esperando a preguntarme otra vez si estamos bien? —dijo.

—¿De verdad lo estáis? —contesté lentamente casi como un autómata.

—Da por zanjado el tema. —Jimmy se quedó de pie con las manos en las caderas, observándome. No pude descifrar nada a partir de su expresión. Pero hizo un gesto casi imperceptible, y podría asegurar que estaba a punto de pedirme algo, aunque cambió de opinión—. Vamos, ¿qué haces aquí? A no ser que te ofrezcas a enjabonarme la espalda, es mejor que te vayas.

Abrí unos ojos como platos.

—¿Cómo? ¿Enjabonarte...? ¿Hablas en serio?

Muy suavemente, me agarró del brazo y me condujo fuera del cuarto de baño.

—Sal de aquí, anda.

—Es que quería hablar contigo. —Ni de coña quería hablar con él.

Simplemente quería volver a escuchar lo de masajear su espalda. Dado que acababa de nombrarme a mí misma empleada del mes, no me importaría en absoluto hacer ese trabajito.

—Pues hablaremos después.

—Pero...

Me cerró la puerta en las narices.

Fantástico.

Estúpida.

La decepción es una bestia enorme y desagradable, y se instaló a sus anchas en mi corazón. Envolví mi cuerpo con los brazos para protegerme del frío, tanto interior como del exterior. Parecía que, al haber estado un buen rato con la puerta abierta, me había quedado un poco destemplada debido a la humedad y el viento. No obstante, lo principal era que había sido arrojada de las puertas del cielo, también conocido como «el baño de la planta baja». ¿Así me agradecían los servicios prestados?

Di un golpecito en la puerta con los dedos.

—¡Lo has hecho muy bien, Lena! ¡Buen trabajo! —gritó él desde dentro.

Dejé caer el brazo a lo largo del cuerpo.

—Gracias. —contesté casi imperceptiblemente.

—¡Dave y yo volvemos a estar bien! —continuó con voz cantarina.

—Estupendo —contesté, esta vez un poco más alto, pero no lo suficiente como para que me oyera.

—¡Sí! ¡Tenías toda la razón, Lena!

—¡Me alegro! —Me recompuse y contesté al mismo volumen que él me estaba hablando—. Y oye... ¿vas a dejar de fumar?

Se oyó un juramento ininteligible. O al menos eso me pareció.

—¡Muy bien, de acuerdo! Y deja de dar vueltas alrededor de la puerta mientras me ducho. Es bastante raro.

Puse los ojos en blanco. ¿Es que podría ver algo por el ojo de la cerradura?

Bueno, mejor hacer como si no supiera nada.

Las tres y media de la madrugada es una hora fatídica si lo que quieres es

dormir y no puedes. Parece como si no sirviera para nada en concreto: demasiado tarde para descansar bien, y demasiado pronto para levantarse y ponerse a hacer cualquier cosa.

Me di la vuelta sobre el colchón y miré fijamente al techo. Seguía del mismo color que las pasadas cuatro horas. En la mesilla de noche, mi habitual vaso de agua ya estaba vacío. Era lógico, pues, que a cambio mi vejiga pidiera a gritos un viajecito. Estaba muy inquieta y alterada. Seguro que Jimmy había pagado una pasta por aquel colchón, probablemente digno de cualquier familia real europea. Pese a ello, lo dicho: no podía estar más incómoda.

Con un bufido y de mal humor, tiré de las sábanas y me dirigí al cuarto de baño. Hice lo que tenía que hacer y me lavé lentamente las manos. Ya que estaba levantada y sin ganas de regresar a la cama, pensé en ir a buscar un poco de chocolate. ¡Que no se le ocurra a nadie cuestionar la lógica de mis ideas! Con que sirviera para consolar mínimamente la falta de sueño y la frustración que me embargaban, a mí me valía.

Bajando las escaleras vi una luz tenue procedente de la sala de estar, proyectando sombras de colores en la pared. Había dejado a Jimmy viendo un documental de Phil Spector hacía varias horas. Concedamos que el señor Spector es un genio de la música, pero teniendo en cuenta su estado actual y las circunstancias de su vida personal, el programa resultaba un tanto macabro e inadecuado para mi gusto. Así que les di las buenas noches a ambas estrellas del *rock*.

Pero en aquel momento lo que vi en la enorme pantalla fueron unas cuantas leonas, sin ninguna presa alrededor, que holgazaneaban por la amplia sabana. Jimmy estaba tirado en el sofá, dormido como un tronco. Los rasgos de su angulosa y bonita cara estaban igual de tensos y marcados que cuando estaba despierto. No obstante, me parecieron algo más suavizados, sin tanta fuerza y determinación. Las pestañas, largas y oscuras, descansaban sobre sus párpados, y tenía los labios ligeramente separados. Su aspecto era realmente tierno.

Noté que, desde mi vientre, me sacudía una sensación indescriptible que avanzaba por todo el cuerpo, hasta las puntas de los pies. Sin duda, tenía que

ver con él, porque me sucedía siempre que le veía últimamente. Sentía frío y calor, simultáneamente pero no al mismo tiempo. Por supuesto, era algo físico, pero también había algo más, mucho más, que no podía definir. Quería saberlo todo sobre él, hasta el más mínimo detalle. Y también quería que él lo supiera todo de mí. Deseaba formar parte de su vida de una forma real y efectiva, no solo como empleada suya; ser la persona en la que se apoyara en sus peores momentos, en la que confiara de verdad.

En definitiva: una locura.

¿Nunca os habéis dado cuenta de lo distintas que se ven las cosas durante las primeras horas de la mañana, sobre todo si se ha estado en vela casi toda la noche? La realidad se vuelve un poco surrealista y, pese a ello, más despejada y tranquila, de forma que puedes escuchar muy claramente el susurro de la verdad de las cosas, mientras que a plena luz del día no eres capaz de darte cuenta.

Lo que descubrí fue que mis sentimientos por Jimmy no podían desaparecer. Fui tan tonta que pensé que se irían como habían venido, teniendo que vivir en su casa y respirar el mismo aire que él. Pero no: estaba claro que seguirían ahí, y además crecerían.

Y si ellos no se iban, entonces tendría que irme yo.

No podría soportar otro desengaño amoroso. Y menos, viéndolo venir desde tan lejos, como era el caso con Jimmy Ferris. Porque él me necesitaba como ayudante, incluso como amiga o confidente en casos extremos, pero en ningún caso como una enamorada bobalicona que pone ojitos, o sea, «que mira de forma rara», cada vez que lo ve. Chicas de ese tipo las tenía a cientos.

Respiré hondo. Había que terminar con esto. Pero no podía evitar sentirme como si me estuvieran cortando en trocitos, solo con pensar en dejarle. Lo sé. Puede que suene demasiado dramático, pero era cierto al cien por cien. Sin duda, la mejor analogía es la de arrancarse un esparadrapo. Mejor hacerlo rápido y sin pensar, que elegir el mejor momento, o en mi caso, que el corazón se me rompiera sin remedio poquito a poco.

De todas maneras, las semanas siguientes se presentaban muy, pero que muy duras. Por eso pensé que cuando Jimmy hubiera contratado a un sustituto y este se hubiera hecho con el trabajo, quizá podría irme a una playa

lo más lejana posible a sentir pena por mí misma. Huir de la lluvia y tumbarme al sol durante unos días, y beber copas de muchos colorines con paraguaitas (nada de minimalismo cromático), y alguna fruta que otra. Sí, eso haría. Esperaría a que pasara la boda de mi hermana y después me dejaría caer por casa cuando ella estuviera de viaje de novios.

¡Perfecto! Acababa de dar con un buen plan, con el mejor plan.

Jimmy dormía con los pies cruzados y los brazos en cruz bien pegados al pecho. Pobre, debía de tener frío. Y eso no era nada bueno, después de haber estado expuesto a la lluvia y el viento gélido durante un buen rato. Saqué del armario un par de mantas y le tapé con cuidado los pies, y con la otra todo el cuerpo. Eran de lana bastante suave, y cada una lo suficientemente grande como para cubrirle por entero, desde los hombros a los pies.

—Mucho mejor —susurré.

—Sí —confirmó él, también en un susurro, al tiempo que abría levemente un ojo para mirarme—. ¡Qué dibujitos tan monos!

—Deberías saber que estos dibujos de ositos de peluche son el último grito de moda. Lo verás en la próxima Semana de Milán. —Me senté. El cansancio surgió de repente—. ¿Qué haces aquí?

—Me he quedado frito. Además, me has despertado con tus pisadas al bajar las escaleras. —Se incorporó a cámara lenta frotándose los ojos. Su pelo oscuro estaba muy desordenado. Las luces intermitentes de la pantalla se reflejaban en su rostro—. ¿Qué hora es?

—Las tres y media pasadas.

—¿Qué haces levantada?

—No podía dormir —respondí, encogiéndome de hombros—. A veces no consigo desconectar mi estúpido coco y, en esos casos, tiendo a comérmelo.

—Estoy casi seguro de que podemos encontrar algo mejor que un documental de naturaleza —dijo asintiendo y bostezando.

—No hace falta que me hagas compañía —indiqué—. Es muy tarde... o muy pronto, según se mire. Vete a la cama, estoy bien.

Agarró la manta que sobraba y me la lanzó.

—Cuando me despierto me cuesta volver a dormirme —dijo, con la vista fija en el televisor mientras cambiaba de canal.

—Siento haberte despertado. ¿Me pasas el mando?

—Lena, Lena... —dijo con sonrisa torcida—. Cómo eres. Estoy medio dormido, pero no me he vuelto loco.

—Los niños grandes y sus juguetitos, para ellos solitos. —Me envolví en la manta y me acomodé, algo frustrada.

Se limitó a sonreírme, pero apenas pude atisbar el hoyuelo. Más bien fue algo así como la cuarta parte de una sonrisa, con ciertas trazas diabólicas. Pero ya no le costaba tanto sonreír, y eso era lo realmente importante. Toda mi vida tendría que lamentar el no poder contemplarla en su plenitud. Me refiero a su sonrisa, y apostaría lo que fuera a que era letal, en todos los aspectos imaginables.

No hablamos mucho. Bastaba con que nos hiciéramos compañía. Lo último que recuerdo es estar bien acurrucada en mi parte de sofá, viendo una película en blanco y negro de gánsteres de los años cuarenta.

La mañana siguiente me desperté en mi cama, bien arropada; tan bien, que hasta me costó sacar los brazos de debajo de las mantas. Era obvio que Jimmy me había llevado en brazos. Cuando intenté agradeceréselo, me ignoró y cambió de tema.

Siempre igual, siempre igual (poned vosotros la musiquilla).

CAPÍTULO 5

TRES SEMANAS DESPUÉS...

—¡Lena!

Por poco me explota la cabeza. Estuve a punto de tirar la taza de café. De hecho, el líquido, muy caliente, me escaldó los dedos.

—Mierda.

Escuché a Jimmy bajar a grandes zancadas por la escalera interior.

—¿Dónde demonios estás?

—En la cocina. —Agarré una servilleta de papel para secarme los dedos y refrescarlos. Tenía la piel rojiza.

—¿Qué cojones...? —rugió mientras entraba en la cocina, bañado en sudor.

Suspiré como solo pueden hacerlo los que llevan un tiempo sufriendo, y acaricié las manchas de café en mi jersey.

—¿Qué cojones qué, Jimmy?

Tras los pasos del energúmeno sonaron otros, bastante más tranquilos. Ben, el bajista, apareció por la puerta. Imaginaos un leñador bastante sexi con habilidades musicales y tendréis una semblanza bastante aproximada del individuo. Estaba más o menos igual de sudado, lo cual no era raro, porque habían salido juntos a correr.

—Hola, Ben —dije, saludándole con la mano. El larguirucho me saludó con su habitual movimiento de mentón. Pero, un momento... ¿no se captaba una mínima sonrisa de suficiencia en su expresión? Se apoyó contra la pared

y cruzó los brazos sobre el pecho, acomodándose para contemplar algo. ¿Un espectáculo, quizá?

Fuera lo que fuese, ya no me gustaba. Definitivamente.

Jimmy arrojó con furia su teléfono móvil sobre la encimera, justo delante de mí.

—¿Por qué cojones tengo algunas...? —Volvió a agarrar el teléfono y deslizó el dedo por la pantalla—. ¿Es cierto eso de que Tom Moorecomb quiere reunirse conmigo urgentemente para hablar de tu puesto de asistente?

—¡Ah, es eso! —respondí lo más ingenuamente que pude. Pero se me hizo un nudo en el estómago.

—¡Sí, joder, es eso! —bramó él, impaciente.

—Estaba esperando el momento oportuno para decírtelo.

Era la primera vez que lo veía con una sola ceja, y eso que no dejaba de intentar ese prodigio. Esta vez lo consiguió. Apoyó las manos sobre la encimera.

—Pues dímelo ahora. Vamos.

—De acuerdo, muy bien. Resumiendo, he decidido dejar este maravilloso empleo —asentí haciendo acopio de toda la serenidad que pude reunir, con la cabeza bien alta, hablando tranquilamente y con claridad. Haber ensayado muchas veces en la ducha, en la cama, en el váter, casi cada vez que estaba a solas, dondequiera que fuese... dio sus frutos. Ya bastaba de excusas—: Jimmy, valoro mucho el tiempo que hemos estado juntos, pero creo que ya estoy preparada para enfrentarme a otros retos profesionales. Sugiero que contrates a Tom para reemplazarme. Tiene experiencia en asesoramiento, y además...

—¿Estás diciendo que te marchas? —me cortó.

Nunca me había costado tanto mantener su mirada.

—Sí, Jimmy, me marchó. Creo que ahora es el momento.

—¿Has organizado todo esto a mis espaldas? —No era una pregunta, sino una constatación, y además cargada de enfado. Su mirada, habitualmente fría, cayó por debajo de cero. Tengo que dar gracias porque, milagrosamente, no me congelé al instante. Es más, fui capaz de asentir, aunque se me puso la piel de gallina, hasta en los lugares más insospechados.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo lo he organizado o cuándo me voy?

Apretó la mandíbula, y di por hecho que la respuesta era que quería saber ambas cosas.

—Lo he pensado estas dos últimas semanas, y me voy dentro de otras dos —le expliqué aún con toda la tranquilidad del mundo—, aunque, si te parece bien, pasaré unos días con Tom antes de irme, para que se haga con el puesto, y también para asegurarme de que todo va bien. Por supuesto, si quieres considerar o buscar otros candidatos, eres muy libre. Faltaría más.

—Oh, eres muy atenta.

—En todo caso, tienes que encontrar a alguien que me sustituya.

—¿Cuándo pensabas decírmelo, Lena?

—Pronto.

Levantó una ceja.

—Este fin de semana... La verdad, en cualquier momento te lo iba a comunicar. Quiero decir, con suficiente antelación a tu entrevista del lunes con Tom. Porque probablemente quieras prepararla. Así que... —Le dediqué mi sonrisa más encantadora. Fuera como fuese, jamás mostraría el más mínimo titubeo y sí una complaciente sonrisa—. Como muy tarde, el lunes por la mañana.

Se puso rojo. Yo me aclaré la garganta y le miré expectante.

—Volviendo a la experiencia previa de Tom, que creo que hay que considerar, pese a que yo no la tengo, la verdad es que es un hombre muy eficiente...

—No —dijo tajantemente.

Pestañeé.

—¿Cómo?

—Que no. Que tú no te marchas.

—¡Oh, perdona! Por supuesto que sí.

Negó con la cabeza una sola vez, pero fue un movimiento feroz, casi brutal. Me sorprendió que no le diera un latigazo cervical. Y aunque estaba segura de que mi decisión no iba a gustarle ni un pelo, no me esperaba semejante nivel de obstinación.

—Jimmy, yo soy administrativa y puedo hacer de secretaria personal, pero no soy una terapeuta, ni tampoco una profesional en el tratamiento de las adicciones. —Hice una pausa y proseguí—: Lo cierto es que, de entrada, nunca debí aceptar un trabajo como este. Ni estoy cualificada para él, ni lo desempeño especialmente bien, la verdad...

—Creo que es a mí a quien le corresponde juzgar eso. Demonios, Lena. Esto es ridículo, ¿qué quieres que diga?

Me encogí de hombros, realmente sorprendida ante su pregunta.

—¿Qué tal «adiós»? Eso estaría bien, supongo. Ah, y si no te importa, te agradecería que me escribieras una carta de recomendación.

Durante un instante no dijo nada. Se limitó a levantar la cabeza, mirando hacia arriba, como si buscara una mancha en la pintura del techo. Los músculos y las venas del cuello se le estaban hinchando.

—De acuerdo. ¿Cuál es la razón de fondo? —dijo finalmente, cuando volvió a mirarme—. ¿Quieres más dinero? ¿Es eso?

—No, por Dios. Para ser sincera, la verdad es que creo que me pagas bien, muy bien. Aunque, por supuesto, no querría menos sueldo.

—¿Entonces... de qué se trata? —Me escudriñó sin pestañear. Sus ojos eran un poco más oscuros que los de su hermano. Tenían el tono de un cielo sin nubes, limpio y despejado; un azul perfecto. Eran bonitos, pero inquietantemente serenos. Me sorprendió que, en tales circunstancias, fuera capaz de fijarme en esos detalles. No era momento para la poesía romántica, sin duda.

—¿A qué viene ese interés tan desmesurado en que me quede? —dije alzando las manos—. La mayor parte de los días casi ni me soportas. La semana pasada, sin ir más lejos, dejaste de hablarme durante tres días y solo te dirigías a mí con gruñidos. Y de repente no soportas la idea de que me vaya. ¡Vamos, Jimmy...!

—Un punto para Lena —intervino Ben, soltando una risita.

—Tú no te metas, Benny —replicó Jimmy sin dejar de mirarme.

—Claro. Que vaya bien, chicos. —El grandullón se marchó de inmediato, aunque sin molestarse en disimular una amplia sonrisa.

—Yo solo... En fin. La semana pasada yo... yo estaba de mal humor. —

Cruzó los brazos y siguió hablando deprisa, sin dejarme meter baza—. Pero no tenía nada que ver contigo, en absoluto. De verdad, Lena.

—No, puede que no. Pero da la casualidad de que yo tengo que vivir contigo. Así que cuando te pones de mal humor, simplemente me afecta, ¿entiendes?

Ceño fruncido de nuevo.

—Escucha, esto no tiene nada que ver con nosotros —le aclaré negando con la cabeza—. Quiero decir, aquí realmente no existe un «nosotros». Ni siquiera sé por qué utilizo esa palabra. La decisión tiene que ver solo conmigo. Es hora de que cambie de trabajo. Eso es todo.

—No me gustan los cambios —farfulló apretando los dientes.

—Procuraremos que la transición sea lo más suave posible. Todo irá bien.

—Me he acostumbrado a que estés por aquí. No sé... nos llevamos guay. ¿Por qué cojones tengo que pasar por el trago de acostumbrarme a alguien nuevo simplemente porque algo te haya puesto las bragas del revés, y que probablemente no tenga la más mínima importancia?

Abrí la boca, pero esta vez no me salió nada.

Estaba oficialmente estupefacta, cualquier notario hubiera dado fe de ello. Aunque, la verdad, el comentario de las bragas no tendría por qué haberme dejado tan asombrada. Ese era Jimmy en todo su esplendor, grosero como él solo: imposible esperar de él algún comentario socialmente aceptable, algún cumplido sincero. Por lo menos, yo a veces lograba fingir que era capaz de llevarme bien, o de soportar a todo tipo de gente.

—¿Y bien? —ladró.

Como tardé bastante en contestar, aprovechó para quitarse la sudadera — para mi sorpresa, roja; ni blanca ni negra— y la utilizó para secarse la cara empapada. Tomé aire y expuse lo siguiente:

—Mis razones, que son personales, tienen importancia. Puede que no para ti, pero sí para mí, Jimmy. Y mucha.

Miró hacia un lado, con expresión verdaderamente ofendida. ¿Habría habido alguien, jamás, en la historia de la humanidad, que hubiera sido tan maltratado? A juzgar por la cara que puso, pensé que seguramente no.

—Y ya he tomado una decisión —concluí.

—Te pagaré un veinte por ciento más.

—¿Es que no me estás escuchando? No es cuestión de dinero.

—Hay que joderse. Un cincuenta.

Me rasqué la nariz.

—Jimmy...

Levantó la mano con gesto de rendición.

—De acuerdo, está bien. Te doblo el sueldo. Vamos a dejar de hablar de esta mierda, ¿entendido? Ahora tengo cosas que hacer.

—¡Ya basta! —grité.

Se quedó mirándome sin pestañear. En lugar de sudor, sus poros parecían expulsar pura hostilidad.

—Me-mar-cho —pronuncié lentamente cada sílaba.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó, hablando entre dientes—
¡Vamos, Lena! Por lo menos me debes una explicación.

Entonces empezó a llover. Las grandes nubes grises por fin empezaron a descargar. Me restregué los ojos para no tener que mirarle. ¡Dios, no podía! Simplemente no podía. La cosa empezó a torcerse y comencé a flaquear.

—Escucha, ya sé que no somos los mejores amigos del mundo, pero nos llevamos bien, ¿no te parece? —dijo en un tono cordial y sonriendo un poco.

—Pues sí, básicamente. Yo...

—Bien —interrumpió—. ¿Y entonces?

—No soy la persona adecuada para este trabajo. Simplemente.

—Mírame.

Abrí un ojo y me pareció que se había calmado bastante. Estaba cruzado de brazos; el sudor le empapaba la camiseta. Pero, aparte del gesto, no parecía demasiado enfadado. Así que me atreví a abrir también el otro ojo.
¡Mira que soy valiente!

—Al contrario que las demás asistentes, que también vigilaban que me mantuviera sobrio, tú no me tocas del todo las narices —bromeó, dejando salir una sonrisa honesta de lo más sexi.

—Ya lo sé. Ya sé que soy alguien «fundamentalmente útil». —Me reí, aunque maldita la gracia—. ¡Haz el favor, Jimmy! ¿Por qué me estás poniendo esto tan difícil?

—Porque la compañía discográfica y Adrian quieren que alguien siga echándome un ojo, ¡joder! Y yo estuve de acuerdo en que no era una idea tan horrible —dijo de carrerilla, después se detuvo, tomó aliento y sacó su tono más íntimo—: Lena, no espero de ti que me consueles ni que me comas el coco dándome tu versión de la mierda psicológica que se te ocurra. Lo único que necesito es que estés aquí. Tú. Tu presencia. ¿Es tan complicado?

—No, no lo es. Pero lo que has dicho no explica por qué estás tan emperrado en que sea yo quien lo haga.

—Mira, me he dado cuenta de que eres la que mejor lo hace, ¿de acuerdo? Seguro que cualquier otra persona lo haría mucho peor. No quiero arriesgarme. Tienes que quedarte. Ya he pasado por otras asistentes.

Arrugué la nariz. De repente me vino una ráfaga de sudor.

—Oh, no... ¡Espera un momento! ¿Es por lo que pasó en el funeral? —preguntó.

De nuevo abrí la boca, pero no dije nada.

Seguro que no se estaba refiriendo a cuando se aferró a mí. Debido a mi sentimiento de culpabilidad, era lo único en lo que podía pensar.

—Ya veo. Es por eso —asumió, arrugando el ceño. Se pasó la mano por el pelo, tomó un mechón y jugó con él—. Aquello fue... Había circunstancias atenuantes. Nunca estuviste en peligro, jamás se me habría ocurrido atacarte, Lena. Jamás.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Sé que hice cosas extrañas —reconoció—. Destrocé aquella habitación, pero ni se me habría ocurrido hacerte daño. Créeme.

—No se trata de eso.

—Entonces ¿cuál es el maldito problema?!

Me di media vuelta y mi mente trabajó a toda máquina para encontrar una excusa o alguna mentira razonable, y creíble. Tenía que haber algo a lo que me pudiera agarrar, pues dejarle creer que le tenía miedo físico era muy desleal. Ya tenía suficientes problemas de los que preocuparse y contra los que luchar.

—Ese es el problema —gruñó, y se pasó las manos por la cara, claramente enfadado consigo mismo—. ¡Joder, Lena!

—¡Que no, no es eso, te lo aseguro! Sé que aquel día estabas muy afectado, y lo entiendo. No te tengo miedo, Jimmy, en absoluto.

—Entonces, dime: ¿cuál es el puto problema? ¿Qué necesitas, una disculpa? —Seguía irritado, pero ahora conmigo—. ¡Manda huevos! ¡Lo siento!, ¿de acuerdo?

Me quedé con la boca abierta.

—¡Guau! No creo que nadie en el mundo se disculpe peor que tú. Me has dejado sin aliento. ¡Increíble!

Su móvil vibró sobre la encimera. Ninguno de los dos hizo el menor caso.

—Jimmy, para futuras ocasiones, te recomiendo encarecidamente que si tienes que disculparte ante alguien, procura que suene a que lo haces con sinceridad. Igual ayudaría no hacer muecas de desprecio ni decir tacos, ¿me entiendes?

Miró al suelo y dio una patada seca y contundente. No sé si se dio cuenta de que parecía talmente un escolar al que le estaban leyendo la cartilla.

—De acuerdo: lo siento... y todo eso.

—Algo mejor.

—Entonces ¿ya está? ¿Hemos acabado? —preguntó, dirigiéndose hacia la puerta.

—Claro. Por cierto, ¿puedo decirle a Tom que el lunes te viene bien quedar con él?

—¡Lena! Mierda. —Soltó un gemido de pura exasperación—. ¿Por qué...?

Las palabras se me atascaron en la garganta. Lo mejor que hubiera podido hacer habría sido atragantarme para no seguir hablando, teniéndolo todo en cuenta. Me invadió una enorme tensión, que me hizo sentir un frío tremendo. Si hubiera podido, me habría disuelto en el aire.

—¡¿Por qué?! ¡Joder, por qué! —gritó brutalmente el muy energúmeno.

El sonido reverberó por toda la habitación y seguramente por toda la casa.

—¡Porque siento algo por ti!

Silencio.

—¡Ya está, ya lo he dicho! ¡Y no me grites!

Puro y absoluto silencio.

Al cabo de un rato se le formaron algunos pliegues bajo la nariz.

—¿Qué has dicho?

—Ya lo has oído.

—¿Que sientes algo por mí? —Pronunció la frase, sobre todo el verbo, haciendo que rodara por su lengua, como si le diera asco y se lo quisiera sacar de la boca. Nunca me recuperaría de eso.

Asentí.

—Me estás tomando el pelo.

—No —contesté, con el corazón en un puño. Bueno, en realidad, sobraba el puño, pues era como si me hubieran desgarrado el pecho de lado a lado. Allí estaba, de pie, absolutamente expuesta, frente a él. Tal como yo era y sentía. Y no me gustaba, ni lo más mínimo. Le miré de reojo—. ¿Y bien?

Se quedó mirándome con la boca abierta.

—¡Di algo! —me enfadé y grité.

El muy cabrón rompió a reír.

Sus carcajadas, que provenían del estómago, llenaron la habitación y su ruido me rodeó, golpeándome la cabeza hasta hacerme daño. En una estantería de la pared de la cocina había cuchillos, varios cuchillos brillantes y muy afilados, ordenados en fila. Me habría resultado muy fácil agarrar uno y tirárselo, a ver dónde le acertaba. Puede que yo no corriera peligro físico por su parte, pero otra cosa era que lo corriera él, sobre todo en estas circunstancias. Me lo imaginé tirado en el suelo y sangrando, y eso me hizo abandonar cualquier idea violenta, aunque apreté los puños completamente iracunda.

—Supongo que ahora comprendes por qué no te quería decir la verdadera razón —le expliqué, sobre todo hablando para mí misma, pues era imposible que me escuchara por encima de su loco estallido de risa. El muy asqueroso estaba doblado sobre su vientre, y le caían lágrimas. Le pedí a Dios que me diera fuerzas para matarlo allí mismo, pero no noté ningún superpoder. De hecho, Jimmy siguió riéndose a mandíbula batiente.

—Y el sentimiento más fuerte que me invade ahora es el odio —seguí hablándome a mí misma—. Te lo digo por si tenías alguna duda.

Muy poco a poco, durante lo que a mí me parecieron siglos, su risa fue

remitiendo, y finalmente cesó. Pareció costarle muchísimo. Me miró fijamente, después al suelo, y finalmente a la ventana. Notaba en su cara los esfuerzos que hacía por calmarse. Lo único que yo podía hacer era esperar. Y hacer comentarios lo más hirientes posible.

—Bueno, mira qué bien —solté sarcásticamente—. Me alegra que esto te saque de tu estúpida y aburrida rutina.

—Perdóname —dijo por fin, y se pasó la mano por la boca. No ocultó una sonrisa sardónica—. ¡Por Dios! Todas las veces que me mirabas con esa cara... Pensaba que tenías algún déficit de atención, o que se te iba el santo al cielo sin que te dieras cuenta y necesitabas que te sacara de tu ensimismamiento. Ay, Lena...No podía ni imaginarme que...

—Muy bien. ¡Excelente! —Aplaudí fuerte, manteniendo la sonrisa en los labios—. Y ahora, sigamos con el tema importante: tu cita del lunes con Tom. Esta muy claro que esto traspasa la línea de lo profesional. Y, por consiguiente, dejo el trabajo.

—No, no lo dejas. No seas boba, Lena. Te estás portando como una niña.

—¿Acaso puedes hacer como si nada, Jimmy? ¿Eres feliz así? ¿Hace buen tiempo en esta época del año? ¿Ahora es de noche? ¿Solo porque tú lo dices? —Lo miré intensamente—. Ya sabes, porque ya te lo he contado, que lo he pasado fatal por relaciones o sentimientos que no me llevaban a ninguna parte, o peor, me conducían a donde no quería ir, y me juré a mí misma que jamás volvería a caer en relaciones sentimentales así. Así que no viviré esta situación de amor no correspondido contigo. Eso no cuadra con mi idea de vivir a gusto, lo siento.

Seguro que mi sonrisa fue una pura mueca, pero la suya era condenadamente luminosa. Una sonrisa de las que pueden mover montañas. Y romper corazones. De hecho, el mío se me estaba derritiendo. Su rechazo y su jocosidad me dolían. No esperaba que, tras la confesión, fuera a abrir los brazos para que me arrojara a ellos. Tenía tan claro como él que no había la más mínima posibilidad. Pero ¿acaso era tan terco que me obligaría a romper la relación profesional en medio de un ataque de histeria?

Por otra parte, menuda estupidez enamorarse de alguien que, durante la mayor parte del tiempo, no se gusta a sí mismo ni un pelo. ¿A quién se le

ocurre caer en algo tan peligroso? Quiero decir, aparte de a mí, naturalmente.

—Lo que va a pasar es esto —sentenció, con voz clara e incluso un tanto seria—: Te vas a librar de ese cuelgue absurdo que dices que tienes por mí y, por mi parte, me olvidaré de todo lo que acaba de ocurrir aquí, haciéndonos así a los dos un favor inmenso. ¿De acuerdo?

—Eres completamente idiota. —Dios mío, lo era. Y tanto que lo era. Le dirigí una mirada rotunda, esperando que se diera cuenta de la estupidez que acababa de proponer—. ¿Acaso no piensas que si hubiera podido negar lo que siento, dándole a un interruptor, no lo habría hecho ya? ¿De verdad crees que me apetece sentir algo por ti?

—Escucha, Lena, cariño. Esto no tiene nada que ver conmigo. Es el puñetero asunto de la fama, el aura de las estrellas de *rock*. En cuanto te des cuenta, podrás olvidarte del tema y seguir adelante.

—Ese es el problema: sí que se trata de ti. Y por eso no puedo seguir adelante —dije señalando aproximadamente la dirección de mi corazón.

La mirada de Jimmy se dirigió por un momento al canalillo, más o menos hacia donde había señalado, pero inmediatamente me miró a los ojos. Se mordió los labios con gesto de enfado, como si le molestara que le hubiera obligado a mirar ahí. Como si...

—Resulta que me gusta este trabajo —informé—. Está bien pagado, incluso sin necesidad de que cumplas tus generosísimos ofrecimientos de aumentarme el sueldo. Vivo en un palacio sin tener que pagar alquiler y, en su mayor parte, las tareas no son difíciles. Pero lo que sucede es que, cuando no te portas como un auténtico cretino, me gustas mucho, y lo paso mal. Al contrario que le sucede a muchas personas, me gusta tu verdadero yo, cuando asoma, justo cuando piensas que nadie te ve.

—Lena...

—Pero la verdad es que son las pequeñas cosas, como la forma en que finges no recordar a quién le toca escoger el programa de la tele, de forma que yo termino casi siempre ganando..., o el modo en que me haces compañía cuando no puedo dormir.

Se apretó la nuca con una mano.

—¡Por Dios, Lena, venga ya! Eso son tonterías, no significan nada.

—Estás equivocado. Claro que significan, y mucho. Sé que no tienes muy buen concepto de ti mismo, pero no eres ni la mitad de horrible que finges ser.

—Ya, claro, tienes razón. Soy un verdadero e incomprendido encanto, ¿no? ¡Vaya mierda!

—No digo que seas perfecto. Los dos sabemos que distas mucho de serlo; por cierto, igual que yo. Lo único que digo es que... —Busqué las palabras, pero no las encontré y me sentí enormemente frustrada. ¡Demonios, vaya conversación!—. ¡Joder! No lo sé...

—¿Entonces qué? ¿Te preocupa que lo que... —Hizo el gesto de las comillas con los dedos— ... «sientes» por mí pueda interferir en tu trabajo?

—¿Qué pasaría si, por lo que fuera, te volvieras loco otra vez y quisieras volver a las andadas, y yo me negara a colaborar, debido a que estaría muy ocupada sintiéndome mal por tu causa? ¿Qué ocurriría si cediera? Es demasiado riesgo, Jimmy.

—Eso no va a ocurrir. —Rodeó la encimera para ponerse a mi lado. Sacó un vaso de un armario y lo llenó de agua, bebiéndoselo de una sentada. Su nuez se movió como si tuviera trabajo extra. El aroma de su sudor invadió el aire. Si no hubiera tenido que hablar, me habría sentido tentada de contener el aliento. No quería que su olor corporal me afectara, pues las cosas ya me estaban resultando lo suficientemente difíciles así.

—Podría ocurrir, claro que sí —contradije—. El problema es que no me estás tomando en serio. Además, tienes que ducharte.

—Me refiero a eso, precisamente. —Se le iluminó el rostro.

—¿Cómo?

—Lena, no deberías tomar decisiones drásticas hasta que no averigües qué es lo que quieres. En los últimos cinco minutos has dicho que sientes algo por mí, y después que me odiabas. Me has llamado idiota con todas las letras y ahora dices que apesto.

—Pues claro que apestas. Sudas por todos los poros.

Sin dejar de mirarme con una sonrisa divertida, se apoyó sobre la encimera.

—Claro. Pero si estuvieras tan abrumada por esos supuestos sentimientos

hacia mí, te importaría una mierda cómo olierá. Aun así, sudado y todo, querrías que estuviera encima de ti. De hecho, a la mayoría de las mujeres les gusta eso.

Puedo decir que, en ese momento, mi mente explotó al intentar abarcar todo lo que ocurriría si tenía un relación con él. ¡No, no, no! Eran malos pensamientos, horribles pensamientos de naturaleza carnal.

—¿Ah, sí?

—Sí. A las mujeres con las que he estado el sudor no les molestaba en absoluto. ¿Qué crees que ocurre después de estar en la cama varias horas? Pues que se suda, naturalmente. Y ninguna ha hecho comentarios sarcásticos, para nada. Todo lo contrario que tú. Ni tampoco se les ocurre insultarme cada dos minutos. —Me miró despacio, mostrando la más estricta indiferencia—. Bueno, el caso es que pensaba que todas esas miradas extrañas tenían que ver con lo que pasó en Idaho. Incluso pensaba que eras lesbiana. No me gustaba la idea, la verdad... ¡Y ahora me sales con estas!

¿Cuántos años iba a tardar en estrangularte? Esa era la pregunta.

—Un momento. ¿De verdad estás sugiriendo que cualquier mujer que no quiera besarte el trasero tiene que ser lesbiana?

Se encogió de hombros.

—¿Y de verdad te preguntas por qué se me ocurre insultarte?

—Que hagas lo que hay que hacer no es un problema, Lena. No habrá ningún problema si me dices «no» cuando tengas que decírmelo.

Completamente indiferente a mi asombro, movió la cabeza de lado a lado y en círculos para desentumecerse y volvió a dirigirme una mirada aséptica.

—Sea lo que sea lo que esté pasando aquí, supéralo. Entiendo que ahora estés cortada y todas esas cosas, pero lo superarás. ¿De acuerdo?

No podía hacer ninguna promesa. Pero, a decir verdad, en ese momento tampoco podía hacer mucho más. Si abría la boca para hablar, dudaba mucho que fuera capaz de formar alguna frase coherente.

—Muy bien, pues solucionado. Estamos de acuerdo —concluyó Jimmy, y salió de la cocina como si no hubiera nada que le preocupase en el mundo.

CAPÍTULO 6

La llamada a la puerta de mi dormitorio se produjo justo antes de la medianoche.

Después de nuestra charla volvimos a la «normalidad», por decirlo de alguna manera. Jimmy hacía deporte por la mañana y por la tarde, generalmente con alguno de los chicos de la banda. Yo no era, ni estaba capacitada para ser, terapeuta de sus problemas con el alcohol; y además, estar todo el rato alrededor de él, como si fuera su sombra, se volvió muy aburrido. Por ello empecé a ejercer también de asistente.

Revisaba los correos electrónicos, y las partes que consideraba de interés para él, se las leía en voz alta; hablaba con Ev, que, además de la pareja de David, era también su asistente personal; gestionaba asuntos con quien tuviera la desgracia de estar en la oficina de Adrian, el manager del grupo, y con la persona de relaciones públicas. Hay muchas gestiones que hacer para organizar la actividad de una estrella del *rock*. Durante esos días también tuve contacto con los contratistas y los técnicos encargados de transformar parte del sótano en un estudio con todos los adelantos técnicos. Puesto que el proyecto estaba a punto de completarse, la banda había empezado a hacer los ensayos y las sesiones creativas aquí, en vez de en casa de David. Pero no suponía ningún problema, porque había sitio de sobra. Aquel lugar era enorme.

En resumen, que estábamos bastante ocupados.

Vivíamos en la misma casa y muchas veces estábamos en la misma habitación, pero eso no implicaba que habláramos demasiado. El silencio no era incómodo, pues era en compañía, y hacía mucho que me había acostumbrado a él. Normalmente, al cabo de un rato, Jimmy ponía música.

Aquel día sonaban *The Dead Weather*, lo cual era bastante adecuado para una tarde horrible de lluvia y viento. En todo caso, parecía que habíamos organizado un sistema de convivencia bastante pacífico. De vez en cuando me dedicaba alguna mirada indirecta de curiosidad, pero yo las ignoraba siempre.

Volvió a llamar a la puerta. Y, sin molestarse a esperar a que le diera permiso, entró.

—Lena, he estado pensando...

—No te he dado permiso para entrar. —Lo miré por encima de las gafas, acurrucada en mitad de la gran cama y apoyada en por lo menos tres cojines. El confort es importante.

—Esta es mi casa. —Eché un vistazo a mi pijama de franela—. ¡Qué dibujitos tan monos! Esta vez son patitos, ¿no? Estupendo.

Él, por supuesto, seguía vestido con los habituales y siempre distintos *jeans* de diseño y una camiseta que le sentaba a la perfección; la hora era lo de menos. Solo se permitía estar desarreglado, o simplemente sudado, después de una sesión de entrenamiento, ya fuera carrera, gimnasia o sesión con el *punching ball*. Pero incluso en esos momentos parecía que su pelo húmedo lo habían estado acariciando y arreglando lascivos dedos de modelos de lencería, y no los elementos atmosféricos.

—Lo que pasa es que tienes envidia de mi impresionante estilo —dije apretando el libro digital contra el pecho, intentando tapar los pezones que, para variar, reaccionaban según su propio criterio y, al parecer, en ese momento se sentían contentos—. Apuesto lo que sea a que duermes con ropa de Armani... o de Prada.

Soltó un risita.

—¿Qué quieres, Jimmy?

—Nunca había estado aquí antes —dijo, repasando la habitación con la mirada.

—Te equivocas. Estuviste la noche que me trajiste en brazos después de que me quedara frita en el sofá —le recordé.

—Ah, es verdad. Pero eran cerca de las cuatro de la madrugada. No me paré a mirar. —Se paseó despacio por la habitación, echándole un ojo a mis cosas. Por lo que se refiere a mi espacio privado, se puede decir que no soy especialmente ordenada: la ropa estaba tirada sobre una silla de cualquier manera, y los zapatos debajo de la cama. Y en el baño, el maquillaje, los chismes del pelo y los productos de higiene femenina decoraban bastante informalmente la encimera de mármol gris. Desde que me mudé a la casa, mis trastos se ampliaron bastante. Los dos años anteriores había sobrevivido con lo mínimo indispensable, que resultaba lo más adecuado con tanto trajín vital. El exceso de material habría supuesto que cada mudanza se convirtiera en un auténtico dolor de muelas.

—¿No dejas que entren los de la limpieza? —preguntó Jimmy levantando una ceja.

—Pues claro que sí.

—Vienen dos veces a la semana, Lena. ¿Cómo te las arreglas para que todo vuelva a ser un desastre tan pronto?

—Lo hago por ti. No dejo nada mío en ningún otro lugar de la casa. Este es mi espacio personal, así que no te concierne. Bueno, ¿te has dejado caer por aquí con algún fin concreto?

—Sí —dijo, mirándome intensamente con las manos en la cintura—. Después de nuestra conversación, quería saber cómo estabas.

—Así que el hecho de ordenarme que me quede no cierra el tema en realidad... ¿verdad?

—Puede ser. —Deambuló por mi escritorio y miró la porquería sin interés aparente. La mitad del contenido de mi bolso estaba sobre la mesa, y también un par de revistas. ¡Maldita sea, una de ellas estaba abierta! Joder. Ya había sentido vergüenza suficiente antes como para que me durara una década. ¡Por Dios, que no lo viera!

—Deja de fisgonear mis cosas, Jimmy, por favor.

—¿Qué es esto? —Y lo ojeó, por supuesto que lo hizo. Empezó a leerlo —: «Guía para superarlo.» Vaya, parece interesante.

—Bueno, supongo que no esperabas que metiera el rabo entre las piernas sin..., como mínimo, investigar algunas alternativas. ¿No crees?

—Pues básicamente sí —dijo levantando un hombro.

—Magnífico. Tu fe en mí es conmovedora. ¿Y se puede saber qué es lo que has estado pensando?

—En tus sentimientos. —Lo soltó con la misma cara que un profesional del póker pondría al ver un *full* de mano. Eso sí, mirando por encima de la revista.

Respiré hondo.

—Jimmy, estoy impresionada. Esta vez has estado a punto de decirlo en un tono normal, y no despectivo.

—He estado ensayando abajo un rato. —Se sentó en el borde de la cama y estiró las piernas, poniéndose cómodo como si estuviera en su propio dormitorio, lo cual, hasta cierto punto, tenía sentido.

—¿Y a qué conclusión has llegado con mis «sentimientos»? —hice hincapié en la palabrita.

—Esto no está mal del todo, ¿sabes? Algunos de estos consejos suenan lógicos —comentó, y siguió leyendo el artículo de la revista.

—¿Debo deducir que tú también has tenido sentimientos no correspondidos por alguien?

—Por supuesto que no —gruñó—. Yo siempre he conseguido a quien quería.

—¡Faltaría más! —Hice una reverencia de cabeza. ¡Cómo se me podía ocurrir semejante cosa. Seguro que detrás de él había una estela de corazones rotos que llegaba al otro lado del océano.

—Bueno, eso no ha sido siempre bueno. —El gesto arrogante desapareció de su rostro, y lo sustituyó el ceño habitual y una presión de mandíbula menos habitual. Miró a lo lejos, como si estuviera recordando algo. Me pregunté qué sería. Cuando se dio cuenta de que le miraba tragó saliva y sacudió la revista con la mano—. Mira, deberíamos hacer lo que dice aquí.

—¿Cómo? ¿Hacer qué?

—Uno: tienes que salir y conocer a otras personas. —Hizo una mueca—. No parece tener mucha habilidad en eso de escoger pareja, así que te

ayudaré, no te preocupes. Dos: procura centrarte en mis defectos. Tres: deja de...

—Oye, oye. ¿Me estás diciendo que siga los consejos de esa lista, uno por uno, para superar mi cuelgue por ti? —le corté.

—Sí, claro. Y deja de interrumpirme, porque esto es muy importante. Repito, dos: céntrate en mis defectos. —Me miró para ver si le estaba escuchando—. Con eso no creo que vayas a tener ningún problema. Tres: deja de sentir lástima de ti misma, ni tampoco permitas sentirte necesitada o enfadada.

—Ya veo —dije, quitándome las gafas.

—Sí. Sinceramente, no resulta nada atractivo, Lena. A nadie le gustará verte así.

—De acuerdoooo —arrastré las palabras.

—Cuatro. Vaya, yo creo que este punto resume todos los demás, o por lo menos los más importantes: sal con amigos. Busca cosas nuevas. Ponte en forma. Mímate. Diviértete. Disfruta de la vida. Vete de viaje... ¡Haz algo, joder! Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—Mmm —murmuré asintiendo.

—Yo creo que eso te vendría muy bien.

—¿Y se supone que debo seguir aquí al hacerlo?

Me miró durante un buen rato antes de contestar.

—Me has dicho que, en realidad, no querías dejar el trabajo; que te gustaba. Pues demuéstalo.

Me reí quedamente, aunque probablemente con cara de loca. Ya había tomado mi propia decisión, y la verdad es que no me había resultado nada fácil.

—Jimmy, por favor, solo es un estúpido artículo de una revista no menos estúpida, escrito a la hora de la comida por un redactor en prácticas aburrido. No tiene nada de científico. Hacer eso no arreglará nada.

—¿Y entonces, por qué tenías la revista abierta justo por esa página?

Buena pregunta.

Le caían sobre la frente algunos mechones, que le llegaban a los ojos. Los apartó mecánicamente. Eso era precisamente lo que deseaban hacer mis

dedos, acariciarle el pelo y calmar la tensión de su frente. Aunque seguro que el tipo de tensión que le embargaba era de distinta naturaleza que la mía.

¿De verdad creía que los consejos de una revista podrían curarme? Como si me leyera la mente, continuó:

—Nunca se sabe, Lena. Podría funcionar. —Dejó la revista en mi regazo y me traspasó con la mirada—. Y creo que me debes el intentarlo al menos.

—¿Que te lo debo? —exclamé, levantando la barbilla.

—Te di una oportunidad. Te di este trabajo y me esforcé por acostumbrarme a ti. No es justo que te marches ahora habiendo pasado apenas dos meses, y sin haber dado todavía lo mejor de ti. Sí, me lo debes.

—Me contrataste porque pensabas que yo sería más fácil de manipular que un terapeuta profesional, y porque Mal y David te animaron a hacerlo. No creo que debamos perder de vista la realidad de los hechos.

Uno de sus anchos hombros subió y bajó en un segundo.

—¿Y eso qué tiene que ver? Fui yo el que te contrató, y fuiste tú la que dijiste que te gustaba el trabajo. Lo menos que puedes hacer es darte a ti misma una oportunidad.

—Lo pensaré.

—Hazlo. —La sombra de una sonrisa cruzó sus labios—. Yo lo sé todo sobre adicciones, y también sobre el rollo de desear cosas que no convienen, Lena. En definitiva, la decisión sobre hacerte con el control y luchar, o dejarte llevar está solo en tus manos.

Tenía razón. Jimmy Ferris es una sustancia ilegal, peligrosa y bajo el control de las autoridades, o al menos debería serlo. La cosa tenía su gracia, pero era verdad. Ese individuo me afectaba a todos los niveles, por mucho que intentara resistirme. Maldito sea.

—Buenas noches, Jimmy.

—Buenas noches.

Se dirigió a la puerta, salió y la cerró despacio.

Me despertó un estallido, tan fuerte que pensé que alguien había disparado un arma. Pegué un salto y pestañeé en la penumbra. ¿Qué demonios pasaba?

Una sombra borrosa se cernió sobre mí.

—¿Qué co...?

—¡Arriba! —ordenó Jimmy—. Nos vamos a correr.

—¿Te has vuelto loco, joder?

—¡Arriba! ¡Y a empezar! El día uno de tu programa de cura intensiva de la sensibilización está a punto de empezar. —Descorrió las cortinas con un gesto enérgico, dejando que entrase la débil luz de la mañana—. Supongo que tienes zapatillas de deporte, ¿no?

Busqué a tientas las gafas en la mesilla y me las puse con gesto de cabreo. El mundo recobró su nitidez.

—Por favor, Jimmy, prácticamente todavía no ha amanecido.

Una zapatilla Nike negra voló en dirección hacia mí. Solo tuve reflejos para desviarla y que no me diera en las gafas recién puestas.

—¡Oye!

—Vamos, mueve el culo.

Después llovieron sobre mi cama varias sudaderas viejas y amplias de color gris. Su señoría ya llevaba su uniforme de diseño para correr, absolutamente negro y con aspecto de recién estrenado. Preparado y ávido de ponerse a ello cuanto antes.

—¿Tienes por aquí algún sujetador deportivo? Con tu talla de pecho, me da la impresión de que vas a necesitar uno.

—¡Fuera de mi armario! —Me libré de las mantas y me lancé hacia él—. ¡Ni se te ocurra tocar mi ropa interior, pedazo de capullo!

No me hizo el menor caso y siguió enredando en los cajones.

—Comparada con la gente con la que he trabajado, esto no es nada. He visto de todo, Lena. Vamos. Tienes que prepararte.

—Repito: ¿te has vuelto majara?

—Ya te lo dije. No voy a aceptar a ninguna otra persona de compañía, así que voy a ayudarte a que te ayudes a ti misma. Juntos vamos a ir progresando en esa lista de la que hablamos ayer, para que te libres de esos sentimientos estúpidos. Si hay alguien capaz de acabar con un cuelgue, ese soy yo. Créeme.

—Ya sabes por dónde te puedes meter la maldita lista. Y si necesitas

ayuda, déjame que busque un guante de látex y un poco de vaselina y enseguida nos ponemos a ello.

Jimmy hizo un gesto de asco y suspiró. Levantó la mano con el puño cerrado, y poco a poco fue estirando los dedos. Y pude ver que mostraba como si fuera un trofeo unas bonitas bragas negras de seda.

—Dime que vas a salir a correr un rato conmigo y te las devuelvo.

—Estoy tentada de darte un puñetazo en los huevos con todas mis fuerzas y acabar de una vez con tanta tontería. La verdad es que tendrá que ocurrir antes o después, ¿no?

No hizo el más mínimo gesto de debilidad ni ademán de cubrirse. En vez de eso, torció los labios en una especie de sonrisa y apareció un hoyuelo en su mejilla. Se me hizo un nudo en el estómago. ¡Era de verdad, un hoyuelo de verdad! Sonriendo, examinó las bragas que tenía en la mano. Dada mi escasa estatura y lo enorme que era él, no tenía modo de recuperarlas.

—¿Crees que me voy a poner a dar saltos como un canguro? —pregunté al tiempo que intentaba fulminarle con la mirada.

—Sería divertido.

—Jimmy, no me obligues a matarte a estas horas de la mañana. No sería civilizado.

La media sonrisa desapareció y me devolvió las bragas.

—Gracias.

—Veo que no has pensado en la lista —Se puso las manos en la cintura y me miró desde arriba, con cara de pocos amigos.

Lo había hecho, intensamente y durante mucho tiempo. Por supuesto que lo había hecho: y aunque alejarme de él tenía sentido para mí, ambos lo pasaríamos mal. Me sentía culpable, porque igual no se llevaba bien con la persona que me reemplazase. Bueno, en realidad a veces, bastantes, no nos llevábamos bien, pero a pesar de ello se mantenía sobrio y equilibrado. Así que llegué a la conclusión de que, en la parte fundamental, nuestra asociación funcionaba bien.

—¿Qué es lo que quieres, Lena? —preguntó masajeándose la sien—. Sé que en el pasado has estado colgada de unos cuantos imbéciles, pero aquí la situación no va de eso. Yo no voy a hacerte daño, en ningún sentido. Lo

único que quiero es que sigas haciendo tu trabajo.

—Lo sé.

—¡Joder! —gruñó—. ¿Ayudaría en algo que te lo pidiera por favor?

—No estoy segura. —Fue una respuesta veraz—. Podría ser. ¿Eres capaz de pedir algo por favor sin implicar ninguna ironía o sarcasmo indebidos?

Alzó la cabeza como si estuviera haciendo una plegaria al cielo.

—Por favor —dijo.

—¿Por favor, qué?

—Ven a correr conmigo. Sigue la lista. Acaba con esta mierda. ¡Lena, por favor!

Parecía sincero, y además tenía razón: lo cierto era que yo no estaba completamente decidida a irme. Por otra parte, en algún sitio (¿otra revista?) había leído que recompensar el buen comportamiento era un refuerzo positivo y muy conveniente.

—De acuerdo, Jimmy. Probemos.

—¡Santo Dios, cómo te odio! —resollé, arrastrando mi cansadísimo trasero tras aquel bastardo.

—¿Ves? La cosa empieza a funcionar. —Jimmy ni siquiera había empezado a sudar. Parecía que se estaba dando un tranquilo paseo—. Y de paso, te vas a poner en forma y estarás mucho más saludable. Sales ganando en todos los sentidos.

—Ya estoy... muy... saludable —acerté a decir, resollando—. Como fruta.

—No cuenta si va en una tarta.

Si tuviera rayos láser en los ojos... ¡Mierda de retraso tecnológico!

—No digo que estés mal, para nada —dijo, volviéndose para mirarme. Incluso mientras hacía *jogging* iba de sobrado. Si se tropezara y se cayera me haría inmensamente feliz. Paseó la mirada por todo mi cuerpo, como si hiciera un reconcomiendo médico, aunque, por extraño que parezca, me pareció que era incluso algo apreciativa, sobre todo cuando se detuvo en mis caderas—. Además, prefiero que una mujer tenga algo a lo que agarrarse.

No pude hacer otra cosa que murmurar juramentos en arameo, por el simple hecho de que me faltaba aliento para expresarlos en voz alta.

—Vamos a salir a correr todos los días, y poco a poco irás incrementando la velocidad y la distancia, ya verás. Si lo logras, podrás comer más tarta. ¿Te parece bien?

Me pareció que era un capullo redomado, condescendiente y pretencioso. Le hice un gesto con el brazo mirándole de reojo. No tenía ni fuerzas para prestarle atención.

—Lena, mírame.

Me paré y le hice caso. Además, me doblé hacia delante y empecé a inspirar intensamente para que entrara más aire en los pulmones. Las mujeres de hoy en día somos capaces de hacer varias cosas a la vez, está demostrado.

—Eres una chica guapa, con unas curvas estupendas —dijo mientras daba saltitos en el mismo sitio, sin avanzar—. No obstante, te vendrá fenomenal ponerte un poco más en forma. Elevará tu nivel energético, segregará endorfinas y todo ese rollo.

Un momento, un momento. ¿Jimmy pensaba que yo era guapa?

Evidentemente, puede que solo pretendiera ser amable. De una forma u otra, en realidad me daba lo mismo. Sea como fuere, de ahora en adelante tendría que prohibirle a mi tripita sus habituales caprichos y mantenerme fuerte. Y es que el chiste sobre la tarta me seguía cabreando mucho. La gente de un restaurante cercano nos traía la comida, y solían llenar el frigorífico de ensaladas, carne a la plancha, pasta y, sí, de vez en cuando alguna tarta que otra. Ni que yo les pusiera la pistola en el pecho para que nos la sirvieran. Pero lo que yo comiera o dejara de comer no era asunto suyo, y su opinión no me debería importar.

Aunque, sí, la verdad es que terminó importando.

—Jimmy, no siento ninguna necesidad de ajustarme a tus cánones de belleza —expresé, una vez recuperado el aliento. Más o menos.

Miré alrededor a las enormes casas y los árboles otoñales que nos rodeaban, y justamente en ese instante noté cómo su mirada volvía a posarse en mí.

—Pues claro que no, seguro, y en ningún momento he dicho que te

ajustes.

—No todos hemos nacido bellos y perfectos como tú.

—¿Te has cabreado? —Se acercó un paso—. Lena, yo tengo montones de defectos. Llevamos viviendo en la misma casa un par de meses, así que lo sabes mejor que nadie. Pero criticar tu aspecto no es uno de ellos. Si quieres meterte conmigo, escoge cualquier otra cosa, porque en ese sentido andas bastante descaminada.

Durante un momento ninguno de los dos habló. Estábamos el uno frente al otro, y el vaho que salía de nuestras bocas era perfectamente visible en el aire frío y húmedo de la mañana.

—Ya. Puede que en este tema tienda a ponerme a la defensiva enseguida —admití finalmente.

—Tendría que haberme dado cuenta. —Se apartó el pelo de la cara—. Y probablemente no he dicho lo que debía. Añádelo a la lista de mis defectos: Jimmy tiene problemas a la hora de explicarse.

—Y sobre todo a la hora de encontrar términos socialmente aceptables.

—¿Tú crees, como todo el mundo, que eso es importante? —me preguntó con expresión divertida.

—Algunas veces. Y hasta cierto punto, sí.

—Lo que piensa la gente no se puede cambiar, Lena —gruñó—. Si quieren pensar lo peor, lo harán. No pienso malgastar mis energías intentando hacer feliz a todo el mundo. Con evitar que mi propia mierda tome el poder, tengo suficiente trabajo.

Lo que decía era bastante lógico, hasta sabio. Aunque no del todo preciso.

—En cualquier caso, la gente siempre te va a juzgar —continuó—. Todo el mundo está encantado consigo mismo, cree que lo sabe todo y te lanza sus jodidas opiniones a la primera, se las pidas o no. Lo importante es estar contento con uno mismo.

—Sí, pero a ti te importa lo que piensen los otros componentes de la banda —dije.

—Claro. —Empezó a correr de nuevo, esta vez algo más lentamente, gracias a Dios.

A regañadientes y con dificultad, me las apañé para seguir su ritmo. Me

ardían las plantas de los pies y los muslos. No tenía la menor duda de que mi cuerpo en esos momentos me odiaba con todas las fuerzas del mundo, y no se lo reprochaba.

—Y también Ev y Anne. Les tienes aprecio —dije.

Gruñido.

—Y el señor Ericson. —añadí, pero por desgracia me resultaba difícil mantener incluso ese ritmo, bastante más lento—. Aunque a veces la jodes con las palabras. Mejor intenta pensar antes de hablar. Todos decimos a veces cosas que no queremos.

—Cambiemos de defecto, si te parece —dijo.

—Muy bien. —Busqué munición en mi mente perdidamente enamorada—. ¿Qué me dices de...?

—Soy egocéntrico —me cortó.

—Sí. Es verdad. Eres bastante arrogante y narcisista.

Una corredora nos pasó a gran ritmo, ataviada con prendas deportivas coloridas y brillantes de la cabeza a los pies. Le lanzó una amplia sonrisa como invitándole a que siguiera su ritmo. Él la saludó, pero enseguida volvió a centrarse en nuestra conversación.

—Lo cierto es que no te faltan razones, lo reconozco. Pero no sales con mujeres —dije, y me detuve. Afortunadamente, él también lo hizo. Eso de hablar y correr al mismo tiempo no iba conmigo. Y, para ser sinceros, tampoco correr, hablar y respirar—. ¿Por qué, Jimmy? Cuidas mucho tu aspecto, haces ejercicio para estar en plena forma, te compras la mejor ropa. Y, mira por dónde, la cosa funciona. Sin embargo, no sales nunca, salvo para asuntos de trabajo o a hacer algo con los chicos. Básicamente vives como un eremita.

—¿Cuál es tu pregunta, Lena?

—¿Cómo? —pregunté desconcertada.

—¿Quieres saber por qué me cuido o por qué soy un eremita?

—Empecemos por lo primero.

—Soy vanidoso —afirmó, y se encogió de hombros—. ¿Qué le voy a hacer?

—¿Entonces estás absolutamente satisfecho de ti mismo?

—¿De mi aspecto, quieres decir? Sí, claro que sí. —Levantó una ceja—. Mi aspecto es algo que siempre me ha traído cosas buenas; gracias a él he logrado atención. Si salgo en la portada de una revista, vendemos más discos. Es un hecho. Yo no soy un poeta, como Dave, ni un absoluto genio con ningún instrumento. Canto bien, claro. Pero, además, lo que tengo es esta cara, este aspecto, y es mi contribución principal. En este negocio hay que utilizar todo lo que esté a nuestra disposición.

—¡De verdad crees eso! —le dije frunciendo el ceño, pues estaba muy sorprendida.

Me devolvió una mirada dura.

—Jimmy, tú eres mucho más que una cara bonita. Tienes una voz magnífica. —Podía dar fe de ello: prácticamente me dormía todas las noches escuchándole en el iPod—. Por Dios, ¿cuántos Grammys has ganado?

—¡Venga ya! Ese premio es sobre todo un concurso de popularidad, o sea, en una palabra: nada. —Se mordió el labio—. ¿Y tú?

—¿Y yo... qué?

—¿Tú estás contenta con tu aspecto?

Por una vez seguí mi propio consejo y pensé antes de abrir la boca.

—Evidentemente no. No tienes más que recordar la conversación que hemos mantenido hace un momento. Pero intento estarlo. No siempre es fácil, dado el canon de belleza con que nos bombardean los medios... y blablablá. Nunca mediré un metro ochenta, ni las piernas me van a llegar a las axilas. Y además, como bien sabes y me has recriminado, me encantan los dulces. No estoy dispuesta a renunciar a la comida que me gusta durante cincuenta años para evitar no tener el más mínimo signo de celulitis en los muslos. Los pequeños placeres son importantes.

—Sí, y tanto. —De nuevo la media sonrisa—. Pero yo sí que he renunciado a cosas, y no voy a volver a caer en los malos hábitos. En mi caso, sexo, drogas y alcohol venían siempre unidos. Y si se quiere cambiar de vida y acabar con toda la mierda que te destruye, es fundamental saber cuáles son los detonantes.

—¿No has tenido sexo desde que dejaste de beber y de consumir drogas?

—No.

—¿De verdad?

—Como lo oyes.

Abrí unos ojos como platos, y durante bastante tiempo.

—¡Oh!

Lo cierto es que era una medida extrema, pero obviamente le había funcionado. ¡Menuda fuerza de voluntad! Lo cierto es que su franqueza me dejó anonadada. Tuve claro que iba completamente en serio con lo que yo misma acababa de bautizar como mi «programa de desintoxicación sentimental».

—¿Nunca has bebido ni te has puesto estando solo?

—Bueno, alguna vez —respondió, encogiéndose de hombros mínimamente—. Y por eso siempre tengo a alguien alrededor, o a uno de los chicos o a ti, por si acaso.

—Pero no a todas horas. Y sin embargo te mantienes firme, estable... — señalé pensativa—. Creo que hacer lo que has hecho, darle la vuelta a tu vida, implica mucha valentía, Jimmy.

—No inventes excusas para defenderme —dijo entornando los ojos—. No soy una persona lo que se dice ejemplar. Me tiré a la primera novia de mi hermano. ¿Lo sabías?

Negué con la cabeza.

—Sí, y le rompí el corazón a David. Estaba tan celoso de él que apenas podía respirar. He mentido. He engañado. He robado. He destruido todo lo que significaba algo para mí y he hecho daño a todos los que estaban a mi alrededor. La armaba constantemente, y sufrí dos sobredosis, de las que salí de milagro. ¿Cómo pude hacerles eso a ellos... a los chicos, obligarles a visitarme en el hospital, a contemplarme en un estado tan lamentable?

Miraba a todas partes menos a mí. Le dejé seguir expresándose.

—Esa es la verdad, Lena, ese soy yo. No fabriques excusas, porque no las hay. Sigo siendo el capullo malhumorado y egoísta de siempre, esté sobrio o no. —Respiraba aceleradamente, pese a que estábamos quietos—. El caso es que nunca tendrías algo que se le parezca a una vida estable estando a mi lado. Soy demasiado egoísta. Estarías mucho mejor si te alejaras de mí, lo sé perfectamente. Y pese a todo, me da igual y quiero tenerte cerca, porque lo

haces bien y no me gustan los cambios. Eso soy yo, Lena. Ni más ni menos.

Vaya, me quedé sin nada que decir.

Jimmy bajó la cabeza y nos dirigimos en silencio a casa, caminando.

CAPÍTULO 7

La banda celebró el Día de Acción de Gracias la víspera de la festividad. Por mi parte, para explicar mi ausencia en casa, le di a mi madre un montón de amables excusas que, afortunadamente, pareció aceptar.

La celebración tuvo lugar en el nuevo piso de Anne y Mal, casi enfrente de el de Ev y David, que apenas llevaban viviendo allí unos seis meses. Ambos apartamentos eran magníficos, y estaban muy bien decorados con muebles caros y un estilo brillante y moderno. ¿Qué otra cosa se podía esperar? Las dos terrazas daban a Pearl District, y las vistas eran preciosas.

Sobre la repisa de la chimenea había una fotografía de Lori, la madre de Mal. Al llegar, Jimmy contempló el retrato durante un buen rato. Su hermano se acercó finalmente y hablaron en voz baja. Me dio la impresión de que la pérdida iba a afectar a todos por bastante tiempo. Al parecer, Ben no le había contado a nadie mi deseo de dejar el trabajo. Y yo agradecí inmensamente su discreción.

Después de la conversación tan especial que tuvimos el día anterior, Jimmy apenas abrió la boca. Pero, por desgracia, se había vuelto a presentar en mi puerta por la mañana, lanzándome las zapatillas de correr. Y yo volví a arrastrar mi triste cuerpo tras el suyo, a cierta distancia, resollando y sudando por todos los poros. No sabría decir qué distancia hicimos, porque tras los primeros metros empecé a sufrir lo indecible. Un poco después de volver a casa llegó una especie de esteticista-masajista, todo en uno, y empezó a

tratarme bien, pero que muy bien, con lo que se activó otro de los puntos de la lista: mimarme. Tengo que admitir que esas dos horas de felicidad física, convenientemente pagadas por Jimmy, compensaron el sufrimiento del ejercicio físico de primeras horas de la mañana. Bueno, no todo, pero sí mucho. Me pareció una especie de disculpa silenciosa por su parte, o quizá un estímulo. O puede que fuera simplemente un cebo más para convencerme de que me quedara.

Ahora estaba sentado frente a mí, con el pelo muy bien dispuesto cubriéndole parcialmente la cara. Desde el punto de vista estético, era un auténtico maestro. Por mucho que me empeñara en tratar de dilucidar si era o no mi tipo, no se podía negar su atractivo. Siempre tenía un aspecto pulcro, perfecto y, conociéndole, uno casi se olvidaba el caos y el dolor que lo invadían internamente. Pero no podía dejar de darle vueltas a la cabeza recordando las confesiones que me había hecho. ¡Le había quitado la novia a su propio hermano, por Dios! No me extrañaba que, de vez en cuando, la relación entre ellos se torciera.

Las conversaciones fluían a mi alrededor en la mesa de la cena. Pero ninguna de ellas me interesaban ni la mitad que Jimmy. Era la pura encarnación de la coexistencia entre el bien y el mal, la belleza y el horror. Había dejado su abrigo de lana junto a la puerta y se estaba remangado la camisa, de un estampado impreciso. Mi vestimenta era menos sofisticada: botines, *jeans* ajustados y un *top* de punto. Si se diera la ocasión de quitarse la ropa rápido, él me ganaría. ¡Ay, los sueños, sueños son! Cambió de postura y apoyó un codo sobre la mesa. Vi que tenía las muñecas muy anchas, no me había fijado hasta entonces, por lo que sus manos debían de ser fuertes. No obstante, recuerdo que cuando nos peleamos por el paquete de cigarrillos actuó con bastante suavidad. Bueno, con toda la suavidad posible si estás rodando por el suelo con alguien. Rememorar su cuerpo encima del mío me hizo estremecerme. Por fortuna, los cigarrillos se habían acabado. Me dio su palabra y la estaba cumpliendo. Seguí repasándole con la mirada: tenía un montón de tatuajes en el brazo derecho. Había una estrella, un corazón, llamas y algunas palabras. ¡Cómo deseaba acercarme a estudiarlos, tomándome todo el tiempo del mundo, recorriendo cada línea por su piel...!

Bebí un poco de agua, pues se me había quedado la garganta seca. Más arriba, llevaba desabrochados dos botones de la camisa y se adivinaba algo de vello oscuro en el pecho.

¡Qué agradable!

El muy cretino también llevaba botas de suela bastante sólida. Me di cuenta cuando una de ellas golpeó con cierta fuerza mi desprevenido pie.

Solté un gritito.

—Anne te está hablando, Lena —me avisó.

Mierda. Otra vez. Me había embobado mirándole fijamente un buen rato. Por su culpa. Si se hubiera sentado a mi lado, en lugar de enfrente, eso no habría pasado. Intenté devolverle el pisotón pero fallé estrepitosamente, dándole al aire y después al suelo. ¡Qué le dieran, a él y a sus largas piernas!

—Jimmy, ¿acabas de darle una patada a Lena? —preguntó Ev frunciendo los labios.

—No —mintió descaradamente.

Ev se volvió hacia mí y me miró con curiosidad, como si esperara que yo fuera a decir la verdad.

—Hubiera sido algo pueril y mezquino si lo hubiera hecho, pero no, no ha sido así, ¿verdad, Jimmy? Simplemente he cambiado de postura demasiado bruscamente —dije—. Lo siento. Debe de ser ya la copita de vino...

—A veces le ocurre —confirmó Jimmy—. Nuestra Lena es una chica bastante excitable.

Le dediqué mi sonrisa forzada más agradable.

En el otro extremo de la mesa la madre de Anne, que era la invitada de honor, frunció el ceño ostentosamente. Se acabaron las buenas impresiones. Y eso, que todo el mundo había procurado no decir palabrotas y comportarse de una forma civilizada. Bueno, todo el mundo menos el cachorro, *Killer*, que tras hacer honor a su bien ganada fama de psicópata, fue encerrado ya hacía rato, para que todos pudiéramos disfrutar de cierta tranquilidad. Ben fue el primero en caer en desgracia por enredar con el perro nada más llegar, aunque al gigantón sí que se le permitió sentarse a la mesa. Si yo hubiera sido *Killer*, me habría quejado amargamente. Era absolutamente injusto.

Jimmy se aclaró la garganta con fuerza, y atrajo la atención de toda la

mesa.

—No os vais a creer lo que voy a contaros, chicos. Lena ha hablado de dejarnos.

¡Vaya! Esto era una emboscada en toda regla.

La habitación se llenó de murmullos de «¿qué?», «¿por qué?» y otras expresiones de interrogación, disgusto y sorpresa. Muchas más de las que habría esperado. Jimmy me dedicó una sonrisa de superioridad, seguida de una mirada explícita que, sin duda, significaba: «¿Ves como todo el mundo te quiere con nosotros, no solo yo?». Parecía que ya podíamos comunicarnos perfectamente sin utilizar las palabras.

Impresionante.

—¡No, de ninguna manera! —dijo Mal desde la cabecera de la mesa—. Vamos, Lena. ¿Por qué ibas a marcharte? Eres la única que te has integrado perfectamente con nosotros y que has sido capaz de aguantar al mierda de Jimmy. —Soltó una carcajada—. Eres una especie a proteger, que sin ti se extinguiría definitivamente de la faz de la tierra.

Sentí como si me mirara un mar de caras tristes. Bueno, salvo la madre de Anne, que se limitaba a servir la comida con los cubiertos para la ocasión. Hasta la hermana de Anne, Lizzy, parecía sentirse decepcionada, y eso que, como mucho, habíamos coincidido dos veces en todo este tiempo. Tal nivel de simpatía me resultó tan sorprendente como reconfortante.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y me invadió un fuerte y tontorrón sentimiento de nostalgia. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había sentido muy sola, pero la cariñosa forma en que esta gente reaccionaba me pilló por sorpresa. Sin duda querían que formara parte de su círculo íntimo.

—¿Qué cojones le has hecho? —preguntó David a su hermano, mirándole muy, pero que muy mal.

La sonrisa de la cara de Jimmy se esfumó en un segundo.

—¡Nada! —respondí, saliendo en su defensa como un resorte—. Jimmy no ha hecho nada. Simplemente pensé que era el momento de cambiar... Pero aún no me he decidido del todo.

Mis palabras dieron pie a un intenso intercambio de miradas entre ambos hermanos. Al parecer ganó Jimmy, porque David fue quien primero bajó los

ojos, con el ceño acusadamente fruncido. Sin duda era característico de los Ferris mostrar su emotividad con ágiles movimientos de la frente y las cejas.

—¿Cuál es tu trabajo exactamente, Lena? —intervino la madre de Anne. Su nombre era Jan. Debía de rondar los cincuenta años, y su pelo rubio rojizo estaba algo descolorido.

—Es mi acompañante —respondió Jimmy por mí sin la más mínima vacilación—. Me ayuda a mantenerme sobrio, y también es mi asistente personal. Como he dicho, me ayuda a no volver a beber y a mantenerme limpio de mierda.

Todo el mundo dejó de hablar y miró hacia otro lado. Jan abrió la boca como un pez, pero no dijo una palabra. De lo poco que me había contado Anne acerca de su madre, seguramente sería la última persona que se atrevería a juzgar a nadie. No era nada factible que pudiera haber optado al Premio de Madre del Año al menos durante los últimos veinte.

Generalmente no hablábamos de los problemas de Jimmy con los demás, y mucho menos acompañados de personas ajenas al grupo. La verdad es que todo el mundo, en sentido literal, conocía hasta el más sórdido de los detalles, así que no hacía falta recordarlos. Cuando entró en rehabilitación circularon por todas partes las noticias acerca de su situación, pero, al parecer y sin saber cómo, a Jan no le había llegado aquella información.

De repente el silencio se hizo muy pesado, y Jimmy pareció ponerse tenso y ausente. Sus fríos ojos permanecían muy abiertos, pero sin mirar hacia ninguna parte en concreto. Puede que la gente sintiera vergüenza ajena por su historia. ¡Como si hubiera alguien perfecto! Es verdad: él cayó más que otros, pero también logró salir del hoyo, y eso era excepcional en todos los sentidos. La fuerza se demuestra de muchas maneras. Yo siempre asumí que el tema de sus adicciones no se trataba abiertamente debido a su ansia de privacidad. Por eso aquel silencio me pareció tan extraño, y en cierto modo me irritó.

¿Por qué diablos nadie decía nada? Quizá debería hablar yo.

—He disfrutado mucho trabajando con Jimmy —afirmé mientras doblaba la servilleta y la colocaba con cuidado encima de la mesa—. Y me sigue gustando. Que yo haya pensado en irme... El problema es solo mío, no suyo.

Su mirada se suavizó; fue como si su rostro volviera a la vida.

—¿Y cuál es ese maldito problema, si se puede saber? —preguntó David a continuación.

—Es algo estrictamente personal. Prefiero no hablar de ello. —Bajé la mirada al plato.

—Necesita tener una vida propia. Ese es el problema —dijo Jimmy, alejándose un poco de la mesa como para expresarse y gesticular mejor—. Necesita hacer otras cosas. Estar conmigo todo el tiempo no necesariamente es la fiesta continua que sin duda imagináis. Y Lena aún es muy joven. Tiene que ver mundo, estar con gente de su edad...

David esbozó una media sonrisa comprensiva.

—Se aburre, ¿es eso? —dijo Anne, mirándome desde tres asientos más allá—. Porque podemos encargarnos de que no se aburra.

Todo esto me estaba empezando a dar mal rollo.

—Chicos, chicos... Es una decisión personal, no un proyecto del grupo. Gracias por vuestro interés, pero...

—No, cielo, no nos despistes. —Mal me miró intensamente por encima de su copa de vino—. Dudo mucho que el problema sea que se aburre. Me parece que Lena necesita un amigo. Un amigo especial, ya sabéis lo que quiero decir. Una relación de pareja.

—¡Faltaría más! Esa es la respuesta de los hombres a todos los problemas —dijo Ev riendo.

—¡Venga ya, Ev! Todo el mundo necesita alguien especial a quien abrazar y con quien follar de vez en cuando. No hay por qué avergonzarse de ello —dijo Mal, no haciendo caso del gemido de sorpresa de la madre de Anne. Y a Anne no pareció importarle mucho tampoco. Eso era interesante—. Y, por razones obvias, resulta que Lena necesita a alguien que no sea Jimmy.

—¿Y por qué no Jim? —Al otro extremo de la mesa, David se removió en su asiento.

—Porque trabaja para mí —interrumpió mi jefe, acoplándose nerviosamente el cuello de la camisa. Parece que no disfrutaba tanto siendo el centro de la conversación como lo había hecho arrojándome a los lobos. ¡Pues mala suerte, compañero!

—Dave, por favor —continuó Mal como si no hubiera escuchado a Jimmy—. Detente un momento y piensa lo que acabas de decir: quien se acuesta con él, acaba odiándolo.

—¿De qué vas? ¡Eso no es cierto! —saltó Jimmy ásperamente.

—¿Que no? Dime una mujer a la que te hayas tirado que todavía te hable.

Los invitados se rieron. Pasó un rato, pero Jimmy no soltó prenda, y cuando las risas se calmaron, nadie salió a su rescate.

—Pues eso. No haces seguimiento, y eso se paga. —Mal se volvió hacia David, pero continuó hablando en tercera persona—. Ni siquiera tiene la delicadeza de fingir que podría apetecerle una segunda cita. Ni pide el número de teléfono. Es así de grosero.

—¡Vaya, qué cosas más espantosas! —dije, disfrutando muchísimo. Solo la gracia de Dios me libró de una segunda patada de Jimmy por debajo de la mesa. Falló, y lo sé porque noté su golpe frustrado en una de las patas de la silla. Me burlé de él con la mirada.

—¡Y tú! —increpó Mal, señalándome con dedo acusador—. Tu siempre le estás tratando mal. No lo puedes evitar. Tenéis vuestras pequeñas peleas, lo cual resulta curioso y divertido, y además nos permite a los demás reírnos un poco a vuestras espaldas. Pero Dave, colega, imagínate que estuvieran acostándose a escondidas. Nos pasaríamos cada reunión y cada fiesta soportando sus trifulcas y contemplando escenitas en la mesa. No, no, de eso nada.

Me quedé con la boca abierta.

—Pase lo que pase, vosotros dos no haréis cochinas. Quiero vuestra palabra, en serio. —El dedo acusador de Mal volvió a apuntarme, y esta vez con el detalle añadido de un cierto balanceo juguetón—. Nos haríais la vida imposible a todos.

La madre de Anne salió huyendo de la mesa como alma que lleva el diablo.

—Pero ¿acaso he dicho alguna vez que Lena y yo nos lo estemos montando? —Jimmy soltó un fuerte gemido y miró al cielo, al parecer buscando ayuda—. Que alguien le pegue un tiro a este capullo entrometido. Un tiro, o lo que sea.

Ben se rascó la cabeza, pensativo a su manera troglodita.

—Lena y Jim se pelean mucho, eso es cierto.

David y Ev nos miraron bastante sorprendidos.

—Bueno, a ver si me aclaro. Según vosotros, ¿es mejor que me quede o que me vaya? —pregunté—. Me estoy perdiendo...

—¡Pues claro que tienes que quedarte! —respondió Mal—. Mira, pregunto a cualquiera: aparte de nosotros, ¿cuándo ha sido la última vez que Jimmy ha tenido un amigo que no le utilizara o le proporcionara mierda, ¿eh?

Después de un momento de silencio, David negó con la cabeza.

—La verdad es que no soy capaz de recordarlo.

—¿En el colegio, quizá? —intervino Ben, muy serio—. ¿Aquel chaval que se encargaba del equipo el último año?

—¡Dios, tienes razón! —dijo Ev, y le brillaron los ojos de emoción—. Lena, eres su única amiga. No podemos dejar que te vayas.

—Ella no es mi única amiga —dijo Jimmy, ¡y se puso colorado!

—Calla, Jimmy —ordenó Mal—. Están hablando los mayores.

—Pero no sé si es de verdad una buena idea que estén juntos. Mmm... —expresó Ben.

—Lo que sí sería una buena idea es que Mal y tú dejarais de meteros en lo que no os importa. —David pasó un brazo por los hombros de Ev y se acurrucó más a ella.

—A ver, chicos. ¿Hay alguna pareja que no se pelee? —preguntó Anne.

—Lo que pasa es que ella le provoca, cielo —sentenció Mal, escudriñándome—. La he visto. Se divierte haciéndolo. Te asombraría de lo que es capaz esta chica. —Sus ojos relucían de curiosidad.

Me enderecé todo lo que pude en mi asiento.

—Bueno, ya vale. Creo que esta conversación está yendo demasiado lejos.

—Mira, cuando estaba en Secundaria había una chica que siempre se metía conmigo. Pero cada vez que jugábamos a la botella, se lanzaba a fondo a por mí. —Mal se volvió a Anne y le dio un beso en la mejilla—. No te preocupes, cariño, yo era muy rápido, nunca me pillaba.

—Es un alivio —dijo Anne sonriendo.

—Desde entonces he procurado no acercarme mucho a las chicas con un

carácter terco. Pero aquello me recuerda un poco a lo de Lena con Jimmy. ¿Os he contado que Dave se los encontró un día rodando por el suelo, como si estuvieran peleando en barro?

—Eso fue una intervención terapéutica profesional —me defendí.

—Por simple curiosidad, Jim, ¿cuántas intervenciones terapéuticas profesionales de Lena han acabado en contacto físico? ¿Te parece que busca demasiadas veces excusas para «enderezarte», por decirlo de alguna manera?

—¡No lo hago! —informé, quizá levantando ligeramente demasiado el tono de voz.

—Mirad cómo se cabrea cuando trato de averiguar algo más —dijo el muy cerdo—. Esa es la razón por la que estás pensando en marcharte, ¿verdad, Lena? Tienes miedo de implicarte demasiado, ¿no es eso?

—Mal, ya está bien —dijo Anne—. Deja en paz a la pobre chica.

Entonces mi enfado surgió incontenible. Definitivamente, habían traspasado uno de mis límites. Sin pensármelo dos veces, me puse de pie, y la silla cayó hacia atrás con estrépito.

—¡No tienes la menor idea de lo que estás hablando! —exclamé.

—¡Joder, ya está bien! —Jimmy también se levantó, dio la vuelta a la mesa a grandes zancadas y me tomó del brazo—. Cálmate, Lena.

—Pero...

—Venga, cálmate —repitió Jimmy—. No ha dicho nada más que idioteces.

Resoplé.

—Eso es —volvió a la carga Mal—. Controla a tu «amiga», Jimmy.

—Mal... —Jimmy miró a su amigo fijamente como pidiéndole discreción, pero Mal mostraba dureza e impasibilidad. Con el dedo gordo me acariciaba la muñeca una y otra vez. Ni siquiera sé si se daba cuenta de lo que hacía—. Hablo muy en serio. Estamos celebrando Acción de Gracias. Vamos a dejarnos de estupideces, ¿de acuerdo? —Se volvió hacia mí y después miró uno a uno a todos los asistentes—: ¿De acuerdo?

Mis ganas de pelea desaparecieron como por arte de magia. Es triste decirlo, pero me molestó un poco el que su caricia hubiera funcionado con tanta facilidad y eficacia.

—Sí —murmuré.

Mal no dijo nada más. Pero se fijó en nuestras manos y sonrió levemente. Maldita sea, el batería había jugado con nosotros a conciencia. Solo quería provocarnos y poner en evidencia lo que él ya sabía, y nosotros también, aunque intentáramos ocultarlo.

El gesto de Mal hizo que el propio Jimmy prestara atención a su gesto. El ceño que se dibujó en su frente cuando vio que me estaba acariciando la muñeca fue impresionante: como si los dedos no fueran suyos. Me adelanté a él, me liberé de su mano, alcé la silla y me senté.

Aquel día había muchas cosas interesantes que contemplar en la habitación. Tantas, que el individuo que estaba sentado enfrente de mí y su expresión, cualquiera que fuese el sentimiento que trasluciera, apenas importaban. Por ejemplo, Anne estaba medio ausente y se frotaba las sienes. Si yo tuviera un novio tan pirado como el suyo, probablemente también me frotaría las sienes hasta hacerme sangre. Por su parte, Lizzy comprobaba algo en su teléfono móvil, mientras que la madre de ambas, Jan, aún no había regresado a la mesa. Ev, David y Ben ponderaban si el hecho de que Jimmy y yo fuéramos pareja sería algo bueno o no. Maravilloso: la cena se había convertido oficialmente en un infierno. Ni siquiera varias raciones de tarta de calabaza podrían compensar los daños, y todo era culpa de Jimmy, por haber sacado el tema sin venir a cuento.

—¡Ya está bien! ¡Haced el puto favor de callaros todos! —estalló Jimmy, dando un golpe sobre la mesa con el puño cerrado. Los murmullos cesaron de inmediato al tiempo que el menaje temblaba peligrosamente—. Lena no se va a ir, y tampoco nos estamos acostando ni nada por el estilo, así que... ¡dejadlo ya!

Durante un momento no se oyó ni un suspiro. Pero solo durante un momento.

—¿Entonces, a qué viene todo este drama, colega? —preguntó Mal echándose hacia atrás en la silla, aparentemente relajado.

—¡Dios! —volvió a exclamar Jimmy, pasándose la mano por la cara—. Lena estaba pensando en marcharse. Pero tengo un plan para que no lo haga. Y me gustaría que me ayudarais a que saliera bien, eso era lo que quería

decir. Así que, aunque solo sea durante un puñetero minuto, os pido que dejemos de hacer y decir estupideces.

Sentí tanto temor que estuve a punto de atragantarme.

—Jimmy...

—Ella necesita salir más, conocer a gente de su edad —explicó—. Así que... Benny, ¿saldrás con Lena? Si te apetece, claro.

—¿Cómo? —Me sentí morir.

—Es una idea estupenda —gritó Ev, mientras David aprobaba lentamente con la cabeza.

Por su parte, Ben me dedicó una sonrisa amplia y cordial.

—Por supuesto, Jim. Estaré encantado.

—Bien —dijo Jimmy, sin hacer el más mínimo caso a mis intentos de llamar su atención—. Mañana por la noche no, tengo otros planes. Pasado mañana. ¿Te va bien?

—Sin problema —confirmó Ben.

—Estupendo. ¿A dónde estás pensando ir?

—¡Eh, tú! —Chasqueé los dedos en dirección a Jimmy. Fue un gesto algo vulgar, pero surtió efecto—. Ya está bien. No necesito que me lées con nadie, ni que me saquen de paseo.

—Lo hago con mucho gusto, no te preocupes —dijo, y se volvió hacia Ben.

—Jimmy... —gruñí con tono de amenaza.

Todos nos miraban alternativamente, como en un partido de tenis, absolutamente concentrados. Aquello era demasiado para una tranquila celebración de Acción de Gracias. La reunión estaba degenerando en una batalla campal a punto de estallar.

—¿Vamos a hacer lo que hablamos o no, Lena? Dijiste que lo intentarías. ¿O es que ahora te vas a volver atrás?

—Pero aquí no. Me estás poniendo en evidencia —le dije en voz baja.

Se inclinó hacia mí y bajó la voz también.

—No. Mira a tu alrededor. Estás entre amigos. Nadie te está juzgando, ni piensa mal de ti.

—Yo sí que la estoy juzgando —intervino Mal—. ¡Ay! No me des

patadas, cariño. Simplemente estoy diciendo lo que pienso. ¿Qué pasa? No debería querer dejarnos, somos los mejores.

—Lena —terció Ben. Había calidez en sus ojos oscuros—. De verdad, me parece bien. Me encantará salir contigo, llevarte a sitios y pasarlo bien. ¿Qué me dices?

Jimmy me miró con expresión paciente, lo mismo que los demás. No me pareció ver ninguna malicia en él, sino simplemente su habitual deseo de salirse con la suya. Lo cierto es que yo había aceptado seguir su plan de cuatro pasos. Pero, por lo que podía recordar, en ningún momento se hizo referencia a que la cosa incluiría convertirme en la atracción principal de la noche. Si había que salir con alguien, la verdad es que Ben Nicholson era una magnífica opción, maldita sea. Atractivo, bonachón, buen conversador cuando no estaba dormido, con un agudo y burlón sentido del humor y tan rico como la reina de Inglaterra. Lo cierto es que tenía muchas papeletas para ser el novio soñado y, al menos aparentemente, estaba muy dispuesto a salir conmigo.

Eso era una ventaja.

Como mínimo, sería una noche agradable con un amigo. Y, en el mejor de los casos, a lo mejor conseguía que mi atracción por Jimmy desapareciera como por arte de magia y me centrara en alguien que, para variar, no fuera un horror y realmente estuviera interesado en mí. En definitiva: sería bueno para todos.

—Puede que sea el momento de empezar otra vez a salir —dije, echando los hombros atrás y el pecho hacia delante. No venía al caso poner de manifiesto mis dudas al respecto. O todo o nada, como se suele decir—. Pero no hace falta que nadie organice mi vida. —Me volví hacia el guitarrista—. Ben, ¿qué te parece si vamos a cenar juntos un día de estos?

—¡Me encantaría! —contestó, sonriendo de oreja a oreja.

—Estupendo. Entonces, estamos de acuerdo. —Tampoco había sido tan difícil.

—Bien. —Jimmy procuró recuperar el control de la situación, aunque su habitual expresión arrogante no fue demasiado evidente. Agarró la servilleta y la dejó sobre la mesa—. ¿A dónde piensas llevarla, Ben?

Con la boca abierta, Ben lo meditó durante un rato.

—¡Ah! ¿Qué tal el bar de deportes? Allen's, quiero decir.

—No le gustan los deportes, y no seas cutre, joder. Estamos hablando de Lena, tienes que llevarla a un sitio bueno. No excesivamente formal, pero bonito. El estado de ánimo es importante.

¡Por el niño Jesús y su santa madre! Me hundí en el asiento.

—Muchas gracias por tu interés, Jimmy, pero seguro que Ben y yo podemos concretar eso más tarde. Y en privado.

—No te preocupes. Déjame pensar. —Ben se rascó la poca barba que lucía—. ¿Qué tal el japonés al que vamos de vez en cuando?

—Mmm —dijo Jimmy—. No me parece bien del todo.

—Bueno, pues... ¿qué propones tú? —preguntó Ben, con un brillo de diversión en los ojos.

—¿Por qué no os hago una reserva en un sitio que conozco en el centro?

—Hecho —concedió Ben de inmediato—. Gracias Jim. Lena, estoy deseando que salgamos el sábado. ¿Te recojo a las ocho?

—Muy bien. —Creo que mi sonrisa no perdió del todo la rigidez.

Por su parte, Lizzy me miró de forma torcida. De inmediato me di cuenta de lo que pasaba. En ese momento el pavo y la salsa de arándanos me pesaban en la tripa como si fueran plomo.

—Tú también lo estás deseando, ¿verdad, Lena? —La sonrisa de Jimmy me pareció un tanto vacilante. Aunque puede que solo fuera mi imaginación.

Pese a que no debía, íntimamente deseé que fuera una sonrisa forzada.

—Sí, por supuesto.

—¡Agárrala!

Me lanzó una cucharilla de postre.

—¿Vas a dejar de tirarme cosas? ¡Ya tengo bastante con que empieces el día obligándome a correr!

El día de Acción de Gracias realmente transcurrió tranquilo. Ambos lo pasamos en casa, cada uno a lo suyo. Llamé por teléfono a mi madre y a mi padre por la mañana, y tuve largas y muy agradables charlas con ambos.

Después, Jimmy y yo fuimos a una reunión de Alcohólicos Anónimos. Bueno, más bien fue él quien entró. Yo me quedé fuera, en la recepción, tomando una taza de café caliente. Él estaba tranquilo y de un humor pasable, lo cual estaba bien, muy bien.

—Duermes como un tronco. De alguna manera te tengo que despertar — se justificó Jimmy—. Esta mañana has corrido algo mejor, por cierto.

—Gracias —murmuré, apaciguándome un poco. No era nada habitual esto de recibir algún tipo de halago por su parte, por mínimo que fuera. Aunque un día me dijo que era guapa, así que igual la cosa estaba mejorando.

—Sí, solo has hiperventilado un par de veces. Y eso ya es un gran avance. O igual no estaba mejorando.

—Gracias, Jimmy. Es de agradecer que me des tu opinión.

—Déjame sitio. Tienes monopolizado el sofá. —Se dejó caer, y logró esquivarlo por poco. Llevaba en la mano una copa de helado y otra cuchara para él.

—¿De qué va esto?

—Tómatelo como una nueva forma de terapia de aversión. Mira. —Me ofreció la golosina. Una galleta con trocitos de chocolate flotaba sobre helado de vainilla medio derretido. ¡Demonios, qué maravilla! Empecé a producir saliva de inmediato.

—¡Guau! Creo que voy a dejar de odiarte muy pronto si sigues dándome helados y dulces.

Encendió el televisor. La imagen mostró una bandada de aves sobrevolando el agua, en una escena artísticamente iluminada por los rayos de sol. Era algo tan familiar como inesperado.

—¿Vamos a ver *El diario de Noa*? —pregunté absolutamente encantada—. ¿De verdad?

—Lo de hablar acerca de mis defectos el otro día no me gustó demasiado. Me imaginé que retomáramos el tema —explicó, acoplándose mejor en el sofá—. El artículo decía que debes pasar más tiempo con amigas, ver películas lacrimógenas y toda esa mierda. Así que en eso estamos. ¿Prefieres que llame a las chicas para que os vayáis por ahí? —preguntó, deteniendo la película.

—No, no. Esto está bien —dije tragando un poco más de aquel helado divino. Lo cierto era que ya llevábamos bastante tiempo viendo juntos la televisión por la noche. Era agradable. Además, me parecía un poco fuera de lugar, o incluso patético, aceptar de repente la propuesta de Ev de salir por ahí una noche desde que Jimmy pregonara a los cuatro vientos mi falta total de vida social.

—Dices que no tocas ningún instrumento, pero antes he escuchado una guitarra.

—Dije que no toco tan bien como los otros, no que no sepa tocar.

—¿También escribes canciones? —pregunté.

—¿Para el grupo? No. Dave compone todas las letras.

—¿Y para ti mismo?

—Sí, Lena, por supuesto. —Su risa me pareció algo frágil. Dio un golpecito en mi cuchara y me ayudó a volver a meterla en mi helado—. Me escribo a mí mismo canciones de amor en las que expreso lo mucho que me gusta. Como bien sabes, soy un narcisista incorregible, no lo puedo evitar.

Ladeé la cabeza para mirarle. Vaya, nunca debí mencionar eso.

—Te molestó mi comentario.

—Me la suda —gruñó.

Durante un buen rato miró fijamente la pantalla, y yo le miraba fijamente a él. Había cosas que le afectaban, por supuesto. Lo que no pensaba era que mi opinión sobre él fuera una de ellas. Me llevó un buen rato asumir el hecho de que realmente le preocupara algo que yo había mencionado. Implicaba la aceptación intelectual de que tenía más emociones que un muro de ladrillo, y además la comprobación de que esas emociones eran cercanas y muy personales.

Hasta el funeral de Lori simplemente no se manifestaron. Jimmy se comportó como Superman: las balas rebotaron en él, y no digamos las emociones. Pero aquellos días...

Debo tener más cuidado, pensé mientras lo contemplaba de reojo. No era tan duro como parecía en un principio.

—Lo siento —me disculpé.

—¿Cómo? —preguntó, lanzándome una mirada rara.

—Por haberte llamado narcisista.

—Insisto: me-la-su-da. —Repitió las palabras haciendo hincapié en cada sílaba—. Además, te dije enseguida que era vanidoso, ¿verdad?

De acuerdo, estaba equivocada. No tenía emociones tan profundas. Se reprimía tanto que casi hacía que me dolieran los dientes. Aunque, pensando en ello, la cosa tenía todo el sentido del mundo. No solo su madre había influido de forma tremenda en él, sino que además había sido capaz de ocultar que desde los catorce o quince años consumía alcohol y drogas. Era lógico que años y años de disimular constantemente desembocara en esto. No necesitaba hacer una búsqueda en Internet para llegar a esa conclusión.

—He mirado el significado de «narcisista» —dijo, interrumpiendo mis pensamientos y dejándome la rara sensación de que me estaba leyendo la mente—. Y creo que no corro el menor peligro de pasarme días y días admirándome en el espejo. Mi impresión es que el hecho de que tú no veas en los demás otra cosa que defectos, es algo más digno de atención que mi supuesto narcisismo. Seguramente, que yo sea un poco engreído tampoco es tan malo, ni tan extraño.

—No es cierto que yo solo sea capaz de ver los defectos ajenos.

—Pero no eres feliz, Lena. Desde mi punto de vista, tiene sentido y cuadra con lo que he dicho.

Arrugué el entrecejo.

Apretó el mando para que la película continuara. Nos callamos.

Le pasé el helado antes de acabar del todo con él.

—De todas formas, no estoy convencida de que seas un narcisista. Creo que me equivoqué en eso.

Me miró con gesto interrogativo.

—Pensé en lo que me dijiste, lo de que tu apariencia externa es una especie de herramienta para el trabajo. Y creo que dicha imagen es un aspecto de ti que utilizas para ejercer un control extremo.

Se limitó a mover la cabeza con gesto cansado.

—Lena, corta ese rollo de psicología de andar por casa, por favor. Lo digo por tu bien.

Puede que en eso tuviera razón. No era mi fuerte, las cosas como son.

—De acuerdo, entonces. Vamos a cambiar de tema. Háblame de las canciones que escribes.

—No te he dicho que haya escrito ninguna.

—Pero tampoco has dicho lo contrario.

—Soy el cantante, Lena, y punto.

—Tocas la guitarra. Te he escuchado antes, cuando estabas abajo.

—Joder, mira que eres pesada. —Se revolvió y excavó otro trozo de chocolate—. Estoy aprendiendo yo solo a tocar, ¿entendido? Eso es todo. No me apetece hablar de esto, no me marees.

—¿Lo sabe David?

—Nooo. —Sus ojos destellaron—. Y ni se te ocurra decírselo.

—Tienes mi palabra.

Mi rápida aceptación pareció calmarle un poco. Se acomodó un poco más en su asiento y suspiró profundamente. Su mandíbula se tensaba y destensaba, acompasadamente, como si estuviera apretando los dientes.

—¿Qué pasa, no podemos hacer otra cosa que hablar sobre mí para putearme?

—¿Y qué estamos haciendo? Pasando el rato. Todo ese asunto de mi «recuperación», con el *jogging* y esos cuatro puntos de las narices me tiene bastante harta. Hablar sobre ti no es ni la mitad de interesante de lo que tú te crees.

Me dedicó uno de sus gestos que no llegaba a ser sonrisa.

—A mí me funciona.

Le quité de las manos del helado con toda la brusquedad que pude. Eso sí que me funcionaba a mí.

—¿De verdad te apetece seguir viendo esta porquería? —dijo arrugando la nariz con asco. Fue gracioso.

—Ha sido idea tuya, chaval —solté sonriendo—. ¿Qué otras películas tienes?

—*Titanic*, *Thelma y Louise*, *El lado bueno de las cosas*...

—contestó.

—¡Menuda selección! Pon *Thelma y Louise*. Me da la impresión de que te gustará más. Tiene un final feliz y muy muy inspirador.

—Hecho. —Trasteó con el mando a distancia y en la pantalla gigante surgió Brad Pitt, con su atrayente y sexi voz. ¡Qué películón! Además, ese hombre es un espécimen de macho humano de primerísimo nivel.

—¿Podría su excelencia ponerla desde el principio, por favor, oh, sumo sacerdote del mando a distancia? Estamos a mitad película.

Lo hizo sin poner pegas.

—La gente rubia es más divertida, todo el mundo lo sabe —comenté—. ¿Nunca has pensado en teñirte de rubio?

Me lanzó una mirada burlona.

—Pues igual me tiño yo —dije, mirándole de reojo.

—No, no lo hagas —me pidió con gesto de preocupación—. Quiero decir, estás muy bien tal como estás. Te lo llevo diciendo desde hace días. —Volvió a arrebatarme el helado y hundió su cuchara—. Pero no me escuchas.

¡Mira quién habló!

—Pensaba que simplemente estabas siendo amable. —Se me cayó un poco de helado en los pantalones. Lo recogí con un dedo y me lo llevé a la boca. Esa era una de las razones por las que no me permitía llevar ropa demasiado buena.

Miré hacia arriba y me topé con la mirada de Jimmy, fija en mis labios. Tenía la boca entreabierta y los ojos brumosos. Me entró el pánico.

¡Qué tontería!

Era imposible que él tuviera ese tipo de pensamientos. Del todo imposible. No obstante, lo que yo estaba contemplando en ese momento demostraba exactamente lo contrario. Se me hizo un nudo en el estómago, y sentí un cosquilleo recorriéndome las venas. De repente fue capaz de ponerme a tono con enorme facilidad, como quien da la luz con un interruptor. No creo siquiera que se estuviera dando cuenta de lo que estaba provocando.

—¿Jimmy...?

Desplazó la mirada hasta mis ojos, y entonces toda la magia se esfumó.

—Yo no soy nada amable. Y tampoco digo lo que no pienso. Así que deja de buscar mis cumplidos si después no te los vas a creer. Sería una pérdida de tiempo, al menos para mí. ¿No crees?

Una respuesta curiosamente enérgica, incluso para él.

—Gracias —acerté a decir—. Lo que has dicho es realmente agradable... aunque de una forma un tanto extravagante, la verdad.

Se puso a ver la película, sin contestarme.

—Una cosa: si al final acabo marchándome —le interrumpí de nuevo—, podríamos vernos de vez en cuando, y hacer algo juntos, ¿te parece bien? No me gustaría desaparecer ni que desaparecieras por completo de mi vida.

Lanzó la cuchara contra la mesa auxiliar, en la que aterrizó con un sonido bastante estrepitoso.

—¡Jimmy!

Mi intención había sido buena. No obstante, estaba claro que no le había sentado nada bien mi comentario.

—Mira, contestaré a tu pregunta: probablemente he salido en la portada de unos cientos de revistas, no sé cuántas. Tengo una pila de discos de platino y una red empresarial cuya última valoración rondaba los sesenta y dos millones —me informaba con voz plana y hosca—. Perdí la promoción de algunas marcas y productos, además de interrumpir una gira, por la mierda de mi adicción. Tengo esta casa y otra en Los Ángeles. Allí es donde tengo la colección de automóviles de lujo. También poseo algunos cuadros que compré simplemente porque me gustaban y cuyo valor parece que ha crecido un huevo desde entonces.

—Impresionante. Yo tengo unos cuatro mil pavos en el banco, en una cuenta de ahorro. Mi reloj es un *Swatch* y lo más probable es que no valga nada. —Me bajé la manga del jersey para cubrir el pobre objeto que tanto me gustaba, no fuera a ser que la tomara con él—. Jimmy, ¿por qué me cuentas todo esto?

—Porque la última vez que fui a rehabilitación David me lo dejó más claro que el agua: o me desenganchaba o se acabó, estaría fuera. Fuera de la banda y fuera de su vida. Ya estaba harto, todos lo estaban —. Estiró los brazos agarrándose al respaldo del sofá, con los dedos casi arañando el cuero. Visto desde fuera, podría parecer una postura relajada, pero la realidad era bien distinta.

Claro, yo deducía todo esto de los retazos de conversación, por llamarlo de alguna manera, que capté en el hotel de Coeur d'Alene, pero a pesar de todo

era duro de escuchar. Esos chicos eran toda su vida, lo significaban todo para él. No podía ni imaginarme cómo se sintió cuando cayó en picado por culpa de las drogas. Independientemente de lo que hubiera hecho, y sabía que había sido mucho, lo acepté. Eso no cambiaba los hechos. Su madre lo había tratado de la peor manera posible, su padre le había fallado, su hermano y sus mejores amigos le amenazaron muy en serio con echarlo de la banda. Y ahora yo le estaba hablando de dejarle también. Independientemente de la relación que tuviéramos, durante unos meses me había convertido en una parte básica de su vida cotidiana y, al parecer, a él le gustaba, a su peculiar manera, claro.

Mi deseo de irme iba ligado a una posible reacción.

—Así que me desenganché —prosiguió—. Rompí todo tipo de lazos con la gente de Los Ángeles, con cualquiera con quien me hubiera relacionado hasta ese momento. Me vine aquí y volví a empezar. Todos me han apoyado mucho; mi hermano, el grupo... Y yo entiendo perfectamente el porqué de su advertencia, eso de que me darían la espalda si volvía a las andadas. De veras que lo entiendo. No puedo negar que de vez en cuando me entre el resentimiento, pero lo cierto es que me lo gané a pulso yo solito.

—Jimmy...

—No. Solo escúchame. —Sus ojos fríos no dejaban de mirarme—: si te vas, no voy a desplomarme ni a volver a consumir. Lo sé. No estoy intentando chantajearte, ni mucho menos. Solo estoy siendo sincero e intentando hablar muy claro. Es probable que la otra noche los chicos tuvieran razón al decir que eras mi única amiga, aparte de ellos. Lena, no siempre nos entendemos pero, de todas maneras, te siento como una amiga.

Se pasó las manos por el pelo y lo retiró de la cara con un ademán seco.

—Eres una amiga a la que resulta que tengo que pagar para que me acompañe, lo cual es una de las situaciones más absurdas, jodidas y patéticas que puedo imaginarme, pero así estamos.

—Puedo seguir siendo tu amiga. Sabes que me gustaría mucho seguir siéndolo.

Volvió a atusarse el pelo.

—No sería lo mismo.

Abrí la boca, pero no supe qué decir. Y es que él tenía toda la razón, no

sería lo mismo. Se acabó lo de vernos y charlar cada día, y estar cerca cada noche. Esta parte de mi vida, el tiempo transcurrido con él, se convertiría en un recuerdo. Sentí una enorme tristeza, abrumadora, casi imposible de contener. Como siguiéramos así, iba a explotar, y la decoración minimalista de la casa no le quedaba nada bien con el estallido emocional de Lena, ya sobradamente conocido por sus amigos.

El tipo se iba a cabrear, lo presentía.

Mi estúpida boca permaneció cerrada durante un rato demasiado largo, y cuando me animé no pronuncié ninguna frase para la posteridad.

—No sé qué decir.

—¿Te he pedido tu opinión? —espetó—. No.

—¡Oye! —grazné, en tono de advertencia—. No te pases ni un pelo.

Se volvió, y pude ver que apretaba las mandíbulas nerviosamente.

En la pantalla se desarrollaba una trama interesante, pero no le hacíamos ni caso.

—Lena, lo que intento decirte es que la lista... esos cuatro puntos son importantes. Pero no va a servir de nada si no te comprometes y procuras que funcione de verdad. Así que no me cuentes eso de que, si te vas, seguiremos siendo amigos, ¿de acuerdo? Comprométete contigo misma, eso es todo lo que tienes que hacer.

Respiré hondo y miré sus rasgos, ahora afilados y con cierta expresión de ferocidad. ¡Mira que es complicada la maldita vida cuando entran en juego los sentimientos y el corazón! No recordaba en qué momento exacto me di cuenta de eso, probablemente en la preadolescencia, cuando mi interés cambió de los ponis y la brillantina, a los chicos.

¡Cuánto resentimiento almacenaba por aquella estupidez!

—De acuerdo, me comprometo —sentencié. Solo cabía esa respuesta.

—Muy bien. —Se volvió a relajar, esta vez cruzando los brazos sobre el pecho, con satisfacción aparente.

Pero yo ya sabía que esa lista no estaba funcionando.

CAPÍTULO 8

—¿Te vas a poner eso? —Jimmy estaba abajo, apoyado sobre la balaustrada, contemplándome mientras yo bajaba las escaleras.

Él llevaba traje negro y camisa blanca, un modelo muy clásico y, con toda seguridad, bastante caro. Me juego lo que sea a que ese conjunto costaba más de lo que yo ganaba en un mes. El tipo era como un poni de exhibición, pero existía el problema de que yo era hormonalmente susceptible a sus encantos. Seguro que todo se debía a mis juegos y manías de la infancia. Pero vamos a dejarlo ahí.

—Pues sí, ya lo ves —contesté—. ¿Pasa algo?

—No, nada.

A la menor oportunidad, escribiría una carta a Papá Noel pidiéndole que estas Navidades me regalara la capacidad de leer la mente de las personas. Bueno, me conformaba con una: la de Jimmy. Aunque dudaba bastante de que me fuera a gustar lo que encontrara.

—¿Qué tiene de malo esta ropa?

Se quedó mirando mi blusa de lunares con volantes, blanca y azul marino. Completaba el modelito con unos *leggings* negros y unas botas del mismo color.

—Nada. Solo que es una combinación... curiosa.

—A mí me gusta.

—Claro, si está muy bien. Simplemente pensaba que ibas a ir más

arreglada.

—Lo único que vamos a hacer es ir a cenar al centro. Todo muy relajado, nada formal. —Me enderecé las gafas, esta vez de montura negra. ¡Hasta había tenido en cuenta que pegaran con la ropa! Además, me había maquillado meticulosamente y me había alisado el pelo, dejándolo largo y denso. Sin duda, era la parte de mí de la que estaba más orgullosa. Pero Jimmy no parecía impresionado, ni lo más mínimo. No era de extrañar que me costara creer sus halagos, si al cabo de un día me examinaba frunciendo constantemente la nariz.

—Sí, tienes aspecto de relajada —dijo, jugueteando con las llaves del automóvil.

—Venga, déjame en paz. ¿Y tú, a dónde vas? —pregunté—. Pensaba que te ibas a quedar en casa esta noche.

—Te voy a llevar —dijo—. Le dije a Benny que nos veríamos en el restaurante.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No hacía falta que pasara a recogerte, me viene de camino. —Tomó mi abrigo rojo y lo extendió para que me lo pusiera. Típico de su habitual comportamiento dicotómico. En un momento prácticamente me insultaba y al siguiente actuaba como un perfecto caballero inglés. Me tenía hecha un lío.

—Gracias. ¿Vas a salir con Ev y David?

—Mmm.

—Es bueno que estés acompañado.

Asintió y bajamos al sótano.

El recién terminado estudio de grabación estaba situado en la zona delantera del edificio, mientras que en el centro había una amplísima zona abierta, con aparatos de gimnasia e instrumentos musicales desperdigados. En una zona aparte estaba el garaje, con los dos automóviles de Jimmy. El color negro cromado de un Plymouth Barracuda de 1971 brillaba a la débil luz del tubo fluorescente. Desde el momento en que vi por primera vez esta preciosidad tuve la tentación de quitarle las llaves a Jimmy y fugarme a dar una vuelta. Pero, como siempre solía hacer, se dirigió al Mercedes último modelo. Lo cierto era que, es esa época del año, resultaba bastante más

adecuado. No se puede desear lo imposible.

Mientras conducía estuvimos en silencio; yo, contemplando la fina pero persistente lluvia. En lugar de dejarme justo frente al restaurante, dio una vuelta y aparcó en el primer sitio libre que encontramos.

—¿Por qué no me has dejado en la puerta? —pregunté mientras me estiraba hacia el asiento trasero para alcanzar el paraguas.

—Te acompaño adentro. Quiero saludar a Ben.

—Ya.

Caminamos juntos, casi pegados. Él me rodeaba la espalda con el brazo, sin apretar, y con la otra mano me ayudaba a sujetar el paraguas; hacía mucho viento.

Era un restaurante bastante elegante de cocina de fusión asiática y francesa. Había montones de mesas y sillas de madera tallada, con tapices de seda roja cubriendo las paredes. Un espejo antiguo mostró con excesiva claridad el desastre en que el viento y la lluvia habían convertido mi hasta hace un momento magnífica y alisada melena. Bueno, al menos lo había intentado. Por supuesto, Jimmy seguía hecho un pincel. Dudo mucho que la madre naturaleza fuera capaz de arrebatarse su elegancia ni en las situaciones más extremas. Aun así, aquella noche se había tomado bastantes molestias para ponérselo difícil, pero ni por esas.

En una mesa lejana Ben se levantó y agitó la mano para saludarnos. Me sorprendió que solo sonriera cuando alcanzó a ver a su amigo, que entró detrás de mí. En respuesta al suyo, hice un gesto de saludo con la cabeza a una rubia preciosa con tatuajes en los brazos que atendía en la barra, y me abrí paso entre el montón de clientes que casi se apiñaban en la entrada. No distinguí ningún traje de noche. Menos mal. Al fin y al cabo no iba a dar la nota cutre con mi atuendo.

—Hola, Jim. No sabía que venías. —El gran Ben (los chicos a veces le llamaban *Big Ben* para tomarle el pelo) me sonrió desde las alturas—. Lena, estás fantástica.

—Gracias, Ben —dije—. Tú también tienes un aspecto estupendo.

Se inclinó un poco con la intención evidente de besarme en la mejilla. Pero aún tuvo que inclinarse algo más, mientras yo estiraba el cuello y me ponía de puntillas. Es importante mostrarse servicial. Aparte de que mi altura está ligeramente por debajo de la media, el tipo era condenadamente alto.

—Me alegro de verte, Ben. —La mano de Jimmy salió disparada, ocupando el espacio, rápidamente menguante, que había entre Ben y yo, apartándome y haciéndome perder el equilibrio. Antes de caer, Jimmy me sujetó por el hombro.

—Sí, Jim. —Ben le dio un afectuoso apretón de manos—. Yo también.

—Solo ha venido a traerme. Insistió en decirte hola —dije—. Cosa que ya ha hecho, ¿no, Jimmy?

—La verdad es que tengo tiempo de tomar algo. —Jimmy alzó la mano y a la velocidad del rayo apareció un camarero. ¡Joder, a mí eso no me pasaba nunca!—. Un *gin-tonic* para ella y una Coca-Cola en botella para mí, por favor.

El camarero asintió y salió pitando de nuevo. En nuestra mesa ya había una botella de Budweiser.

Miré a Jimmy mientras me acomodaba en mi asiento. No parecía nada contento, por cierto.

—¿Qué pasa? ¿No ibas a pedir eso? —me preguntó, sin esperar a escuchar la respuesta. Se volvió para agarrar una silla de la mesa más cercana. Pero no se molestó en disponerla hacia nosotros. Se sentó a horcajadas y apoyó los brazos con mucho estilo en el respaldo, mirándome. Parecía que estaba posando para una foto, el muy cabrón. La gracia natural que tenía en ese momento me molestaba hasta el mismísimo tuétano. ¡Ojalá fuera como nosotros, los demás mortales, generalmente patosos y sin encanto! Pero no, él no. Nunca—. Sé lo que bebes, Lena —dijo—. No es tan difícil.

—Con una botella de agua me habría bastado. —Hice un esfuerzo para borrar el ceño de la frente—. ¿Y cómo es posible que sepas lo que bebo? No lo he hecho delante de ti, jamás.

Jimmy tenía bastante con superar sus adicciones, ni se me ocurriría ser tan irreflexiva y desconsiderada. Además, el respeto, el apoyo, la empatía y otras cuestiones de ese tipo eran valores que yo tenía siempre en cuenta en su

proceso de rehabilitación.

—En la segunda boda de Ev y David —alegó sonriente.

La pareja decidió renovar los lazos después de seis meses viviendo juntos. Fue una ceremonia impresionante, mucho más de lo que me hubiera podido imaginar. Por aquel entonces llevaba algo menos de un mes trabajando para Jimmy.

—¿No lo recuerdas? Estuve hablando con Ben en la terraza una hora o así, y tú estabas dentro —explicó—. Supongo que se te acercó el camarero, porque después te vi con un *gin-tonic* en la mano. Y cuando entré ya no lo tenías.

—¿Y recuerdas ese detalle perfectamente? ¿Te acuerdas de lo que estuve bebiendo? —pregunté—. No sé si sentirme halagada o preocupada.

—Ni una cosa ni la otra. —Me hizo el gesto con la barbilla marca de la casa—. «Mi nombre es Jimmy Ferris y soy alcohólico.» Sé lo que pide la gente que me rodea. Sé lo que bebe Ben. Y sé lo que bebes tú. Incluso te podría decir de carrerilla qué es lo que están bebiendo las nueve personas de las tres mesas que nos rodean, aunque no me preguntes qué aspecto tienen, porque de eso no tengo la menor idea.

—Ni de coña, colega. No te quedes con nosotros —dijo el descreído de Ben.

Jimmy sonrió lúgubrementemente y acercó la cara a la de su amigo para demostrar que no necesitaba mirar alrededor. Le miró fijamente y no se separó de él ni un milímetro.

—Empecemos con la mesa de chicas, a mi izquierda: dos cócteles de tequila y un té helado Long Island. Esa pobre, seguro que le ha tocado conducir. Sigamos. Lo de la pareja que está a mi lado es fácil, porque las botellas están en la mesa: cerveza Porters. Los caballeros de mi izquierda sí que suponen el verdadero desafío, pero para mí no. —Cerró los ojos para concentrarse mejor—. Uno de ellos acaba de pedir otra *lager*, así que ese es fácil. Pero ¿y los otros dos? Mmm... Vasos de licor. Un líquido ámbar. Sin burbujas ni hielo. Las pistas definitivas, mi querido Watson, son los dos vasos largos de agua. Son unos bebedores expertos, pues le ponen a su escocés unas gotas de agua, para que el *whisky* sepa mejor. Por lo que sé de

experiencias anteriores, este establecimiento tiene estanterías con bebidas alcohólicas hasta en el ático, pero me da la impresión de que se trata de Johnnie Walker, etiqueta azul, naturalmente, nada de porquerías. —Se encogió de hombros y abrió los ojos con una plácida sonrisa—. Claro, a no ser que se trate de aficionadillos al *whisky* de malta puro. En ese caso, ni puta idea.

—¡Hay que joderse, colega! —exclamó Ben—. Deberías salir en la televisión.

—Ya salgo en la televisión, bobo.

—No debería haberte dejado entrar —me lamenté, pensativa—. Solías venir aquí a beber, ¿verdad? Este sitio es un detonante para ti.

Hizo un gesto de mofa.

—El mundo entero es un detonante para mí, señorita terapeuta.

—Jimmy, hablo en serio. Deberías irte.

—Todavía no.

—No se fía de que vaya a portarme bien contigo —me dijo Ben en voz baja, dejando el móvil en la mesa.

—Eso es ridículo —espeté, mirándolo fijamente.

Jimmy, en respuesta, me lanzó una de sus frías miradas.

—Quiero a Ben como a un hermano, pero lo conozco desde que tenemos uso de razón y sé de qué va. No te ofendas, Ben.

—Para nada. —Sonó un zumbido en su móvil y miró atentamente a la pantalla para leer el mensaje.

Con toda la calma del mundo, Jimmy se adelantó y le dio una colleja, como si su amigo fuera un niño travieso.

—No seas tan grosero, colega. Tienes una cita con Lena, no mires el teléfono.

—Déjame en paz, Jim. Estoy esperando noticias sobre un asunto. —Ben le dio un sorbo a la cerveza y me guiñó un ojo—. Bueno, Lena, ¿de qué quieres que hablemos?

—¡Manda huevos! —gruñó Jimmy—. ¿Le vas a dejar a ella toda la tarea? ¿En serio?

En ese momento quería morirme. Me sentía una marioneta en las manos

de los dos.

—¿Has visto últimamente alguna buena película? —me preguntó Ben sin mucho interés.

—Sí. Ayer por la noche precisamente vimos *Thelma y Louise*. Ya la había visto, pero es una maravilla.

—¿Jimmy y tú, la visteis juntos?

—Sí —confirmé—. Normalmente vemos algo por la noche. ¿Tú la has visto?

—No lo recuerdo.

—No acaba nada bien —dijo Jimmy—. Yo tampoco puedo decirte mucho más.

—Bueno, ese final... depende de la perspectiva con la que lo juzgues —repliqué sonriendo.

El camarero apareció con las bebidas. Se quedó sorprendido cuando se fijó en Jimmy, y después miró por segunda vez a Ben. En su honor hay que decir que su reacción fue bastante discreta al darse cuenta de quiénes eran. Yo le pedí un agua con gas y dejé a un lado el *gin-tonic*.

—Me encanta lo que llevas puesto, Jim. Tenía que haber elegido traje yo también. —Ben iba con un jersey rojo y unos *jeans*. Le sentaban bien. Lo de los *jeans* es todo un invento: incluso a los tipos más desaliñados les suelen quedar bien, y me encantan. La forma de vestir de Jimmy, con sus trajes caros y tan elegantes, nunca había sido de mi gusto. Así que la atracción que sentía por él tenía que ser una broma de la naturaleza. Seguro que podía vencerla sin mucho esfuerzo, lo único que debía hacer era intentarlo.

Me adelanté un poco, decidida a esforzarme con mi cita. Quién sabe, puede que al final Ben y yo nos entendiéramos. Desde luego, como pareja pegábamos más que Jimmy y yo. Por el estilo, quiero decir, no por el tamaño.

—También tenías que haber pensado en regalarle unas flores —dijo Jimmy—. Eso habría estado muy bien.

Ben se rascó la frente.

—Tienes razón, debería haberlo hecho.

—No, no hace falta. Así está bien —dije, lanzándole a Jimmy una mirada de advertencia. Era como si viera luces rojas y sirenas anunciando el peligro.

Por supuesto, pasó de mí.

—Mándaselas a casa mañana —continuó Jimmy, sin prestarme atención.

—Así lo haré, Jim. —El móvil de Ben volvió a vibrar, y el chico lo miró casi de reojo—. Lo siento, Lena, necesito atender esta llamada.

—¡Pero colega...! —Jimmy volvió a abalanzarse, pero lo sujeté por la muñeca antes de que pudiera hacer nada.

—No te preocupes, Ben —le dije sonriendo—. Tómate el tiempo que necesites.

—¿Quién es, Benny? —inquirió Jim entornando los ojos.

—Nadie —dijo Ben sin atenderle y mirando fijamente la pantalla.

—Y ese nadie es más importante que ser educado con Lena, por lo visto... Me clavé las uñas en las palmas para controlarme.

—¿No tendrías que ir ya a encontrarte con Ev y David? No queda bien llegar tarde, ya sabes.

—No hay problema. No hemos quedado a ninguna hora concreta.

Mira qué bien... Tenía que ser más clara en mis comentarios.

—Jimmy, haz el favor de no ser tan literal —dije directamente—. Es hora de que te marches.

Me devolvió una mirada que parecía realmente apenada.

—¿Es que no puedo ni acabarme el refresco? ¿Acaso es mucho pedir?

—Vete, por favor.

—A ti no te importa que me quede un rato más, ¿verdad, Ben?

Ben le hizo un movimiento rápido con la cabeza.

—No Jim, en absoluto. Así que... Lena, tranquila. —Ben dejó por fin el móvil sobre la mesa, bebió un sorbo de cerveza y me sonrió—. ¿Viste el partido de ayer?

Jimmy se pasó la mano por el pelo con una exhalación de disgusto.

—Acaba de decirte que vimos una película. Y además odia los deportes. La estás aburriendo, colega. Esto es un desastre.

Una de las cosas buenas de aquel restaurante eran las mesas tan pequeñas. Así que pude darle a Jimmy disimuladamente una patada en la espinilla sin ni siquiera alterar mi postura.

—¿Por qué cojones me has hecho eso? —espetó, agachándose para

mirarse el pantalón—. Este traje está hecho a medida, Lena. Ten un poco de respeto.

—¡Vaya, lo siento! —Acompañé la mentira con una mueca, desplegando mis brillantes dotes interpretativas—. ¿Te he dado? Es que esto es tan estrecho...

—¡No! ¡Me has dado una patada a propósito!

Apreté los labios.

—Mira que eres capullo. La otra noche en casa de Ev mentí para no delatarte.

Con movimientos bruscos y cara de enfado, Jimmy agarró una servilleta y después se limpió los pantalones con mucho cuidado. Sus odiosos, encantadores, magníficos y brillantes ojos destilaban deseos de venganza.

Vamos, aquí te espero.

—Oye, ¿por qué siempre os estáis peleando? —inquirió Ben, interrumpiendo nuestro cruce de miradas asesinas—. ¿Os lo pasáis bien así o qué?

—Cada uno tiene sus aficiones, Ben —contestó Jimmy encogiéndose de hombros.

—Ya. —concluyó Ben. Sus ojos brillaron de pura diversión, y me di cuenta, si es que no lo había hecho antes, de que esta cita era una auténtica farsa. Su móvil volvió a vibrar—. Lo siento, Lena.

—Bueno, parece que estás ocupado con quienquiera que te está mandando esos mensajes. Igual sería mejor que intentáramos salir alguna otra noche y, a ser posible, sin carabina, ¿no, Ben? —Sonreí con la mayor amabilidad posible. Pero la que le dirigí a Jimmy no fue nada dulce, en absoluto.

—No, no. La carabina no es ningún problema. Soy yo el que está siendo grosero. Disculpa, Lena. Voy a apagar este chisme. —Le echó un prolongado vistazo a la pantalla antes de poner el teléfono boca abajo—. Esto... ¿pedimos?

Me tendió la carta con una reverencia.

—¿Te apetece algo en especial?

Jimmy bebió su Coca-Cola en silencio. No sé si tenía cara de enfado o no, pero tampoco quise a comprobarlo.

—Mmm, todo parece muy apetecible. —Y también extraordinariamente caro. Cuando quedaba con alguien, siempre pagaba a medias, pero si esta vez lo hacía, era mi ruina. ¡Dios! El maldito Jimmy había elegido el puñetero restaurante más caro de la ciudad. Me entró la tentación de darle otra buena patada, esta vez solo por divertirme. Como bien acababa de decir él, cada uno tiene sus aficiones.

El teléfono de Ben sonó de nuevo y esta vez Jimmy se abalanzó sobre el aparato. Alzó las cejas cuando vio el mensaje.

—¡Me cago en la puta, colega! ¿Es que quieres morir tan joven?

—No es asunto tuyo. —Ben estiró la mano, y Jimmy le devolvió el teléfono.

—Muy bien. Suerte con eso. Ya me aseguraré de que tengas un funeral agradable.

Ben no contestó. Parecía que estaba sucediendo algo de lo que yo no tenía ni la menor idea.

—Creo que solo tomaré un primero —les dije, interrumpiendo lo que se traían entre manos, fuera lo que fuese—. No tengo hambre suficiente para dos platos.

—¿Cuál es el problema? ¿No sabes qué pedir? —preguntó Jimmy, quitándome la carta de las manos—. ¿Por qué no pruebas el pollo al jengibre? Tiene salsa caramelizada, a ti te gusta el dulce. Y... fideos con verduritas asiáticas. Eso estaría bien, seguro que te encantará.

—Puedo elegir yo misma, gracias —espeté entre dientes—. De verdad, no tengo tanta hambre.

—Lena, no has comido nada desde el mediodía. Por supuesto que tienes hambre. —Su cara expresaba una genuina confusión—. Venga, la cocina aquí es espléndida. De no ser así, no os hubiera sugerido este sitio.

—Me vale con una sopa o algo así. ¿Me puedes devolver la carta, por favor?

—No.

—¡Jimmy!

Alejó el maldito menú fuera de mi alcance.

—Dime qué te pasa —dijo, a la espera de mi respuesta.

Ben no dijo nada y se escondió detrás de su menú. Cobarde. Se acabó. No pensaba volver a quedar con un tipo que no me defendiera de una opresión tan evidente. Además, era demasiado alto; grande y alto. Tendría dolores de cuello constantes intentando elevarme cada vez que le quisiera besar. Inconvenientes, todo eran inconvenientes.

—«Tú» eres lo que me pasa —dije, acentuando la primera palabra, con la cara encendida de puro enfado—. Te estás comportando como un capullo. Además, ni siquiera deberías estar aquí.

Ladeó la cabeza y me miró, sin pasarme el maldito menú. Solo me pareció ver el color rojo, por todas partes. Quizá sería por el tapizado de las paredes del restaurante.

Chasquéé los dedos y le increpé muy seria.

—Dámela.

Un momento después sus facciones se relajaron y, finalmente, ya demasiado tarde, me entregó la carta del menú.

—Te preocupa el precio, es eso.

Seguí el mal ejemplo, o bueno, según se mire, de Ben y me escondí detrás de la gruesa carpeta negra y me puse a leer el menú.

—Lena. —Jimmy enganchó la carta con los dedos y la empujó hacia abajo, para así verme la cara—. Pagaremos Ben o yo. ¿Por qué diablos te preocupas por eso? Disfruta, come todo lo que quieras. Por eso te he traído aquí.

Cerré los ojos un momento, intentando recobrar la calma, pero no lo logré.

—Jimmy, cuando salgo, yo pago mi parte, ¿de acuerdo? Lo hago así, y espero que se me respete. Además, tú no me has traído. Bueno, sí lo has hecho, en el automóvil... En fin, no importa. Se supone que he quedado con Ben, y se supone que tú deberías estar en otro sitio. Desde luego, no aquí sentado, entrometiéndote en lo que pido o dejo de pedir, en quién va a pagar o en cada conversación.

—Mira, si yo no estuviera aquí, terminarías comiendo una sopa que ni siquiera te apetece y volviendo a casa muerta de hambre, claro, sí antes no te has muerto de aburrimiento mientras Ben trastea con el puto teléfono. Así que es aquí donde definitivamente tengo que estar. —Apoyó educadamente el

mentón en el respaldo del asiento y sonrió—. ¿Estás de acuerdo, Ben?

—Por supuesto, Jim. —Ben se levantó—. Chicos, tengo que ir al baño. No tardaré.

—Muy bien —le respondió Jim, sin quitarme los ojos de encima.

Con una leve sonrisa, Ben se dio la vuelta para marcharse. De repente se detuvo y recogió el teléfono de la mesa.

—Mejor me lo llevo. En serio, lo estoy pasando estupendamente bien con vosotros. Tenemos que repetir esto más veces. Enseguida vuelvo.

Observe cómo el gigantón se alejaba por la sala. Su amplia espalada desapareció por un pasillo bastante oscuro. Se iba, se iba... se fue.

—No va a volver, ¿verdad? —pregunté.

—A ver... —Jim alzó la mirada a la lejanía—. Probablemente ya esté saliendo por la puerta.

—Es la primera vez que un chico huye de mí en la primera cita. ¡Qué logro!

—No digas eso. —Jimmy me clavó la mirada—. Él se lo pierde. Eres estupenda.

La cabeza me daba vueltas y tenía el estómago revuelto.

—¿Es que no te das cuenta, Jimmy? Pues tienes un problema. Después de cada estupidez absurda que te sacas de la manga, le das la vuelta a la tortilla y me sueltas algo maravilloso, y crees que ya está todo bien. No puedo lograr el equilibrio porque no tengo la menor idea de lo que vas a decir en cada momento. Eres imposible.

Me miró con detenimiento.

—¿Has terminado?

—Sí.

Se puso de pie y dejó la silla en la que estaba sentado. Después se acomodó en la que Ben había dejado libre.

—Creo que deberíamos pedir los rollitos caramelizados de gambas, el pollo con jengibre, los escalopines de cerdo con salsa barbacoa y un par de platos de verduras. ¿Te parece bien?

—Claro —repuse con sequedad.

—Después de todo, no creo que Ben y tú hicierais buena pareja. No sé en

qué estaría pensando cuando lo propuse.

No parecía particularmente enfadado por el fracaso. Pero, una vez más, en lo más profundo, que es lo que verdaderamente importa, tampoco yo lo estaba. De hecho, en esos momentos lo que me invadía era una especie de euforia insana. Jimmy estaba sentado frente a mí y me miraba, lo que provocaba que mi cerebro recibiera señales de hormonas felices de mi torrente circulatorio, que superaban con creces los lúcidos pensamientos acerca de lo idiota que era con todo lo que se refería a él.

—Bueno, no creas que yo hubiera acertado más si hubiera escogido a alguien por mí misma —dije sonriendo—. Mi gusto para los hombres es horroroso.

No dijo nada.

—Perdona, no pretendía ofender.

—Tranquila, no me he dado por aludido.

—Mi colección de antiguos novios no es algo de lo que esté orgullosa.

—¿Tan terrible ha sido?

—Ni te puedes imaginar. He salido con un infiel patológico, con un ladrón, con un homosexual reprimido, con un fetichista de los pies y con varios tipos que lo único que querían era tener la oportunidad de conocer a mi hermana.

—¿Y por qué el fetichista de los pies era tan horrible?

—Pues porque me hacía ponerme tacones finos y altísimos, a veces incluso para ir por casa. Créeme, el dolor en los tobillos y en los dedos era insoportable.

—Ah, vaya, entiendo.

—De todos modos, esto no es una cita. —Tenía que decirlo en alto, de forma que el universo lo supiera. No me preguntéis por qué.

—No, claro que no —afirmó, mostrando su acuerdo de forma inmediata y con mucha convicción. Lo cierto es que me dolió, pero solo un poco—. Es... una reunión de trabajo con mi asistente. Y como yo soy el jefe, pide lo que te apetezca.

—Gracias. —Bebí un trago de agua—. ¿Te he estropeado el traje?

—No, solo hay que limpiarlo. Estoy seguro de que lo hiciste a propósito.

—Tú me diste el otro día un buen pisotón por debajo de la mesa.

—Pues estamos empatados.

Dejé a un lado la carta y me estiré en el asiento mientras Jimmy pedía al camarero. Pobre Ben, qué situación tan embarazosa. Esperaba que no se lo contara a los demás. Aunque lo cierto era que ya sabían que habíamos quedado para cenar, así que lo más probable era que todo terminara sabiéndose, hasta el último detalle previo a la huida de Ben. Probablemente se partirían de risa, y además de forma colectiva. En concreto, Mal seguro que se lanzaría a fondo en cuanto tuviera ocasión. A veces los amigos no son muy diferentes de un grano en el trasero.

Aunque lo cierto es que eso solo era parte de la verdad. Esas personas eran muy importantes para mí. De alguna manera no lograba mantenerme al margen, pese a mis intentos. Y por primera vez en muchos años había personas a las que podía considerar amigos de verdad; gente que venía a casa solo para estar y charlar o hacer cualquier cosa; que me invitaba a algo y que de verdad quería que fuera, a pesar de que siempre me había costado aceptar invitaciones.

Y eso estaba muy bien.

Antes de que se fuera el camarero, le pasé mi vaso con ginebra, que ni había tocado.

—Ya he terminado con esto. Gracias.

Jimmy me miró con su indiferencia habitual, absolutamente impasible.

—Te lo podías haber bebido. No me importa.

—Sí, podría —dije—. Pero no me hubiera sentido bien. Y aunque está fenomenal que tengas tu propia opinión sobre todas las cosas, debo decirte que yo también pienso, me visto y hago las cosas a mi manera, y que nunca hago algo que me parece mal solo para complacerte, Jimmy.

—Pero no te has bebido el *gin-tonic* por mí, por no incomodarme, y eso es una contradicción, no tiene sentido. Querías, pero te has reprimido.

Me encogí de hombros y le sonreí con cierta tristeza.

—Muchas veces las cosas contradictorias son las más auténticas. Es el gran misterio de la vida.

Me miró levantando una ceja, y después volvió a concentrarse en la carta

moviendo la cabeza de lado a lado.

—Eso lo has leído en una galleta de la suerte, ¿verdad?

—Seguramente.

CAPÍTULO 9

—**N**o me habías dicho que tu hermana se iba a casar pronto.

—¿Qué haces aquí, y... cómo lo sabes? —le pregunté mientras me aplicaba con cuidado la máscara de pestañas.

Ya estaba peinada y tenía puestos los zapatos de tacón y el vestido, así que el segundo intento de cita ya estaba en marcha. Seguramente esta vez la cosa iría algo mejor, entre otras cosas porque difícilmente podía ir peor que la primera. Por otra parte, Jimmy y yo necesitábamos una charla seria sobre los límites que no se debían traspasar, por ejemplo, dar una buena patada en el trasero con zapatos de punta.

El día transcurrió de una forma bastante normal, si exceptuamos la extraña anécdota del cocinero de *sushi* que apareció en la puerta antes de la comida para intentar enseñarme algunas nociones sobre cocina oriental. Una pequeña sorpresa más por parte de Jimmy para cumplir el punto cuatro de nuestra lista. Fue divertido, aunque dudaba bastante de que fuera a participar a corto plazo en el negocio de la hostelería y el *catering*.

Tras echar un vistazo a mi intento de hacer un *sashimi*, anunció que, para comer, prefería tomar un batido de proteínas. El señor Nakimura me echó una mirada triste. Tampoco me lo tomé a mal y apenas me sentí herida: el pescado crudo no es, ni será, nunca lo mío.

Pero volvamos a la última invasión de mi dormitorio por parte de Jimmy.

—He encontrado esto con mis cartas —dijo lanzando una invitación de

color marfil sobre la encimera del baño. Como no llevaba las gafas puestas, lo que veía en el espejo podría haber sido cualquier cosa—. Guau. Esta vez te has arreglado.

Ladeó bastante la cabeza, bien para mirarme las piernas, o bien para comprobar la longitud de la falda. No tenía ni idea, pero me negué a mostrarme impresionada por sus falsas atenciones. Yo no le interesaba, al menos de la forma que anhelaba mi corazón o, por decirlo claro, mi sexo.

—Estás estupenda —juzgó—. El color rojo te sienta muy bien.

—Gracias. Y ahora lárgate.

—Anda, ponte esto para que puedas ver algo.

Las gafas se acercaron a mí. Me las puso con bastante cuidado sobre el puente de la nariz. Al verle, tuve la reacción de siempre, sobre todo estando tan cerca. Una especie de relámpago en el cerebro, sensaciones extrañas en el pecho y la espalda... Ese tipo de cosas. No me sentía orgullosa de ello, pero la calidez y la atracción de su cuerpo resultaba de lo más sugerente para mi sensualidad. Y de repente, de detrás de su espalda sacó un precioso ramo de flores, ya colocadas en un jarrón de cristal.

¡Dios mío!

—¿Me has comprado dalias? —Seguro que me puse colorada hasta las orejas, y mi corazón empezó a galopar—. Jimmy... ¡Son muy bonitas!

—¡Claro que no he sido yo! —gruñó—. Lee la jodida tarjeta.

—«*Perdóname por haber salido pitando. Seamos solo amigos. Ben.*» — Me reí de mí misma, de él y del universo entero. Me pareció la mejor respuesta posible, dadas las circunstancias—. Le dijiste tú que me las mandara, ¿a que sí?

—Mmm, bueno... —farfulló con expresión críptica.

Después colocó las flores en una repisa del baño, mientras yo realizaba un último intento de dominar mi pelo con la horquilla que me quedaba. Él siguió allí de pie observándome, lo que no ayudaba nada a calmar los nervios previos a una cita. Hice lo que pude para no hacerle caso. Pero era difícil, dada la forma en la que me miraba, recorriendo mi cuerpo como un piloto de carreras hace en un circuito antes de la señal de salida, sin perderse una sola curva. Este hombre era el rey de los mensajes indescifrables. No sabía si

darle una patada donde cayera o lanzarme en sus brazos. ¡Qué ridículo! De repente, mantener el equilibrio sobre los tacones me resultó todo un reto en el que tenía que poner de mi parte mucha convicción y destreza. Me temblaban las piernas.

—Jimmy.

—¿Sí?

—¿Por qué me observas tan fijamente?

Me miró a los ojos y pestañeó.

—¿Cuántos días libres vas a necesitar para la boda?

—Ninguno —contesté. Intenté descubrir en su expresión algún signo de reconocimiento por mi respuesta, pero solo encontré el habitual gesto de desaprobación, es decir, las cejas juntas y los ojos entornados. ¡No podía ser! Tenía que darse cuenta de que me estaba mirando como a un objeto sexual. Quiero decir, como a alguien con quien uno desea acostarse. Sí.

¡Maldito, fuera de aquí! Allí estaban mis hormonas y mi corazón, completamente desarmados.

—No voy a ir —dije, concentrándome en reorganizar un poco el desbarajuste de la encimera. Toda una señal para un psicólogo: cambia «arreglar los cacharros del tocador» por «poner orden en los sentimientos de Lena» y ya lo tienes. ¡Y sin haber estudiado ninguna carrera!

—¿Por qué no?

—Los próximos meses previos a la gira son muy importantes, y estaré muy ocupada. Creo que debo estar aquí para ayudarte.

—Bobadas. Puedo pasar sin ti unos días.

—Ya, pero ellos no lo saben. Aparta, por favor. —Le di unos golpecitos con el dedo en la punta de la nariz.

Dio un paso atrás, aún con el ceño fruncido.

—¿Así que tienes problemas familiares, eh? Me lo imaginé cuando no pediste librar en Acción de Gracias. Supongo que tiene que ver con esa hermana odiosa que mencionaste cuando tuve problemas con Dave, ¿no?

—En efecto. Pero con el resto de mi familia me llevo muy bien. Llamo a mi madre un par de veces por semana, y también charlo con mi padre.

—¿Qué te hizo? Me refiero a tu hermana.

—¿A qué viene tanta curiosidad? —Recogí el bolso y el abrigo y apagué la luz—. Pensaba que los problemas de la gente humilde no le afectaban en absoluto, señor Ferris.

Me detuve para ver cómo reaccionaba, pero nada.

Bajó las escaleras detrás de mí. Esta noche no había traje, solo unos *jeans* negros y una camiseta, también negra, que le sentaba muy bien, y el pelo desaliñado cayéndole por la cara. Era difícil decir cómo resultaba más atractivo, si elegante o con ropa informal. De las dos maneras siempre estaba endiabladamente irresistible, al menos para mí.

—Bueno, ¿y qué sabemos sobre el tal Reece, aparte de que es amigo de Anne? —La sala de estar parecía un buen sitio para esperar la llegada de mi nueva cita. Tiré las cosas sobre el sofá y después me dejé caer en él. Toda mi musculatura, desde la punta del pelo hasta los pies, estaba agónicamente tensa. ¡Maldito *jogging*! me hubiera pasado la noche tomando un buen baño caliente, de no haber tenido que cumplir el mandamiento «saldrás-con-otras-personas» que grabó en piedra el dios del *rock and roll* Jim Ferris.

Mis expectativas respecto a la cita eran mínimas, debido a lo ocurrido en la anterior, con Ben. Si el tipo aguantaba al menos hasta el plato principal, me daría por satisfecha.

—Es dueño de una librería, o algo así. —Jimmy se sentó con su naturalidad habitual. Supongo que es una gracia innata que poseen las bailarinas, los modelos profesionales, las estrellas del *rock* y todas las demás criaturas humanas prodigiosamente extraordinarias. Aunque, para ser exactos, ya se había desplomado en público varias veces de una manera bastante espectacular antes de que nos conociéramos. De hecho, había fotos suyas, tendido en el suelo, que habían sido *trending topic* en las redes una o dos veces. Debe de ser muy complicado cargar con esas historias cuando has conseguido superar las adicciones.

—¿Por qué me miras así? —dijo, algo molesto.

—¿Cómo eras cuando tomabas drogas?

Su expresión se ensombreció inmediatamente, sobre todo sus arrugas en la frente. Esa zona de su cara era como un barómetro de sus emociones.

—¿A qué viene eso, si puede saberse?

—No lo sé. Solo... que me gustaría saber más cosas sobre ti. ¿Te parece mal?

El brillo infernal de sus ojos contestó por él: sí, le parecía muy mal. Por otra parte, era digno de una persona con alguna deficiencia mental poner el dedo en la llaga con esas preguntas a un exadicto.

—No importa, déjalo —me disculpé.

—Ya hemos hablado mucho de esto, Lena. Era un puto desastre, un desastre absoluto. Un desgraciado integral. Siempre estaba furioso y hacía la vida imposible a quien estuviera a mi alrededor. No te habría gustado nada conocerme. —Apretó los labios—. Ahora por lo menos estoy algo más tranquilo. La mayor parte del tiempo mantengo el control.

Asentí.

—Pero, dime, ¿qué pasa con la boda de tu hermana? —Me devolvió el disparo, no faltaría más.

Esta vez apreté yo los labios. Ante mi silencio, insistió.

—Yo te he respondido. Vamos, ahora te toca a ti.

Tenía razón en eso, me gustara o no. Pero mostrar alguna debilidad delante de Jimmy era peligroso, y ese agujero en mi armadura todavía me dolía.

—Se va a casar con mi antiguo novio. Él me dejó por ella, me dejó por mi hermana.

Su rostro no mostró emoción alguna.

—¿Es el infiel patológico del que me hablaste?

—Pues sí. Raro, ¿verdad? Mi propia hermana, y todo ese rollo... —Me reí, sobre todo de mí misma. Que el único tipo más o menos decente con el que había salido en mi vida me dejara por Alyce... ¡Menuda historia!—. No te puedes imaginar lo aliviada que estoy de que no me haya pedido ser dama de honor.

—La verdad es que es una putada bastante gorda.

Relajó los músculos, que se pusieron a una altura más habitual.

—Eso mismo pensé yo en su momento. Pero al parecer son felices juntos, así que...

—Eso no tiene nada que ver. —Jimmy miró a la mesa del café como si

fuera a darle un hachazo o algo parecido—. A tu hermana no le habría pasado nada por portarse con un poquito de lealtad. Es más o menos lo mismo que yo le hice a David, y créeme, aquello fue... pues eso, una gran putada. Ella no debió hacerte eso, Lena.

—Gracias. —Mis labios sonrieron ajenos a mi voluntad.

Su opinión significaba mucho para mí, más de lo que debería. La convicción absoluta que reflejó al expresarla me tranquilizó. De repente estuve a punto de contarle algunas cosas que me dijo Brandon, mi exnovio, cuando me dejó. Era tentador contárselas a otra persona, por ejemplo a Jimmy, para escuchar su punto de vista sobre «lo difícil y dura que era yo, lo despegada e inalcanzable que le resultaba», y que por eso se «lanzó a por mi hermana que, sin atender a la lealtad fraternal, se lo permitió inmediatamente». Sí, eso fue exactamente lo que me dijo Brandon.

—En cualquier caso —continué—, te agradezco mucho que hayas confiado en mí contándome lo que te pasaba cuando eras adicto. Lo cierto es que me has confesado muchas cosas. Es bueno que hables, que te abras.

—Creo que hablar es bueno, dadas las circunstancias de los dos —dijo encogiéndose de hombros.

—¿A ti te ayuda? —pregunté.

—Pues la verdad es que no. He asumido y aceptado la responsabilidad por todas las cosas que hice, y he procurado corregirlas y repararlas. Ya es hora de pasar página. —Se echó el pelo para atrás—. ¿Contenta?

Me lo quedé mirando. Estaba paralizada. El amor es algo difícil y convulso, y si escarbas en él, todo se complica. Hay capas superpuestas de emociones, pensamientos y recuerdos, y cuando se juntan en un punto, te abruman por completo. Ese punto consiste en la certeza de que una persona concreta es para ti lo más importante de este mundo, de tu vida. La razón y el sentido común dejan de contar. Por muy mala persona e insoportable que Jimmy fuera a veces, lo adoraba; adoraba todo de él, lo bueno y lo malo.

—No, no necesito tranquilizarme —dije—. Porque tus zonas oscuras no me asustan, Jimmy. Nunca me han asustado.

—Pues deberían. —Se mordió el labio y mantuvo la mirada.

¡Qué preciosidad de boca, madre mía! Sentí un vacío tremendo en el

estómago. Me pareció que sus ojos mostraban algo muy auténtico, un vínculo o una emoción que iban más allá de nuestras relaciones habituales del día a día. Me resulta muy difícil de explicar. Y es que, como siempre, estaba fuera de mi alcance.

Esta vez yo fui la primera en apartar la mirada, pues pudo más el instinto de autoprotección. En ese mismo momento sonó el timbre, y la magia desapareció por completo. Probablemente fue lo mejor que podía pasar.

—Recuerda que has prometido no entrometerte —dije mientras me ponía de pie.

Por desgracia, él fue más rápido, para variar.

—No voy a entrometerme; simplemente quiero conocerle. —Salió disparado hacia la puerta.

—Pero Jimmy...

—Hola, tú debes de ser Reece. —La puerta permaneció abierta, pero la gran humanidad de Jimmy no me dejaba ni siquiera entreverle, y tampoco adelantarme.

—Y tú Jimmy Ferris, claro —dijo una voz masculina bastante amigable. Se dieron un apretón de manos y Jimmy dio un paso atrás. Reece era de una altura normal, delgado y de aspecto agradable y moderno. Tenía el pelo corto y gafas de pasta.

—Hola, soy Lena —dije saludando con la mano.

Nos miramos durante un rato. Las primeras citas, y sobre todo el momento del encuentro inicial, son de las situaciones sociales más complicadas. Quienquiera que las inventara se merece una buena colleja. Pero, en este caso, la cara de Reece se iluminó con una sonrisa de aprobación. Al parecer había pasado el primer examen. Quizá la noche resultara más prometedora de lo que yo esperaba.

—Voy a por mi abrigo —dije, y me dirigí bastante rápido al cuarto de estar. Solo Dios sabe lo que podía ocurrírsele decir o hacer a Jimmy si se quedaba demasiado rato a solas con él. Esta cita tenía que durar más de un cuarto de hora, por favor... Mi orgullo estaba en juego.

—Dime, ¿a dónde vas a llevarla, Reece? —La voz de mi jefe llegó nítida al cuarto.

Recogí el abrigo y el bolso de inmediato y salí casi a todo correr, haciendo bastante ruido con los tacones sobre el suelo de mármol. Había que terminar con aquel interrogatorio antes de que Jimmy le hiciera salir huyendo.

—¡Ya estoy! —exclamé.

—Pues quizá podíamos ir al cine. ¿Te parece bien, Lena? —dijo Reece, metiéndose las manos en los bolsillos.

—¡Me parece estupendo! Vámonos. —Casi me dolían las mejillas de forzar la sonrisa. Era como si me hubiera propuesto ir a las Bermudas.

—Estupendo —dijo Jimmy al tiempo que soltaba el aire lentamente—. Entonces la espero de vuelta en... ¿digamos tres o cuatro horas?

—Bueno, vale —contestó Reece levantando las cejas.

—No le hagas ni caso. —Me abroché los botones del abrigo a toda velocidad—. Jimmy, ya ficharé cuando vuelva, no te preocupes. Buenas noches.

—Conduce con cuidado —ordenó, sin dejar de mirarme fijamente a la cara, bastante asombrada y contenta por mi nuevo acompañante—. Despacio.

—Siempre lo hago —respondió Reece dando unos pasos por el sendero. Estaba claro que se moría por irse de allí.

Intenté que Jimmy dejara de sujetar el pomo de la puerta, y con una mano lo empujé sutilmente hacia atrás en el estómago.

—Pasa adentro, que hace frío.

No lo hizo. Su mirada denotaba enfado, y mucho.

—¿Se puede saber cuál es ahora el maldito problema? —murmuré entre dientes.

—No me gusta su aspecto.

—Pues para mí tiene muy buen aspecto.

—No. Hay algo raro en él —dijo, lanzándome una mirada de sospecha.

—Jimmy, por favor...

—Son las gafas, no me dan buena espina. Creo que intenta ocultar algo.

—Yo llevo gafas.

Se encogió de hombros y me miró como diciendo: «Pues por eso». ¡Maldito idiota!

—No es un asesino con una sierra mecánica. Es un viejo amigo de Anne

—dije, manteniendo el tono lo más bajo posible—. Oye, me prometiste no hacer tonterías.

—Pero ¿y si...?

—Me lo prometiste.

Cerró la boca de golpe. Tras una última mirada hostil a mi acompañante, se rindió, a Dios gracias. Recuerdo pocos sonidos más agradables que el de la puerta al cerrarse.

—Bueno, por fin —suspiré, dedicándole una sonrisa de alivio a Reece—. Podemos irnos.

—¿Siempre es así?

—No, la verdad... A veces se preocupa por tonterías, supongo. —No sabía cómo explicarle el repentino instinto de protección de mi jefe. Si no quería estar conmigo, tenía que terminar con toda esta mierda.

—Anne me ha contado algo sobre ti y tu situación con Jimmy, en qué consiste tu trabajo con él, y todo eso. —Reece arrastraba los pies al andar—. De verdad que no soy un asesino que guarda una sierra mecánica en el maletero.

—Vaya, lo has oído. Mira qué bien.

—No te preocupes. —Respondió con una carcajada a mi desalentada sonrisa—. Vámonos ya.

El automóvil de Reece era un modelo antiguo con portón trasero, y lo cierto es que condujo despacio y con cuidado de camino a una de las salas de cine de la ciudad.

Compró un cubo grande de palomitas, con lo que se ganó mi simpatía de inmediato. Que le gustaran ese tipo de cosas sencillas estaba muy bien. Nos paseamos por el vestíbulo, mirando la cartelera, los anuncios y todo lo demás. No es bueno precipitarse a la hora de elegir una película. Si te equivocas, el resultado es que se tiran a la basura dos o tres horas de tu vida, aparte del dinero, claro.

—En esta parece que hay explosiones —indiqué, señalando uno de los últimos estrenos de taquilla de Hollywood—. Y automóviles chocando.

—¿No te apetece ver esta? —. Señaló un cartel en el que aparecía una pareja riendo bajo la lluvia. ¡Vaya estereotipo!, estuve a punto de decir, pero logré contenerme. Y encima la protagonista era Liv Anders, la última de las rubitas oxigenadas de Hollywood: todas iguales, todas insufribles.

¡Qué horror!

—Pues... no sé... —respondí evasivamente.

—Anne me dijo que esta te podría gustar.

Hubo algo en la forma en que pronunció su nombre, algo que me puso en guardia, pero preferí no hacer caso de esa señal por el momento. Al fin y al cabo, me acababa de comprar palomitas. Esta cita tenía que ir bien, era absolutamente necesario.

—Me apuesto lo que sea a que termina con todo el mundo llorando a moco tendido —bromeé—. Seguro que la protagonista agarra un resfriado por estar bajo la lluvia y acaba muriendo de neumonía.

—Anne me aseguró que tiene un final feliz —dijo parpadeando—. Ella pensó que nos gustaría a los dos.

¡Vaya por Dios, ahí estaba otra vez! Un tono de absoluta idolatría. Seguro que los católicos hablaban de las reliquias sagradas con menos respeto reverencial que el de Reece al pronunciar el nombre de esa chica. La sensación de desencanto esta vez me inundó por completo. Pero la educación me impidió no preguntar si había accedido a quedar conmigo esa noche por hacer feliz a esa tal Anne o qué. Mis sospechas era demasiado fuertes.

—¿Te la recomendó Anne? —me atreví a preguntar.

Asintió con una sonrisa de oreja a oreja. Y movió el cuello con tal vigor que pensé que se haría un esguince.

—Anne es estupenda —afirmé llevándome a la boca unas cuantas palomitas, observándole a él directamente. Y allí estaba: toda la tragedia que bajo ningún concepto quería contemplar esta noche. Ni siquiera tenía que comprar la entrada para observar, aunque fuera en 3D, los resultados de un amor no correspondido. Seguro que durante el rodaje no se estrelló ningún automóvil.

—Sí, desde luego que lo es. —Sus ojos se tornaron por un momento soñadores. Pensé que ojalá yo no pusiera tal cara de boba al hablar de Jimmy.

Daba bastante vergüenza ajena, la verdad.

—Oye, ¿tú crees que es feliz con Mal? —preguntó—. Quiero decir, parece que la trata bien, ¿no? Y no parece que vayan a romper, ¿verdad?

No hacía falta ser psicóloga para detectar la esperanza que él ponía en la pregunta. Noté un escalofrío hasta los mismos huesos, pese a que estábamos dentro del recinto. Tenía ganas de llorar de rabia. Menudo desastre. ¿Otra cita a la basura? Seguro que alguna gitana con un sentido del humor muy perverso me había echado una maldición al nacer, al menos en lo que al amor se refiere. Y es que lo único que tenían en común todas estas citas horribles era mi persona, y no me apetecía nada echarme la culpa a mí misma.

—Pues no lo creo —dije en voz baja—. Se les ve muy a gusto a los dos. Bastante enamorados.

—Ya. —Hizo una especie de puchero. Un cachorrillo al que se le hubiera dado una patada parecería menos deprimido que él.

—Estás coladito por Anne, ¿verdad?

—Sí —contestó demasiado rápido, agarrando con fuerza el bote de palomitas—. ¿Y qué hay de Jimmy y tú?

—Lo siento. Esos sentimientos no tienen una respuesta clara. ¡Menuda pareja formamos tú y yo!, ¿no? —Miré a la lejanía sin realmente prestar atención al ir y venir de la gente que se dirigía a las salas de cine. Seguro que muchos de ellos estaban experimentando en ese mismo momento situaciones sentimentales que les hacían sufrir. No éramos diferentes en nada a muchos otros pero, pese a ello, el dolor era enorme, y en mi caso parecía que iba a consumirme allí mismo. ¡Qué desastre que esas situaciones fueran tan habituales! ¡Cuánto nos desgasta el amor frustrado!

—Escucha, ¿por qué no intentamos ser simplemente amigos? —sugerí.

Reece suspiró y miró al suelo.

—Amigos... Muy bien. Pero ¿te sigue apeteciendo ver una película conmigo?

—Pues claro, ¿por qué no?

—¿La violenta?

Intenté sonreír.

—¡Tú ganas!

En la ventana de la fachada las cortinas se movieron. Alguien estaba espiando. Siendo un hombre razonablemente inteligente, lo cierto era que Jimmy Ferris no actuaba últimamente de forma excesivamente racional. Ni qué decir tiene que tampoco mi comportamiento en lo que a él se refería era como para tirar cohetes.

Reece esperó hasta que abrí la puerta, y se alejó con el automóvil; yo, a mi vez, esperé hasta que vi desaparecer las luces traseras al doblar la esquina. La segunda cita había terminado, de nuevo sin éxito. Otra oportunidad perdida para Lena. No lo pasamos del todo mal, pero ambos sabíamos que no íbamos a repetir. Lo cierto es que compartir historias de amor no correspondido y contar y escuchar lo mal que uno lo está pasando no levanta demasiado el ánimo. En mi opinión, es mejor no hacer caso a esas cosas. Como mucho, esta podía haber sido la noche adecuada para saltarme la autoprohibición de consumir alcohol, pero no lo hice.

No sé muy bien por qué, pero era como si me hubiera apuntado a la misma cruzada de Jimmy y ninguno de los dos nos permitiéramos fallar. Estúpido, pero cierto. El alcoholismo no era un problema para mí pero, al menos de una forma simbólica, quería ayudarle, demostrándole que yo también era capaz de abstenerme de los vicios insanos.

—¡Estoy en casa! ¡Ya puedes salir! —Canturreé cerrando la puerta. Dejé el abrigo y el bolso en la mesa auxiliar—. ¡Jimmy, sé que estás ahí... cotilleando!

—Estoy en mi casa. Puedo hacer lo que quiera, incluso espiar. —Apareció en mitad de las tinieblas que envolvían la sala de estar, su ropa negra se confundía entre las sombras—. Y no dejes tiradas tus cosas por ahí. Súbelas a tu habitación.

—¡Señor, sí, señor!

—¿Qué tal ha ido la noche?

Me tapé la boca para ocultar un bostezo.

—Fenomenal. ¿Y la tuya?

Alzó un hombro y lo bajó rápidamente.

—Viendo la televisión.

—Ya. —Recogí mis pertenencias. ¡Qué cosa más ridícula! Jimmy era la

única persona que conocía que no dejaba a la gente hacer uso de sus muebles. Era como si mantener un aspecto pulcro y perfecto de la casa fuera lo más importante. La verdad, era muy raro—. Te veo por la mañana para correr, ¿de acuerdo?

—¿Eso es todo? —preguntó.

Me detuve cuando ya tenía un pie en el primer peldaño. Me volví.

—Hagamos un resumen: he vuelto a casa de una pieza, lo cual demuestra que la teoría del asesino con la sierra mecánica era falsa, por lo que no vas a tener que reemplazarme todavía. ¿Alguna cosa más?

—¿Lo has pasado bien?

—La peli era entretenida, con un montón de explosiones y acción, ya sabes...

—¿Te has... entendido bien con él?

—Claro. Es un chico muy majo. Está enamorado de Anne, así que no es demasiado adecuado que salgamos juntos.

—¡Ah! —Se acercó a mí con cara meditabunda y se apoyó en el pasamanos.

No se había afeitado, y me invadió una necesidad casi enfermiza de pasar los dedos por su barba incipiente. Pero lo que hice fue apretarlos contra mi bolso, luchando por controlarme. Todo en él me hacía reaccionar: la mirada contenida aunque curiosa, y ahora su lado tierno, tan poco habitual.

Seguramente si su madre no le hubiera tratado así cuando era un niño, todo habría sido distinto; tal vez no estaría tan hastiado del mundo ni fuera tan suspicaz, sino más abierto. O también sería diferente si en vez de una chica mona pero normalita, yo fuera una supermodelo. ¿Qué debería hacer, qué podría cambiar para que me mirara de otra forma, es decir, como yo quería que me mirara? Y es que aunque estaba a menos de un metro de mí, parecía a años luz. Mi corazón se rompía poquito a poco y en trocitos muy pequeños. Prácticamente escuchaba cómo se caían al suelo los pedazos. Y no podía hacer nada para evitarlo, absolutamente nada.

Compuse una sonrisa algo triste y cansada.

—De todas formas, la noche no ha estado nada mal.

—¿Lo sabe Anne, me refiero, a lo que él siente por ella? —preguntó.

—Lo dudo. Si ella lo supiera, no habría propuesto que saliera con él.

—Es verdad.

—Pero no creo que debamos decir nada.

—¿Y por qué no? —preguntó, levantando las cejas—. ¿No crees que deberíamos decírselo?

—Jimmy, Reece está enamorado de ella, pero no planea ningún ataque sorpresa. Solo se trata de un sentimiento íntimo, que ha compartido conmigo en secreto. No es asunto nuestro revelarlo. —Apreté contra mi pecho el abrigo y el bolso—. Pero no tiene ninguna posibilidad. Ella simplemente le quiere como amigo, y él lo sabe perfectamente y lo asume.

Pobrecillo.

—No sé si me voy a sentir bien no contándoselo a Mal —dijo.

—Creo que eso solo traería problemas, Jimmy. Además, me da la impresión de que Mal ya lo sabe. Por lo que he visto esta noche, no parece que Reece sea muy capaz de ocultarlo en público.

Miró a la pared por encima de mi hombro.

—Vaya un estúpido, estar colgado de Anne sabiendo que no tiene ninguna posibilidad.

—Vaya. ¿Quién dice que el corazón sea capaz de portarse con inteligencia, o que sea capaz de seguir las instrucciones de la razón?

Negó con la cabeza.

—Eso es una bobada. Lo que tiene que hacer es darse cuenta y superarlo. Es patético. No me extraña que Anne pase de él.

Y lo que yo tenía que hacer era irme de allí enseguida, antes de recurrir a la violencia. La conversación me estaba poniendo a cien.

—¡Guau! ¡Qué palabras más sabias, Jimmy!

Le brillaron los ojos de repente. Sin duda acababa de darse cuenta de las implicaciones.

—No, no quiero decir que tú... Bueno, tú no entras en la misma categoría que él.

—¿Ah, no?

—Por supuesto que no. —Apoyó las manos en las caderas, pero enseguida cambió de opinión y las puso detrás de la cabeza nerviosamente. Y, entre

tanto, no dejó de mirarme como si estuviera a punto de enviarme a un hospital psiquiátrico. Por lo menos, había dejado de frivolar con mis sentimientos, pero no sé qué era peor.

—¡Vamos, entiéndeme! La situación es absolutamente distinta, joder —se lamentó.

—Vaya. Es un alivio.

—Sí, porque tú todavía no te has dado cuenta de que entre nosotros la cosa no funcionaría; que no hay ninguna posibilidad de que saliera bien—. Me miró de arriba abajo y en ese momento vi claramente los engranajes y las ruedas dentadas de su cerebro, trabajando a toda máquina por salir de esa situación.

—Ilumíname al respecto, Jimmy. —Me puse más recta.

Estoy casi segura de que el sudor le perló la frente.

—Bueno, vamos a ver... ¿De verdad crees que yo soy el tipo de persona que puede llevar adelante una relación seria? Pues no, yo solo juego, Lena.

Negué con la cabeza.

—¿Y no has dejado de jugar? Llevas meses sin tener relaciones sexuales...

—Cierto. Pero cuando las tengo, no llego nunca al segundo asalto. Lo hago una vez y me olvido. Como dijeron la otra noche en la cena, ni siquiera finjo estar interesado en una segunda cita, no hago por quedar más. —Agarró con fuerza el pasamanos, como si eso le diera fuerzas para seguir—. Y quien lo hace conmigo, tampoco debería estarlo. Soy un mal negocio, Lena. Abandonado de pequeño y un adicto en vías de rehabilitarse. No quiero compartir esto con nadie. Solo quiero que me dejen en paz, ¿lo entiendes?

—Si de verdad quieres que te dejen en paz, ¿por qué no dejas que me vaya, que haga mi vida? ¿Por qué te pones tan pesado cuando salgo con alguien?

—Porque esto lo puedo manejar, no me incomoda. Nos peleamos, hay un toma y daca. Es divertido. Pero no podría con otra cosa más. Simplemente no podría. —Su tono de voz me partía el corazón.

—¿Y cómo lo sabes, si ni siquiera lo has intentado?

—Ya. —Me miró de frente y con mucha intensidad. Sus cejas parecían

una sola y tenía los dedos casi blancos. Estaba aferrado al pasamanos con toda su alma—. Entre tú y yo hay mucho que perder, y no quiero perderlo.

Me quedé mirándole, realmente asombrada.

—Creo que eso es lo más amable que nadie me ha dicho nunca.

Apretó los labios con fuerza. Seguramente no le gustó mi cumplido.

En mi cabeza bullía un exceso de información, y bastante inconexa. Necesitaba tiempo para extraer el sentido de todo, para descifrarlo. Las cosas volvían a cambiar, de nuevo Jimmy estaba accesible, lo tenía claro, pero aún no era capaz de saber en qué sentido. La situación era tan compleja y confusa como él.

—Sea como sea, creo que voy a dejar esto de salir con desconocidos —dije, encogiendo el estómago y respirando—. Vamos a concentrarnos en los otros aspectos de la lista, ¿de acuerdo? Si hay algo que puede convencerme de que eres un puto monstruo, no hay duda de que es el *jogging*.

—Lena, tienes que seguir saliendo con gente. —Se le formaron unas pequeñas arrugas en las comisuras de los párpados, y apretó la mandíbula—. El próximo será mejor, ya verás. Será divertido, te lo prometo.

—¿Sabes? No creo que Dios quiera que salga con nadie. Las señales que me ha enviado son más claras que las que le mandó al faraón.

—Solo uno más —dijo, intentando poner un tono persuasivo—. Vamos, inténtalo una vez más y, si no funciona, lo dejamos, te lo prometo.

—No sé...

—Por favor... Fíjate, te lo he pedido con buenos modales.

—¡No me lo puedo creer! —bromeé.

—Lena...

—De acuerdo, tú ganas, pedazo de plasta, una vez más y se acabó. Pero con una condición: en la próxima cita está prohibido que aparezcas. No te vas a presentar, y ni mucho menos le vas a interrogar cuando venga. De hecho, yo tampoco quiero verte. Quiero que te pases la noche enterrado en el sofá viendo algo. Sin excusas. ¿Estamos de acuerdo?

Otra vez tensó la mandíbula, que le tembló bajo la piel.

—Bueno. Y la próxima cita iré mejor. No te arrepentirás.

Ya estaba arrepentida.

CAPÍTULO 10

—**A**drian ha enviado información sobre los estadios y auditorios donde se van a celebrar los conciertos, las reservas de los hoteles, etcétera. —Le pasé el iPad a Ev.

Estábamos sentadas en las escaleras mientras veíamos trabajar a los chicos en el nuevo estudio de grabación del sótano. El día anterior se habían dado los últimos toques, y lo cierto es que Jimmy había tirado la casa por la ventana. Las paredes alternaban paneles negros insonorizados con cristales desde el suelo hasta el techo, y todos los equipos eran tecnológicamente impresionantes y de última generación. Brillaban como los muebles de una mansión inglesa.

Fue magnífico ver la cara de alegría con la que recibió las reacciones de los otros miembros de la banda. Me dio la impresión de que el estudio y el equipo eran su forma de disculparse y compensar su anterior comportamiento y demostrar que se había enmendado.

Por donde lo mirara, el estudio era magnífico.

—Parece que la máquina publicitaria no se va a poner en marcha hasta después de Año Nuevo —le dije a Ev—. Solo un par de entrevistas, y eso es todo.

—Está bien, necesitaban un descanso.

—Sí.

Un australiano casi esquelético llamado Taylor y su preciosa esposa, Pam, que al parecer era descendiente de nativos americanos, nos estaban esperando en la puerta cuando volvimos de correr (bueno, yo de ir dando traspiés) aquella mañana. Normalmente, después de torturarme, Jimmy salía por su cuenta para hacer su sesión «como Dios manda». No obstante, ese día se mostró moderadamente contento de recibir a los visitantes. Los intercambios más amigables que había contemplado hasta ese momento eran medias sonrisas que le dedicaba a Ev muy de vez en cuando. Hasta soportó un rápido abrazo de Pam, aunque se puso algo rígido y no pudo evitar la cara de aversión, que afortunadamente ni ella ni su marido pudieron percibir. No creo que haya conocido jamás a alguien tan reacio a que la gente se le acercara, ni siquiera un poquito.

Al parecer, Taylor era un viejo amigo, además de un genio en lo que se refiere a la grabación de sonido; y su mujer, una excelente fotógrafa. Inmediatamente después de empezar el ensayo sacó una cámara de aspecto magnífico y empezó a tomar fotografías de la banda tocando en el nuevo estudio. La seguí por todas partes, atiborrándola a preguntas. Afortunadamente, no le importó.

Pam me contó que estaban pensando utilizar esas fotos para la cubierta y los interiores del nuevo álbum. Hasta me dejó toquetear su cámara, enseñándome los filtros y los botones, explicándome para qué servían. La forma de jugar con la luz y el modo en que esta cambiaba el ambiente era increíble. Nunca antes había visto trabajar a un profesional de la imagen. Por eso, cada vez que tuve ocasión, fui detrás de ella. Era muy divertido e interesante, y todo un reto creativo. Ni punto de comparación con el trabajo administrativo. Por otra parte, probar la cámara de Pam y verla trabajar mejoró mucho mi estado de ánimo.

—Sujétala así, mira... —me indicaba Pam, situándome los dedos alrededor de la Nikon.

Miré de nuevo por el visor, observando el enfoque automático según iba cambiando de objeto.

—¡Es increíble! El mundo parece completamente diferente. Los detalles, la luz... ¡todo!

—Sí —respondió ella sonriendo—. Es exactamente así.

—No quiero ni saber lo que cuesta una de estas, digo yo...

—No —confirmó sonriendo—. La verdad es que no querrías saberlo.

Jimmy les ofreció a ambos quedarse en una de las habitaciones libres que había en la casa, pero ellos declinaron amablemente la invitación, pues ya habían reservado un hotel en el centro de la ciudad. Una pena, porque me habría gustado pasar más tiempo con ella... y con su cámara, claro.

—Lena, escucha... —dijo Ev—. Jimmy llamó ayer por la noche. Quiere que organice una noche de chicas. Me dijo que necesitabas salir y divertirte un poco.

Me estremecí. Durante el día, salvo el rato de las fotos, había estado nerviosa y agitada por diversas razones, y me temía que este tipo de conversación no contribuiría a mejorar mi estado interior.

—Jimmy no tenía por qué haber hecho eso —respondí no muy amigablemente.

—Ya me he enterado de tu cita con Ben...

—Oh, eso me recuerda que ni siquiera le he dado las gracias todavía por las flores.

Ev negó con la cabeza.

—No me puedo creer que te dejara plantada. Bueno, la verdad es que sí puedo, pero habría deseado que no lo hiciera.

—Tampoco es que con Reece la cosa fuera para tirar cohetes. Es un tipo agradable, pero me parece que ahora no estoy para citas, la verdad.

—¿Esa vez Jimmy se controló?

Moví la mano con gesto indeciso.

—Más o menos. Pero da igual. Reece todavía está colado por Anne, así que...

—Ya. Me lo imaginaba. —Ev me devolvió el iPad y volvió la cara hacia la pared, al tiempo que tamborileaba los dedos—. Lena, tengo que contarte algo muy delicado, y si quieres me preguntas, o me cortas, o lo que sea que quieras hacer, ¿de acuerdo? Mira, yo quiero a Jimmy, para mí es como mi familia. Pero tienes que comprenderlo, apenas nos estamos empezando a dar cuenta de hasta qué punto ha sufrido.

—Ev...

—Por favor, déjame que siga. —Si su expresión de sinceridad hubiera sido solo un poco menos intensa, me habría levantado y me habría ido de allí. Mi vida amorosa ya me hacía sufrir bastante.

—De acuerdo, perdona —contesté.

Jugueteó con el extremo de su trenza.

—¿Te ha dicho algo sobre su madre desde que montó el número en Idaho?

—No, la verdad es que no. No es algo de lo que me quiera hablar. —Y lo poco que me había dicho eran confidencias que no iba a desvelar a nadie.

—Pero te cuenta cosas, ¿no? Aunque solo sea un poquito, no te puedes imaginar lo milagroso que resulta eso. David me ha dicho que en la terapia prácticamente ni hablaba de su infancia. Se negaba en redondo. —Su gesto era ahora de preocupación—. Por eso no puedes irte, si es que te importa algo más allá del trabajo...

—¡Pues claro, le tengo cariño!

—Pero le tienes... demasiado cariño, ¿verdad?

Seguro que mi silencio fue lo suficientemente significativo.

—Ese es el problema. Lena, no quiero que ninguno de los dos sufráis. Jimmy se ha esforzado muchísimo para reordenar su vida en los últimos seis meses. —Tragó saliva con dificultad—. Hasta que llegaste tú, pasó por un verdadero infierno. Pero ¿has pensado que en estos momentos todavía no está para enfrentarse a ese tipo de... retos sentimentales? Le recomendaron que no se involucrara en ninguna relación seria hasta pasado por lo menos un año.

—¿Crees que yo sería capaz de hacer algo que le hiriera?

—No, a propósito no. Por supuesto.

Y de repente me sentí desbordada por mis emociones.

—No se pueden tener las dos cosas a la vez. Es eso, ¿verdad? Se supone que debo tenerle el cariño suficiente como para quedarme, apoyarle y ayudarle a mantenerse de una pieza, ¿no? —Estiré los pies: necesitaba espacio—. Pero no se me permite quererle demasiado y complicar las cosas con sentimientos.

—Lena, no es eso...

—¿Acaso crees que no sé lo frágil que es?

Ev levantó la tableta y estiró los pies también.

—Lo único que creo es que en este momento los dos sois muy frágiles.

Seguramente tenía mucha razón en eso. Además, puede que yo estuviera reaccionado con excesiva vehemencia.

—¿Qué pasa aquí? —interrumpió Jimmy, que apareció a los pies de la escalera sin la menor pinta de fragilidad, al menos externamente.

Era sorprendente. Y también estaba David a su lado, con cara de preocupación.

—Cariño...

—Es culpa mía —dijo Ev poniéndose de pie—. He dicho algo que no debía. Lo siento.

—Lena —Jimmy empezó a subir las escaleras.

Abajo, David se llevó a Ev a alguna parte, dejándonos solos a Jimmy y a mí.

—No, yo... ¡Mierda! —Me apoyé de espaldas contra la pared, dejándome caer y sintiéndome estúpida, emocionalmente deshecha—. No pasa nada, Jimmy. Tranquilo.

—No, claro que pasa, no me mientas. ¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó, deteniéndose en el escalón de debajo, lo que nos dejaba más o menos a la misma altura.

Era todo un caballero, por dentro y por fuera, pero jamás sería para mí. A ese respecto no había vuelta de hoja, estaba totalmente segura y no debía hacerme la más mínima ilusión. Y, pese a ello, lo que se esperaba de mí era que siguiera allí, con él, realizando una tarea que con todas mis fuerzas me desestabilizaba.

—Perdona. Una vez más, estoy siendo absolutamente poco profesional —confesé.

—¿Eso es todo? —preguntó, entornando los ojos.

Era una pregunta prescindible, y no obstante la consideré con seriedad. Estaba sufriendo toda una tormenta de emociones, como si en mi interior hubiera un auténtico caos. Estaba claro que mi falta de profesionalidad no lo era todo; había mucho más.

—Necesito un abrazo —dije, intentando no mirarle.

—¿Cómo?

—Que necesito un abrazo. —Asentí, muy complacida con la idea—. Sí, eso es lo que necesito. Quiero decir, no me sirve que me montes farsas como la cita con Ben. Y, además, tienes que saber que la noche de ayer, con Reece, fue de lo más patética.

Abrió la boca para hablar, pero no le dejé.

—Jimmy, ahora mismo eres mi mejor amigo. Y me temo que esa condición implica ciertas responsabilidades, como darme un abrazo.

Puso unos ojos como platos y miró hacia el techo con cara de asombro.

—¡Hay que joderse! ¿No es suficiente con que me asegure de que, en esos días del mes, tu tarta favorita de chocolate no falte en el frigorífico? ¿De verdad tengo que cargar también con eso que me acabas de pedir?

—Sí, al parecer, sí. —Quizá debería haberme sorprendido, pero no fue así. Llevábamos viviendo juntos varios meses y, pese a que parecía que solo se preocupaba de sí mismo, lo cierto era que se daba cuenta de muchas otras cosas. El hecho de que el periodo me hubiera venido esa misma mañana explicaba mi estado anímico de las últimas veinticuatro horas. Y él estaba perfectamente al tanto—. Aunque, por supuesto, te agradezco mucho lo de la tarta de chocolate.

—Estupendo. Pero yo no doy abrazos —dijo.

—Todo el mundo da abrazos.

—Yo no. Eso de tocar no va conmigo. —Cruzó los brazos e inmediatamente los descruzó—, a no ser que se trate de echar un polvo..., y no estamos en esas.

Estaba intentando escandalizarme. Ya le conocía lo suficiente como para saberlo. Pero me pregunté hasta qué punto él se escandalizaría si yo accediera a ello sin tapujos. No lo hice, por supuesto

—¿Sabes? Durante el último mes me has tocado cómo mínimo dieciocho veces. Así que eso de tocar te gusta más de lo que crees.

—Te has sacado de la manga esa cifra, ¿verdad? —dijo abriendo mucho los ojos, y después entornándolos.

—Tú estás al tanto de lo que bebe la gente, y yo de cuánto tocan.

—Mmm. No lo voy a hacer.

—Vamos. ¿Qué eres, un hombre o un ratón? —pregunté retándole.

—Soy tu jefe.

Buena respuesta.

No obstante, en Coeur d'Alene, cuando necesitó que le reconfortara, se agarró fuertemente a mí. Allí no hubo debate ni negociación. Ni en sueños se le ocurrió preguntarme si me venía bien, simplemente hizo lo que le apetecía o, para ser más precisos, lo que necesitaba. Y lo que yo necesitaba en ese mismo momento era a él, cada molécula de mi cuerpo era absolutamente consciente de ello.

¡Qué le dieran! Me lancé a sus brazos. Allá con las consecuencias.

Jimmy tuvo que agarrarme con una exclamación, sujetándome urgentemente con las manos por la cintura. Yo le rodeé el cuello. Igual podía haberme roto la nariz al golpearme con su clavícula, pero me daba igual. Estaba obligado a consolarme físicamente. Pude ignorar sin problemas el dolor que sentía en el puente de la nariz. Se quedó petrificado, casi podía oler su miedo, como hacen los perros. Oh, Dios, dejar caer mi cuerpo contra el suyo fue como alcanzar el nirvana.

El éxtasis puro y sin adulterar.

Se le aceleró la respiración, porque entonces su pecho se movió rápido contra el mío, y noté que sus costillas subían y bajaban. Esperé a que, inmediatamente, él me apartara, o incluso que me separara haciendo palanca. Sin embargo, y de forma gradual, sus tensos músculos se fueron relajando. Me acarició levemente la espalda con la mano, pero sin ningún ritmo de consuelo o afecto. Si hubiera tenido superpoderes, no le habría soltado nunca.

La cadencia sonora de nuestras respiraciones resonó en la escalera.

—Lena...

—¡Shhh! Me estoy concentrando. —Me apreté más fuerte, no fuera a ser que decidiera huir.

Olía maravillosamente bien, a perfume caro que combinaba muy bien con su olor corporal. Gracias a Dios, se había olvidado completamente de la camiseta que le robé. Noté ese mismo olor y, desde luego, era mucho más agradable respirarlo directamente de la fuente original. Y para no hacerme

más daño en la nariz, apoyé mi rostro de lado directamente sobre su cuello. Maravilloso.

—Tienes la nariz fría —se quejó.

—Calla, estás estropeando la terapia.

—No es una terapia. Simplemente te estás portando como una loca.

Abajo la gente estaba hablando, y también se escuchaba la batería, pero a mí solo me importaba el momento presente.

—¿Ya? ¿Es suficiente? —preguntó.

—No —susurré pegada a su cuello.

—Un minuto más y se acabó, Lena.

—Dos.

Inspiró intensamente.

—Espero no tener que hacer esto una vez al mes a partir de ahora.

Otras dos tímidas caricias. Y entonces, muy despacio, me rodeó suavemente con el otro brazo y colocó una mano en mi nuca. Me acarició con los dedos en la base del cuello. Allí estaba, con mis pechos apretados contra su fuerte tórax. Apoyó la barbilla en mi cabeza y pude sentir su corazón, mientras me acariciaba el pelo con toda la suavidad del mundo. Pese a la diferencia de altura, nos acoplábamos muy bien. Con la otra mano me acariciaba la espalda de arriba abajo, ya rítmicamente, sí, y manteniéndome contra él. Cada vez iba un poco más allá en su ascenso por el cuello y su descenso hasta la curva del trasero. Mi respiración se agitaba cada vez que su mano descendía, deseando que bajara más, mucho más.

La terapia estaba empezando a ser clasificada X.

—Lamento que las citas hayan sido un fracaso —murmuró.

Yo no tenía ganas de hablar de las puñeteras citas.

—Esta noche será mejor.

Los demás hombres podían irse bien lejos.

—Lena...

¿Pero es que no se iba a callar?

—¿Qué?

Su boca era casi una línea recta.

—¿De verdad que Ev te ha molestado?

—No. Ya lo solucionaremos nosotras.

—¿Estás segura? Si lo prefieres, puedo hablar con ella.

—¿De verdad lo harías?

—Por supuesto.

—Eres un encanto, Jimmy Ferris —dije con un suspiro feliz.

—¡Dios! Me estás haciendo comportarme de una manera muy rara. —
Acomodó las manos en mis caderas—. Bueno, ¿ya tienes bastante abrazo?

—Sí.

Me sonrió un tanto dubitativamente mientras se estiraba la camiseta y se tranquilizaba. Resultaba extraño: parecía un tanto avergonzado, miraba al suelo y evitaba mis ojos.

—Vale, regreso al trabajo. —Pero no se movió. En vez de eso, alzó la mirada como si quisiera asegurarse de quién era yo, o qué era lo que estaba haciendo en su casa. Volvió a alisarse la camiseta con un ademán tembloroso.

Sonreí con toda la dulzura posible.

—Muchas gracias, Jimmy. Lo necesitaba, y mucho.

Siguió quieto, como si fuera a decir algo, pero no lo hizo. Asintió distraídamente, se dio media vuelta y desapareció escaleras abajo.

—Como hagas el más mínimo comentario sobre mi atuendo, te doy una patada —le avisé. Estaba sentado al final de la escalera y yo hablaba completamente en serio.

—Jamás me atrevería. ¿A qué hora viene? —Jimmy miró hacia arriba, repasando con la mirada mis *jeans* y el suéter negro ajustado. Dios sabe que tengo mis trucos, y que cuando quiero los pongo en valor. Pese a mis generosos pechos, no movió ni un solo músculo de la cara. Había estado en el gimnasio entrenando durante más o menos una hora, y llevaba el pelo empapado, además de la camiseta.

—No va a venir aquí —dije—. Hemos quedado en el centro.

—No te fíes de que la cague con él, ¿verdad?

—Pues no, no me fío.

—¿Y por qué no te llevo?

—Jimmy, no me fío de que no la cagues con él, te lo acabo de decir. Además, sé conducir —afirmé—. Nosotras las mujeres estamos bastante liberadas últimamente. ¡Apuesto lo que sea a que muy pronto hasta podremos votar!

Levantó las cejas y me miró ariscamente.

—De acuerdo, pero no puedes llevar tu cacharro de mierda, que ni has movido en los últimos meses. Déjame que te lleve.

—Me las apañaré con mi cacharro de mierda, muchas gracias.

Soltó un largo suspiro, como si admitiera la derrota.

—Llévate el Mercedes. Por lo menos he comprobado que lo sabes conducir bien.

—Oh, eres muy amable al preocuparte por mí.

Gruñido.

—¿Y no me dejas el Barracuda?

—¡Ni de coña!

—Me hieres en lo más profundo, Jimmy Ferris —dije sonriendo ampliamente.

Se quedó mirándome mientras me retocaba el pelo en el espejo del recibidor.

—¿Qué planes tenéis vosotros? —le pregunté.

Flexionó los hombros y los brazos, tensando el fino algodón de su camiseta.

—Aún no lo he decidido.

Algo en su tono de voz hizo que me detuviera. Me pareció asomar en su rostro una pizca de tristeza, o de soledad, que nunca había detectado antes. Como si estuviera desalentado. La actitud hosca y enfurruñada era lo habitual, pero esto no.

—¿Cómo? ¿Es que no va a venir ninguno de los chicos? —pregunté—. ¿No te apetece salir un rato con ellos?

—Hemos estado aquí trabajando todo el día. Además, ya nos estaremos viendo la jeta a todas horas durante la gira. Terminaremos hasta el moño, como siempre.

No me gustó la forma de decirlo, pero en el fondo tenía sentido.

—¿Hoy no hay partido? Yo no voy a estar aquí para quejarme de lo pesado que es el deporte, así que aprovecha...

—No me apetece mucho ver la televisión.

—¿Y entonces, qué vas a hacer?

—Ya soy mayorcito, Lena. Puedo entretenerme solo.

—Lo sé —afirmé, abrazando el abrigo y el bolso—. Pero espero que me digas en serio si necesitas que me quede esta noche.

—No necesito que te quedes esta noche —repitió poniendo los ojos en blanco.

Me quedé dudando mientras me miraba con su habitual frialdad.

—Las llaves están puestas —dijo.

La situación me llevó a pensar en qué habría sido de la vida de Jimmy si me hubiera marchado, si lo hubiera dejado solo. La frialdad de su mirada me daba igual, pues por dentro no era frío, en absoluto, por mucho que fingiera. Yo ya había sido testigo de sus dudas y de sus miedos. Puede que lo que Ev me había dicho me hubiera afectado; en efecto, tendría que hacer las concesiones que hicieran falta para que no nos saliéramos del camino. Yo tenía que mirar hacia delante, pero teniendo muy en cuenta sus intereses. Las formas en que se manifiesta el amor son extraordinariamente variadas, pero si no se basan en hacer lo más conveniente para la persona que amas, ¿de verdad merece la pena?

No, en absoluto.

Y los sentimientos que crecían en mi interior respecto a él solo se podían resumir en una palabra: amor. Independientemente de lo doloroso que fuera, encarar la verdad me proporcionaba mucha calma. Podía o no ser cosa del destino, pero ya era una realidad.

—Jimmy, creo que tú también deberías salir con alguien —dije, quizá con la boca un tanto pequeña. Me parecía mentira que hubiera sido capaz de pronunciar esa frase.

—¿Cómo dices?

—Que creo que deberías empezar a salir otra vez, por el bien de ambos. Piensa en ello, por favor.

—Estoy bien como estoy —sentenció un tanto despectivamente—.

Además, es una idea absurda.

—¿Y encerrarte aquí, apartado del mundo? A la larga, no es la solución. Y lo sabes.

—No, la verdad es que tienes razón, Lena —dijo juntando las manos y frotándoselas con fuerza—. Ya sé, voy a pasarme un rato por mi bar favorito. Me tomaré un par de tragos por los viejos tiempos y después pillaré a una mujerona, o mejor a dos, y me las traeré aquí para jugar a lo grande. Suena de maravilla, ¿verdad? Todos nos lo vamos a pasar de puta madre.

No tenía nada que añadir a eso.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta la idea? —Me miró con expresión de divertimento.

Cambio de planes: lo que yo más deseaba como regalo de Navidad era borrar de su cara esa estúpida sonrisa de suficiencia. Nadie más era capaz de ponerme tan fuera de mí.

—Si has terminado de decir estupideces, te explicaré lo que quiero decir.

—¡Por favor, no te prives!

—Creo que necesitas más... —empecé, procurando utilizar un tono conciliador—... amigos, aparte de la gente del grupo y de mí.

—¿Así que debo empezar a tener citas solo para que tú te sientas mejor?

—No, Jimmy. —Apreté el abrigo contra el pecho como si fuera un escudo—. Creo que deberías empezar a quedar porque ya estás preparado; porque eres un hombre estupendo que tiene mucho que ofrecer a una mujer, siempre que no te comportes como un cabrón estúpido, que es lo que estás haciendo ahora.

Me aplaudió muy despacio.

—¡Qué bonito, Lena! ¡Qué poético! Casi me haces llorar.

—¿Qué es lo que te pasa cuando te pones así? ¿Tienes miedo? ¿Es el equivalente al síndrome premenstrual o qué? ¿Necesitas también un abrazo? —Di unos pasos hacia él—. De verdad, estoy tratando de entender qué provoca que te portes así. Y la conclusión a la que he llegado, después de darle muchas vueltas, es que eres un tipo que ha desarrollado un perfecto control de sí mismo, hasta el punto de decidir cuándo actuar como un absoluto imbécil, y que, de paso, hace sufrir a la gente que le quiere. Intenta

explicarme por qué, por favor.

—Es un don.

—No me sirve. Dame otra razón. —Enfurecida, me agaché y me encaré a él, que seguía sentado en la escalera. El tipo tenía la suerte de que yo no llevara nada con lo que golpearle y hacerle daño de verdad. Se puso de pie despacio, y su abrumadora humanidad casi me hizo dar un paso atrás. Pero no lo di. Me alcé y me puse a su altura—. ¿Y bien?

—Nunca retrocedes, ¿verdad? —Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba mínimamente.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Me pareció que en sus ojos había alguna mota de color gris. Como si hubiera visto ya demasiadas cosas que le hubieran envejecido prematuramente. Su voz sonó más suave.

—¿Es que nunca tienes miedo?

—Me niego a tenerte miedo —dije—. Creo que, a lo largo de los años, ha habido demasiada gente que ha hecho lo que a ti te ha dado la gana con tal de evitar tus ataques de mal humor o tus comentarios hirientes, incluso ante el más mínimo indicio de que fuera a aparecer el famoso «mal genio de Ferris». ¡Menuda mierda! Pero, ¿sabes?, yo no pienso hacer eso. No eres un niño malcriado al que le entra una pataleta, eres un adulto. Puedes controlarte si decides hacerlo. Y ya va siendo hora de que lo consideres.

Se quedó mirándome sin más, completamente inexpresivo.

—¿Algo que decir? —ultimé.

Levantó la mano despacio, con muchísimo cuidado, y me apartó de la cara un mechón de pelo, colocándolo suavemente detrás de la oreja. Después se inclinó hacia mí, tanto que me rozó la oreja con los labios, y sentí su cálido aliento.

—Tienes razón. Me he portado contigo como un absoluto imbécil.

—Lo sé —susurré seriamente.

Él sonreía con los ojos, aunque no con los labios. Me miró intensamente a la cara, tomándose su tiempo.

—Nunca debes temer nada de mí. Jamás te haría daño, Lena.

—Eso también lo sé.

—Anda, vete. No llegues tarde a tu cita.

—Piensa en lo que te he dicho —insistí, levantando la barbilla.

—Hecho. —Suspiró y asintió con la cabeza.

—Es la undécima vez que has mirado el teléfono en la última media hora.
¿Pasa algo?

—¡Dios! Perdóname —dije volviendo a meter el estúpido cacharro en el bolso—. Me estabas explicando qué hace exactamente un técnico de sonido y no se me ocurre otra cosa que ver mis mensajes. ¡Mira que soy maleducada!

Mi acompañante me sonrió un tanto torcidamente. Era guapo, vaya que sí. El problema de pasar la mayor parte del tiempo con los dioses del escenario es que se te olvida lo que es la vida normal. Ese hombre sería el ideal de cualquier fantasía erótica. Ahí, justo enfrente de mí, estaba Dean Jennings, que era todo eso y más. El pelo marrón le caía sobre los hombros, y tenía un *piercing* plateado en el labio superior. Sus ojos verdes me miraban con un destello de humor.

—He trabajado con Jimmy de vez en cuando durante los últimos seis años —me contó—. Sé que es un tipo difícil, así que si te necesita, podemos dejar esto para otra noche.

—Te lo agradezco, pero no es eso. Él está bien. Él quería que yo saliera de la casa, así que me da la impresión de que lo que de verdad necesita es un poco de privacidad, estar solo...

—Sí —afirmó Dean asintiendo también con la cabeza—. Creo que es impresionante cómo ha conseguido salir de toda esa mierda en la que estaba metido.

—Desde luego.

—No ha debido de ser nada fácil.

—No.

Jugueteó con la etiqueta de su botella de cerveza. A nuestro alrededor una abigarrada multitud de modernos charlaba en aquel antro *underground*. Estábamos en Chinatown, uno de los lugares favoritos de la banda y sus acompañantes.

Puede que ese bar fuera al que se refirió Jimmy en su momento de cabreo, aunque desde luego no era el tipo de sitio donde se puede esperar ver a alguien con traje. Algunas de esas chicas llamaban mucho la atención. Había una máquina de discos que no paraba de poner clásicos *indie*, y también dos máquinas *pinball* de las antiguas y una mesa de billar. El local era oscuro, algo mugriento y con el suelo pegajoso, pero el ambiente era agradable y preparaban un chili con carne y patatas fritas riquísimo.

Me metí en la boca una patata bien empapada en salsa, y mis papilas gustativas decidieron hacerme un monumento de gratitud. Estaba disfrutando de lo lindo.

—Oh, perdona. Supongo que no puedes hablar sobre él —dijo Dean, devolviéndome una vez más a la realidad.

Me cubrí la boca con la mano, por si las moscas.

—No, la verdad es que no puedo contar mucho.

—En mi contrato también hay alguna cláusula que me impide hablar de ellos, pero como tú formas parte del grupo... —dijo.

—Nosotros vivimos en una zona un poco rara, ¿verdad? En el límite de la vida real de la gente famosa. Es complicado.

—Sí, eso mismo —confirmó riendo—. Algunas de las cosas que vi hace años, cuando ellos eran solteros y salían prácticamente todas las noches, fueron bastante alocadas. Créeme.

—¿Con fans, alcohol y mierda a tope?

—Sí, todo eso. —Dio otro trago a la cerveza.

Vaya, ahora empezaba a interesarme la conversación. Me incliné hacia delante, apoyando los codos en la mesa que compartíamos.

—Vamos, tienes que contármelo, y con todo lujo de detalles.

—Me matarían si lo hago —dijo Dean con una risa bronca.

—Mmm... Si no estás dispuesto a sacrificarte para satisfacer mi curiosidad, ¿de qué me sirves? —Tontee un poco.

Negó con la cabeza. Le brillaban los ojos. Sí que era bastante guapo, no tan esplendoroso como Jimmy, claro, pero ¿quién podía aspirar a tanto? Yo tampoco era ninguna *top model*, la verdad. El caso es que Dean se me acercó un poco más, sin que se le borrara la sonrisa de la boca. De vez en cuando

dirigía la mirada a mi escote. Se lo podía perdonar, e incluso hasta me halagaba en cierto modo. El hecho de que me apreciara como hembra era una buena sensación, algo que llevaba sin experimentar desde hacía bastante tiempo.

—Pues, por ejemplo, te puedo hablar de aquella vez que Jimmy invitó a un par de chicas a subir al escenario en Roma, hace unos cinco años. Creo que aquello trascendió a los medios, al menos en parte —dijo.

Resoplé fingiendo estar horrorizada. El cotilleo no me gustaba nada, pero me atraía.

—Recuerdo que escuché rumores sobre aquello. —Me hice un poco la tonta.

—Jimmy había bebido muchísimo, aunque la verdad es que por aquel entonces todos lo hacían. Al principio las chicas lo único que hicieron fue ir de acá para allá mientras él cantaba. Pero durante un solo de guitarra de Dave los tres empezaron a hacer cosas raras... Ya me entiendes. Una de ellas empezó a meterle mano a Jimmy, mientras la otra le quitaba el cinturón y le bajaba los pantalones. El caso es que se quedó con el culo al aire, sin ningún problema. Los de seguridad subieron al escenario y acabaron con aquello, y la policía suspendió el concierto por escándalo público. Le pusieron un multazo de tres pares de narices.

—¡Vaya!

—Por suerte, nadie hizo ninguna foto que mereciera la pena.

—Y tanto, ¡menuda suerte tuvieron!

Dean movió la cabeza de lado a lado. Los ojos le brillaban de admiración.

—Jimmy era un auténtico diablo por aquella época.

Fruncí el ceño.

—¿Estaba fuera de control, se hacía daño a sí mismo?

—Eso mismo.

—Creo que lo prefiero como es ahora —dije pensativa.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Dean muy deprisa—. Claro que sí.

—¿Nunca te has sentido tentado de agarrar una guitarra y subir al escenario? —pregunté, cambiando de tema.

—Yo no soy Jimmy ni David Ferris. Además, las multitudes me asustan.

Toda esa gente observándote, me da escalofríos... —Fingió temblar como una hoja.

—Ya —confirmé riendo—. A mí tampoco me seduce mucho la idea.

—Claro, es lo normal. Pero ellos han nacido para eso. Y sobre todo Jimmy. Es una leyenda viva.

Asentí. En ese momento se me cruzó por la mente un pensamiento horrible, y no pude librarme de él.

—¡Oye! No te habrá pagado para que salgas conmigo esta noche, ¿verdad?

—¿Cómo dices? ¡Pues claro que no, joder! —Dean se echó para atrás—. ¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante cosa?

Apoyé la frente sobre la mesa, intentando que el pelo sirviera de cortina para ocultar mi torpeza.

—Perdóname. No era mi intención insinuar que te habías vendido para entretenerme.

—Escucha, Lena...

—Dean, de verdad, lo siento muchísimo. —Me tapé la cara con las manos.

—Lena, mírame.

Me agarró con suavidad de la barbilla, empujando para que levantara la cabeza. Sus ojos eran tan increíblemente verdes que una tenía que preguntarse si no eran lentillas. No es que me importara, pero agradecía que no fueran azules como el hielo. Además, Dean era un poco más corpulento que Jimmy, y menos musculoso. Tampoco era tan alto, pero me miraba como si le gustara lo que veía, como yo si satisficiera sus gustos, fueran los que fuesen. No había desdén, ni impaciencia en sus gestos. Era reconfortante.

—De acuerdo —murmuré—. Olvidemos que he dicho esa enorme estupidez.

Con muchísimo cuidado, me echó el pelo hacia atrás, para colocarlo detrás de las orejas, exactamente igual que había hecho Jimmy un rato antes. Me sorprendió el contacto, pero me dejé llevar, sintiendo curiosidad de hacia dónde podía conducir todo aquello.

—Es que me gusta ponerme en ridículo de vez en cuando por iniciativa propia —informé algo nerviosa—. Hace que la vida sea más interesante.

—Muy bien, lo tendré en cuenta —respondió sonriendo—. Creo que lo que se nos presenta ahora mismo es la oportunidad de divertirnos un poco. Así que, teniendo eso en cuenta, ¿te apetece que vayamos a una discoteca, señorita Morrisey?

Puede que mi sonrisa fuera algo lenta, pero también completamente sincera.

—Sí, claro que sí.

A eso de las doce Dean y yo llegamos a mi automóvil después de un largo paseo. Cuando digo «mi automóvil» quiero decir el de Jimmy, naturalmente. Se quedó mirando con cara de asombro el carísimo modelo, y su silencio resultó de lo más expresivo.

—Oh, Jimmy insistió en que me lo llevara —solté, sintiéndome repentinamente avergonzada—. Le preocupa que no esté acostumbrada a conducir con lluvia. Intenté negarme, pero...

Dean simplemente asintió.

—Bueno, ya sabes... —¿Por qué no me callaba? No hacía más que dar explicaciones absurdas.

El sudor que me corría por la espalda después de bailar y el aire frío de la noche me hicieron tiritar y de repente se me puso la carne de gallina. Me sentía agradablemente relajada, y el cerebro avanzaba placenteramente hacia el sueño. Pero tenía que despejarme para conducir. Si le daba un golpe al automóvil, Jimmy me mataría, después de torturarme, claro.

—Lo he pasado fenomenal esta noche —dije, ofreciéndole la mano a Dean.

Con su plácida y eterna sonrisa, la tomó, tiró de mí y sin darme apenas cuenta posó sus labios en los míos. Eran cálidos, como su aliento. Todo en él era cálido, y su cara estaba junto a la mía. No cerré los ojos, pues estaba un poco sorprendida. Me vi literalmente arrastrada, aunque suene estúpido. ¡Santo cielo, ese hombre tenía las pestañas larguísimas! Además, nunca había besado a nadie con un *piercing* en la boca. El metal hizo presión sobre mis labios. La sensación me resultó bastante rara, pero muy excitante.

Dio un paso atrás y sonrió contemplándome, para variar.

—Lena, me encantaría que repitiéramos esto.

—A mí también. —Y no mentía. Lo había pasado estupendamente.

Metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Bueno, hasta pronto. —Hurgué en el bolso para sacar las llaves—.

Buenas noches.

Una vez que estuve dentro del automóvil, se inclinó para verme a través de la ventanilla y se despidió agitando la mano. Yo hice lo mismo. Después permaneció de pie en la acera, esperando con una sonrisa a que yo arrancara el motor.

La noche fue magnífica, ni punto de comparación con las anteriores. Había salido con un hombre agradable e inteligente que me sorprendió dándome un beso tierno y sensual al final. Fue muy dulce. Tampoco hace falta encontrar a alguien que ponga tu mundo del revés para hacerte feliz. Lo cierto es que las explosiones dentro del cuerpo y los ataques al corazón no son necesariamente la panacea del amor eterno. Esta calidez, ciertamente contenida, era realmente muy agradable.

Jimmy se iba a alegrar.

CAPÍTULO 11

A la mañana siguiente, cuando únicamente llevábamos corriendo la vuelta a la manzana, Jimmy se detuvo. Respiraba con dificultad, casi con espasmos. Bueno, no, quien respiraba así era yo, no él. Él respiraba normalmente, pese a que a mí la carrera me había dejado resollando. Eso no podía ser nada saludable, aunque parecía que ya era capaz de correr algo más que el día anterior sin desplomarme. Los progresos eran lentos y graduales, pero también realmente agónicos.

—Volviste tarde anoche —comentó mientras se agachaba para estirar.

—Sí, fuimos a una discoteca a bailar. —Igual esa era la razón de que mis pantorrillas me indicaran continuamente que estaban ahí, sufriendo lo indecible.

Jimmy hizo un ruido que no fui capaz de descifrar.

Cuando le llamé la noche anterior, mientras estaba fuera, para comprobar como estaba, me dijo algo acerca de que trasteaba con una guitarra. La conversación fue bastante cortante. Básicamente, me dijo que estaba bien, que volviera con Dean y colgó sin más. En fin, el tipo de conversación típica de él.

—Pensé en lo que me dijiste acerca de que yo también tendría que salir —comentó, poniéndose rígido.

Intenté no mostrarme sorprendida, pero me costó.

—¿Y...?

Al parecer los árboles de la calle esa mañana le resultaban fascinantes, porque él no despegaba los ojos de ellos.

—Llamé a una antigua amiga. Ella, eh... ella también ha dejado de beber hace poco, y ha ido a rehabilitación. Hablamos un buen rato. Está pensando en visitarme, vive en Los Ángeles, así que igual nos ponemos al día.

—¡Eso es estupendo, Jimmy! —dije, intentando por todos los medios sonreír. De verdad que hice lo que pude, pero sentí la cara tensa, y creo que más bien me salió una mueca rara.

«Ponernos al día» podía significar muchas cosas. Para mi mente calenturienta, ponerse al día al estilo de vida de una estrella del *rock* tiene mucho más que ver con echar un polvo que con tomar café y pastas. Al fin y al cabo estábamos hablando de él, de Jimmy Ferris. Fuera tonterías. Su abstinencia sexual me asombraba cada vez más, y me preguntaba cuánto podría soportar él esa situación. Parecía un animal grande y malhumorado que se paseaba por la casa dando gritos, gruñendo y bufando. Demasiado a menudo me lo imaginaba mostrando los dientes a quien se atreviera a acercarse, y también babeando y extendiendo las garras. ¡Vaya por Dios! Pero ahora resollaba por una razón muy distinta. Lo cierto es que mi imaginación estaba absolutamente descontrolada.

Me había dicho que solo tocaba a alguien cuando follaba. Apostaría lo que fuera a que esa vieja amiga pronto tendría montones de huellas suyas por dentro y por fuera de su cuerpo. Qué suerte. ¡Y pensar que eso iba a ocurrir gracias a mi brillante y maldita idea!

Dios, cómo me odiaba a mí misma.

—Estupendo —repetí, intentando traer con urgencia a mi mente imágenes de Dean. Tan majo, tan dulce, tan cálido, tan todo... y completamente a mi alcance. No como Jimmy, que era como si tuviera marcado por todo el cuerpo con el dibujo de un corazón roto y una coraza de hierro. Además, Dean tampoco tenía ningún signo de advertencia en su atractivo rostro.

—Sí. —Finalmente me miró a la cara, y yo procuré ocultar mi funesto estado de ánimo lo mejor que pude—. Escucha, Lena. Siento haberme portado como un estúpido cuando sacaste el tema. Supongo que me pillaste en mal momento.

—¿Te estás disculpando?

Hizo su habitual gesto con la barbilla.

—¡Guau!

—Tampoco saques grandes conclusiones de esto —farfulló.

—No, no, de verdad. ¿Pero podrías repetírmelo con palabras, por favor?

Puso los ojos en blanco.

—Lo-sien-to.

—Estás perdonado. Pero no vuelvas a hacerlo, o estaré dándote patadas en el trasero durante una semana entera.

—No abultas ni la mitad que yo.

—Cierto, pero mi motivación es muy superior. Además, siempre teniendo en cuenta mi escaso nivel adquisitivo, tengo una buena colección de botas puntiagudas. Date por avisado.

—De acuerdo —dijo, con una voz a medio camino entre el hastío y la diversión. Aunque seguro que ni podía imaginarse lo en serio que yo hablaba. Algunas de esas botas podían causar daños muy serios si las utilizaba una hembra despechada y rencorosa.

En ese momento se acercó un poco más e inspeccionó algo cerca de mi boca.

—¿Qué pasa? —pregunté, medio tentada de taparme con la mano.

—Tienes algo ahí... como un ligero roce de barba.

—¡Oh! —Me restregué los labios, aun sabiendo que hacer eso solo empeoraría el estado de mi piel. Por alguna razón me sentí culpable, como si besar en la primera cita fuera un crimen. Todo había sido muy rápido. Dean se lanzó, puso sus labios sobre los míos y yo me dejé llevar. Así fue la cosa y, dejando aparte lo que sentía por Jimmy, permití a Dean que me besara. Tampoco era un avance tan extraordinario.

—Por cierto, ¿cómo estuvo? —preguntó, manteniéndose más cerca de lo que era realmente necesario y con la mirada fija en mis labios. Me paralizó el hecho de que su expresión fuera diferente, desconocida. No sabía, ni quería saber, qué me estaba preguntando exactamente: «¿cómo fue?». Pero si no le preguntaba a qué se refería, podría fingir que me estaba preguntando simplemente por la cena, o por algo tan poco peliagudo como el ambiente de

la discoteca.

—Fue... agradable —contesté.

—Agradable —repitió, en voz baja y como fascinado—. Entonces, te gustó.

Me encogí de hombros, pensando en que si hacía cualquier otro movimiento, entraríamos en terreno peligroso.

—¿Hasta dónde le dejaste llegar? —dijo, como si nada.

Paseaba la vista por mi cuello y por mi pecho, y allá por donde miraba sentía una especie de iluminación, pese al sudor, el cansancio y el olor que probablemente desprendía. Pero cuando me contemplaba de esa manera, no me importaba nada. Me costó muchísimo no cruzar los brazos sobre mi pecho. Esperaba que la sudadera fuera lo suficientemente gruesa y opaca como para ocultar cualquier evidencia. Y es que tenía los pezones absolutamente activos, y no quería que se diera cuenta de ninguna manera.

—¿Qué? ¿Cómo...? —balbuceé.

—¿Te acarició por debajo de la ropa o solo por encima?

—No voy a hablar de ese tema, Jimmy.

—Mmm. Estoy pensando... —musitó—. No creo que seas de las que dejan que los hombres vayan demasiado deprisa.

Levanté los hombros y me puse rígida.

—Tienes razón, Jimmy, soy una virgen que subirá directamente a los altares. Mi capacidad para cerrar las rodillas a cal y canto es una inspiración para todas las mujeres del mundo. Y ahora, ¿serías tan amable de dejar este asunto?

—¿Te hace sentir incómoda?

—¡Oh, vaya! ¡Como si no fuera esa tu intención!

Torció el gesto.

—¿Qué puedo decirte? Me interesas, me preocupo por ti, Lena. No puedo decir eso de mucha gente. Te lo aseguro.

—Eso es estupendo, y me alegra muchísimo, de verdad. Pero, de todas maneras, no significa que te vaya a contar qué hago con otros hombres. — Volví a mover las piernas y comencé a correr, con ese estilo informal que caracterizaba mi forma de hacer *jogging*. Una verdadera atleta...

Un momento después se puso a mi lado. Como ocurría siempre, todos mis jadeos me dejaron en ridículo en presencia de sus largas piernas y su espléndida forma física.

—¡Vamos, Lena! ¿No me vas a permitir que viva indirectamente a través de ti algunas experiencias que me niego a mí mismo?

—¡Ni de coña!

—¿Tampoco te asombra lo bien que me he expresado? Y eso que dejé la escuela sin acabar Secundaria... —Rio un poco sarcásticamente, no parecía excesivamente contento por su comentario.

—No.

Me sonrió con cinismo.

—De acuerdo —dijo.

—Con todo lo que has conseguido en la vida, ¿crees que dudo de tu inteligencia o de tu fuerza de voluntad?

—¿Te refieres a las drogas y a otras mierdas? Ah, sí. Conseguí un montón de esas cosas en su momento.

—Eres un hombre de negocios con muchísimo éxito, que ha logrado importantes premios, además de un músico absolutamente aclamado por la crítica y el público —resumí y me detuve en seco moviendo la cabeza—. ¡Qué horror, Jimmy, cometiste errores! ¿Y quién demonios no? Eres humano. Pagaste el precio y has pasado página. Ya está.

—¿De verdad es eso lo que piensas de mí? —preguntó, mirando a lo lejos.

—Pues sí. Bueno, también tienes tendencia a comportarte de vez en cuando como un capullo, pero estamos trabajando para corregirlo. Tengo puestas muchas esperanzas en conseguir una completa recuperación.

Su gesto de rigidez me hizo ver que no estaba del todo convencido. Al parecer, tenía muy arraigada la inseguridad de no haber acabado los estudios básicos.

—Yo no he ido a la universidad —dije—. ¿Y sabes por qué? Mis notas no eran lo suficientemente buenas como para conseguir una beca. Quería estudiar pero no podía permitírmelo. Por suerte, un amigo de mi padre tenía un negocio y me ofreció la oportunidad de probar como recepcionista, y me fue bien. De no haber sido así, probablemente ahora estaría friendo

hamburguesas, y seguiría así durante cincuenta años.

—Gracias —dijo al cabo de un rato.

—De nada.

Seguimos corriendo en silencio durante un rato. Pero claro, no podía dejar el tema. Si no, no sería él.

—Entonces... dime, según tú, ¿en qué consiste el éxito en una primera cita, Lena? Tú sabes de esos rollos mucho más que yo. Cuéntame, ¿qué le atrae a una mujer?

—No puedo hablar. ¡Me ahogo...!

Soltó un gruñido.

No hablamos durante un rato, más o menos media manzana. Mejor para mí. Las conversaciones con Jimmy eran peligrosas para mi salud. Era como si en medio de la frente tuviera un semáforo en rojo. De hecho, el semáforo tendría que abarcar toda la cara. Si solo hubiera que lidiar con su cuerpo, todavía habría alguna posibilidad, aunque escasa, de resistir, pese a su enorme atractivo. ¡Ah, y su voz! ¡Por Dios, qué voz! Parecía creada para que los órganos sexuales de una chica se pusieran a cantar. Y, la verdad, no tenía ganas de pensar en sexo, ni en cantar, ni en Jimmy, ni en ninguna combinación apasionada de los tres elementos.

De todas maneras, mi cuerpo, y también mi mente, se rebelaban contra mi voluntad.

—Creo que estoy mejorando, ¿sabes? —dije al cabo de un rato. Mi necesidad de llenar los silencios era una debilidad letal—. Los hombres ya no me mandan a la mierda con tanta facilidad.

—Bien. ¿Entonces vais a quedar otra vez?

—Mi comentario era a nivel general. ¿De verdad tenemos que seguir hablando de él en concreto?

—Por supuesto. ¿Te apetece quedar con Dean otra vez?

—Es agradable.

—Estás utilizando continuamente esa palabra: agradable. Es «agradable», fue una noche «agradable»... Espero que a ninguna mujer se le ocurra emplear esa palabra para definirme.

Me aparté de la cara unos mechones absolutamente empapados en sudor.

—Cuando te da la gana, tú también puedes ser muy agradable.

—No quiero ser agradable, Lena —dijo, riendo entre dientes—. Pero cuando usas esa palabreja para referirte a Dean y a tu cita con él, me hace pensar que fue tan interesante como una reunión de negocios con Adrian. Igual tendrías que salir con algún otro.

—Oye, salir con Dean fue muy divertido. Para empezar, no me dio la tabarra con preguntas personales absolutamente inapropiadas, como estás haciendo tú ahora mismo.

—¿Te gustaría follar con él?

—¡Jimmy!

—¿Qué pasa? —Apenas se molestó en ocultar una sonrisa de complacencia—. ¿Cuál es el problema?

—Estoy segura de que en el contrato de trabajo hay una cláusula que no permite hablar de nada que tenga que ver con el sexo. Por otra parte, estás siendo muy brusco y maleducado.

—¿El contrato de trabajo? —¡Ahí estaba el hoyuelo, por Dios!—. ¡Venga ya! Me da la impresión de que lo hemos dejado bastante atrás, ¿no te parece?

Tenía razón.

—Probablemente sí.

—Si hubiera tenido en cuenta las veces que has violado el contrato de trabajo, te habría despedido el segundo día.

—No, no habrías podido.

Me miró con expresión divertida.

—Bueno, puede que sí —asumí—. Pero de haberlo hecho, Jimmy Ferris, la vida te habría resultado bastante más difícil.

—Cierto —concedió—. Y... oye, si te hubiera llevado a un restaurante caro, ¿le habrías dejado que te llevara a la cama?

—¿Estás insinuando que podría ceder por un mantel de lino y una cena de gourmet?

—Solo me lo preguntaba. No serías la primera.

—¡Manda huevos, estás hablando en serio! —El tipo hacía que la cabeza me diera vueltas en todas direcciones. Veníamos de mundos completamente diferentes, estaba claro—. Esto es... increíblemente...

—¿Qué?

—Triste. Ni más ni menos que triste. Jimmy, deberías aspirar a algo mejor. Intenta salir con mujeres que no estén dispuestas a abrirse de piernas delante de ti en función de las cifras de tu cuenta corriente.

—Bueno. Eso hace la vida más simple, más fácil.

—Fá-cil. Vaya. Pues parece que lo «fácil» no te ha resultado muy provechoso. De hecho, hizo que tu vida se convirtiera en un desastre, según me contaste.

Otra vez los ojos en blanco. Si seguía haciendo ese gesto continuamente, terminará haciéndose daño.

—Puede que lo que necesites sea una complicación de las que resultan interesantes —le dije.

—Una pérdida de tiempo. —Su voz denotaba una convicción absoluta—. Si ya lo consigues en la primera cita, ¿para qué necesitas más?

—Mmm. Me da la impresión de que te vendría bien averiguarlo por ti mismo. —Por un momento se me nubló la visión, y tuve que pestañear para librarme de la gota de sudor que me había entrado en el ojo—. ¿Solo quedas con una mujer para acostarte con ella?

—Pues, digamos que sí, exceptuándote a ti.... —Se apartó el pelo de la cara. Apenas logré mantener oculto mi deseo. También era bastante triste lo mucho que yo disfrutaba con un gesto tan simple.

—¿Y esa chica que va a venir a visitarte?

—¿Qué pasa con ella?

—Pues... si viene solo a echar un polvo o vas a intentar tener una relación con ella que vaya un poco más allá.

—No lo sé —dijo, encogiéndose de hombros—. No lo he pensado.

Me daban ganas de decir muchas cosas. Pero seguro que ninguna de ellas habría sido imparcial.

—¿Y qué pasa si solo tenemos sexo? —preguntó.

—¿No quieres algo más?

—Tengo lo que necesito. Me dijiste que debería intentar salir más, y eso es lo que voy a hacer. Si resulta que salgo con una chica y me apetece acostarme con ella, ¿qué problema hay? Ya te tengo a ti para hablar, no

necesito una «relación», si es eso a lo que te refieres.

Me froté los ojos con las manos. Qué pesadez de sudor, tan molesto y desagradable.

Movió la cabeza de lado a lado, como si no se pudiera creer lo ingenua que era.

—Y si seguimos quedando ella y yo, ¿qué expectativas me quedan para la tercera cita, o para la cuarta? No se me ocurre nada, la verdad.

Me paré y me quedé mirándole, absolutamente asombrada.

—¿Te pregunto yo a ti cuantas veces te masturbas al día, Jimmy?

—Últimamente... por lo menos una vez al día. —Soltó la información como si no tuviera la menor importancia—. Durante algún tiempo mi libido estuvo como dormida, pero ha regresado con mucha potencia. Seguramente tienes razón en lo que decías acerca de volver a salir con mujeres, porque si no echo un polvo, o varios, me voy a romper la maldita muñeca.

—¡Ya está bien, déjalo! —Me tapé los oídos y respiré hondo varias veces con intensidad. Cualquier imagen de Jimmy realizando esas actividades tenía que quedarse fuera de mi mente, una mente sucia, indecente y absolutamente descriptiva—. Esa clase de conversación no cuadra con el tipo de amistad que tenemos.

—Vamos, Lena... Te tomas el sexo demasiado en serio.

Dejé de intentar detenerle, porque por lo visto le daba absolutamente igual, y yo estaba agotada.

—Pues sí, ¿y qué? —respondí.

—Ya veo. —Su sonrisa, ¡Dios, su sonrisa! Me hubiera gustado arrancársela con una piqueta, aunque lo habría hecho sin estropearle la cara, podéis estar seguros.

—Y tú no te tomas en serio ninguna clase de sentimientos —le recliné—. Para ti son pura broma.

—No, yo no me tomo a broma los sentimientos. Pero no necesariamente tienen que acompañar al sexo. Ese es tu error.

—¡Por favor, Jimmy, menudo cliché! Tú eres el hombre al que le van los rollos de una noche, y yo soy la muchachita sensiblera, ¿no? Lo cierto es que no soy especialmente sensiblera, por Dios bendito, lo que pasa es que si me

comparas contigo...

—¿Comparada en qué? —preguntó, curioso.

—Pues que tú te reprimas mucho. No te permites tener sentimientos, o expresarlos, hasta que estallas y te pones fuera de control. Y entonces te portas como un capullo.

Negó con la cabeza y soltó un suspiro de exasperación.

—Haz el puto favor de explicarme por qué decir que los sentimientos y el sexo no necesariamente tienen que ir unidos te lleva a esa conclusión acerca de mí. Porque, la verdad, es que me estoy perdiendo.

—Mira, lo que has dicho es bastante cierto —concedí—. El sexo puede ser simplemente una actividad física que nos hace sentir a gusto. Estoy de acuerdo con eso e incluso me parece bien.

—¡Hace un momento me has criticado duramente por decir eso mismo! —ladró.

—No. Te he criticado por insistir en que el sexo «solo» era eso. Lo que creo es que, para variar, lo que ahora te vendría bien sería acostarte con alguien que de verdad te guste y por la que sientas algo, aparte de atracción física. Pienso que sería muy conveniente para ti.

Hizo un ligero movimiento con un hombro. Supongo que fue un gesto de condescendencia.

—¿Crees que debería haberme acostado con Dean anoche, ya en nuestra primera cita?

—Yo no he dicho eso. —Pateó el suelo con fuerza—. Lo único que he dicho, y que pienso, es que follar no debería ser algo tan trascendental como lo es para mucha gente. Está en la naturaleza humana, todo el mundo lo hace.

—Excepto nosotros.

—Sí, excepto nosotros —confirmó con un suspiro—. Tenía que dejarlo todo atrás y empezar desde cero. No obstante, renunciar al sexo no fue nada, en comparación con la cocaína. Esa droga me hacía sentir como un dios, nada me afectaba. No fue fácil dejarla.

—Estoy segura de que no lo fue.

Me sonrió. ¡Le salieron los dos hoyuelos, madre santa! Mierda. No solo se me aflojaron las rodillas, sino las piernas enteras, hasta la punta de los pies.

Ni el brillo del sol, la luna y las estrellas podían compararse con esa sonrisa. Los unicornios y las hadas podían irse a paseo.

—Entonces, Lena, cariño, te lo pregunto por pura curiosidad: ¿en qué momento decides irte a la cama con un chico?

Me acerqué a él, casi hasta rozarnos las zapatillas de correr. Al parecer, mi reacción le sorprendió, pues los hoyuelos desaparecieron y le salieron arrugas en la frente. ¡Maldito idiota!

—Pues... Jimmy, amor mío —empecé, poniendo una voz suave y seductora—. No me acuesto con un tipo hasta que no tiene los huevos de demostrarme que es todo un hombre, y que es capaz de expresar sus sentimientos.

Durante el resto del camino hasta casa me acompañaron sus risas y, en algún momento, incluso carcajadas.

Alrededor de las dos de la tarde sonó el timbre de la puerta. En el sótano la banda tocaba música suave, después de un almuerzo que consistió en que cada uno se preparó algo con lo que encontró en el frigorífico. Yo ya había avisado a los proveedores de que tenían que traer más suministros de inmediato. Con los chicos trabajando en casa, nuestras necesidades básicas se triplicarían, o incluso más. Por ejemplo, Mal parecía que podía engullir su propio peso cada vez que comía. No podía explicarme cómo después era capaz de moverse como un poseso y tocar la batería con tanta agilidad.

Pasé el día haciendo cosas útiles. Cuando estaban grabando tenía sentido arrimar el hombro y ayudar en lo que se pudiera. Si lo que hacía falta era poner cafés y llevar refrescos, pues eso era lo que hacía. Además, Dean vino ese día a trabajar con ellos. Era un «agradable» incentivo.

El timbre de la entrada volvió a sonar.

Subí las escaleras corriendo bastante rápido. Tengo que decir en mi favor que no perdí el aliento, ni muchísimo menos. Al parecer, el *jogging* estaba empezando a surtir efecto. ¡Bien por mí!

Por si acaso se trataba de algún *paparazzi* intentando conseguir la foto de su vida, me deshice la coleta para tapar algo la cara. La cámara de seguridad

mostró a una mujer que iba sola, quieta como una estatua, con un aspecto bastante raro y grandes gafas oscuras ocultándole la identidad. Interesante.

—¿Sí? —dije echándome hacia atrás y entornando la puerta solo lo suficiente para verla. Y de repente se me cayó el mundo encima.

Liv. Mierda. Liv Anders.

La estrella de cine.

Así que esa era la vieja amiga de Jimmy... Evidentemente, no había perdido el tiempo a la hora de venir a Portland para «ponerse al día con él». Me recobré poco a poco, despacio y dolorosamente, por supuesto. Un cuerpo esbelto de un metro ochenta, bronceado, con melena rubia y una cara preciosa que me miraba por encima de las gafas de sol de diseño. En ese mismo momento me convertí en una morena regordeta en *jeans* y camiseta ancha de manga larga. Magnífico. Ruego que pasen por alto mi palidez, regalo del estado de Oregón.

Liv Anders llevaba unas sandalias con tiras doradas de lo más fashion a pesar del frío glacial, y se notaba a la legua que se había hecho la pedicura hacía pocas horas, o minutos. ¡Por Dios! ¿Es que no podía ni siquiera tener una uña del pie rota? Seguramente eso era mucho pedir.

Todo era culpa mía, evidentemente. Supongo que es lo que a una le espera al enamorarse de un adonis que, de paso, es una estrella del *rock*. Fuera lo que fuese esa mujer, una antigua novia o una chica que se hubiera acostado ocasionalmente con él, estaba claro que yo no podía aspirar a nada. ¿Que por qué? Pues, para empezar, por cómo se había arreglado el pelo esa mañana. Estaba muy claro: Jimmy Ferris solo podía pensar en aspirar a lo mejor, en todos los aspectos.

—Hola —saludé en un tono casi inaudible.

—¿Lena? —Se bajó las gafas con una mano—. Eres Lena, ¿verdad? Jimmy me ha hablado de ti. Me dijo que estarías en casa.

Pestañeé.

—¿Qué tal? Soy Liv —añadió extendiendo amablemente la mano.

La mía empezó a temblar bastante antes de ofrecérsela. Afortunadamente, debió de pensar que mis nervios eran porque le estaba estrechando la mano a un personaje famoso. Dejé que la señora pensara lo que le viniera en gana.

—Pasa, por favor. —Abrí más la puerta.

—Gracias. —Su sonrisa vaciló un tanto ante lo extraño de mi comportamiento. Me dio igual, pues lo hice lo mejor que pude, dadas las circunstancias. Al instante mi mente se llenó de imágenes de Jimmy y ella juntos, desnudos. Él, con su pelo oscuro, y ella, con su magnífica, soleada y californiana apariencia. El contraste sería espectacular; una cámara se los comería crudos.

Y yo no podía con eso. Simplemente no podía bajar las escaleras y ver la cara de él cuando la viera. Seguro que me dejaría clavada, sin aliento. Además, Jimmy me sonreía tan poco, que el hecho de vislumbrar por un momento uno de sus hoyuelos me alegraba el día. Y si Liv Anders obtenía nada más entrar una sonrisa luminosa por parte de él, me disolvería como un azucarillo delante de ellos.

Así que lo que hice fue señalar de forma más o menos general en dirección al sótano.

—Están ahí abajo. Trabajando. Ellos... Bueno, sí. Puedes bajar.

—De acuerdo. Gracias. —Compuso una sonrisa bastante acartonada pero muy amable. Supuse que sus dotes interpretativas tampoco debían de ser tan buenas, después de todo—. Encantada de conocerte, Lena.

—Sí.

—Nos vemos después.

Yo no tenía nada más que decir.

La vi descender los escalones con pasos delicados. Me apetecía odiarla, me habría hecho la vida más fácil, pero lo cierto es que así, de entrada, Liv parecía bastante educada, e incluso amigable. Si por lo menos fuera una bruja... mi intenso desagrado habría sido mucho más razonable y directo.

—¡Hola! —Dean salió de repente de la cocina. Había llegado esa mañana con Taylor y enseguida se pusieron a trabajar en el estudio, así que apenas pudimos saludarnos—. Lena, estaba pensando que quizá podríamos hacer algo esta noche.

—Suenan fenomenal. —Le dediqué la mejor sonrisa que pude en esas circunstancias. Dean, el correcto y agradable Dean. No obstante, el hecho de verle no sirvió para tranquilizar a mi corazón, por cierto, el órgano más

imprevisible de todos los que existen. Tendría que apuntarme en la lista de trasplantes—. Claro, me encantaría.

—Estupendo. Llevo todo el día intentando estar un momento a solas contigo.

—¿De verdad?

—Sí, pero hay mucho jaleo ahí abajo. —Se acercó un poco—. Oye, me gusta tu pelo así, más rizado.

—Gracias. —Ante ese halago sentí que la gratitud fluía por todos los poros; y no sé por qué me resultaba patético. Me agarró suavemente del brazo y deslizó la mano hasta que encontró la mía. Relajé los músculos. Mi vida no se iba a acabar por que hubiera llegado Liv Anders, había que seguir adelante.

Eso estaba bien.

Y es que esa pequeña intimidad que conllevaba acariciar su mano era muy importante. El sexo es algo magnífico, pero no lo es todo, y por lo que se refería a Dean, aún no estaba preparada. Así que ese pequeño gesto de la mano estaba bien. Además, podía llevar a más besos, incluso alguno en el cuello, y caricias, algunas de ellas en lugares adecuados... Los pasos que conducen al sexo deben disfrutarse como un camino lleno de placer. El hecho de quedar y empezar a conocerse solo sucede una vez, así que es mejor hacer las cosas bien. Poco a poco.

Y Dean era muy agradable.

Jimmy podía pensar y decir lo que quisiera respecto a esa palabra. Ser agradable es eso: agradable. Es uno de los primeros sentimientos, cálidos y un tanto vagos, que se puede tener respecto a alguien, y yo quería tenerlo con Dean. Experimentar ese sentimiento hacia él era placentero, indoloro y creíble. Tres cosas que estaba empezando a valorar cada vez más. Se había acabado el tiempo de arrojar mi corazón a los pies de Jimmy Ferris.

Aun así, me sentía algo culpable por salir con Dean sintiendo lo que sentía por Jimmy. Pero si no deseaba seguir así, si estaba deseando librarme de ello...

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—Nada. En cosas del trabajo. —No era del todo mentira—. Disculpa.

Tengo que bajar.

—¡Y yo! —dijo con su media sonrisa tan característica.

Bajamos así por las escaleras, de la mano, camino del sótano, justo cuando los chicos y el resto del equipo salían del estudio. La mirada de Jimmy se clavó directamente en nuestras manos entrelazadas y su gesto se endureció. Puede que fueran imaginaciones mías, pero me pareció que la temperatura subió hasta niveles de lava volcánica.

—Dean, Lena está aquí para trabajar —dijo con voz seca y desagradable.

¿Pero qué demonios...?

—Entiendo. —Dean me soltó enseguida como si mi mano quemara—. Perdonas, Jim.

—Lo cierto es que estaba en mi rato de descanso —expliqué, pese al hecho de que nunca había tenido un tiempo oficial de descanso desde que trabajaba con él. Seguro que a esas alturas ya me debía un montón de tiempo libre.

A Jimmy empezó a moverse un músculo en la zona de la mandíbula.

—Lena, te había pedido la información sobre la entrevista de la próxima semana.

—La tienes desde hace dos horas en la mesa del despacho.

—Pero resulta que no estoy en el despacho, Lena. Estoy en el estudio.

—Ya veo. Dame un minuto y te la traigo.

—Si no es mucha molestia...

—En absoluto, Jimmy. Por ti, lo que sea.

Apretó la mandíbula.

—Y si te parece, podríamos organizarnos sin que tu chico te acompañe durante las horas de trabajo —añadió.

¿Organizarnos? ¡Manda huevos! Podría haberle respondido cientos de cosas, pero sin duda cualquiera de ellas habría supuesto poner a Dean en el punto de mira, camino hacia el despido.

—Tomo nota.

—Estupendo.

—Fenomenal.

Se acabó la conversación, no sin que me lanzara una de sus miradas

glaciales.

No obstante, fui yo quien dijo la última palabra, así que gané. ¡Toma esa, maldito y arrogante Jimmy! No sé si es que estaba celoso o qué, pero sentía que deseaba despedirme en ese mismo momento. Parecía lo suficientemente enfadado como para hacerlo, y su mirada mostraba que no se conformaría con eso, de haber tenido a su alcance un potro de tortura. Una parte de mí pedía con bastante intensidad que me echara. ¡Hazlo, hazlo, hazlo, despídeme!

—Ya está bien —exclamó.

—Pero si no he dicho nada.

—No hace falta que lo hagas.

Cierto. A veces nos leíamos el pensamiento tan claramente como si fueran los titulares de un periódico.

Todo el mundo se quedó más o menos helado ante nuestro combate verbal, observándonos con gestos de sorpresa y disgusto. Hasta Liv, la superestrella de cine, parecía incómoda con la escenita. Nos miraba a ambos alternativamente, con los ojos muy abiertos. Su desconcierto era obvio.

De repente Mal dio un berrido, imitando la voz de un niño pequeño.

—¡No soporto que mamá y papá discutan! —Y salió corriendo escaleras arriba apretándose la cabeza con las manos y exagerando la pantomima infantil.

Si Dean y yo no nos hubiéramos echado para atrás hasta apoyarnos en la pared de la escalera, se nos habría llevado por delante. David soltó una carcajada seca; Ben por lo menos tuvo el buen gusto de volver la cara para disimular su risa; y Taylor y Pam no dijeron ni hicieron nada. La estrella de cine aún seguía anonadada, sin saber qué hacer. Entonces tomó el brazo de Jimmy y hundió fuertemente sus dedos en el musculoso bíceps.

—Jimmy...

Fue como si él despertara, y el enfado desapareció de repente de su rostro.

—Si, Liv. Vámonos de aquí.

Entendí por qué esa mujer ganaba millones de dólares por película: su sonrisa iluminó la habitación. Afortunadamente para mí y mi sensibilidad, a flor de piel en ese momento, la cara de Jim permaneció inexpresiva.

—¿Puedo hablar contigo un momento antes de que te vayas? —le pregunté.

Teníamos que aclarar el asunto de las manitas. Eso, por una parte; y por otra, estaba el hecho de que no soportaba la idea de que se fuera con ella, ni de lo que fuera a pasar entre ellos a continuación. Simplemente no estaba preparada. Uno o dos minutos más bastarían para que me recompusiera, si es que podíamos arreglar las cosas.

—Ahora no —contestó sin mirarme.

—Pero...

—¡Ahora no, Lena! —Su voz sonó como un auténtico latigazo que me cortó casi físicamente.

La diversión de los chicos acabó de inmediato.

—Jim... —dijo David, con la cara muy seria.

—No te metas en esto, Dave. —Jimmy le tendió la mano a Liv y ella la tomó. Aparentemente, mi asunto quedaba zanjado.

—Chicos, vámonos —dijo Ben a todos, y me miró con gesto preocupado al pasar junto a mí por las escaleras.

Les sonreí a todos con determinación.

—Hasta luego, chicos.

¡Por Dios! ¿Es que todo el mundo se daba cuenta de mi gran amor no correspondido?

¿O no? Seguramente las «dulces» palabras y el trato que me había dispensado mi jefe les había puesto nerviosos. Quizá pensaban que me iba a echar a llorar. Pero hacían falta más cosas que un trato vejatorio por parte de Jimmy Ferris para conseguirlo. En estos momentos Dean permanecía un poco alejado de mí, sin duda preocupado por su empleo, lo que por otra parte era bastante normal. Solo habíamos salido una vez, y tampoco era como para que tirase su carrera profesional por la borda.

David, al pasar junto a mí, me apretó la mano. No sé cómo reaccionó Jimmy ante eso, porque seguí a su hermano y subí las escaleras sin mirar atrás. Eso no significaba que no fuera a ponerle las cosas claras más adelante y a hacerle pagar la escenita que había montado.

Oí que Liv decía algo y Jimmy respondía en voz baja. Pero ni quería saber

qué fue lo que dijeron.

Fui yo quien tuve la idea de sugerirle a Jim que saliera con alguien, e incluso le presioné para que lo hiciera. Pero él también me había presionado a mí, me buscaba acompañantes, ¿y ahora me montaba un número por ir de la mano con alguien? ¡Venga ya! Me invadió un enfado infernal. No necesitaba toda esta mierda. Jimmy se iba a dar una vuelta y yo no tenía el más mínimo interés en saber nada más.

En lugar de hacer lo que me acababa de pedir, empecé a subir hacia el segundo piso, sin correr, porque eso podría haber sugerido un comportamiento cobarde, como si quisiera escapar. Tampoco cerré de un portazo la puerta de mi habitación, sino que eché el cerrojo con mucha calma.

Todo estaba bien.

Yo estaba bien.

Y Jimmy Ferris se podía ir a la mierda.

CAPÍTULO 12

El pomo de la puerta empezó a repiquetear justo después de las cinco de la tarde, y el ruido me sacó de la modorra vespertina. Me había pasado tres horas encerrada en la habitación. A cualquiera un poco más normal que yo, jamás se le habría ocurrido dormir una siesta después de lo sucedido, pero en mi caso las lágrimas condujeron a una tranquilidad que hizo que perdiera la noción del tiempo.

O lo que fuera.

Ya estaba bien de que Jimmy me sacara de mis casillas. Ya iba siendo hora de actuar como una mujer adulta y dejarse de tonterías.

—Lena... —Más llamadas con los nudillos.

Todavía cansada, levanté la cabeza de la almohada y me froté los ojos, ya de por sí bastante irritados.

Un ruido sordo.

—Abre la puerta —Jimmy sonó al otro lado.

—¿Vienes a disculparte? —pregunté.

—¿Y de qué cojones me tengo que disculpar?

Me incorporé lentamente.

—Ah, pues no lo sé —dije, avanzando hacia la puerta—. ¿De comportarte como un hipócrita, de gritarme y de ponerme en ridículo delante de los demás? Eso es lo que se me ocurre, para empezar.

Un momento de silencio.

—No seas ridícula y abre la puerta.

—No.

—Abre-la-puer-ta.

—Ya hablaremos mañana sobre esto, Jimmy. Buenas noches.

Sí. Me iría a la cama sin cenar. Por una vez, a mi estómago no le importaría y cedería el protagonismo a mi pobre corazón roto.

En ese momento, empezó a hablar atropelladamente.

—Mira, esta es mi maldita casa y tú trabajas para mí. No es apropiado que ligan con tipos durante las horas de trabajo. ¿Es que no te das cuenta de que no es profesional? Sabes perfectamente que te pago para que te dediques a tus funciones. Los dos os habéis pasado de la raya, ¿entiendes? Eres mi asistente, y Dean ha tenido el jodido descaro de tener algo contigo... ¡a mis espaldas y en mi casa! Ni siquiera tiene por qué tocarte aquí. No quiero que vuelva a ocurrir otra vez, ¿me oyes? Además, el muy cobarde ni te ha defendido, Lena, ¿no lo has visto? Es que no sé por qué demonios se te ha ocurrido tener algo con ese capullo.

Me quedé mirando a la puerta con la boca abierta. Estaba claro que había perdido la poca cabeza que le quedaba. Lo que decía no tenía el más mínimo sentido, pero seguía hablando. Al parecer, se olvidaba por completo de que fue él quien me organizó la primera cita con Dean. Increíble. Tenía que desconectar si quería mantenerme en mis cabales.

Crucé las piernas y me apoyé contra el respaldo de la cama, esperando a que se largara y me dejara en paz por esa tarde.

Finalmente, pasados unos minutos, se calló y le siguió un silencio ensordecedor. Me esforcé por escuchar algo, lo que fuera. Y de repente empezó el estruendo.

¡Bum!

La primera sacudida hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Y la segunda no resultó mucho mejor. La puerta cayó derribada y Jimmy irrumpió a grandes zancadas. Me pareció mucho más alto de lo normal, como si fuera una montaña. Sus ojos estallaban de indignación, y tenía la cara completamente roja. Probablemente debería haber sentido miedo, pero la indignación que me invadía no me lo permitió.

—¿Acabas de tirar abajo la puerta de mi habitación?! ¿Estás loco o qué?
—La respuesta era obvia—¿Se te ha ido del todo la puta olla?

—¡Sí, «mi puerta»! —Avanzó hacia la cama. Me pareció como si midiera dos metros y medio. De repente se detuvo—. ¿Has estado llorando?

—¡No, qué va! Estoy de puta madre, muerta de risa. Gracias por preguntar. Por otra parte, mi..., perdón, tu puerta no ha tenido tanta suerte. ¡Peor para ella!

Seguro que mis ojos rojos mostraban algo completamente distinto. Pero que le dieran. Fue tal el impacto de lo que me había hecho que sus consecuencias aún duraban, pese al largo sueño reparador. Seguramente mi aspecto era el de un animalillo atropellado por un camión de cinco ejes: eso era en estos momentos la leyenda del *rock* que respondía al nombre de Jimmy Ferris, un camión.

Se sentó al borde de la cama. Sus hombros parecieron hundirse por lo menos medio metro.

—¡Has llorado, coño! No me lo puedo creer...

¡Dios mío, dame fuerzas! Tampoco era un delito que hubiera cometido contra él por el cual tuviera que disculparme.

—Mis ojos son libres de hacer lo que les dé la gana, Jimmy. En el contrato de trabajo no hay ninguna cláusula al respecto.

Por no mirarle a la cara, me fijé en la pobre puerta, que estaba absolutamente destrozada. No tenía ningún arreglo posible, se la había cargado del todo. ¡Qué locura! No tenía ni idea de por qué el día había evolucionado a peor de una forma tan surrealista.

—Lena —dijo con voz suave pero autoritaria—, mírame.

—¿Qué quieres? —pregunté, soltando el aire—. ¿Qué quieres que te diga, Jimmy?

Se dio la vuelta, apretando los labios.

¡Qué desastre! Agarré una almohada y la apreté contra el pecho.

No había señales de que hubiera estado follando con Liv Anders, ni mordiscos en el cuello ni nada semejante. Pero, aunque tampoco lo había hecho conmigo, curiosamente lo parecía. Me dolía algo la cabeza y tenía los ojos húmedos, y eso que habíamos empezado el día riéndonos y tomándonos

el pelo. Qué triste acabar de esta manera.

Jimmy avanzó en la cama y se sentó junto a mí, apoyando la espalda en el cabecero. En ese instante se activó la calefacción, y ese fue el único ruido que se escuchó en toda la casa.

Estábamos sentados el uno frente al otro, sin decir nada.

Le miré con el rabillo del ojo. Jugaba con algunas hebras de sus pantalones deshilachados y los estiraba, una y otra vez. Cuando se cansó de hacer eso, cruzó las manos sobre el pecho. Pero los dedos seguían tensos, y se movían continuamente.

—Me has hecho daño —dije. Y es que alguno de los dos tenía que ser valiente y empezar.

Levantó la barbilla, pero no dijo nada.

—No empieces con ese gesto tuyo y di algo. —Me detuve un momento, pero mi paciencia no obtuvo recompensa alguna, y proseguí—: ¿Por qué has tirado la puerta abajo?

Se volvió y me miró con ojos atribulados.

—Jimmy...

—No podía soportar que no me dejaras pasar. —dijo, aún mirando fijamente a sus pantalones. Las palabras sonaron como si se las estuvieran arrancando a golpes—. Tendrías que haberme contestado. No deberías... no deberías haberte encerrado.

—¿Por qué no puedo encerrarme?

Entornó los ojos.

—¿Qué coño quieres decir con eso? —Se irguió.

—¿Por qué tengo que abrirte la puerta si me estás gritando, si estás actuando como un auténtico cabronazo e hiriendo mis sentimientos? Piensa por un momento, ponte en mi lugar y dime: ¿por qué tendría que dejarte entrar?

Hizo un ruido que interpreté como amenazador, y seguí hablando:

—Y no me vengas con esas mierdas de «soy tu jefe», «esta es mi casa» y «te pago un sueldo» —continué—. Sí, todo eso es verdad. Pero no, eso no tiene la menor importancia en estas circunstancias. Estamos más allá de eso.

—Pero tú...

—No.

Le temblaron las aletas de la nariz y también le brillaron los ojos.

—No deberías haberte encerrado.

Simplemente le miré.

—Es que necesitaba... —Movié la mano con un gesto ambiguo mientras buscaba las palabras adecuadas—. Necesitaba hablar contigo cara a cara, ¿entiendes?

Para él eso era todo.

No había nada más que añadir.

Me acudieron muchísimas palabras a la mente, pero tuve que esperar un momento para aclararme y formar una frase coherente.

—¡Por Dios! ¿Tan desesperadamente querías hablar conmigo cara a cara que tiraste la puerta abajo?

No dijo ni una palabra.

—Jimmy, ¿te parece a ti que eso es una relación de amistad normal?

—Lo sé. Lena, la he cagado completamente —farfulló con voz ronca.

—¿Qué? —El miedo me inundó por completo. Aparte de la palidez, su aspecto era normal. No tenía las pupilas dilatadas. ¡Por Dios, que no hubiera tomado nada!

—La he cagado contigo.

—¿Conmigo?

—Sí, contigo, hoy. La he cagado, ¿de acuerdo? Lo siento, Lena, yo... solo... Lo siento. Simplemente no pude evitar que saliera esa mierda de mi boca, sé que dije barbaridades. —Se encogió—. Perdóname.

—Sinceramente, Jimmy, para mí las palabras no arreglan el problema ahora.

—¿Y qué hago, entonces? Dime algo, por favor. No sé cómo manejar esto, estoy desbordado —admitió humildemente—. No sé cuál es la reacción correcta.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—Arreglar las cosas, pero cada vez que hago algo, lo estropeo más. —Movié los ojos de un lado a otro y apretó los dientes—. Con el grupo, la música siempre suaviza los problemas si se nos van de las manos. Si la

música va bien, todo se encauza. Pero contigo no puedo recurrir a ella, ni a nada. No sé qué hacer cuando todo se me va de las manos contigo.

—Lo único que tienes que hacer es hablar conmigo, Jimmy. No te vuelvas loco, no te pongas a gritarme y no te líes. Simplemente ven y dime lo que te pasa, lo que te preocupa. Es así de difícil, pero también así de simple.

No dijo nada.

—¿Por qué te pusiste así cuando nos viste a Dean y a mí agarrados de la mano?

—No lo sé. —Gruñó por lo bajo y se volvió para mirarme de frente—. Solo dime qué tengo que hacer para disculparme. ¿Qué quieres? Te compraré lo que sea.

—Jimmy... No quiero que me compres nada.

—Bueno, pues entonces ¿qué hago?

—Nada —contesté, porque probablemente pedirle que se desnudara no era lo más adecuado. Y rogarle que no volviera a ver en su vida a Liv Anders tampoco podía plantearse—. Arregla mi puerta. Eso estaría bien.

—Por supuesto que arreglaré la puerta, pero seguro que quieres algo más que eso. —Parecía muy terco y le brillaron los ojos al expresar sus tremendas ganas de arreglar las cosas. El problema era que yo tenía claro que jamás podría aspirar a lo que realmente quería. Y eso estaba fuera de mi lista de posibilidades.

—De acuerdo —opté por algo fácil—: Vayamos a dar una vuelta en el Barracuda a mi heladería favorita.

—Como quieras —dijo, encogiéndose de hombros.

—Pero... —Mi dedo índice le apuntó muy sonriente entre los ojos—. Hoy conduzco yo.

Abrió la boca, pero yo hablé antes que él.

—Y no es negociable. Me has preguntado cómo podías arreglar las cosas y te lo estoy diciendo. Yo conduciré el Barracuda y tú irás a mi lado. No harás el más mínimo comentario acerca de mi forma de conducir y te comportarás como si estuvieras contento, pase lo que pase.

Me miró con cara de suficiencia.

—Muy bien. Pero ¿solo a tomar helado?

—Solo a eso, Jimmy.

—Te crees muy lista, ¿verdad?

Sonreí y me incliné hacia él, utilizándolo de escudo para impedir que me diera el viento. De algo tenía que servirme su amplio y fuerte cuerpo. Tenía tanto frío que me castañeteaban los dientes.

—¿Quién, yo?

Levantó una ceja y le dio un lametón a su helado, coronado con trocitos de pistacho. No le miré la lengua a propósito, solo dirigí la vista hacia él en general, así que no me acuséis de nada...

—Jimmy, ¿no te parece que la brisa salada del mar es muy vigorizante?

—Tu helado se está deshaciendo. —Me indicó con un dedo.

—¡Oh! —Me puse a pelearme con las bolas de triple caramelo y me chupé los dedos, no sé si para limpiarlos o para no desperdiciar ni un poquito de aquella delicia—. ¡Mmm, oh! El mejor helado que he tomado en mi vida. ¿No te había dicho que aquí hacen el mejor helado del mundo?

—Sí, ya me lo has dicho. Muchas, muchísimas veces durante la hora y media que hemos tardado en llegar hasta aquí.

—¡Oye! Podía haber elegido ir a Seattle, allí también hay una heladería muy buena. —Me hundí todavía más en el asiento—. Ya puedes dar gracias. Te lo he puesto fácil.

—De acuerdo.

—Te lo estás pasando bien, ¿a que sí?

Me lanzó una mirada muy pensativa.

—Lo admito —sentenció.

Adornó la frase con una mínima sonrisa.

—¿Podemos entrar ya en el automóvil? Me estoy helando —le pedí, tiritando.

—No. No vas a manchar de helado mi tapicería, Lena. Es de cuero. Es un auténtico clásico, una joya. Ten un poco de respeto, por favor.

—No puedo creer que te preocupe más un simple objeto que mi bienestar.

—Mi móvil vibró en el bolsillo—. Vaya, tengo tres llamadas perdidas.

Jimmy se inclinó un poco hacia mí para ver la pantalla. Me gustó muchísimo que lo hiciera, no lo puedo evitar. ¡Lástima!

—No tendrás intención de salir con Dean esta noche, ¿verdad?

—¡Se me había olvidado! —Busqué los mensajes de texto—. ¡Mierda!

—En el último parece un poco molesto.

—Habla del tipo que tiró mi puerta abajo. —Le mandé un mensaje a Dean disculpándome brevemente.

—No creas que le va a gustar demasiado. No te has disculpado como deberías.

—Sí, claro. El lío que armaste me desbordó, no podía ser de otra forma. Y puede que Dean haya pensado que yo estaba molesta después de esa escena contigo.

Desvió la mirada al infinito y oscuro océano, que estaba frente a nosotros. Las olas rompían intensamente contra las rocas.

—Ya te dije que lo sentía.

—Decir que lo sientes no arregla las cosas como si utilizaras una varita mágica. Los actos tienen repercusiones, y eso lo sabes tú mejor que nadie.

Una pausa.

—No me has preguntado por Liv —dijo de repente.

Me puse completamente rígida. Había intentado por todos los medios no pensar en ella. De hecho, sacar ese tema hubiera sido absolutamente suicida.

—¿Debería haberlo hecho? Supongo que he pensado que no era asunto mío.

—La llevé a un hotel y hablamos durante un rato. Te llamé desde allí para ver cómo estabas. —Dio unos pasos hacia una papelería y tiró los restos de su helado. La amplitud de su espalda, cubierta por una rebeca de lana negra, me impedía la visión de una buena parte del paisaje.

—¿En serio? —pregunté sorprendida.

—Sí. Pero no contestaste.

—Me habría quedado dormida.

Se dio la vuelta. El viento le alborotaba el pelo, que caía sin orden sobre su cara. Se lo apartó con la mano.

—Empecé a pensar que igual te habías marchado, y me preocupé; que

habías dejado el trabajo para irte a otra parte.

—Jimmy, nunca haría eso sin hablar primero contigo.

—No estaba seguro. —Evitó mirarme a los ojos—. Después de cómo te traté... No sé, pensaba que te habrías ido sin más.

—¿Y por eso perdiste los papeles de aquella manera?

Asintió al tiempo que fruncía el ceño. De repente, hasta el helado dejó de tener sabor para mí. De todas formas, me acabé lo que quedaba y me chupé los dedos. Jimmy observaba cada movimiento mío con rostro inexpresivo. Esta conversación era como un campo de minas. Pero lo único que yo podía hacer era decir la verdad, por el bien de ambos. Y esperar a que él también la dijera.

—Estaba celosa —admití por fin—. Por eso quería hablar contigo, para pedirte que no te fueras con ella. No estaba preparada para eso.

—Sí, lo sé.

Asentí, me metí las manos en los bolsillos y esperé. Seguí esperando un poco más.

Nada.

Elevé el tono de voz, pero solo un poco.

—Jimmy, ahora te toca a ti admitir que te pusiste celoso cuando viste que Dean y yo íbamos de la mano. Las relaciones, del tipo que sean, necesitan un toma y daca, ¿sabes?

Resopló y después soltó un gruñido. Luego dio una especie de media vuelta, torciendo una mueca como si hubiera comido algo realmente nauseabundo. Casi me esperaba que saliera corriendo, dada la cantidad de maniobras dilatorias que estaba poniendo en práctica.

—Habla cuando estés preparado. Tómate tu tiempo, no hay prisa —dije.

—Yo...

—¿Sí?

—Supongo... —empezó, haciendo un gesto de esfuerzo—, supongo que no consideré lo que pasaría si alguno de esos tipos te gustara de verdad.

—¿A pesar de que se trataba precisamente de eso cuando acordaste que debía quedar con otros hombres? La cosa era intentar que alguno me gustara más de lo que me gustas tú; que me hiciera olvidar mi cuelgue por ti,

¿recuerdas?

Se encogió de hombros.

—¿Entonces? —pregunté.

—Lo sé. Tienes toda la razón. —Rio entre dientes—. Este viajecito me ha venido muy bien. No volverá a ocurrir.

Lo cierto es que yo era un mar de dudas, no me fiaba. Pero me resultaba imposible que él admitiera que sentía algo por mí, mucho más de lo que quería. ¡Mierda, pero era incapaz!

—De acuerdo. Oh, una cosa más. Lo pasé muy bien cuando salí con Dean, y me apetece mucho volver a hacerlo.

—Me parece bien. Es un...

—Con una condición —le interrumpí.

Me miró con recelo.

—¿Cuál?

—Que entrevistes a Tom.

El alzamiento de mandíbula alcanzó proporciones sin precedentes.

—¿El tipo que propusiste como tu sustituto? No. Joder, no. Ya hemos hablado de esto. Tienes que comprometerte, Lena.

—Este trabajo siempre se ha planteado como algo temporal. Dado lo mucho que influimos el uno en el otro, y que a veces suceden cosas impredecibles, creo que sería lógico tener un plan alternativo, por si las cosas se tuercen; lo digo por ti, precisamente porque me importa este trabajo. —Alcé los hombros lo máximo que pude.

—No creo que haga falta.

—Jimmy...

—No haría falta si lo intentaras, Lena.

Y en ese mismo momento me di cuenta de que no había nada que hacer, pues el amor era muy intenso, en todos los sentidos. Hay cosas que no se consiguen, por mucho que se intenten.

—Jimmy, no te lo estoy pidiendo. Te estoy informando. Ve a hablar con él.

Por primera vez contemplé en su rostro un gesto de absoluta sorpresa. Me hubiera gustado sacar una foto. Toda la cara, y sobre todo la mandíbula, se le

puso tensa.

—¡De acuerdo, joder!

Le ofrecí las llaves de su automóvil, que brillaron a la luz de la luna.

—¿Quieres conducir tú?

Casi me las arrancó de la mano.

Algo me dijo que iba a ser un viaje de vuelta largo y doloroso, muy distinto de la ida.

CAPÍTULO 13

A la tarde siguiente la actitud de Jimmy no había mejorado. Su rechazo al distinguido y amable Tom Moorecomb fue claro, frontal y directo, y se manifestaba en su lenguaje corporal. Si se hubiera movido un poco más en la silla, habría dado la espalda por completo al pobre individuo.

—Jimmy, Tom ha trabajado como consejero de parejas. ¿No te parece interesante? —dije. Me dolía la mandíbula de tanto apretarla. Poco a poco, pero firme, el habitual dolor de cabeza debido a la tensión empezaba a instalarse detrás de mis ojos—. ¿Jimmy?

El muy cabrón ni siquiera levantó la mirada del teléfono móvil. Era como intentar razonar con un niño pequeño consentido. Por desgracia estaba sentado lejos de mí, así que no podía ni darle una patada en la espinilla. No me apetecía tener que tirarle a la cabeza un cojín estando en presencia de Tom. Pero puede que al final no tuviera más remedio que hacerlo.

—¡Jimmy!

Me miró con gesto adusto y malhumorado.

—¿Qué?

Sonó el timbre de la puerta. Afortunadamente para él, debo reconocer.

—Podéis aprovechar este ratito para charlar entre vosotros. —Le lancé una mirada furibunda al muy capullo mientras me dirigía a la entrada.

Se limitó a pestañear.

Antes de que pudiera llegar a la puerta, Mal y Ben entraron como un

huracán.

—¡Hoooola, Lena! —Mal me estrechó la mano con tal ímpetu que temí que me fuera a dislocar el hombro—. Con ese atuendo de trabajo tienes un aspecto de lo más sexi, tipo «estricta gobernanta», tú ya me entiendes. —Me guiñó un ojo—. Me pondría completamente a tus órdenes si mi corazón, el resto de mi cuerpo y mi alma no pertenecieran a otra. Aunque quizá si insistieras...

—Gracias. —Aquella mañana elegí el traje de color azul marino en un intento de causarle buena impresión a Tom. Jimmy me había echado una mirada rara, alegando que los trajes cruzados no le sentaban bien a las mujeres con «mis atributos». Desde entonces no dejaba de jugar con nerviosamente con los botones delanteros.

—¿Pasamos al salón? —preguntó Ben, dirigiéndose sin más hacia allí.

—¡Espera! Estamos en una... —pude decir.

—¡Hola! —David, Ev y Anne entraron inmediatamente. Ellas iban bastante arregladas: Ev, con unos buenos *jeans* y un *top* elegante y ajustado; y la otra, con un vestido de punto verde de lo más insinuante. De todas maneras, que fueran tan arregladas no me daba ninguna pista acerca de lo que estaba pasando.

—¿Qué tal? —dijo Ev al tiempo que me daba un beso en la mejilla, mientras que David me saludaba con el típico y genético alzamiento de barbilla.

—Tenía muchas ganas de que llegara esta noche —dijo Anne.

—Estupendo —añadí, con una sonrisa de desconcierto.

Se dio media vuelta y me miró fijamente.

—Mierda. No tienes la menor idea de lo que está pasando, ¿verdad? — Buscó a su amiga con la mirada—. ¡Ev!

—¿Qué sucede? —Ev se dio la vuelta, volteando con agilidad sobre sus elegantes botas.

—Lena no sabe nada de esto.

Le cambió la cara.

—¿Cómo dices?

—No.

—¡Imbécil!

—Vaya.

—Por favor —dije, un poco desesperada—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué estáis todos aquí?

—Jimmy nos ha invitado a cenar —me informó Ev.

—¿De verdad?

En ese momento se abrió la puerta y entró un pequeño ejército de camareros y un *chef*. O al menos eso me parecieron. Un montón de uniformes negros y un tipo con un gorro blanco que sobresalía sobre todos los demás.

—Bien. Vamos a organizarnos —dijo el camarero jefe a sus ayudantes.

—Muy bonito —murmuré, volviéndome hacia Ev y Anne—. Jimmy me ha dejado fuera de juego.

—No es raro —dijo Ev pasándome amigablemente una mano por la espalda—. Lo que tienes que hacer es seguirle la corriente.

—¿Estás loca? Si se me ocurre hacer eso, terminará llevándome directa al infierno.

—Puede. Pero le gustas, así que supongo que te rescatará sana y salva. Tranquila.

Miré a la chica con los ojos entornados.

—Estamos entrevistando a mi sustituto. En este mismo momento —les informé.

Le cambió la cara otra vez.

—Lo siento. Tenemos que entrar ahí —dijo Anne.

—Así que... Tom, has dicho que te llamas Tom, ¿verdad? —Mal proyectaba muy bien su voz, tanto que se deslizó clara y nítida por los pasillos de mármol del palacete de Jimmy.

Las tres mujeres nos lanzamos hacia la sala de estar.

El batería estaba sentado junto al pobre e inocente sustituto. Sus musculosos brazos se extendían a lo largo del respaldo del sofá de dos plazas.

—Sí, señor Ericson, así es —apenas balbuceó Tom. Probablemente la neuz, que no paraba de subir y bajar, le impidió hablar más alto.

¡Que Dios le ayudara! Se lo iban a comer vivo. Lancé una mirada glacial a Jimmy, pero fue un esfuerzo inútil: no me hizo ni pizca de caso.

—A ver, Tom, ¿te consideras lo que se dice un hombre del *rock and roll*? —preguntó Mal.

Mi corazón se paró ante el visible desconcierto de Tom.

—Bueno..., la verdad es que... prefiero la música clásica.

Ben reprimió a duras penas una carcajada. En ese momento desapareció de mi lista de felicitaciones de Navidad.

—¡Ah, entonces estupendo! Se adapta perfectamente al puesto. Buena selección, Lena —dijo el muy asqueroso.

—Perdona. Tom está aquí para ayudar a Jimmy a mantenerse sobrio y atenderle —dije, francamente enojada—. El tipo de música que le guste es irrelevante.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Mal con afectada despreocupación—. Era pura curiosidad.

Ev se había sentado en el brazo del sillón, junto a David, mientras que Anne se colocó en el otro sofá, entre Ben y Jimmy, justo enfrente de Mal y Tom. La habitación estaba llena, así que permanecí de pie.

—Bien, Tom. Te diré que a Jimmy le gusta pasar su tiempo libre haciendo ejercicio físico —dijo Mal—. ¿Qué tal se te da hacer *jogging* y levantar pesas?

Por la pinta que tenía, dudaba mucho de que Tom hubiera levantado en su vida algo más pesado que un libro.

—Mal, ya es suficiente —intercedí. Alguien tenía que hacerlo.

—Tú sales a correr con él, Lena. Se ha acostumbrado a tener compañía mientras hace deporte. ¿Se lo vamos a negar a partir de ahora? Lo único que deseamos todos es lo mejor para Jimbo, ¿a que sí?

Jimmy se tapaba la boca con una mano, con la cara vuelta hacia el otro lado. Seguro que ocultaba una sonrisa. ¡El muy cabrón estaba disfrutando!

—También sale a correr él solo muchas veces —dije retadora, poniéndome las manos en las caderas.

—Puede. —Mal se dirigió de nuevo al entrevistado—: Tom, Lena pasa también casi todo su tiempo libre con Jim, viendo la tele, paseando o

charlando. ¿Eso sería un problema para ti?

El hombre me lanzó una mirada de preocupación.

—Asegurarse de que Jim se mantenga sobrio es una tarea muy importante, la principal, por supuesto. Pero entonces... ¿Lena no tiene nada de tiempo para ella misma?

—¡Por supuesto que lo tengo! —salté, pero lo cierto es que ni el tono ni el énfasis resultaron convincentes, en absoluto.

—Jimmy es su vida, Tom. Este hombre lo es todo para ella. —Mal cruzó las piernas y se acomodó en el respaldo del sofá—. ¿Estarías dispuesto a comprometerte tanto, en todos los sentidos?

Tom se puso blanco como el papel.

—Lena también ha estado trabajando con Jimmy respecto a su problema de rechazo al contacto físico. Se trata de una especie de «terapia del abrazo», por llamarlo de alguna manera. Creo que su próximo paso en este proceso tan delicado consiste en dormir con él y poner en práctica caricias de naturaleza algo más avanzada: masajes en la espalda, en los pies... ¿Eso supondría algún problema para ti?

Tom miró alrededor, absolutamente desbordado, buscando alguna mirada amiga.

—¡Perfecto! —Aplaudí durante un momento, atrayendo la atención de una audiencia entregada—. Jimmy, vamos a hablar a la cocina. A-ho-ra.

Se levantó del sofá despacio y absolutamente calmado.

Me volví hacia el batería.

—Mal, si dices una palabra más, te pego un tiro. Hablo en serio.

Puso cara de horror y se echó hacia atrás, levantando las manos en son de paz.

—¡No nos pongamos violentos, no es necesario! Somos gente pacífica... ¡Tom, rápido, aconséjale, pon en práctica alguna terapia con ella! ¡Creo que aquí llega su decimonoveno ataque de nervios! —Supongo que la cita roquera del batería no fue captada por el muy atribulado Tom.

En ese momento, y gracias al cielo, Anne dio un paso adelante, digámoslo de esta manera, y salvó la situación. Lo que hizo fue abrir las piernas casi noventa grados, y el resultado fue impresionante, algo así como si Mal

tuviera una especie de capacidad de percepción extrasensorial en lo que se refería al sexo de su chica. Su mirada se volvió disparada hacia la entrepierna de Anne, y fue como si cualquier otra cosa desapareciera para él, como si la sombra bajo su falda ejerciera una especie de llamada mística de alto nivel, aunque no sé si el adjetivo «místico» es adecuado en el contexto. Y lo del «alto nivel» tampoco parece muy apropiado en lo que al cuerpo se refiere. Mejor deberíamos hablar de un nivel normal, tirando a medio.

—¿Qué estaba diciendo? —balbuceó Mal, inclinándose para intentar tener una perspectiva más completa de la falda, y lo demás, de Anne.

—Nada importante, la verdad —dijo Ben, que jugueteaba con su teléfono. ¿Por qué no me sorprendía?

—Algo acerca de que Tom nos parece perfecto para el puesto —intervino Ev, pasando un brazo por el hombro de David—. Lo cual no significa que queramos perder a Lena.

—De acuerdo, de acuerdo... —asintió Mal, inclinándose más todavía.

El sofá de dos plazas donde estaban sentados Mal y Tom no tenía brazos. Así que, en un momento dado, Mal se inclinó tanto, para ver mejor los muslos de Anne, que se cayó de espaldas. David rio entre dientes y Ev sonrió. *Big Ben* ni se enteró, tan ensimismado estaba en su intercambio de mensajes de texto. La verdad es que quiero mucho a esta gente, pero al mismo tiempo me sacan de quicio. No lo puedo evitar.

Anne se limitó a sonreír.

—¡Uy! ¿Estás bien, cariño?

—Sí, muy bien. —El tipo se enderezó, aunque seguía en el suelo—. Pero tengo que decirte una cosa... Mejor en el cuarto de baño.

—¿Precisamente allí?

—¡Sí! Ahora mismo.

—¿Algo interesante? —preguntó ella, con cierto brillo de deseo en los ojos.

—Sí, realmente fascinante. Una especie de exposición oral. Creo que te va a encantar.

—De acuerdo.

Mal se puso de pie con ayuda de las manos.

—¡Hurra! Vamos, deprisa. ¡Venga, cariño, no hay tiempo que perder!

Mal se llevó a Anne de la habitación entre risas. ¡Ah, el amor de los jóvenes, qué impetuoso!

—Adelante, por favor —dijo Jimmy, cediéndome el paso. Su actitud consiguió devolverme todo el cabreo de un golpe.

—Mejor hablamos en el despacho —dije—. Olvidé que el equipo de camareros está muy ocupado en la cocina.

—Claro, por supuesto.

Tendría que haberme dado cuenta de que tramaba algo. Para alguien tan reacio a plantearse mi despido, se había acicalado mucho para aquella entrevista. Llevaba una camisa de manga larga, pantalones también negros y unos zapatos absolutamente brillantes, cuando lo normal era que fuera por ahí con *jeans* y camisetas de manga corta. Las señales habían estado claras desde primera hora de la mañana. No obstante, aún podía salvar la situación, aunque tuviera que arañar a Jimmy y hacerle sangre.

Pero no, ya era muy tarde. Tom se puso de pie de forma algo vacilante.

—Creo que debería irme. Tienes invitados que atender.

Di un paso hacia él.

—¿Cómo dices? No, Tom...

—¡Cierto! Oh, vaya, es una pena —intervino rápidamente Jimmy aprovechando la situación—. Encantado de haberte conocido, Tom. Nos vemos por ahí, ¿de acuerdo?

—¡Un momento! —Me volví hacia Tom con las manos extendidas—. Por favor. Dame solo... solo un rato para hablar con mi jefe. Normalmente no se comporta... no se comportan así.

—No mientas, Lena —soltó Jimmy con bastante sorna—. Mis amigos y yo nos comportamos así siempre, tal cual has visto, Tom.

—Lo que quieres es dar una mala imagen —gruñí.

—En absoluto. Creo que es la forma más adecuada y honesta de actuar, siendo lo que uno es.

—Eres un capullo integral.

—¡Esa lengua, Lena! —me riñó—. ¡Cuida los jodidos modales delante de invitados!

Tom se aclaró la garganta y se ajustó todavía más la corbata, aunque ya estaba apretada hasta límites insospechados.

—Señor Ferris, debo decirle que ya no tengo interés en ocupar el puesto. Y Lena, creo que mi obligación es decirte que pareces una chica estupenda, pero esta relación que tenéis vosotros dos no parece nada saludable.

—¡Oye! —dijo Jimmy mirando desde arriba al tipo de modo amenazador—. No sabes nada de nada, así que cállate.

—Gracias, Tom. —Me volví hacia el chico— Créeme, estoy perfectamente al tanto.

Tras asentir una última vez, salió por la puerta cabizbajo, llevándose con él mi última esperanza de irme de allí de forma más o menos sencilla. Lo cierto es que siempre se trató de una idea imposible; debería haberlo sabido. Con Jimmy nada era sencillo, ni siquiera dejarle.

Y a propósito de eso, tuve la oportunidad de darle un buen golpe en el antebrazo con el puño.

—¡Oye! ¿Por qué me pegas? —dijo reaccionando al empujón, pasándose la mano por la zona afectada, como si realmente le hubiera hecho algo de daño—. ¡Con lo debilucho que soy!

—¡No me hables!

—¿Vamos al despacho? —dijo, con el ceño muy fruncido.

—No hace falta, ¿para qué molestarse? Ya has conseguido que Tom huya —dije, cruzándome de brazos—. ¡Muy bien, Jimmy!

—Dijiste que tenía que reunirme con él. Y me he reunido con él.

—Vaya, ¿ahora obedeces sus órdenes? —preguntó Ben, dejando el teléfono por una vez—. ¿Y desde cuándo? No me he enterado.

—Cierra el pico, Ben —ladró Jimmy sin mirarlo siquiera.

—Sí, te has reunido con ese pobre chico —concedí—. Y lo has aterrorizado. Seguramente habrá envejecido diez años en la última media hora. Gracias a todos vosotros.

—No fue cosa mía, sino de Mal. ¡Joder, a ese lunático no hay quien lo controle!

—¡Tu desencadenaste al loco de Mal contra ese pobre chico indefenso! —repliqué, dándole con el dedo en el pecho—. Fue una crueldad, Jimmy.

—Esta gente es mi familia, Lena. ¿Qué pasa, tengo que esconderlos y actuar como si me avergonzara de ellos? El tipo ese es un baboso lleno de prejuicios que tenía un palo metido por el trasero. No hubiera durado ni dos segundos trabajando conmigo. La cosa no habría funcionado, de ninguna manera. Lo sé.

—Eso no es verdad. Eres tú quien tenía formada de antemano una opinión, o sea, un prejuicio así de grande, mucho antes de que entrara por la puerta.

Apretó la mandíbula con fuerza.

—Mira, Lena, vamos a dejarlo. Además, están todos aquí, esperando. ¿Nos vamos a cenar?

—Yo he quedado con Dean. —Me di media vuelta—. Disfrutad de la cena.

—¿Cómo? No me habías dicho nada.

—Sí. Te lo dije. Ya sabías que iba a salir con él otra vez.

Se le formaron algunas líneas alrededor de la boca, que no presagiaban nada bueno precisamente.

—Pero no esta noche. He organizado una cena.

—Bueno, a mis espaldas. Y eso es un riesgo. Lo lamento, no puedo anular la cita.

Levantó la mandíbula y no dijo nada durante un momento. Se limitó a mirarme.

—Pues no parece que lo lamente mucho...

—¿Ah, no? Supongo que resulta evidente que estoy cabreada contigo por lo que acaba de pasar —dije, sintiendo oleadas de enfado como si fuera sangre que me golpeaba en las sienes—. Por eso me resulta un poco difícil ocuparme de tus sentimientos cuando tú no tienes en cuenta los míos en ningún momento.

—Eso no es justo —dijo entre dientes.

—Oh. ¿De verdad? ¿Eso piensas?

—Sabes que lo intento.

—No, Jimmy. Hoy no lo has hecho —repuse—. Hoy has hecho lo que te ha salido de las narices y has mandado a la mierda todo lo que me importa.

Alguien tosió y de repente reaccioné: me quedé estupefacta,

completamente quieta y con la boca abierta. Me había olvidado por completo de todos los demás. Teníamos un público formado por tres personas, que presenciaban el drama en primera fila. David estaba boquiabierto, como si no diera crédito a lo que veía y escuchaba. Ev le acariciaba el hombro, como si quisiera consolarlo. Por su parte, el guitarrista nos miraba pasmado a Jimmy y a mí.

—¡Uy! —murmuró Ben.

Al final del pasillo se escucharon las risas de Anne y Mal, que regresaban ya del cuarto de baño. Todavía se estaban arreglando la ropa. La distracción que produjeron podía ser el momento perfecto para que yo hiciera mutis por el foro.

—Ha sido rápido —dijo Jimmy con voz cortante.

—Pero muy intenso —exclamó Mal—. Y mejor te callas, Jimbo. ¿Qué sabrás tú sobre relaciones intensas?

—Puede que, en estos momentos, Jim sepa más de lo que creemos —indicó David, lanzándole una mirada especulativa a su hermano.

—¡Qué te den, Dave! —bramó Jimmy apretando los dientes—. Ella trabaja para mí. Punto final. ¡Venga, vámonos!

No me dolió. No podía dolerme. Hasta mi estúpido corazón tenía que aceptar la verdad de una vez por todas. Y esa dura realidad se me había restregado por la cara tantas veces, que era como si las heridas se hubieran cerrado, formándose una dura costra.

—Oh, ya veo —dijo Mal, mientras se abrochaba los pantalones—. Interesante. Os voy a contar lo que le he dicho a *Killer* en el entrenamiento de mascotas esta mañana cuando intentaba montar a un caniche hembra con la que acababa de encontrarse: si realmente significa algo para ti, tienes que hacerle la corte. No debes intentar metérsela sin decir una palabra, o sin soltar un ladrido, en su caso.

—¡La madre que te parió! —exclamó Jimmy mesándose los cabellos. Hasta hubiera resultado divertido si no estuvieran hablando de nosotros dos.

—Bueno, os informo de que me voy. He quedado con alguien —afirmé mientras decía adiós con la mano. Para mi desgracia, me golpeé la cadera con la esquina de la mesa auxiliar, por lo que no pude completar una salida del

todo digna—. ¡Oh, mierda! Pasadlo bien, chicos.

—¿Te has hecho daño? ¡Vamos, Lena! ¡Llámale y anula la cita! —Jimmy tragó saliva visiblemente afectado—. Y no te preocupes más por... ese consejero, Tim.

—Tom. Se llama Tom.

—Organicé la cena precisamente para disculparme por lo de tu puerta.

—No era necesario —dije sonriendo, mientras me ponía el abrigo—. Ya te perdoné por eso. ¿Por qué no intentas ahora disculparte por sabotear la entrevista de hoy?

Apretó los labios.

—De paso —continué—, ¿por qué no llamas a Liv, Jimmy? Seguro que estaría encantada de que la invitaras. Escucha, he quedado con Dean y no quiero llegar tarde, así que debo irme ya. Buenas noches a todos —Empecé a bajar las escaleras.

En ese momento tenía que huir de allí lo más deprisa que pudiera. Era una pena que me perdiera la velada con Ev y el resto del grupo. Pese a los momentos de locura, los empezaba a considerar como una auténtica familia. Y en ese momento me hubiera venido bien sentirme algo arropada.

En aquel pretencioso bar de moteros hacía muchísimo calor, además de estar completamente abarrotado de gente, así que no lo estaba pasando nada bien. Al próximo tipo agradable, limpio y con cazadora de cuero que se tropezara accidentalmente conmigo pensaba darle un puñetazo en todos los huevos. Pero por lo visto, Dean se sentía como pez en el agua entre esa multitud. Conocía a todo el mundo. Os puedo asegurar que a ningún motero de verdad que sintiera un poco de respeto por sí mismo se le ocurriría jamás pisar ese lugar. No había que ser un experto en clubes de moteros para darse cuenta de que el sitio era un auténtico fraude. Había muchísimas más posibilidades de tropezar con unos mocasines de cuero que con unas botas de ir en moto.

Apostaba lo que fuera a que en la cena de Jimmy se lo estaban pasando de miedo.

Puede que me equivocara al intentar forzar a Jimmy para que aceptara a

Tom. Lo cierto era que, por lo que respecta a Jim Ferris, seguía sin tener la menor idea de cómo diablos acertar con él. Desde el puro inicio siempre fue así. Desde el primer día me sentí perdida, como si nadara en aguas infestadas de tiburones.

Me preguntaba si habría llamado a Liv para invitarla a la cena, tal como le había sugerido. Sentí un estremecimiento en la espina dorsal: eran celos, sin lugar a dudas. Para Jimmy era bueno quedar con mujeres, estaba claro. Mi falta de capacidad para encajarlo con calma y serenidad era mi maldito problema, exclusivamente mío.

Había que afrontar la situación.

Dean estaba de pie a unos metros de mí, completamente enfrascado en una conversación con un tipo acerca de la calidad de cierta marca de altavoces. No tenía nada que reprocharle. Esta noche sin duda yo habría conseguido el primer premio a la peor compañía del mundo. Jugueteeé con la pajita de mi *gin-tonic*, empujando la rodaja de lima primero a la izquierda, después a la derecha... Así una y otra vez. Todavía no había dado ni un sorbo, la sola idea me hacía sentir mal; como si estuviera traicionando a Jimmy. Suena estúpido, pero así era.

En la sala empezó a sonar una canción de Stage Dive y tuve que luchar bastante para contener un grito. Una prueba más del dilema en el que estaba inmersa. Todo mi mundo era Jimmy Ferris, y la única culpable era yo. Durante bastante tiempo había ido de aquí para allá, a la deriva, intentando reponerme de la traición de mi deliciosa hermanita y su maravilloso novio. Pero ya era el momento de hacer nuevos planes. El problema es que no sabía por dónde empezar, ni lo que quería de verdad.

¿Y si hablaba otra vez con Pam, para que me explicara más a fondo cómo había empezado en el mundo de la fotografía? Me atraía eso de escoger qué mirar, de enfocar el mundo a través de un objetivo. Absolutamente aburrida, saqué el teléfono móvil y empecé a hacer fotos: los rítmicos movimientos de uno de los camareros mientras preparaba una mezcla en la coctelera; un montón de clientes que alzaban las manos en la barra intentando llamar la atención de la camarera para que les atendiera; una pareja de mujeres inclinadas la una hacia la otra, con las manos discretamente entrelazadas...

Era divertido. Mi noche empezaba a mejorar.

Enfoqué un encuadre de algunas de las botellas que se alineaban coloridas tras la barra del bar. De repente bajé la cámara y me fijé en una gigantesca pantalla plana que mostraba escenas. Me fijé en una cara que me resultó siniestramente familiar y se me congelaron los huesos hasta el tuétano.

—¡Oh, no!

Estaba algo desconocida, como más arreglada, pero definitivamente era ella: la madre de Jimmy y David. Su cara, enfermiza a más no poder cuando la vi en el funeral, estaba cubierta con kilos de un maquillaje exagerado. El color que daba en la pantalla era naranja, con una especie de cortes rosas en lugar de labios. Seguía extraordinariamente delgada, y sus ojos azules brillaban malévolos, mostrando, a quien supiera verlo, toda la basura que era capaz de arrojar sobre sus hijos. Aparecieron en la pantalla varias fotos de Jimmy; en una de ellas, entraba al centro de rehabilitación, y en otra estaba claramente puesto, o ebrio, o ambas cosas. Y allí estaba de nuevo la puta serpiente, sentada en un sofá y aireando barbaridades y cotilleos: aunque el volumen estaba silenciado, su expresión y ademanes la delataban. De pronto apareció texto en la parte inferior y pude enterarme de lo pasaba, a pesar del ruido y la música:

«No tengo dónde vivir. Estoy en la calle, pese a que mis hijos viven en enormes y lujosas mansiones. Me han dado la espalda porque ahora son famosos y ganan mucho dinero. Se avergüenzan del hogar, humilde pero lleno de cariño, en el que crecieron. Es una traición. Tengo el corazón roto, no sé qué más puedo decir.»

Una lágrima, y dos, corrieron por su cara dejando un surco en el maquillaje. La presentadora, rubia e igual de maquillada, se acercó y la tomó de la mano, ofreciéndole su consuelo. Se me revolvió el estómago.

—Mierda —murmuré.

—Lena... —Dean me agarró del brazo con mucha delicadeza—. ¿Qué pasa?

—Tengo que irme. Lo siento, pero tengo que volver a casa

inmediatamente. —Salí corriendo, sin siquiera mirar atrás.

Dean dijo algo, pero no me volví. Adiós, moteros de mierda.

Los tacones no me permitían ir todo lo deprisa que requería la situación, así que ya sabía lo que tenía que hacer. Me quité un zapato detrás de otro sin dejar de correr. El intenso frío del cemento me golpeó en las plantas de los pies, y la suciedad y la arenilla me hacían daño. Pero lo que realmente importaba era llegar a casa cuanto antes.

Lo que me importaba era Jimmy.

¡Por Dios, que estuviera bien! Era imposible que se tomara esto bien, nadie sería capaz de hacerlo. ¡Tu propia madre vendiéndote en público! Esa mujer, por llamarle algo, era el paradigma de la maldad. El corazón me latía a toda velocidad, y me corría el sudor por la frente. La gente me dejaba pasar, algunos incluso con cara de espanto.

—¿Dónde están las malditas llaves? —grité bien alto, completamente enfurecida, mientras hurgaba como una loca en el bolso. Me había olvidado de que el Mercedes se abría en cuanto me acercaba sin necesidad de usarlas. ¡Menuda estupidez de tecnología!

Me lancé dentro del automóvil y cerré la puerta dando un buen golpe. Puse el contacto y salí pitando, metiéndome de lleno en el tráfico nocturno. No dudé en usar el claxon cuando algún despistado se cruzaba en mi camino. Un conductor me hizo un corte de mangas, ya ves, como si me importara. Aunque eso sí, si la policía me veía conduciendo de esa manera, lo llevaba claro.

Me pareció que tardaba una eternidad en llegar a casa y, cuando lo hice, vi que casi todas las luces estaban encendidas, como faroles en medio de la niebla. La imagen hubiera quedado perfecta en una película de terror.

Entré en el sendero de la entrada dando un volantazo que hizo derrapar las ruedas. Uno de los camareros, que estaba guardando cosas en una furgoneta blanca, se me quedó mirando, un tanto asustado.

Entré corriendo en la casa.

—¿Y Jimmy?

Vi la cara de Ev en lo alto de las escaleras.

—Aquí arriba, Lena.

Probablemente me había dejado un pulmón, o quizá los dos, en la carrera, porque todo lo que pude hacer fue resollar apoyándome en la pared. Pero allí estaba, finalmente, y eso era lo único que importaba.

Todo el mundo, Liv incluida, estaba en la puerta del dormitorio de Jimmy. ¿La habría invitado antes o después de que yo decidiera salir? En ese momento me daba igual.

Lo que suponía: la tensión y el dolor eran patentes en el rostro de David.

—Hola, Lena. No quiere hablar con nadie, se ha encerrado en la habitación. La verdad es que le ha afectado muchísimo. Mi madre le ha dado donde más le duele.

—Me lo puedo imaginar —le pedí, acercándome más a la puerta—: ¿Os importaría dejarme un minuto a solas con él?

Hubo un intenso cruce de miradas preocupadas. Mal y Ben, sin hablar, delegaron en David, esperando a que él decidiera.

—Por favor... —les rogué.

Después de una interminable incertidumbre, David asintió y, muy despacio, todos empezaron a bajar por las escaleras, en silencio. No me importó el número de veces que Liv volvió la cabeza, yo no la miré a los ojos. Es mejor enfrentarse a los desastres de uno en uno.

Esperé a que se hubieran ido todos. Tenía los pies helados, y el mármol no contribuía a calentarlos, ni mucho menos. Finalmente, golpeé con cuidado la puerta.

—¿Jimmy?

No hubo respuesta.

—Jimmy, estoy sola. Abre, por favor. —Volví a llamar, y después probé con el pomo. Por supuesto, estaba echado el cerrojo—. Jimmy...

Nada.

Apoyé las manos en la puerta a modo de súplica.

—Sé que estás muy afectado y que prefieres que te dejen solo, pero no me voy a marchar hasta que hayamos hablado. Será bueno para ti que me dejes entrar, tengo que comprobar que estás bien. Por favor, ábreme.

El silencio inundó ansiosamente el pasillo.

—¿Jimmy?

Nada.

—De un modo u otro voy a entrar ahí. —Apoyé la frente contra la puerta llena de frustración. Por lo menos no se oían golpes ni ruidos de destrozos, aunque el silencio resultaba sospechoso. Me aterrorizaban los derroteros que podrían estar tomando sus pensamientos. Me fastidiaba enormemente sentirme desamparada. Su reacción violenta de la otra noche, cuando me encerré en mi habitación, cobró ahora todo su sentido en mi cerebro. ¡Qué jodidos estábamos! Cuando no era uno, era el otro. ¡Mierda!

—James Dylan Ferris, ¡abre la maldita puerta! ¡Vamos! —Golpeé la madera firmemente con la palma de la mano, presa de toda la fuerza que pude. Esperé y confié, aunque la verdad era que no creía ni por un momento que fuera a abrir. ¡Terco capullo!—. ¡Bueno, no digas después que no te lo advertí!

Si él lo había hecho, yo también.

—No pienso quedarme aquí fuera.

¿Cuánto costaría romper una puerta de un golpe? En las películas la gente lo hace continuamente. En los últimos tiempos había estado haciendo *jogging*, así que debía de estar en mejor forma física que antes, pese al sudor que me corría por la espalda. A veces una mujer tiene que hacer lo que debe. Y yo tenía que llegar hasta Jimmy.

Lo cierto es que no les había abierto a su familia ni a sus amigos, así que pedirles ayuda no me parecía razonable. Primero lo intentaría yo por mis propios medios. Me lo imaginaba tendido en la cama, llorando, como en Idaho, y dejar que todos lo vieran en esas condiciones seguro que no le hacía ningún bien. El tipo tenía su orgullo.

Tomé un poco de carrerilla, apreté el hombro y me lancé contra la puerta. Lo di todo.

¡Bum!

¡Joder, qué daño!

La puerta simplemente tembló un poco y yo sentí un dolor muy intenso, desde el hombro hasta el codo. Mi pobre hueso debió de volverse loco, y me hizo doblarme de dolor. Vaya, era mucho más difícil de lo que parecía. Había que intentar alguna otra cosa.

Levanté la pierna, me rodeé el pecho con los brazos y respiré hondo. No era momento de apocarse. Sí, podía hacerlo y lo haría porque era toda una mujer. ¡Me iban a escuchar rugir!

Rugir... no rugí, pero sí que aullé.

Golpeé la puerta con el pie, y nuevamente el dolor reverberó por toda la pierna, a oleadas interminables.

—¡La madre que me parió! —Me caí al suelo, cosa que también me dolió y me saltaron las lágrimas—. ¡Ay, joder!

La puerta se abrió.

—Lena... ¿qué haces?

—¡Vaya! —Pese a los ojos acuosos, la visión de Jimmy me llenó de alegría—. ¡Hola!

—¿Qué coño estás haciendo?

—Intentaba echar la puerta abajo. Pero no he podido. —Mi voz no sonó alta, ni patética, ni lastimera. Tampoco gimoteé. Lo que no pude evitar fue agarrarme el tobillo lesionado con las dos manos, sintiendo como si se desatara una tormenta en mi interior—. Creo que me he hecho algo en el pie.

Se escucharon muchos pasos por la escalera.

—¿Estás bien, Lena? —Me pareció la voz de Ben.

—¡Traed hielo! —ordenó Jimmy, arrodillándose junto a mí—. Pero ¿qué demonios quería hacer? No tienes fuerza suficiente como para echar abajo puertas a patadas, ¿a quién se le ocurre?

—Pues mira, no lo sabía —balbuceé en medio de un ataque de hipo. Pestañeaba como una posesa, intentando contener el río de lágrimas que me corría ya por las mejillas. ¡Malditas glándulas lacrimales! Afortunadamente, los demás no podían verme, pues Jimmy se interponía. En algunos casos esconderse es la mejor respuesta si a la mañana siguiente quieres conservar un poco de dignidad.

—Déjame ver. —Me retiró las manos del tobillo y lo examinó con mucho cuidado—. Mueve los dedos.

Así lo hice.

—Me da la impresión de que no está roto.

—No.

Con dedos firmes, aunque sin apretar, me palpó la planta del pie de cabo a rabo.

—¿Por qué tienes los pies tan sucios?

—Cuando estaba en el bar vi las noticias en la pantalla de la tele. ¿Has probado alguna vez a correr con tacones?

—Entiendo. Bueno, cálmate. —Sin avisar, metió un brazo bajo mis rodillas, y con el otro me sostuvo la espalda mientras me levantaba como una pluma.

¡Vaya, qué fuerte era! No escuché ningún sonido de rotura de huesos, ni de rodillas, ni de espalda, y tampoco dio muestras de que el esfuerzo fuera muy grande. Supongo que es el resultado de tanto trabajo levantando pesas. Me llevó en brazos y me depositó sobre su cama, mientras yo procuraba limpiar las lágrimas a base de pestaños. En el tobillo sentía calor y palpitaciones, y me dolía. ¡Vaya si me dolía!

Nunca había estado en la habitación de Jimmy.

La cama era enorme, con sábanas negras de una suavidad increíble. Supuse que eran de algodón egipcio. Las paredes estaban pintadas de gris claro, y los muebles, estratégicamente colocados, eran de madera oscura. El orden era impecable. Era lógico que se quedara espantado ante el absoluto caos de mi habitación. Aparte de una lámpara en un rincón, que estaba en el suelo, la habitación parecía un muestrario de revista de decoración. Observé cómo me fijaba en la lámpara del suelo y no dijo una palabra. Pero me horroricé al contemplar sus ojos, absolutamente sombríos.

¡Esa mujer debía arder en el infierno por herirlo de esa manera! ¿Es que no les había hecho suficiente daño cuando eran pequeños?

—Estaba convencida de que tendrías espejos en el techo de tu habitación —comenté mientras echaba atrás la cabeza, en un intento de alejar el drama de su mente.

—Me pondré a ello en cuanto pueda. —Se sentó a mi lado en el enorme colchón, y colocó mi pie en su regazo—. ¿Qué diablos se te pasó por la cabeza cuando estabas ahí fuera, eh?

—Reciprocidad. Tú destruyes habitaciones de hotel y te lías a patadas con todo lo que tienes cerca, y ahora yo intento destrozarte puertas. Tenemos algo

en común, ¿sabes? Imaginaba que se iba a producir un precioso momento de vinculación emocional.

—Lena... —gruñó.

—Tenía que entrar, estar contigo. —Esa era la pura verdad, simple y sin adornos. Lo cual no significaba que tuviese que mirarle cuando lo dije. Muy despacio, fui doblando el tobillo y moviéndolo de un lado a otro. Me dolía algo, pero ni mucho menos de esa forma tan mortalmente intensa que sentí cuando di la patada y un rato después. Ahora podía comparar el dolor con una forma bastante suave de tortura—. ¡Au, me duele, joder!

—¡Dave, llama a un médico! —gritó en dirección al pasillo—. ¡Que venga inmediatamente!

—¡Marchando! —respondió su hermano.

¡Fantástico! Todo el mundo estaba presente para contemplar mi gran momento. Me pasé un dedo por las mejillas, debajo de las gafas, para intentar retirar los regueros de lágrimas. Estaba en un estado lamentable. ¿Cómo era posible que mi vida se estuviera deslizando hacia unos derroteros tan absurdos? En fin. Decidí quitarme el abrigo y ponerme más cómoda para lo que pudiera venir.

—Toma. —Esta vez era Ben, que entró a toda prisa y le entregó a Jimmy una buena cantidad de hielo envuelto en una servilleta.

Jimmy la apretó contra mi heroica herida de guerra, y el frío me puso la carne de gallina. En todo caso, y para ser sinceros, a él no parecía que le hubiera impresionado ni lo más mínimo mi valentía ni mi determinación. Me miraba el pie frunciendo el ceño; el pelo le cubría parte la frente. Pude ver entre cinco y seis arrugas, así que la masa crítica que precedía a una crisis estaba ampliamente superada. No estaba nada contento.

En ese momento todo el mundo había entrado en la habitación y contemplaba de cerca la patética escena. Liv tampoco parecía demasiado contenta con el devenir de los acontecimientos. Pero que nadie se confunda, «demasiado contenta» no hace la menor justicia a su expresión. Sería mejor decir que mostraba una mezcla de perplejidad y abatimiento.

—¿Necesitas algo más, Jim? —preguntó Ben, que se mantenía a unos discretos pasos de distancia.

—No —respondió Jimmy, que miraba ensimismado la pedicura francesa de mis dedos. ¡Por cierto, felicidades a la esteticista!—. Vamos a esperar al médico.

David abrazó a Ev.

—De acuerdo. Entonces nos vamos abajo hasta que llegue. Llamad si necesitáis cualquier cosa.

Jimmy asintió, manteniendo el hielo envuelto pegado a mi tobillo. Con la otra mano me sujetaba firmemente la planta del pie. ¡Como si fuera a querer escaparme por el hecho de que me tocara! Nada más lejos de mis intenciones.

La gente salió de la habitación casi en pelotón.

—Jimmy... —La voz de Liv sonó ligeramente temblorosa.

—Hablaré contigo después, Liv.

La actriz movió las manos de un lado a otro con cierto nerviosismo.

—Puede que sea mejor que regrese a Los Ángeles. Tengo unas audiciones dentro de poco y debo prepararlas.

—De acuerdo.

—Muy bien. —Liv dibujó una preciosa sonrisa. La verdad es que merecía un sobresaliente: después de todo, resultó ser una magnífica actriz—. Adiós.

—Adiós. —Ni siquiera la miró, el muy maleducado. Tuve la tentación de darle una patada con el pie bueno, para que al menos se comportara con cierta amabilidad. Pero, además de que no serviría para nada, sería de lo más hipócrita por mi parte. Pese a estar convencida de que Jimmy debía salir con mujeres, verlo con otra me dolía mucho más que la lesión del tobillo. Pero por otra parte, el dolor que veía en sus ojos en estos momentos, y que conocía muy bien, hacía que le comprendiera perfectamente.

Ese dolor y yo éramos viejos conocidos a muchos niveles. Jimmy Ferris era un infierno para el corazón de una chica, y ocasionalmente también para los tobillos femeninos.

Liv se marchó.

Durante unos minutos permanecimos sentados en silencio. Mi tobillo, que se iba helando poco a poco, descansaba encima de su pierna.

—¿Jimmy?

—¿Mmm?

—¿Cómo ha pasado?

Noté cómo sus dedos se tensaban alrededor del tobillo.

—Estábamos sentados, cenando tranquilamente, y de repente los teléfonos de todos empezaron a echar humo. Al parecer solo ha recibido quince de los grandes por la entrevista. Seguro que le hubieran dado mucho más, de haber negociado bien. Adrian me ha propuesto poner a abogados a trabajar en el asunto, pero... le he dicho que lo deje pasar.

—¿Por qué? —pregunté, muy sorprendida.

—Todo lo que ha contado es verdad. Cuando nos dio a luz no firmó ninguna renuncia a cobrar, ¿sabes? —afirmó con sarcasmo—. Supongo que tiene derecho a su trozo del pastel.

—¡Y una mierda! No tiene derecho a nada, en absoluto.

En sus labios se formó una sonrisa de amargura que solo pude adivinar a través de los mechones de pelo. Cuando me fui estaba perfectamente peinado hacia atrás. Ahora seguramente se notaba la actividad de sus dedos sobre la abundante cabellera. Sentí la imperiosa necesidad de arreglarle los mechones y colocárselos detrás de las orejas.

—¿Viste el programa? —preguntó—. ¿Qué decía?

—Solo un rato. Contaba que estaba viviendo en la calle mientras vosotros dos teníais mansiones de lujo.

—Bueno, pues te perdiste la mejor parte. —Estuvo a punto de tocarse el pecho con el mentón—. Dijo que normalmente yo le gritaba barbaridades, que por supuesto se merecía. Aunque solo la golpeé una vez.

Se me hizo un nudo en la garganta de puro dolor.

—¿Por qué le pegaste, Jimmy?

—Fui a casa y estaba llevándoselo todo, preparándose para marcharse de una vez —me contó—. Yo tenía catorce años. Dave estaba en casa de Mal, gracias a Dios. Uno de sus amigos drogatas estaba en el patio con el automóvil atestado de todas las cosas de valor con las que había podido arramplar. Tampoco eran tantas: la televisión, el microondas... Ese tipo de cosas. Pero la vi saliendo de casa con la guitarra acústica de Dave. El pobre trabajó como un perro durante un verano arreglando el jardín de todos los vecinos para ahorrar y comprársela. Era barata y de segunda mano, ninguna

maravilla, la verdad. Pero estaba deseando comprarse una desde hacía muchísimo tiempo, joder.

—Pues claro, es normal.

—Le pedí que me la devolviera, que le partiría el corazón a Dave, pero no me hizo ni puto caso. Se atrevió a decir que era un mimado, que necesitaba un poco de dureza. Claro, los dos estábamos la mar de mimados viviendo con ella en esa puta casa llena de porquería, con agujeros en la ropa. Era un milagro que comiéramos siquiera. —Hizo un gesto con la boca, pero no una sonrisa—. Entonces me dio una bofetada y me dijo que la dejara en paz. Llevaba un anillo. —Señaló una pequeña cicatriz encima de su labio superior, medio oculta por la incipiente barba—. ¿Ves esto?

—Sí.

—Le devolví la bofetada y, literalmente, le arranqué la guitarra de las manos. Todavía estaba creciendo, no pegué el estirón hasta los quince, pero ya era lo suficientemente fuerte y estaba rabioso. —Se miró la palma de la mano—. Se le puso la mejilla muy roja. Tenía un aspecto horrible, pero no hizo nada. Solo se quedó mirando la guitarra, como si se asombrara de que la tuviera yo en vez de ella. En ese momento llegó su amigo, la arrastró hacia el automóvil y se marcharon. Desde ese mismo día mi madre se convirtió en un mal recuerdo. Bueno, lo cierto es que, al cabo del tiempo, ha regresado... por desgracia. —Me miró. Estaba muy pálido—. Así que lo que dice es cierto, le grité y le pegué, pero nadie tiene derecho a echarme mierda encima.

—¿Le has contado esto a David?

—No. No habría servido para nada, excepto para preocuparle. Todavía piensa que algún día ella logrará rehabilitarse, y que se convertirá en una madre como es debido. Siempre ha sido un soñador, desde que nació.

—¿Pese a todo lo que os ha hecho?

No respondió.

—Protegistes a tu hermano durante todos esos años, ¿verdad?

—Alguien tenía que hacerlo. Le decía que se escondiera. No quería que viera todas las cosas tan terribles que pasaban, o por lo menos las peores. De todas maneras, seguro que se enteraba, porque a veces ella gritaba con todas sus fuerzas. Era una alcohólica, y era perfectamente consciente de lo que

hacía. Normalmente, cuando fumaba hierba se quedaba roque y nos dejaba en paz, pero en cuanto se hacía con una botella de bourbon, se enteraba todo el puto vecindario. —Se agarró con la mano la nuca e hizo una mueca de dolor—. Constantemente me daba bofetadas, o al menos lo intentaba. No podía permitir que le hiciera lo mismo a Dave; siempre ha sido más sensible y vulnerable que yo. No, no podía permitirlo. Además, si se hubiera puesto a buscarlo, se habría caído de bruces por las cogorzas. Habría sido divertido, la verdad.

—¿Y por qué no hizo nada vuestro padre para ayudaros?

—Cuando él estaba en casa, ella se portaba algo mejor. Pero lo único que él hacía era actuar como si no pasara nada. Y eso, que no había forma de no enterarse. Allí estaban todas las señales, bien visibles: en la basura había montones de botellas, no había comida en el frigorífico porque se gastaba toda la pasta en mierda y alcohol... Todo así. —Se volvió hacia mí—. Mi padre la quería mucho, Lena. La quería tanto que la eligió a ella y nos olvidó a nosotros. Eso es lo que hace el amor, nos jode y nos vuelve imbéciles e inhumanos.

—No siempre. Mira a David y a Ev.

—De momento son felices —dijo, inspirando con fuerza—. Pero algún día a uno de ellos le pasará lo mismo que al padre de Mal, o como a mi padre después de que ella se fuera.

—¿Así que es preferible pasar la vida solo e infeliz?

—Sí, es mejor que destrozártela, o que te la destrocen. O que seas tú quien destroce la de otra persona.

No supe qué decir.

—Las primeras pastillas que tomé las robé de los cajones de mi madre. Era mi forma de mandarla a tomar por culo. —Se rio con amargura, y después recolocó la toalla, ya muy mojada, en mi tobillo—. Todo lo que me dijo, y lo que ahora ha dicho de mí en la tele... todo es verdad. Nunca me podré rehabilitar de verdad. En el fondo siempre seré un adicto.

—Jimmy, eso no es cierto, de ninguna manera. Lo sabes perfectamente. Has hecho lo que debes, lo has conseguido. Estás limpio. —Yo sabía bastante sobre la gentuza que te hace daño a base de palabras sucias. Las heridas se

mantienen abiertas durante mucho tiempo, demasiado.

Tenia los labios casi blancos, de mantenerlos apretados.

—¿Le has contado esto a alguien alguna vez? —pregunté, sabiendo la respuesta.

—No. —Al monosílabo le acompañó una corta sacudida de cabeza.

—Puedes confiar en mí, ya lo sabes. Yo nunca te daré la espalda ni pensaré mal de ti. Eso no pasará jamás.

—No hagas promesas que no vayas a cumplir, Lena.

Negué con la cabeza.

—¿Acabas de llamarme mentirosa?

Por fin se apartó los mechones de la cara, mirándome con expresión de recelo. Se tomó su tiempo para contestarme.

—¿Y bien? —le azucé.

—Ese es uno de los trucos que utilizáis las mujeres. Diga lo que diga, lo emplearás para fastidiarme.

—Lo único que te pido es que tengas un poco de fe en mí.

—Lo miré con la misma intensidad con la que él me estaba mirando—. Todo lo que ha dicho esa mujer, que para tu desgracia es tu madre, es pura basura manipuladora y asquerosa. Lo sabes perfectamente. Entonces, ¿por qué dejas que te afecte y consuma de esta manera?

Me acarició con mucha suavidad la planta del pie.

—Si algo se rompe del todo, no hay forma de repararlo, por mucho que lo intentes.

—¿Es eso lo que te dices a ti mismo?

—Es la simple verdad.

—¡Para nada! —Le agarré el brazo con fuerza.

A través del fino tejido de su camisa, noté los músculos en tensión y la piel caliente. Durante más de veinte años había cargado toda esa pena y esa rabia, sublimada en odio hacia sí mismo. Las dos personas responsables de darle amor y cariño, y de educarle cuando era pequeño y vulnerable, le habían fallado miserablemente. No era de extrañar que estuviese siempre a la defensiva, pues la vida le había enseñado, desde que tenía uso de razón, a esperar un ataque, a no confiar en nadie.

—Jimmy, eres una buena persona. Eres un buen hombre.

—Lena... —Se quedó mirando mi mano sobre su brazo.

—Ella no sabe, ni quiere saber, cómo eres tú ahora. Pero yo sí lo sé. Entonces, ¿a quién vas a creer?

Abrió la boca y esperé un poco más.

Sí, estaba hablando conmigo con el corazón en la mano, pero yo necesitaba más, necesitaba ayudarlo a reencontrarse. Pocas personas merecían liberarse de su pasado tanto como Jimmy. Se había esforzado de forma casi sobrehumana, y estaba logrando reordenar su vida por completo.

Noté que la mandíbula se le relajaba. Puede que ahora sí que...

Alguien llamó a la puerta, la misma que yo no había sido capaz de tirar abajo. ¡Qué oportunos, joder! Aunque, para ser sinceros, ¿de verdad había alguna posibilidad de que Jimmy diera un último paso y confiara completamente en mí?

Era altamente improbable.

No, no podía permitirme pensar de una manera tan negativa. Tenía que ganármelo, como fuera.

Entró en la habitación una mujer de mediana edad, muy elegante y con un maletín en la mano. David caminaba detrás de ella. Nos miró alternativamente a su hermano a mí, y mostraba una curiosidad evidente.

—Es Courtney. Está aquí para revisar el pie de Lena.

—¡Qué rápida ha sido!

La doctora. Vaya por Dios. Mi estúpido tobillo lo había echado todo a perder. La verdad es que tampoco era cuestión de tomar el castillo echando abajo las puertas. Lección aprendida para el futuro. Pero si no hubiera dado la patada que me lesionó y me hubiera quedado fuera, seguro que Jimmy no me habría contado nada de esto. Estaba segura de que habíamos avanzado bastante. Aunque tampoco era capaz de cuantificarlo, ni de saber si habría más progresos.

Jimmy quitó mi pierna de su regazo y la pasó a la cama.

—Intentó tirar la puerta abajo de una patada —informó Jimmy.

Los ojos de la doctora me traspasaron como agujas.

—Tenía que decirle algo muy importante y él no quería abrir. Por lo

menos logré que lo hiciera.

Ahora le tocó a Jimmy sufrir la inquisitiva mirada de la médica.

—No fue culpa mía —protestó él, haciendo una mueca que a mí me pareció como la de un niño travieso con las manos en la masa.

—La verdad es que, a lo largo de los años, he tenido que acudir para remediar las consecuencias de montones de peleas de novios, pero esto es nuevo —dijo la doctora con tono neutro.

—Nosotros no somos novios —le expliqué.

La buena mujer puso los ojos en blanco, resopló y se concentró en mi pie. A mí me pareció que no le importaba demasiado si me hacía daño o no, porque dobló y movió para aquí y para allá varias veces. Yo cumplí con mi parte gritando y quejándome a discreción. Finalmente, su diagnóstico fue que tenía un esguince de tobillo. Rechacé cualquier tipo de medicamentos para el dolor que necesitaran receta, pues no quería que hubiera en casa nada de eso. Así que me recomendó que tomara ibuprofeno, que se compra libremente, para bajar la inflamación, y dijo que en breve nos haría llegar una especie de bota ortopédica para proteger el tobillo. Al menos me libraría del *jogging* durante unos cuantos días. Algo era algo.

Le informó a Jimmy de que le mandaría la factura y salió pitando. La típica visita del médico, vaya.

—Vas a tener que llevarme en brazos para subir y bajar las escaleras —dije, intentando sonreír—. Básicamente: durante unos días vas a ser mi esclavo.

Jimmy suspiró y me acercó un vaso de agua para que pudiera tragarme las dos enormes pastillas. Parecía que, al menos en ese momento, se había olvidado de su madre. Buena cosa. Habría preferido un sistema que no implicara lesiones físicas para mí, pero era lo que había.

—Creo que me vendría bien una campanilla, para llamarte cuando te necesite —sugerí.

—No me jodas, anda.

—¿Prefieres que me líe a voces?

—Hasta ahora no parabas de gritar, así que tampoco cambiarán mucho las cosas —dijo—. Supongo que esto te impedirá irte a corto plazo. Además, te

lo has hecho tú solita.

Le lancé una mirada asesina.

David se aclaró la garganta e intervino para aliviar la tensión.

—Bueno, creo que los dos estáis más o menos bien ahora, así que el resto deberíamos marcharnos.

—De acuerdo —aceptó Jimmy—. Lo siento por la cena...

—Jim... —David usó un tono admonitorio. Después lo agarró de los hombros y le dio uno de sus típicos abrazos. Jimmy apenas reaccionó de entrada, pero después le dio un par de golpecitos en la espalda. Fue un gran paso adelante, la verdad.

No pude evitar sonreír, mostrando mi aprobación.

Los hermanos murmuraron algo durante unos momentos, y yo procuré con todas mis fuerzas no escuchar lo que decían. Después David se acercó y me puso la mano en la cabeza como si me estuviera bendiciendo.

—Tómatelo con calma, Lena.

—¿Qué remedio me queda?

Me sonrió con mucha calidez.

—Y cuida de él.

—Para eso estoy aquí.

—Les diré a los demás que os llamen más adelante. Buenas noches.

Entonces tuve la clara impresión de que nos dejaban solos a Jimmy y a mí por cuestiones románticas, al menos en lo que se refería a la actitud del más joven de los Ferris. Puede que él y sus amigos hubieran sacado conclusiones respecto a nosotros. El grupo Stage Dive y su círculo cercano podían creer lo que quisieran respecto a la situación de Jimmy y mi relación con él, bastante complicada, la verdad. Y eso estaba fuera de mi control.

En el otro extremo de la habitación Jimmy estaba apoyado contra la pared, y me miraba cabizbajo.

—¿Cómo se ha tomado Dean tu huida?

—Pues no lo sé. Creo que no demasiado bien. —A decir verdad, ni me acordaba de él. Pero la cosa estaba clara: Dean y yo habíamos terminado. Estaba tumbada en la cama de Jimmy, con el pie en alto apoyado sobre varias almohadas—. Oye, tu cama es más cómoda que la mía.

—¿Ah, sí?

—Si no te importa, voy a echar una siestecita. —Todo el mundo sabe que los heridos tienen ciertos privilegios—. Despiértame cuando llegue la bota, esclavo.

No dijo nada. Simplemente me miró como si me hubiera apoderado de su cama por la fuerza.

—Este colchón es más grande que algunos principados europeos. —Extraje el abrigo de debajo de mí, lo cual implicó bastantes contoneos. De hecho, se me levantó la blusa y me la estiré por encima de la tripa—. Di algo. Haces que me sienta rara.

—¿Y por qué ibas a sentirte rara, Lena, porque estás dando vueltas en mi cama?

—Podrías sentarte aquí a mi lado y charlar conmigo —dije dando toquecitos en el colchón de manera amigable.

—Ya hemos hablado bastante por esta noche.

No obstante, apagó la luz, dejando la habitación tenuemente iluminada por la lámpara de la mesilla. Después se acercó al otro lado de la cama y se sentó. Se quitó los zapatos y, que Dios me ayudara, se echó de espaldas. Cruzó las manos sobre el estómago, absolutamente plano, y miró al techo, dedicándole su habitual gesto de insatisfacción.

Dios, Jimmy estaba en la cama conmigo.

Os juro que mis entrañas se estremecieron.

Esto era mejor que si se juntaran la Navidad y mi cumpleaños, incluso contando con lo que me dolía el tobillo. El hombre más guapo que había conocido en mi vida, tan cerca que podía tocarle con solo extender la mano. Era absolutamente maravilloso, aunque suene cursi: el perfil de su cara, la curva de sus labios y la línea perfecta de su nariz. No había palabras para describirlo. Mi corazón latía al doble de su velocidad habitual, pero procuré no hacer ni caso.

—¿Estás bien? —Mi voz apenas fue un susurro.

—Mejor que tú.

Acababa de decir que ya habíamos hablado bastante, así que, haciendo uso de mi infinita sabiduría, por una vez no insistí con el tema que le torturaba.

—En serio, tienes que poner espejos en el techo —afirmé.

Movió los ojos hacia mí y me lanzó una mirada impaciente.

—¿De dónde cojones sacas esas ideas tan estrambóticas?

Solté una carcajada.

—Ya basta por hoy. —Se estiró y apagó la lámpara de la mesilla—. Cierra los ojos y duérmete. El día ha sido demasiado largo.

—¿Y qué pasa con la bota?

—Ya me levantaré si la traen.

—De acuerdo.

Durante un rato reinó el silencio. Y después, como si no procediera de ninguna parte, se escuchó un murmullo.

—Gracias por volver a casa.

Busqué a tientas su mano más cercana, y la agarré con firmeza cuando la encontré. Sus cálidos dedos rodearon la mía. Sonreí en la oscuridad.

—Siempre que me necesites, aquí estaré.

CAPÍTULO 14

—¡Dios mío, este *soufflé* está impresionante! Es como tener el cielo en la boca. El cielo, Jimmy. ¿Me estás escuchando? —Relamí hasta el último rastro de chocolate de la cucharilla y busqué ansiosamente más. No podía aceptar que ya estuviera vacía. Lo intenté de nuevo, pero nada.

—Te escucho —Me di cuenta de que su mirada seguía el recorrido de mi lengua a lo largo de la cucharilla, y también de que tragaba saliva notoriamente.

¡Mmm!

La estrella del *rock* estaba sentada en la mesa frente a mí. Hacía tiempo que él había acabado de desayunar. Lo más probable es que se hubiera levantado casi inmediatamente después del amanecer y que hubiera estado haciendo ejercicio. Todo, en el gimnasio de la planta baja, porque los *paparazzi* estaban pululando por los alrededores después de que la entrevista con su madre saliera al aire la noche anterior. Fuera había un par de seguratas echando un vistazo y manteniéndolos fuera de los límites de la entrada principal. Así que, por diversas razones, nada de *jogging*. De hecho, por lo que respecta a mi tobillo dañado, yo tenía que permanecer en cama. Mi propia y humilde cama, desgraciadamente.

Cuando, la noche anterior, llegó la bota, me echó de su habitación y de su cama, claro. Bueno, lo cierto es que me ayudó a llegar a la mía. En cualquier caso, el resultado no varió: dormí sola.

En el momento en que le llamé para que me ayudara a bajar las escaleras, él ya se había duchado y vestido con sus habituales *jeans* y una camiseta negra. Y yo me ponía las botas con las sobras de la cena de la noche anterior. ¡Que le dieran a los cereales para desayunar! Los postres esa mañana me estaban llamando por mi nombre. Íbamos a cenar sobras durante varios días: pasta fresca con beicon y un plato exótico de pescado. Y, por supuesto, el *soufflé* de chocolate con crema de frutas del bosque más exquisito que había probado jamás.

El mejor desayuno de toda mi vida, sin duda.

—Quiero comerme también a los hijos de este *soufflé*.

—Estupendo —dijo, observándome mientras devoraba con fervor al pobre y condenado postre. La verdad es que me preocupaba su expresión, pues no era capaz de descifrarla. Tenía ojos recelosos, y yo sabía que se guardaba algo. Una especie de intensidad que, a esas horas de la mañana, era incapaz de asociar con nada.

—Tenemos que hablar —soltó de repente.

¿Hay una frase que dé más miedo en cualquier idioma del universo? No pensaba que hubiera hecho nada malo, no obstante...

—¿Acerca de tu madre? —pregunté esperanzada.

—No. —Entornó los ojos—. No hay nada que hacer a ese respecto. Ha jugado sus cartas y yo lo único que quiero es olvidarme de ella.

Era absolutamente lógico.

—Estoy de acuerdo. ¿Entonces, qué?

—¿Vas a seguir saliendo con Dean?

Ah, se trataba de eso. Aunque inesperado, tampoco era tan terrible. Me toqueteé los labios con la cuchara, en actitud pensativa. Nuestra primera cita había ido muy bien, pero durante la de anoche me escapé como alma que lleva el diablo. Y también había que tener en cuenta la que se me olvidó por completo, porque me fui a tomar helado con Jimmy. Lo más lógico es que él no tuviera el menor interés en quedar otra vez conmigo.

—No. Creo que no volveremos a quedar —contesté—. Es un chico estupendo, pero... puede que si las circunstancias fueran distintas, habría posibilidades, ¿sabes? En otro universo, en otra vida. No sé.

—Vale, lo que sea. Tenemos que hablar del punto cinco de nuestra lista. El punto cuatro no ha funcionado, así que vamos a darnos por vencidos en cuanto a que salgas con alguien.

—Mmm —gemí, dejando la cuchara en el plato, que por desgracia ya estaba vacío del todo—. En mi lista no hay ningún punto número cinco. Solo había cuatro: quedar con gente nueva, fijarme en tus puntos flacos, no ser patética, tener una vida propia... blablablá.

—Sí. He añadido un quinto punto. La lista de la revista era una auténtica basura.

—Estoy empezando a llegar a la misma conclusión.

Me parecía ver algo distinto en él. Como si lo recorriera una especie de tensión. Puso los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante. También movía rítmicamente un pie, golpeando el suelo. Al escuchar ese sonido, y sin saber por qué, mi corazón empezó a latir más deprisa. También es posible que ese incremento del ritmo cardíaco se debiera a todo el azúcar que había ingerido. Probablemente. O no.

—¿Entonces? —apremié—. ¿Vas a decirme cuál es ese misterioso punto en el que has pensado?

—Que follemos.

Todo se detuvo a mi alrededor.

Jimmy me miraba, absolutamente en calma.

Esto no podía estar pasando.

No, esto no estaba nada bien.

—¡Venga ya! —Empecé a reírme y me eché hacia atrás en la silla—. ¡Mira que eres! Por un momento hasta me lo he creído...

—Hablo en serio.

—Ya, claro.—Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza. No podía parar de reír.

—Piensa un poco. ¡Y deja de reírte, coño! Con todas esas citas no hemos logrado otra cosa que deprimirnos, los dos. Y para ser completamente sincero, tengo que decirte que estos días me siento bastante frustrado sexualmente, digamos que... necesitado. Tampoco es que quiera extenderme mucho sobre esto, Lena, pero desde..., bueno, realmente nunca me ha

gustado demasiado eso de pelármela.

Me seguí riendo.

Y después me reí más.

Finalmente dejé de reírme porque su expresión no había cambiado nada. De hecho, no movía ni un solo músculo. Allí estaba, frente a mí, traspasándome con esos ojos azules suyos, y con la boca firme. Me pareció que era sincero.

—Esto debe de ser una broma —gruñí, porque la garganta se me había quedado seca de repente.

—No, nada de bromas. Te propongo que probemos para demostrar que eso no encaja en nuestro sistema.

—¿No es una broma? —¡Pero tenía que serlo! ¡Dios, no podía ni respirar! Aire, necesitaba aire inmediatamente.

Jimmy echó la silla hacia atrás, se puso de pie y se acercó a mí bastante rápido. Puso las manos bajo mis brazos y me levantó de la silla.

—Lena, respira. Vamos.

Tras recibir su orden, mis pulmones empezaron a tomar ritmo de nuevo. A hacer lo que debían. Una mano fuerte y cálida empezó a acariciarme la espina dorsal de arriba abajo, animándome. Puso a un lado la silla e hizo que apoyara mi espalda contra él, sosteniéndome y dándome calor.

—¿Estás bien? —preguntó, inclinándose sobre mi hombro.

Asentí.

No se movió. Y, además, siguió acariciándome la espalda. ¡Madre mía, qué gustito!

—Me... me has dejado un poco sorprendida —acerté a decir.

—Mmm.

—¿De verdad... quieres...? —No era capaz de pronunciar la palabreja. Era como si las letras bailaran y no quisieran formar el vocablo.

—¿Y por qué no? Los dos saldríamos ganando. Yo aliviaría mis ganas, espero que en buena parte, y tú te liberarías de esos sentimientos que te perturban. Follamos, comprobamos que no hay química, y a otra cosa. O incluso mejor, todo se desmorona, que es lo que suele pasar en estos casos, según mi experiencia. Finalmente tú te liberas y seguimos siendo amigos

como hasta ahora. ¿Qué te parece?

Tener, o no tener, una relación sexual con Jimmy. Pero ¿es que alguien se lo pensaría dos veces? ¿O acaso una?

—Claro, ¿por qué no?

Se puso un poco tenso y salió de mi campo de visión. No obstante, yo era perfectamente consciente de su presencia. Como si fuera inmensamente magnético. Su calor y su carne prieta tiraban de mí sin que pudiera evitarlo. La forma en que se había abierto a mí, contándome sus secretos más íntimos, la absoluta confianza que me había demostrado, me había absorbido. La tentación de estar con él, completamente y sin obstáculos, era abrumadora. Con mucho cuidado me quitó la goma del pelo, dejando que los rizos cayeran libremente sobre mis hombros.

Enrolló un mechón alrededor de su índice, y lo acarició con el pulgar.

—Me encanta tu pelo.

—Gracias.

Poco a poco, dejó resbalar el mechón y volvió a acariciarme la espalda, pero esta vez no se paró y llegó hasta el trasero, por debajo del jersey rojo que llevaba. Nunca hasta entonces había sido tan importante para mí el paseo de una mano por mi espalda. Se me puso la carne de gallina, y eso que no tenía nada de frío.

—Y me gusta que vistas de rojo —dijo, pasando los labios por mi oreja.

—¿De verdad? —Me alegré de no llevar una sudadera. La impresionantemente sexi bota médica de protección que llevaba, de color azul eléctrico con bandas blancas por delante, ya era bastante horrible.

—Por supuesto —Me acarició la parte de atrás del muslo. Me estremecí de inmediato—. Mucho.

Jimmy Ferris no se andaba con rodeos.

—¿Quieres hacerlo ahora mis... mismo? —tartamudeé.

—¿A ti qué te parece? —Deslizó la otra mano bajo mis pechos, acariciando su base. Apretó su fuerte cuerpo contra el mío, y noté su erección en la nalga. Casi me dolió—. No te estaré molestando, Lena. ¿O sí?

Controlé un suspiro. Mi mente trabajaba a toda velocidad.

—No. La verdad es que no había hecho planes para esta mañana.

—Me alegro. —Pasó un dedo por todo el elástico de los pantis, en la parte alta del muslo, y después me acarició la cadera. Tuve la sensación de que el estómago se me volvía del revés, pero de puro placer.

Era increíble tenerlo tan cerca, sentir su calor por toda la espalda, oler el aroma del jabón y de su loción de afeitar. Ni en mis mejores sueños había imaginado que esto pudiera pasar, que existiera la más mínima posibilidad de estar con él de esa manera. Tenía la piel caliente, casi febril. Y aunque os parezca mentira, mi corazón había empezado a latir en mi entrepierna.

—Creo que sería mejor para ti que te pusieras de espaldas. Más seguro para el tobillo —dijo.

Escuché el sonido sus palabras, pero no presté atención al significado, tan concentrada estaba en otros sentidos. El caso es que me rodeó y puso a un lado el plato y la cuchara. Me dio la vuelta, me levantó y me sentó en la mesa.

—Túmbate de espaldas —dijo. Su mirada, la tensión que había en ella, me hizo sentir hambrienta. Increíble. Atada y sujeta, me daba igual. Nunca había contemplado una mirada tan atrayente en toda mi vida.

—Échate, Lena. —Me empujó suavemente a la altura del hombro, hasta que estuve completamente de espaldas sobre la madera.

—¿De verdad quieres que sigamos? —Solo escuchaba mi propia respiración, jadeante y entrecortada. Potente y fuerte. No me habría extrañado nada que los vecinos se quejaran del ruido—. Jimmy...

En lugar de pronunciar una sola palabra, introdujo la mano bajo mi falda y comenzó a quitarme las bragas de algodón negro. Algo raídas, todo hay que decirlo, porque ni se me había pasado por la cabeza que mi jefe fuera a tumbarme de espaldas sobre la mesa de la cocina y... arrancármelas, vaya. En fin, allí estaban, volando por detrás de su hombro.

—Pues parece que sí, que lo estamos haciendo —dije.

Agarró una silla y se sentó, mirándome todo el rato con ojos deseosos. Apretaba la mandíbula continuamente. Menos mal que yo no era la única que estaba enloqueciendo con el asunto.

Me erguí un poco apoyándome en un hombro; sentía como si todos mis nervios se hubieran concentrado en mi cabeza.

—¿Y ahora qué haces?

—Pues lo que hace todo el mundo en la mesa. —Sus fuertes manos me separaron las piernas—: voy a comer.

Otro estremecimiento de estómago.

—¡Oh, Dios!

Su cabeza desapareció debajo de la falda.

Estaba clarísimo: Jimmy Ferris no se andaba por las ramas. Sentí su cálido aliento en la zona más secreta de mi cuerpo. Vale, dejémonos de finuras, en mi sexo. Después deslizó la lengua por los labios abiertos, y en cada roce viajaba una descarga hacia mi espina dorsal.

—¡Joder, qué bien!

Oculto bajo la falda, acerté a escuchar una especie de gemido de placer. ¡Qué maravilla de sonido, por favor!

Me retorcí un poco, intentando apretar algo los muslos.

—¡Oh, Dios, Jimmy!

Primero lamió un labio, después el otro, y por fin succionó con fuerza. Noté que la sangre me circulaba por las venas a la velocidad de la luz, directa hacia el coño. Hacía mucho que no vivía esa situación, y nunca antes lo había hecho con alguien tan entregado. Me cubría con toda la boca, mojada, cálida y hambrienta. Me acariciaba con fuerza con los dedos, y me lamía ávidamente, haciéndome gemir. No recuerdo cuándo volví a echarme de espaldas sobre la mesa. Muy pronto, diría yo. Tampoco fui consciente de que cerré los ojos y dejé de ver el techo blanco, allá arriba y bastante lejos. Lo que Jimmy estaba haciendo conmigo me absorbía por completo, no podía centrar nada de mi atención en ninguna otra cosa. Cada sonido húmedo y cada violenta sensación me volvían loca. Movía las caderas, y también la cabeza, de un lado a otro. Era demasiado, pero no era suficiente. No quería que terminara nunca.

Saber que se trataba de él me encendía por completo, haciendo que todo mi amor y deseo afloraran a la superficie. Las emociones eran tan fuertes que parecía que iba a entrar en combustión. Estuve a punto de decírselo todo, de ofrecérselo todo. Hubiera sido una completa locura. Me mordí el labio, tan fuerte que noté el sabor metálico de la sangre.

Ese hombre estaba comiéndome como un auténtico hambriento.

Me comía como si yo fuera su plato favorito.

Pensé que los cantantes tenían un excelente control de su lengua, de sus movimientos y de su fuerza; qué maravilla, qué bendición. De hecho, esta sesión de sexo oral con él superaba todos mis sueños, hasta los más salvajes. Usaba la boca para besarme los labios, e introducía la lengua hasta muy adentro, saboreándome. Finalmente, la dirigió al clítoris, haciéndome gritar. Fue sublime. Se me tensaron los músculos de las piernas. Dio largas y fuertes chupadas, desde la base del trasero hasta el clítoris, seguidas de besos más dulces y suaves. Por poco me estalla la cabeza. Estaba absolutamente desbordada. Nunca nadie había explorado mi sexo con tanta intensidad.

Y, precisamente en ese momento, debido a mis elegantes y sobrias sacudidas, le di una patada más o menos en la sien con la jodida bota médica. Dimos un grito al mismo tiempo. De dolor.

—¡Mierda! —Se las apañó para sacar la cabeza de la falda, frotándose la frente—. ¿Estás bien?

—Sí. Aunque tienes la cabeza bastante dura.

Asintió.

—Por favor, no pares. —El dolor no me importaba, solo el deseo de llegar—. ¡Por favor, sigue!

—Espera un segundo. —Con mucho cuidado, apoyó la pierna lesionada sobre su hombro—. Así mejor. ¿De verdad que estás bien?

—¡Y tanto! Pero quiero estar mejor. —Sonreí jadeando.

—¿Estás segura?

—¡¡Jimmy!!

—Vale, vale, Lena. No te sobreexcites. A ver, ¿por dónde íbamos? —
¡Maldito bastardo engreído!

—¿Quieres que vuelva a darte una patada con esta bota de mierda? —Noté que había un cierto tono de desesperación en mi voz. Y por el cerebro me cruzaron ideas asesinas. Estaba sudada y más salida que una pistola en el Oeste, así que en lugar de hablar conmigo, lo que tenía que hacer era tomarme en serio, a mí y a mi inminente orgasmo. ¡Ya!—. ¿De verdad quieres? ¿Es eso lo que quieres decirme con esa mirada?

Se rio entre dientes.

E inmediatamente me levantó la falda y se volvió a meter en faena, por su propio bien. Su extraordinariamente hábil lengua empezó a trabajar conmigo, llevándome a extremos de placer que no había experimentado jamás con ese tipo de actividad amorosa. Parecía como si el aire fuera muy ligero, y que hasta estuviera a mi alcance para abrazarlo. ¡Era maravilloso! Sentía tanto placer, tantas emociones, y no solo físicas, que era imposible que él no estuviera sintiendo algo también. El poder con el que me conducía a tan intensos extremos de éxtasis era enorme.

Era inimaginable que él no disfrutara también.

Con la punta de la lengua tocó mi abertura, y todos mis músculos se estremecieron. Restregué las nalgas contra la suave superficie de la mesa. No recordaba tanta humedad en mi sexo, ni tanta urgencia, casi dolorosa. Necesitaba llegar, igual que necesitaba seguir respirando. Cuando su inteligente lengua se lanzó a mi clítoris, fue el momento de llegar al orgasmo. El mundo entero estalló un instante después con una fuerte lamida, que me condujo a la gloria más absoluta. El momento fue sublime. Todo se volvió borroso, y una bocanada de sangre subió a mi cabeza. Fue casi una experiencia extrasensorial. Abrí la boca pero de ella no surgió ningún sonido. El grito fue casi mudo. ¡Cuánto placer, cuánto gozo!

Me costó bastante rato recuperarme. Cuando lo hice Jimmy estaba de pie, entretenido en la tarea de rasgar con los dientes el envoltorio de un condón. Estaba preparado para todo. Hombre precavido.

—¿Todo bien? —preguntó.

La respiración... Seguramente me le había dejado en alguna parte. Daba igual. Me mantuve allí tirada disfrutando. Mi coño todavía se agitaba de vez en cuando. ¿Podríamos llamar a eso réplicas? Era perfecto.

—Lena... —La media sonrisa que dibujaba su boca era de orgullo, más que petulante. Solo había una traza de hoyuelo. Y la verdad, podía estar orgulloso, porque el trabajo que había hecho conmigo fue soberbio. Realmente, se merecía una ovación cerrada.

Asentí con los ojos cerrados, aunque solo fuera para demostrarle que seguía viva. No obstante, mi mente estaba todavía volando por los aires, o

por los cielos, para ser más exactos. Y es que nunca había tenido una sesión de sexo tan increíble. Pensaba que si volvía a ponerme la lengua encima, no iba a ser capaz de sobrevivir.

Aunque, definitivamente, moriría feliz.

Me miró desde arriba mientras se ponía el condón. Antes de que pudiera incorporarme sobre el codo para echar un vistazo, ya se estaba colocando en posición. La ligera presión del pene hizo que empezara a sentir otra vez pequeños espasmos. Como fuegos artificiales en miniatura. Volví a notar estremecimientos por toda la piel. Me dio golpecitos en la tripa y colocó una mano sobre mi piel desnuda, sobre la curvatura de mis muslos, tan blancos y amplios. Sentí que las habituales inseguridades acerca de mi físico me inundaban, pese al deseo que traslucía su mirada. Lo veía tan grande y guapo, allí, encima de mí.

—Eres maravillosa —susurró con un gemido.

Yo no podía hablar. Tenía la garganta seca como una piedra. Así que me limité a asentir. Seguramente él no necesitaba más permiso para proceder. Allí estaba yo, abierta y deseosa, absolutamente lista para él.

—Va a ser muy rápido. —Vi que le corría una gota de sudor por la frente. Sus hombros subían y bajaban con fuerza, y noté cómo prácticamente todo su cuerpo luchaba por controlarse—. Quiero que disfrutes tú también.

Juro que mi corazón estuvo a punto de pararse debido a la sombra de duda que noté en su voz. Me di cuenta de que éramos mucho más parecidos de lo que yo había sospechado.

—Jimmy, quiero, necesito que estés dentro de mí.

Noté que sus ojos se aclaraban en cierto modo, y asintió.

—Sí. ¡Allá voy!

Me reí de su contestación.

Casi sin transición, noté que una fuerza enorme me levantaba. Me separó las piernas con las manos y empezó a empujar. Y a empujar más. Moví mi sexo para acomodar la vagina a su tamaño. Despacio, pero con seguridad y firmeza, su miembro, largo y fuerte, empezó a llegar a zonas del interior de mi vientre que ni yo misma sabía que existían. A decir verdad, no estaba cómoda del todo. Habían pasado varios meses desde la última vez.

Me removí y lo envolví con la pierna buena, tratando de colocarme en una posición más adecuada. Lo cierto es que debería de estar lo suficientemente húmeda, después del fenomenal orgasmo que había tenido.

—¿Me cabrá?

—Seguro. —Se pasó la lengua por el adorable labio inferior, y mantuvo la mirada en donde se juntaban nuestros cuerpos.

—No me has respondido.

—No me la he medido —dijo, mirándome un momento a los ojos.

—Sigues sin responderme.

—¡Manda huevos! ¿Podemos no discutir cuando estamos follando? ¿Por favor?

—Muy bien. —dejé de mirarle por encima de mis pechos y fijé la vista en el techo. Pese a lo maravillosamente que había ido el sexo oral, gracias a su enorme habilidad, parecía que no nos acoplábamos demasiado bien de esta manera. Lástima. Muchos años después de aquello, cuando miro hacia atrás, sigo pensando que debíamos intentarlo, tal como hicimos.

Me tocó el clítoris, todavía enormemente sensible, con su dedo pulgar, y arqueé la espalda sin querer.

—Con cuidado —jadeé.

Asintió, pero sin mirarme. Al parecer, la unión de nuestras ingles le fascinaba. Se separó un poco hacia atrás, antes de volver a penetrarme de nuevo. Y después lo hizo otra vez, saliéndose un poco más, y de nuevo para dentro. Cada vez que lo hacía yo me iba sintiendo mejor, y lo hizo una y otra vez, con muchísimo cuidado. Se movía casi como una máquina, sin mostrar emoción, con la cara y los ojos fijos en un punto. Lo único que le traicionaban eran las manos, con las que me apretaba los muslos fuerte y después los soltaba, seguramente dejándome alguna marca. Parecía que no podía dejarlas quietas, exploraban continuamente mi piel.

Apretó mis rodillas contra su cuerpo, haciendo que estuviéramos tan unidos como le resultaba posible. Por supuesto, empecé a sentir descargas en los lugares donde debía sentirlas, y la tensión que tanto deseaba en mis entrañas. Muy raramente llegaba dos veces al orgasmo en una sesión, si es que me había pasado alguna vez. Tampoco ocurriría esa mañana, pensé. Pero, al

menos ahora, tenerlo dentro de mí era un placer, no un dolor, como unos momentos antes.

—Jimmy... —jadeé una vez, cuando tocó un lugar particularmente placentero.

—¿Sí? —dijo sin mirarme.

—Haz eso otra vez. —Sentía los pezones duros, expectantes y cruelmente sujetos. Quería quemar el sujetador.

—¿El qué? ¿Esto? —Si increíble polla hizo lo que le había pedido, golpeándome suavemente en el sitio adecuado, y encendiéndome como si funcionara con electricidad.

—¡Dios! —Puse los ojos en blanco—. ¡Sí, sí, sí!

—Creo que te gusta mi polla... —Se rió con maldad, manteniendo el ritmo y moviéndose sobre el punto deseado. Me volvió loca, el muy cabrón.

—Creo que amo tu polla —murmuré. El movimiento de mis nalgas hizo crujir la madera de la mesa.

—¡Condenada! Estás disfrutando, ¿verdad?

Empezó a martillearme como un consumado artista. Nuestros cuerpos se compenetraban perfectamente. Me llenaba, lo sentía, como si estuviera por todas partes. Cada uno de mis músculos y de mis nervios reaccionaba con auténtica euforia. Y Jimmy seguía, rápido y fuerte, mientras yo jadeaba y murmuraba agradecida.

¡Dios, cómo follaba ese hombre!

Nunca había conocido a nadie como él. No podía seguir con los ojos cerrados, tenía que mirar. La piel le brillaba por el sudor, y tenía los ojos semicerrados, pero centelleantes. Me penetraba con absoluta precisión. Su aspecto era glorioso, como el de un dios. Casi daba miedo. Tenía que ser un sueño. Cuando abrió los ojos del todo, la oscuridad de sus pupilas pareció tragarse el azul habitual. Me miró, y desnudó su corazón y su mente.

Lo sintió intensamente, estoy segura. Lo que estaba pasando era enorme, completo. ¿Cómo no iba a sentirlo?

Pues sí, llegué otra vez. Y cuando lo hice, el mundo se volvió negro. Todo mi cuerpo se sumergió en una especie de orgía de éxtasis, en la que no había lugar para el pensamiento racional. Suena a locura, pero es cierto. Me hervía

la sangre, pero el cerebro se me quedó en blanco, y todo mi cuerpo temblaba. Me había convertido en una especie de criatura exclusivamente sexual, y por entero a su servicio. Pero la recompensa fue sublime.

Escuché un gemido, y después sentí un peso cálido encima de mí.

Los dos jadeábamos. La habitación devolvía una especie de eco, que se mezclaba con los latidos acelerados de nuestros corazones.

Abrí los ojos de nuevo, despacio. El mundo seguía allí, pese a que todo mi cuerpo intentaba demostrarme lo contrario. Las endorfinas me inundaban, aunque no podía verlas. Tener sexo con Jimmy era una experiencia completa, contundente e inolvidable. Si me diera cinco minutos, seguro que volvería a estar preparada para el tercer asalto. Pero en ese momento me había ganado un descanso.

—Hola —dije, revolviéndole el pelo.

De inmediato empezó a recuperar el control. Se separó de mí y empezó a ocuparse del preservativo. Lo ató por un extremo y se subió los pantalones. Eché de menos inmediatamente la calidez de su cuerpo encima del mío.

—Jimmy...

No me miró.

Sentí entre las piernas un calor húmedo y maravilloso. En el aire flotaba el magnífico y denso aroma del sexo. Me apuesto lo que sea a que en mi cara había una sonrisa bobalicona y feliz. Y no me preocupaba en absoluto que fuera así, no sentía la más mínima vergüenza. Él había logrado que lo pasara maravillosamente bien.

—¿Jimmy?

—Dime —Tiró a la basura el preservativo y apoyó las manos en la encimera, junto a la pila, mirando por la ventana de la cocina.

—¿Estás bien?

—Claro. Sí, sin problemas.

—Bueno.

Volvió la cabeza por encima del hombro y me miró, con cara de cierta preocupación.

—¿Y tú, cómo estás?

—Fenomenal, gracias. —¡Caray, cuánta corrección! Seguro que a

continuación nos tomábamos el té con unas tostadas y empezábamos a hablar del tiempo.

Noté que sus hombros se tensaban, y no dijo nada por mucho tiempo. Otra vez se había encerrado en su mundo. Había levantado el muro. Me miró en silencio y pude sentir casi físicamente cómo crecía la distancia que se abría entre nosotros. Primero centímetros, después metros, y después océanos enteros. Una inmensidad.

No podía soportarlo más. Ese silencio me estaba matando.

—¿Qué es lo que va mal? —le dije.

—No me mires así.

Claro, ahí estábamos.

Mi cuerpo se enfrió casi instantáneamente. Toda la relajación amorosa se fue diluyendo por el aire. Estaba tirada en la mesa, necesitaba imperiosamente una ducha y tenía el pelo hecho un desastre. La criatura sexual se había evaporado. Me estiré la falda antes de incorporarme, intentando tapar mis partes íntimas, absolutamente expuestas. La postura que tenía hacía un momento resultaba inadecuada en absoluto para el tipo de conversación que quería mantener. Era una cuestión de orgullo, fundamentalmente.

—Quiero follar contigo de todas las formas posibles que se nos ocurran —dijo—. Pero me mires así.

—Entiendo.

—Yo... eh... necesito un poco de aire. —empezó a andar hacia la puerta de la cocina, sin mostrar duda alguna y sin mirar atrás. De hecho, salió afuera, a la fría y ventosa mañana de Portland, en mangas de camisa. Se le iban a helar hasta los cojones. Y la verdad es que, por mi parte, era lo menos malo que le deseaba en ese momento.

Me dolían los ojos, pero no porque estuviera a punto de llorar. Me sentía estupefacta, esa era la palabra más adecuada. No... no podía entender qué había pasado, después de una sesión de sexo tan extraordinaria. No me colgué de él pidiendo un anillo de boda. Ni tampoco me puse a hablar de hijos. Sexo por placer, eso había sido todo, ¿no?

Y, ciertamente, podía incluso hasta evitar mirarle como le había mirado.

Moví el pie y contemplé mi bota ortopédica ir hacia atrás y hacia delante. No pude verle por la ventana, en el patio trasero. Cualquiera sabía a dónde se había ido.

—¡Por lo menos podías haberme ayudado a bajar de la mesa, pedazo de capullo! —grité, aunque estaba segura de que no podía escucharme—. ¡Mal tiene razón, cuando consigues algo, ya no te interesa después, ¿verdad?!

Jamás en mi vida había tenido un momento tan malo después de un polvo.

CAPÍTULO 15

Al día siguiente los chicos volvieron al estudio. Fue una jornada bastante ajetreada, con un montón de cosas que hacer. Por supuesto, siempre teniendo en cuenta que llevaba la maldita bota para el esguince. Aun así, Ev se encargaba de la mayor parte de las actividades que implicaban tener que desplazarse.

Jimmy desapareció casi por completo el día anterior, después de la febril actividad sexual mañanera en la mesa de la cocina. Allá donde se me ocurriera ir, él se marchaba a la parte más alejada de la casa.

Bueno, que le dieran. Como si el sexo hubiera sido una brillante idea mía.

No obstante, aquella mañana parecía haber superado el episodio y se mostraba dispuesto a reanudar la actividad habitual. Ya, claro, como si fuera así de fácil, después de su comportamiento.

Pero yo no le hice caso por la mañana. Y tampoco por la tarde.

Lo ninguneé en el piso de arriba y, cómo no, en el piso de abajo. Al parecer, eso no terminó de gustarle, pues no paró de mirarme con el ceño fruncido. Ni se me ocurrió pedirle ayuda para bajar las escaleras, faltaría más. Con la bota podía moverme de aquí para allá sin excesivas dificultades, eso sí, de forma lenta y torpe. Estúpido Jimmy Ferris y su impresionante boca, y su increíble pene. ¿Quién le necesitaba? Yo no, desde luego. Me las podía arreglar sola perfectamente. Para eso se habían inventado los vibradores, gracias a quien hubiera que dárselas. La masturbación era algo mucho más

seguro, sin duda. Mis dedos nunca me causaban el más mínimo problema emocional.

No obstante, pasadas algo más de veinticuatro horas, la guerra fría empezó a decrecer. Si la cosa seguía así, habría que renunciar a todo lo que pasó en la cocina, es decir, a cualquier futuro acceso a su boca y a su polla. No era plan. Por otra parte, si le hubiera hecho algo de caso, habría notado que durante toda la mañana me estuvo echando miradas raras. Pero dado que no estaba ni siquiera al alcance de mi radar, ni me di cuenta. Casi de nada. Sí, estaba tan cabreada con él que ni siquiera llegué a notar que se aproximaba hasta que no estuvo prácticamente a mi lado.

—Lena.

No respondí.

—Toma.

Me puso un paquete justo debajo de la nariz.

Ev y yo estábamos sentadas trabajando en las magníficas e increíblemente cómodas sillas que habíamos colocado delante de los cristales del estudio. Ni miré lo que me ofrecía, ¡como si se trataba de un brillante azul turquesa! Me daba lo mismo. Acabó por aburrirse de estar sentado en las escaleras y se levantó. Por otra parte, yo tenía acceso a sus tarjetas de crédito, así que, ¿qué más daba? De hecho, la tarde anterior había realizado una compra de la que él todavía no sabía nada.

Pero de momento dejemos eso.

La aparición de su madre en aquel programa revolvió mucho las cosas. Los paparazzi acampaban fuera en grandes grupos, y el teléfono no paraba de sonar, así que no había sido un buen día, ni muchísimo menos. Y Jimmy tenía montones de razones para estar enfadado e infeliz.

Puse los teléfonos en silencio y me concentré en revisar la enorme pila de correos electrónicos que se habían acumulado. Un poco antes cometí el error de abrir la puerta tras una llamada. Nada más hacerlo, una cantidad impresionante de cámaras me bombardearon, con sus correspondientes *flashes*. Me gritaron preguntas, presionando y alzando tanto la voz que me puse a cien y me dio un ataque de claustrofobia. Se acercó de inmediato una pareja de guardias de seguridad, que me ayudaron a cerrar la puerta. Ya había

aprendido: sería la última vez que me pasara. En menos de media hora, una instantánea de mí, con pelo asqueroso y cara de asombro, corría por la red como la pólvora. Menos de una hora después, mi madre me llamó para preguntar si estaba bien. Y lo estaba. Solo necesitaba unos arreglitos con *Photoshop*. Me pareció una excusa bastante adecuada para mantener la conversación alejada de mi esguince de tobillo. Para ella, escogí una versión que incluía un tropiezo, y la consecuente caída por la escalera. Sí, ya sé que no se debe mentir, de ninguna manera, pero se tenga la edad que se tenga, no se le puede contar a una madre que te has torcido el tobillo dando una patada intentando derribar la puerta de un chico. Por otra parte, lo que sí pude evitar fue su interrogatorio acerca de si iba a acudir a la boda de mi hermana. ¡Qué bendición!

En cualquier caso, dudaba de que estuvieran haciendo muchos progresos en el estudio. Todo el mundo parecía distraído y actuaba mostrando una alegría poco natural, o de forma apagada y lúgubre.

Mal se había puesto a aporrear la batería sin ningún ritmo durante un buen rato, y los demás le dejaban hacer. Pero lo que sí resultaba muy agradable era la forma en que se habían juntado para arropar a Jimmy. Yo también habría sido un bastión de fortaleza y apoyo si no hubiera sucedido el desencuentro de la cocina el día anterior. Debido a toda la basura por la que estaba pasando, mi intención era mostrar dulzura y tranquilidad. Pero entonces me acordé de cómo me había dejado tirada dos minutos después de hacer el amor conmigo de forma muy intensa. Por tanto, todavía no estaba en condiciones de perdonarle.

Me pasé el día alrededor del estudio e incluso dentro, sacando fotos de todos, menos de Jimmy, claro, con la cámara de Pam. A todo el mundo le gustaron, y la propia Pam me apoyó mucho, dándome instrucciones muy útiles. Hasta dijo que algunas de ellas podrían incluirse en el material gráfico oficial del siguiente álbum.

La mala sintonía entre Jimmy y yo no le estaba pasando desapercibida a nadie, y menos a Ev. Trató de sacar el tema de su cuñado conmigo, pero le dirigí una sonrisa adusta y seguí hablando de cuestiones logísticas relacionadas con la inminente gira. Lo que ocurriera o dejara de

ocurrir entre Jimmy y yo era asunto nuestro, de nadie más.

Ni siquiera hablaba con él. Esas son las cosas que pasan durante la guerra fría.

—Vamos, Lena, quédátele —insistió Jimmy.

Seguí manejando el iPad.

—Ev, ¿haces el favor de decirle que acepte el maldito regalo? —pidió, tras exhalar un suspiro.

—Jimmy, no intentes involucrarme en tus batallitas con Lena, porque no lo voy a hacer —dijo Ev sonriendo aceradamente y cruzando las piernas—. ¿Te parece?

Creí escuchar juramentos en arameo, eso sí, en voz muy bajita.

—¡Oh, elígeme a mí, por favor! Estaré encantado de involucrarme, de ejercer de celestino. —Mal ejerció de lunático, como no podía ser de otra manera, y saltó por detrás del sofá para sentarse a mi lado. Qué payaso—. ¿Qué deseas que le comunique a Lena en tu nombre, Jim?

—Olvidalo —gruñó el aludido.

Empezó a abrir el paquete y el papel de envoltorio, blanco y brillante, cayó a mis pies. Lo supe porque seguía sin querer mirarle, como la persona adulta que era. Delante de mí apareció una cámara, pero no una cámara cualquiera.

—Toma —insistió.

—Jimmy ha dicho «toma», Lena —explicó solícitamente Mal.

Los ojos casi se me salieron de las órbitas.

—¡Es la misma que la de Pam!

—Lena ha dicho que «es la misma que la de Pam». Si lo escribiera, pondría signos de admiración. —Mal, a lo suyo, le hizo el gesto correspondiente a Jimmy, quien, por supuesto, pasó olímpicamente de él.

—Sí, una Nikon D4. Pam me dijo que era la que te vendría bien si de verdad querías ir en serio.

Mal soltó un estridente silbido de admiración.

—¡Menudo avance, Jim! Estoy impresionado. Creo que tus capacidades para el galanteo han mejorado ostensiblemente. Aunque tampoco es tan difícil, he de decir; antes eran nulas.

Me quedé mirándole con la boca abierta. Google ya se había encargado de informarme acerca de los miles de dólares que costaba el maravilloso juguetito, con todos sus accesorios. De hecho, cuando me enteré del precio, casi lloré de pena.

—Pero esto vale miles de dólares. Es una cámara muy muy cara, Jimmy.

—Es para ti —afirmó, alzando un hombro.

—No puedo aceptarla.

—Pam dijo que si venías con nosotros a la gira, podías estar con ella parte del tiempo. Sería como un aprendizaje. Míralo así.

El entusiasmo ante las posibilidades que se abrían ante mí me dejaron casi aturrida.

—¿De verdad? —pregunté incrédula.

—Sí. —Con otro de sus gestos de lástima, que quizá debía plantearse patentar, Jimmy le pasó la cámara a Mal. Después me agarró por las axilas y tiró suavemente de mí para que me pusiera de pie—. Pero deja de tocarme las narices.

—Pues entonces discúlpate. Eso es lo que hay que hacer cuando uno hiere los sentimientos de alguien, Jimmy. Discúlpate.

—Ya lo he hecho.

—No. Lo que has hecho ha sido intentar comprarme. No tiene nada que ver. Decir «lo siento», y decirlo de verdad, no de manera obligada, eso sí que sería una disculpa —le expliqué—. Lo de la cámara es un soborno.

—Te equivocas. Esto lo que hace es acelerar las cosas.

Me puse las manos en las caderas.

—Pues no puedo aceptarla. No puedo admitir que me compres así. Va contra mis principios.

—Pero ¿quieres la cámara o no?

—Por supuesto que quiero la cámara —dije—. Lo que pasa es que eso está fuera del asunto.

—No, Lena. Ese es exactamente el asunto.

Alrededor de nosotros se escuchaban murmullos ahogados, y es que, por supuesto, se habían reunido una multitud de espectadores. El que esta gente se involucrara de una manera tan completa en la vida de los demás no podía

ser sano. Y también me di cuenta de que estaban allí preocupados por la tensión que transmitía Jimmy. Bajo el polo Henley de manga larga parecía como si sus hombros hubieran crecido varios centímetros.

—Lena, créeme, esto no me resulta nada fácil. —Volvió la mirada hacia ambos lados, y la dura línea de su mandíbula se movió al darse cuenta de la expectación creada alrededor—. Todo el mundo está delante, pero de todas formas lo estoy haciendo.

Ev se puso de pie.

—Bueno, ya está bien. Vámonos todos, dejémosles solos.

—Soy el batería de Stage Dive —afirmó Mal, dejando cuidadosamente la cámara a su lado, encima del sofá—. No estás en situación de darme órdenes, mujercita.

—Mal, tiene narices que pienses que esto tiene algo de divertido y encima aún te atrevas a llamarme «mujercita». —Ev sacó el móvil del bolsillo trasero de sus pantalones—. ¿Quieres que llame a Anne para contarle que te niegas a dejar solos durante un rato a Lena y Jimmy para que resuelvan sus problemas sin que nadie, ni siquiera el batería de Stage Dive, les moleste?

—No te atreverías.

—La verdad es que sí. —Empezó a mover el dedo por la pantalla.

David y Ben se rieron entre dientes, pero le hicieron caso a Ev y regresaron al estudio de grabación. Estaba claro que no querían problemas con ella.

Un segundo más tarde, Mal los siguió.

—No me gusta que todas vosotras seáis tan amigas. Es peligroso —se quejó Mal.

—Bueno, pues cuéntale a tu novia lo que ha pasado hoy aquí y tus conclusiones al respecto. Estaré encantada de saber su opinión. —Ev se fue la última, dedicándonos un saludo de despedida con la mano, y se metió en la sala de mezclas, o como se llame el condenado sitio. Me daba igual.

Jimmy y yo nos quedamos de pie, uno frente a otro, muy cerca, mirándonos a la cara con cierto resquemor.

—La he comprado para ti —dijo—. Si no la aceptas, la tiraré a la basura. Seguro que no quieres que pase eso, ¿verdad?

—Me estás chantajeando.

—Claro. Denúnciame.

Me crucé de brazos.

—Di que lo sientes.

—Lena... —gruñó.

—Hiciste el amor conmigo, pero después te comportaste de una forma horrible, y heriste mis sentimientos. No es poca cosa. La verdad es que, tal como está todo entre nosotros, es muy importante. —Puse las manos alrededor de su cintura—. Pero dos orgasmos casi seguidos no lo arreglan. Discúlpate, pero hazlo de verdad.

—Lo que pasa es que... la cosa no fue como yo esperaba.

—¿El sexo?

—Sí —admitió cabizbajo.

—¿Y qué era lo que esperabas?

—No lo sé exactamente. —En su frente no cabían más arrugas—. Algo menos... bueno.

—¿Piensas que solo fue bueno? Pues yo creo que fue estupendo.

Se frotó la cara con la mano.

—Joder, de acuerdo, fue estupendo. Tu coño es una gloria, lo pasé de puta madre, y desde ayer no puedo pensar en otra cosa, ¿de acuerdo?

No pude evitar sonreír.

—Bueno, al menos te has enamorado de una parte de mí.

—¿Eso quiere decir que me perdonas?

—No, ni de lejos.

—Maldita sea, Lena. —Me abrazó y me apretó contra él. Tenía la cara prácticamente aplastada contra su pecho. Un pecho firme y duro como el acero; y eso, que estaba segura de que había dejado de respirar mientras todo esto sucedía. Me acarició con los brazos. La sensación me resultaba increíble.

—Jimmy, ¿me estás abrazando? ¿Es eso?

Gruñido.

—Vale, lo estás haciendo muy bien. —Apoyé la barbilla en su pecho y miré hacia arriba—. Estoy orgullosa de ti.

—¿Vas a hacerme caso o qué? ¿Podremos volver a ser... nosotros?

—Sí.

Dio un suspiro que pareció un huracán.

—Bien. Eso está bien.

Lo abracé tan fuerte como pude. Era mi Romeo con *jeans*, y además esta historia tenía tantas posibilidades de acabar en tragedia como la original. No obstante, todo el amor que sentía por él dentro de mi corazón se derramaba como un torrente, y llenaba mi cabeza de sentimientos confusos.

Antes ya me había «enamorado», por supuesto. La diferencia ahora es que le quería a él por completo, y tenía muy claro que, si la cosa no salía adelante, me costaría infinito superarlo, si es que alguna vez lo lograba. Todo mi cuerpo, toda mi mente, lo deseaba, supongo que hasta la última célula que formaba parte de mi organismo. Sería difícilísimo librarse de una emoción de tal magnitud. De él amaba lo bueno y lo malo, las luces y las sombras, lo agradable y lo desagradable.

Amaba todo lo que era, y ese amor me dejaba muy desamparada.

Porque, ¿y si él se enteraba, y si llegaba siquiera a sospechar la verdad en su plenitud, y si se daba cuenta de que esto no era un capricho pasajero? Seguro que me ponía de patitas en la calle de una patada en el trasero, tan fuerte que volaría varios metros. Así que lo amaría en silencio. Sí. Eso haría.

Me acarició la cabeza, imagino que en gesto de respuesta a mi abrazo.

—Me alegro de que hayamos arreglado esto —dijo, y dejó caer los brazos.

Yo continué abrazándolo fuerte.

—Tengo que volver al estudio. Los chicos me están esperando. Pero, Lena, ¿me puedes hacer un favor?

—¿Cuál?

—Quédate la cámara, por favor. Quiero que la tengas.

—Pero es demasiado cara.

—Solo es dinero, Lena. Tranquila.

—Bueno, la verdad es que cada vez se me hace un poco más difícil resistirme.

—Pues no te resistas.

Suspiré fuerte, e incluso, como quien no quiere la cosa, froté mi pecho contra él (¡Ni se os ocurra criticarme!).

—Vale, pero solo lo hago porque sería una enorme falta de respeto y educación no aceptar un regalo tan generoso.

—No es nada, créeme. Todo es relativo: con el dinero que tengo, solo es una gota de agua en el mar.

Le miré a la cara con detenimiento y solo encontré su habitual calma. El menosprecio no había reaparecido.

—Ya.

—¿De acuerdo, entonces? —Noté cierta tensión en su cuerpo, y la conexión entre nosotros se interrumpió—. ¿Todo bien?

—Veinte de los grandes. —Era la voz profunda de Ben, que procedía de alguna parte.

—No quiero quedarme otra vez con tu dinero —respondió Mal—. Resulta demasiado fácil, casi aburrido.

—Vale, pues cuarenta mil a que esto se ha acabado en Navidad.

—¿Por qué piensas siempre que el verdadero amor no terminará venciendo, Benny? ¿Qué es lo que te pasa?

—Todo ese rollo del amor solo es basura, no existe —dijo Ben.

—Ben —dijo Jimmy—, ten cuidado con lo que dices, joder.

—Lo siento. —Ben emitió una especie de gruñido de pesar—. No me había dado cuenta de que estabais aquí.

—Por supuesto. Y os hemos escuchado, idiota. No estamos sordos. Ya está bien. —Jimmy dio un paso atrás y deshizo el abrazo de forma suave pero firme. Mis pobres y débiles manos no tuvieron la más mínima oportunidad. Era demasiado fuerte, maldita sea—. Volvamos al trabajo.

—Un momento. —Puse las manos en mis muslos, para que se sintieran algo menos abandonadas—. ¿Lo decías en serio, eso de que durante la gira podía probar a ser la ayudante de Pam?

—Sí, claro. Fue ella quien lo propuso, así que habladlo vosotras. Me dijo que tienes un talento natural y que le vendrían bien un par de manos con todo el trabajo que tendrá en la gira.

—Pero yo pensaba que tú querías que siguiera trabajando como tu asistente.

Torció un poco los labios, en un gesto casi de interrogación.

—Me imagino que en algún momento te cansarás de hacer eso. Te aburrirás. Si ayudas a Pam, seguirás trabajando para mí, y además harás otras cosas más interesantes.

—Así que... ¿sería como un segundo trabajo?

—Claro, ¿por qué no?

—Lo pensaré y hablaré con Pam.

—Hazlo. Aprovecha la oportunidad. Será una experiencia estupenda, ya lo verás.

—Lo pensaré, ya te lo he dicho.

—¿Y respecto al sexo? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero hacerlo de nuevo. Contigo. —Apenas le escuché, de tan bajito que hablaba—. ¿Qué te parece?

—Si te digo la verdad, no lo sé.

Me miró intensamente a la cara, sin decir nada durante un buen rato. Empezó a tamborilear nerviosamente los dedos en mi espalda. Al final, se arrancó a hablar de nuevo.

—Lo cierto es que ninguno de nosotros dos nos hemos hartado del otro; que nos ha ido bien en el intento ¿no te parece? Así que aún se mantienen las razones iniciales por las que lo hicimos.

Mi corazón se detuvo.

—¿Que nosotros qué?

—Pues eso. —Hizo una pausa y suspiró—. Es la verdad, ¿no crees?

—Pues creo que sí. Me alegra escucharte decir eso. —Sonreí.

—Así que deberíamos seguir adelante, intentar otras posturas, probar un poco más. Nunca se sabe, a lo mejor se arreglan las cosas.

—Jimmy, ¿crees de verdad que posturas como la tijera, la mariposa o el dragón nos van a ayudar a arreglar las cosas entre nosotros?

Se le pusieron los ojos vidriosos.

—Lena... ¡Por favor!

—¿Cómo dices?

Movió la mano para que dirigiera la atención a su entrepierna. ¡Vaya, empezaban a pasar cosas allí, debajo de sus pantalones!

—No es culpa mía si no eres capaz de controlarte. Parece que esa cosa tiene sus propias ideas respecto a mí...

—Bueno —gruñó—, si nos acostamos al menos se arreglará este problema en concreto.

—En eso tienes razón. —¡Caray! Menudo bulto se le había formado. Y yo también empezaba a notar cierta humedad. Necesitaba pensar en cosas aburridas y anodinas—. Pero no reaccionaste adecuadamente después de haberlo pasado tan bien conmigo, ¿no crees?

—No volverá a ocurrir, te lo prometo.

—¿En serio?

—Completamente. —Se acercó un poco más—. Promesa de boy scout y esos rollos.

—No tienes aspecto de haber estado en los boy scouts.

—No estuve, es verdad. Pero de todas maneras sé hacer unos nudos de puta madre.

Abrí la boca para contestar, pero... no dije nada, porque fue como si viera todos sus pensamientos, sucios y divertidos, a través de su mirada. Me apetecía que me los explicara en detalle, y pensaba decir que no los entendía, para así seguir escuchándole.

—Creo que es la primera vez que te faltan las palabras —afirmó sonriendo.

—¡Cierra la boca! —Me había puesto roja como un tomate, seguro. Me aclaré la garganta al menos una docena de veces—. No obstante, aprovecho la ocasión para manifestar lo mal que me sienta que hayas disfrutado tanto acostándote conmigo. De veras, Jimmy. Me disculpo muy sinceramente en nombre de mi vagina.

—Muy bien, de acuerdo. —Volvió la cara intentando reprimir una sonrisa—. Parece que estás disfrutando de esto un poco... demasiado.

—Imposible.

—Y me he enterado de que le mandaste flores a Liv en mi nombre.

—¿Te enteraste, en serio? —Mi alegría se desvaneció como por encanto.

—Sí. Me llamó, y parecía estar condenadamente contenta por ello. ¿Cuánto gastaste exactamente?

—Acabas de decir que el dinero no es un problema —dije, soltando una risa forzada—; que tienes mucho.

Me agarró por los hombros. La dura línea de sus labios parecía presagiar mucho enfado en un futuro muy inmediato.

—¡Oye, lo único que hice fue ayudar a que otro ser humano se sintiera bien consigo mismo! Y lo hice gracias a tu dinero, tengo que reconocerlo. Jimmy, no fuiste nada agradable con ella cuando se marchó, y me sentí... entiéndeme, la invitaste a que viniera y después...

Se limitó a mirarme, sin abrir la boca.

—¿Podríamos volver a la parte en la que yo soy la buena y tú el malo? Personalmente me resulta más divertida.

Sonaron pasos bajando por las escaleras, detrás de mí.

¡Hurra, el Séptimo de Caballería venía a salvarme!

Pero a Jimmy pareció no importarle un bledo que hubiera testigos de mi estrangulamiento. De hecho, me agarró de la coleta y tiró suavemente de ella para que volviera a mirarle.

—No me importa lo de las flores —afirmó, inclinándose y apoyando la mejilla sobre mi frente.

El gesto me hizo sentir muy bien, no tenía ni idea de que la frente fuera una zona tan receptiva sensorialmente. Sentí cómo se aflojaba mi cuerpo, inundado de buenas vibraciones. Era algo parecido a recibir un beso firme, turbador pero muy reconfortante. Hasta me imaginé que, si me hubiera estado besando de verdad, igual habría llegado al éxtasis.

—Fue una buena idea —añadió—. Hiciste lo adecuado. Gracias.

—De nada.

—Tampoco te preocupes por las sillas que rompimos, no tienen la menor importancia.

Sonreí y me quedé quieta mientras apretaba los nudillos contra mis mejillas. ¡Era extraordinariamente agradable que me tocara de nuevo, y estar tan cerca el uno del otro!

Alzó la mirada por encima de mi cabeza, dirigiéndola a lo que fuera que estuviera detrás de mí.

—Hola, Dean.

—Jim —respondió Dean con voz cortante.

Me detuve.

Durante el tiempo que estuvo acariciándome me olvidé completamente de que había oído a alguien detrás de mí, pero no pude prestarle la más mínima atención; tal era el poder que ejercía sobre mí. Y él se aprovechó de ello para demostrarle a Dean lo que había entre nosotros. ¡Mierda de hombres!

—Lena... —dijo Dean.

Empujé a Jimmy en el estómago con las dos manos, obligándole a retroceder.

—Hola, Dean.

En su cara no había ninguna expresión.

—¿Qué te ha pasado en el pie?

—Intentó echar mi puerta abajo, de una patada —se adelantó a explicar Jimmy. Que Dios bendiga su servicial corazoncito. Estoy convencida de que en su voz no había ni la menor traza de petulancia; seguramente todo fue fruto de mi calenturienta imaginación.

Dean se dirigió al estudio de grabación.

—Mejor me voy a trabajar.

La puerta se cerró con sumo cuidado.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté con voz aparentemente calmada.

—¿El qué? —preguntó él a su vez, levantando los hombros con gesto de inocencia.

—Lo has hecho todo a propósito para que Dean nos pillara, ¿no es cierto?

—Vamos a ver, ¿quieres que te toque y te acaricie o no? ¿En qué quedamos?

—¿Acaso pensabas que no le iba a decir que ya no podíamos salir más?

Puso los ojos en blanco y me miró con su típica expresión aburrida.

—Solo le hacía rabiarse un poco, eso es todo... —admitió con una sonrisita.

—No, de eso nada. Te has portado como un capullo celoso —le regañé, de la forma más tranquila que me fue posible—. Lo cual ha sido insultante para mí y una estupidez en lo que respecta a Dean. Ha trabajado contigo durante muchos años. No se merece esto.

—¿Te has cabreado otra vez conmigo? ¿Ya estamos como antes? —Me

tomó de la mano.

—¿Pero es que no te das cuenta de lo que acabas de hacer?

—¡Vamos, Lena...!

Retiré la mano de un tirón.

—Arréglalo.

—¿El qué? ¿Cómo?

—Te daré una única pista: ni se te ocurra comprarme nada. Averigua qué debes hacer.

Mi correo electrónico privado estaba recibiendo un auténtico bombardeo de mensajes, y de distintas clases. La mayoría de ellos eran del tipo: «¡Anda, pero si conoces a gente famosa! ¿Nos vemos y me cuentas?». ¡Qué maravillosa es la condición humana! Supongo que a los veintitantos años las amistades vienen y van con suma facilidad. De hecho, nadie pareció darse cuenta de mi ausencia cuando salí pitando de casa después de que mi exnovio y mi hermana anunciaran su compromiso. Lo cierto es que podía vivir perfectamente sin hacer caso de este renovado interés por mí, fruto de mi relación con uno de los hermanos Ferris.

—Hola.

Levanté la cabeza de la pantalla del portátil y vi a David en la puerta del despacho. Lo cierto es que no esperaba su visita; era poco habitual.

—¿Qué tal, David?

—¿Podemos hablar un segundo? —preguntó, con expresión seria.

—Claro.

Avanzó un par de pasos y echó un vistazo a la sala. Solo había un escritorio y un par de sillas, algunas estanterías con premios musicales y ese tipo de cosas. Sin duda era la estancia más sencilla de toda la casa, la más funcional. Lo más probable era que David no hubiera estado nunca en ella.

—Jim está ocupado en la cabina, pero no tardaremos mucho —explicó, forzando una especie de sonrisa, que de hecho le salió bastante rara.

—Muy bien. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Quería hablar contigo... acerca de él.

Levanté la guardia un poco más. Otra vez esa intromisión de alguien del grupo en la vida de los otros. No dije una sola palabra.

—Me alegro de que os llevéis bien, Lena. Pero te advierto de que seguirá cagándola. No puede evitarlo, es su naturaleza.

—No creo que tú y yo debamos hablar de...

—En Secundaria tenía las chicas que le daba la gana con solo mirarlas. Te lo juro, eso era todo lo que hacía, y se lanzaban hacia él sin pensar.

No lo dudé ni por un segundo.

—Siempre ha sido igual desde entonces. Nunca ha aguantado a ninguna mujer una segunda vez. Nadie le ha interesado nunca lo suficiente como para llegar a eso.

Escondí las manos en el regazo y miré hacia otro lado. Se desarrollara como se desarrollase el resto de la conversación, lo cierto era que no me apetecía en absoluto. Además, me daba lo mismo su percepción de cómo iban las cosas entre Jimmy y yo, y si coincidía con la realidad. El caso es que me negaba a hablar de ello con su hermano y a sus espaldas.

—Ya te he escuchado, David. ¿Algo más? No me siento nada cómoda con esta conversación.

—Está absolutamente colado por ti, Lena, obsesionado. Si entras en una habitación, no atiende a otra cosa. Te mira de soslayo, escucha todo lo que dices. No sé si te has dado cuenta...

—Pues no, no lo había notado —dije, secamente.

—Jimmy siempre ha sido muy cerrado, casi inaccesible.

—Perdona, pero no, no lo es. Simplemente es complicado. —Salí en su defensa sin pensarlo siquiera. Esas eran las mismas cosas que me recriminó el imbécil de mi ex. Todo lo que se pareciera a esas acusaciones seguía accionando dentro de mí una especie de timbre de alarma que me sacaba de quicio en cuanto sonaba.

—Lena —suplicó David—. Déjame que te explique, por favor.

Asentí.

Paseó descuidadamente la mirada por los brillantes trofeos. Lo cierto es que era un hombre muy atractivo, pero yo lo único que veía en él eran trocitos del físico de Jimmy, rasgos familiares idénticos. Aunque también

podría ser que eso fuera debido a mi estado: el amor hace que encuentres rasgos de la persona amada allá por donde vas. Quizás a partir de ese momento yo no haría otra cosa que intentar verlo en todas partes.

—¿Sabías que fue idea suya formar el grupo? —me dijo, al cabo de un rato.

—No, no lo sabía.

David asintió con una media sonrisa.

—Sí. Generalmente da a entender que fue cosa mía, pero no es cierto. Fue él. Dijo que si pasábamos tanto tiempo dando la vara con las guitarras y todo lo demás, podríamos intentar ganar un poco de dinero con ello. Pero de lo que se trataba en realidad no era de hacer dinero, sino de otra cosa.

A pesar de mis reticencias, me adelanté hacia él, deseosa de saber más.

—¿Y de qué se trataba, entonces?

—De crear un núcleo familiar, Lena. Quería que estuviéramos juntos. Creo..., bueno, en realidad no lo creo, lo sé, que incluso desde entonces estaba tratando de buscar su camino, de aclararse. Ya bebía y fumaba hierba. Y no de vez en cuando, sino a menudo y en cantidad. Por eso cuando la banda creció, también crecieron los problemas. —Torció el gesto ostensiblemente—. Era como si pensara que no se merecía el éxito, y cuanto más tenía, más caía en los excesos, más huía.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque ahora huye de ti, Lena. Le das mucho miedo.

Pestañeé, incrédula.

—Siempre te está observando, y en el momento en que entras en su espacio vital, se altera, se agita. Es como si fueras su nueva droga. Aunque en realidad eres positiva para él. —Se detuvo un momento y arrugó la frente, pensativo—. El problema es que no sabe cómo comportarse contigo. No sabe manejar una relación de pareja. Por ejemplo, a él no le parece normal el tipo de relación sentimental que tenemos Ev y yo, o Anne y Mal.

—No estoy segura de qué puedo hacer al respecto —dije, al tiempo que intentaba colocar en una postura cómoda la pierna del esguince, que me dolía bastante. Me daba vueltas la cabeza. Había sido un día largo y muy agitado—. En resumidas cuentas, ¿qué intentas decirme, David? ¿Qué quieres de

mí?

—¡Ah, no lo sé! —Se rio—. Creo que lo que quiero pedirte es que tengas paciencia con él, que no te rindas.

Me quedé mirándole sin decir nada.

—No le rompas el corazón, Lena. Joder, casi ni sabe que lo tiene, pero lo tiene. Y sé que mi hermano es bueno, de verdad. Solo te pido que le des la oportunidad de averiguar cómo manejarlo adecuadamente. Solo eso.

—David...

Alzó la mano para que no hablara. Lo cierto es que no sabía qué decir.

—Piensa en ello.

—Yo también necesito que tú recuerdes una cosa —acerté a decir—. Por favor.

—¿De qué se trata?

Respiré hondo, aprovechando para escoger las palabras con mucho cuidado.

—Después de lo de Idaho, cuando se presentó tu madre, dijiste ciertas cosas que le dolieron, y muchísimo.

Su mirada se oscureció.

—Lena...

—En su momento, él te protegió de vuestra madre, mucho más de lo que te imaginas. No puedo... —Me encogí de hombros y me palmeé los muslos con ambas manos—. Bueno, no debo decir nada más, en realidad. Pero tu hermano necesita que te pongas de su lado en todo lo que se refiere a ella. Es más, se lo merece, pase lo que pase.

David miró al suelo y asintió lentamente.

—Lo sé. Y así lo haré, Lena.

—Gracias.

Me miró pensativamente.

—Creo que los dos lo queremos mucho, ¿verdad?

Separé los labios para confirmarlo, pero no me salieron las palabras. Se evaporaron.

Sonrió y salió del despacho. Yo permanecí allí sentada un buen rato, mirando la puerta por la que se había marchado, pensando.

CAPÍTULO 16

Era alrededor de medianoche cuando entró de puntillas. No pude evitar sonreír al imaginarme a Jimmy colándose en mi habitación misteriosamente con las luces apagadas. Era divertido, la verdad. Casi como volver a tener dieciséis años.

—Lena... —susurró mientras se metía en mi cama—. ¿Estás despierta?

Tras la pelea, la reconciliación, la nueva pelea y la conversación con David, lo cierto es que estaba mentalmente agotada, desbordada. Necesitaba alejarme emocionalmente un poco de todo eso, airearme, así que decidí fingir que estaba dormida. Por otra parte, también me producía curiosidad saber qué haría si no le contestaba.

Después de acabar la sesión de grabación, Jimmy había salido con Ben a correr un poco. Yo me preparé algo de comer y subí a mi habitación. Como os podréis imaginar, eso de subir las escaleras con la bota ortopédica y una bandeja no me resultó nada fácil. No es una de las mejores ideas que he tenido, desde luego. Pero todavía había gente en el piso de abajo y, la verdad, necesitaba un poco de tranquilidad, de tiempo para mí misma, con buena comida y la cámara nueva.

Sería agradable desconectar un poco, después de tanta intensidad.

Jimmy se metió entre las sábanas, y el colchón se movió con su peso. Yo estaba de espaldas, con el pie en alto sobre unas almohadas. Durante un rato pareció contentarse con estar a mi lado. Tenía los oídos muy alerta, ávida de

escuchar hasta su respiración, de sentir cualquier movimiento de las sábanas. ¿Para qué había venido? No podía ser otra cosa que ganas de echar un polvo, sin lugar a dudas. Fruncí el ceño en la oscuridad intentando tener una intuición, o una revelación divina, o lo que fuera, pero ni por esas. No entender nada parecía ser el tema del año.

—Me he disculpado con Dean —susurró.

—¿De verdad?

—Sí.

—Estupendo. Me alegro mucho. —En ese momento noté que sus dedos empezaban a explorar mi cuerpo. Primero en la cadera, donde se detuvieron un momento, y después palparon la camiseta, en busca de huecos. Había unos cuantos.

—Es mi vieja camiseta, ¿verdad? Esa por la que te pregunté. —El colchón se movió otra vez cuando se acercó un poco más y estiró el brazo para encender la lamparita de la mesilla de noche. Pese a que tenía los ojos cerrados, pude notar el resplandor. Esperé un momento para abrirlos y lo vi inclinado sobre mí, un poco borroso, puesto que no llevaba las gafas—. ¡Sabía perfectamente que me la habías quitado!

—¿Quién, yo? No tengo ni idea de cómo pudo mezclarse con mi colada.

—Eres una mentirosa. Y lo haces fatal.

Le dediqué una sonrisa de desprecio. Si pensaba que iba a devolvérsela, podía esperar sentado. Ni soñarlo, vamos.

—Eso no es muy amable de tu parte —le dije.

—Si quieres que sea amable... —empezó, con voz seductora hasta extremos insospechados—, puedo serlo.

—Ya lo sé.

—Oye... Cuando vi a Dean se me fue la olla. Tenías toda la razón, estaba celoso —soltó un taco, pero apenas audible, y enseguida volvió a acariciar «mi» camiseta. Metió el pulgar por debajo de ella y, con mucha suavidad, empezó a tocarme el vientre desnudo. La sensación fue muy dulce, un cosquilleo incitante. Quería echar un polvo, estaba claro, y me avergoncé un poco al pensar que no me importaban sus claras intenciones sexuales; todo lo contrario. Si lo supiera mi madre, me reñiría mucho por ser tan fácil.

Durante un momento dejé de respirar. Era así de boba en todo lo que se refería a él.

—Háblame —dijo murmurando dulcemente.

—¿De qué? —pregunté en el mismo tono.

—De lo que sea.

¿Qué podía decir? Me volví para mirarlo. Tenía la cabeza apoyada en la otra almohada, ni muy cerca ni muy lejos. La distancia perfecta para hacer caricias o para hablar. Sería una maravilla que cada noche lo último que yo viera fuera su cara. Y despertarme cada mañana con él a mi lado.

—¿Quieres que te haga un trabajito ahí abajo? —Más movimiento de dedos sobre mi estómago, que lograron que mis partes bajas se pusieran absolutamente alerta, ávidas de dejar entrar a los asaltantes. Si la cosa seguía así, mis bragas se iban a echar a perder. Se apoyó sobre un codo, aunque más que ver lo que hacía, lo sentía—. Lena... ¿todavía estás enfadada conmigo por lo de Dean?

—No, no lo estoy. Aunque me gustaría que no sintieras la necesidad de hacer ese tipo de cosas. Tenemos que dejar de pelearnos todo el tiempo, me saca de quicio.

Me agarró la cadera con cierta fuerza.

—Quieres decir que deje de cagarla a todas horas, ¿no?

—Quiero decir que ambos tenemos que buscar la forma de no cabrearnos el uno con el otro por todo lo que hacemos.

—Mmm. —Deslizó la mano desde la cadera hacia una de mis nalgas. ¡Qué sutil!—. Creo que tengo algo que podría ayudar a que no te cabrearas.

—Lo dudo. Estoy herida, y pesas mucho.

Soltó una risita.

—Lo digo en serio, Jimmy. Tenemos que aprender a vivir en paz y armonía, antes de que, un día de estos, uno de los dos se cargue al otro, bien por accidente o bien a propósito. —Acerqué la mano para acariciarle el pelo. De entrada, y como era habitual, se puso algo rígido. Pero inmediatamente se relajó y me dejó hacer. Era como relacionarse con un animal salvaje; nunca sabías cuándo iba a enseñar los dientes. Siguió acariciándome las nalgas, hasta que apretó un poco más fuerte.

—Los dos tenemos mucho carácter —dijo—, pero la verdad es que eres rencorosa. Y mucho.

—¡Joder, Jimmy! Me dejaste sin bragas y tirada en la mesa de la cocina. No creas que me resultó nada fácil bajar de ahí con esta maldita bota.

—Lo siento mucho. Fue una auténtica gilipollez. —Lo soltó directamente, sin dudar lo más mínimo. Quizá todavía quedaran esperanzas.

—Estás perdonado, gracias por la disculpa. Bueno, ¿y qué es lo que pasa ahora? —pregunté—. ¿Te aburrías en tu habitación?

—Algo así. —La sombra que proyectaba me alcanzó de lleno.

—¿O es que querías algo en concreto? —Deslicé la mano por su cuello, probando la potencia de su musculatura. El tacto de su piel era muy agradable, suave y cálido. ¿Se quitaría la camiseta si se lo pedía con amabilidad? ¡Qué malvada, mi mano! Me obligaba a tener todo tipo de malos pensamientos.

—No quería irme a dormir sin hablar antes contigo —explicó—. Ha sido un día de lo más intenso. Y te fuiste a la cama pronto.

—¿Me echabas de menos?

Respiró hondo y asintió.

—Eso está bien —dije—. A las chicas nos gusta que nos echen de menos. —Pasé mi pulgar por la línea de su mentón. Me mordió el dedo, lo cual me sorprendió. No había imaginado nunca a Jimmy como una persona juguetona. No me soltó el dedo, y tiré para liberarlo.

—¡Eres un animal! —Me reí cuando conseguí por fin apartar la mano. Ya estaba bien de tonterías; me apetecía sexo.

Pese a lo que me aconsejaba mi cerebro, el deseo ya había anidado en mis entrañas y tenía los muslos tensos. Me senté y Jimmy se echó un poco para atrás, manteniendo la misma distancia entre nosotros.

—Bésame —exigí.

Me apretó la cadera.

—Abre las piernas, déjame comerte.

—Primero quiero un beso.

—Besaré tu dulce coñito. —Otro apretón, esta vez en el muslo—. Vamos, Lena, abre las piernas.

La verdad es que aquello me apetecía. Pero no sé por qué demonios a veces una intuye que pasa algo. Y en ese momento pasaba algo más. Acerqué la mano a la mesilla para ponerme las gafas.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nunca me has besado.

Soltó una carcajada. Estaba adorablemente desaliñado, con el pelo revuelto, después de un día de mucho trabajo.

—Cariño, solo lo hemos hecho una vez...

—La mayoría de la gente se besa antes de hacerlo. Es una especie de tradición. Mira, ni siquiera me besaste esta tarde, cuando estabas dedicándole a Dean tu representación varonil o lo que fuera. Solo apretaste la mejilla contra mi frente.

—¿Sabes? La camiseta te sienta estupendamente —afirmó mientras me acariciaba los pezones. Estaba muy bien que me lo dijera, aunque no tenía nada que ver con lo que yo le había dicho.

—No lo haces, ¿verdad? —acerté a decir, y vi cómo miraba a todas partes, aquí, allá, otra vez aquí... En fin, a cualquier sitio que no fuera mis ojos—. Lo de tocarse está bien. Pero eso de besarse ya son palabras mayores, ¿no?

Negó con la cabeza y apartó la mano de mi pierna.

—Lena...

—Tengo que reconocer que meter la cabeza debajo de la falda de una chica es un método excelente para evitar besarla en la boca. Matrícula de honor, Jimmy, es un plan verdaderamente eficaz.

En su honor hay que decir que fue capaz de mostrar somnolencia.

—Se trata de algo demasiado íntimo, ¿verdad? —insistí.

—¡Vaya estupidez! —gruñó—. ¿Cómo va a ser algo muy íntimo? Si me gusta comerte el coño, ¿por qué me iba a dar miedo tu cara?

—No lo sé. Dímelo tú.

Al parecer decidió no hacerlo, porque mantuvo los labios firmemente cerrados.

—Me apetece besarte, Jimmy. Me lleva apeteciendo desde hace mucho, casi desde que te conozco. ¿Me besas ahora?

En lugar de hacerlo, frunció el ceño. Tenía las cejas muy bajas.

—Ven aquí, no pasa nada. —Lo agarré por el cuello de la camiseta y tiré de él—. Soy yo, ¿no te das cuenta?

Solo se acercó unos centímetros.

—No es algo que me encante hacer —admitió—. No es por nada, solo que a cada uno le gusta lo que le gusta, ¿sabes?

—Sí, lo sé. —Intenté que se acercara un poco más—. Es solo que me apetece, quiero probar a qué saben tus labios.

—A las otras chicas no les importaba. No es que las dejara con ganas, me aseguraba de que llegaran al orgasmo.

—Eso está muy bien... —Y un poquito más cerca.

—Lo único que pasa es que... no me gusta estar tan cerca de la cara de nadie, ¿sabes? Demasiado cerca para mí. No me gusta. Ya he besado antes a alguna chica. Sí, lo he hecho, pero no me gusta.

—Entiendo. —Muy despacio, me fui acercando hasta que nuestras narices casi se tocaron. Seguía con el ceño fruncido y una expresión desdichada—. Besémonos solo un poquito. Tampoco es para tanto.

—No, si ya lo sé —dijo haciendo una mueca.

—Y si de verdad no te gusta, me lo dices y paro.

Asintió dubitativamente.

Con toda la suavidad y la dulzura que pude rocé mis labios contra los suyos. Durante todo el tiempo ambos mantuvimos abiertos los ojos. Él se pasó la lengua por los labios y exhaló un ligero suspiro. Al ver que no salía pitando de la cama para escapar, me atreví a intentarlo una vez más. Solo un besito en su precioso labio inferior. Se encogió ligeramente, pero no lo retiró.

Ladeé un poco la cabeza y volví a besarle en el mismo sitio, aunque ampliando un poco la zona de contacto.

—¿Qué te ha parecido? —pregunté muy bajito, mientras sentía en mis labios su cálido aliento.

—No ha estado mal. No me ha molestado —contestó, encogiéndose de hombros.

—¿Quieres que probemos otra vez?

—De acuerdo, un poco más.

—¿Por qué no abres un poquito la boca, así...?

Entreabrió los labios y se quedó quieto, dejando que yo tomara las riendas. La expresión dubitativa dio paso a la curiosidad, y sus ojos se fueron cerrando.

—Gracias. —Le acaricié los labios, tomándomelo con calma—. Tienes una boca preciosa, Jimmy, y tus labios son muy cálidos, muy suaves.

Hizo un ruido con la garganta, que tomé como una buena señal.

—¿Sabes? Me moría por besarte —le confesé.

Nuestras narices se tropezaron y sonreí, cambié la inclinación de la cabeza y fui a por más. Abrí un poco los labios, besando los suyos lentamente, una y otra vez. Sentía su aliento en la cara, y el tacto de su barba incipiente sobre la piel. Quería hundirme en él, conocerlo por dentro y por fuera. Protegerlo, cuidar de él, animarlo y amarlo. Muy despacio se fue inclinando y nos encontramos a mitad de camino. Cuando rocé su labio inferior con la punta de la lengua se retiró aspirando y abrió los párpados.

—¿Prefieres que no use la lengua? —pregunté.

—No, con lengua está bien. —Sus ojos parecían aturridos, con las pupilas dilatadas.

—¿Puedes abrir un poquito más la boca, por favor?

Asintió, y obedeció de inmediato. Me levantó la pierna con la mano, y sentí sus fuertes dedos acariciándome el muslo. Esta vez, cuando me incliné, él también lo hizo. ¡Misión cumplida! Por mis venas discurrió una bocanada de euforia. ¡Le apetecía besarme! Incliné la cabeza y cubrí su boca con la mía, suavemente, deslizando la lengua por sus dientes, explorando. Él inspiraba y espiraba.

Con cierta timidez, su lengua se juntó con la mía. Un rápido toque, y retroceso inmediato. Yo seguí a lo mío, investigando su boca, tentándole a que fuera más allá. Su sabor era increíblemente bueno. Entonces su lengua se juntó con la mía una vez más, pero esta vez la aceptó y jugó con la mía, haciéndome gemir. El beso se fue haciendo cada vez más profundo, más ávido, más prolongado. Cuando finalmente terminamos, los dos nos quedamos sentados, jadeantes y mirándonos con los ojos muy abiertos.

—¿Qué te ha parecido? —pregunté.

No dejaba de mirar mis labios, los que acababa de besar, como si no

hubiera otra cosa. Se tocó la boca con cuidado.

—Contigo no ha estado tan mal.

—¿No?

—Uno más. —dijo y me agarró por la nuca con una mano, y me atrajo hasta que nuestras bocas volvieron a juntarse. Esta vez nuestros labios y nuestras lenguas se enzarzaron en una especie de lucha por el control, aunque la batalla fue de lo más dulce. Al final ganamos los dos, lo tengo claro.

Sin dudarlo, agarró el cuello de la camiseta y tiró de él para sacármela por la cabeza y lanzarla al aire. Me tomó los pechos, como si los sopesara.

—Mmm... Necesitaba hacer esto.

—¿De verdad?

—Sí, sí. Tus tetas son increíbles. Parece que me estén pidiendo que las acaricie. —Con los pulgares me tocó los pezones, provocando al instante que se irguieran. Noté los pechos duros, y de inmediato mi entrepierna se excitó de una manera increíble. Casi me daba vergüenza lo fácilmente que conseguía que me pusiera húmeda. Pero inmediatamente me invadió un sentimiento de confianza, al ver lo mucho que disfrutaba con mi cuerpo. Me acarició las caderas con los dedos y la curva del vientre. Me gustaba mucho comer, así que jamás estaría esquelética. ¡Magnífico! No vi ni una sombra de duda en su expresión, solo reconocimiento. El hecho de tenerlo tan cerca y sus manos sobre mí eliminaron de mi mente cualquier otro tipo de pensamiento. Solo me importaba el aquí y el ahora.

Dio un pellizquito muy ligero a mis pezones y me estremecí.

—¿Están sensibles? —preguntó.

—Sí.

—¿Quieres que pare?

—¡Ni se te ocurra!

—Eres increíblemente sexy —murmuró—. No sabes cuánto.

—Nunca he notado que me miraras de esa manera.

—Pues no era capaz de evitarlo. Y lo intentaba con todas mis fuerzas, créeme. Pero me empezó a pasar desde el momento en que te conocí, en la oficina de Adrian. Llevabas esa camisa blanca y apretada, y me mirabas como si fueras a despedazarme. Me costó muchísimo no comerte viva allí

mismo.

—¿De verdad te acuerdas de cómo iba vestida cuando nos conocimos?

—Sí, claro. Tampoco es tan raro.

No estaba muy segura de eso. Quizá se trataba de que quería que se cumplieran mis esperanzas, y eso era un paso, o me lo parecía.

Se rió libidinosamente.

—Y cuando íbamos a hacer *jogging*... ¡Mierda! No te compres nunca un sujetador de deporte. Creo que me echaría a llorar si no pudiera verlas moverse cada mañana.

—Tampoco están tan mal.

—¡Qué dices, tan mal! No podrían estar mejor.

—¿En qué más se ha fijado usted, señor Ferris el *voyeur*?

Otra sonrisa maliciosa. Me encantaba. Y mientras tanto no paraba de acariciarme los pechos, moldeándolos a su antojo con los dedos y volviéndome loca de gusto. Mis pulmones luchaban a brazo partido por seguir el ritmo, estaba muy excitada. Parecía como si hubiera una línea directa de terminaciones nerviosas entre los pezones y el sexo. Como siguiera así, me iba a correr enseguida.

—¿Bueno, qué? Dime —pregunté, logrando controlar un poco mi jadeante respiración—. ¿En qué más te has fijado?

—En tu trasero, cuando subías las escaleras. Lo único que quería era agarrarlo, o darle cachetes, o ambas cosas.

—¡Ahá, así que por eso me dejabas pasar siempre! —dije haciendo un mohín—. ¡Serás sucio...! ¡Y yo que pensaba que era solo cortesía...!

—Sí, lo soy —concedió—. Ponte de espaldas.

Le obedecí y me tumbé hacia atrás. Todo mi cuerpo temblaba de excitación. Siguió cubriéndome con sus poderosas manos, mientras sus dedos jugaban con mis pezones. ¡Qué sensación tan magnífica! Anhelaba muchísimo, con toda mi alma, lo que estaba por venir. Tenerlo tan cerca, sentir cómo me tocaba, era ya una recompensa en sí misma, tanto externa como interna. Sentía como si resplandeciera cada vez que se acercaba a mí. Ese era el efecto que me producía.

Deslizó las manos hasta llegar al borde de las bragas. El calor de su

mirada hizo que mi sexo ardiera como si le acercaran una cerilla.

—Necesito que estés desnuda —murmuró, mientras deslizaba las bragas por las piernas.

La verdad es que me ponía un poco nerviosa estar completamente desnuda delante del hombre de mis sueños. En la mesa de la cocina estuve en todo momento vestida, casi al completo. Pero ahora no llevaba nada puesto, ni siquiera la ropa interior. Nada. Allí estaba todo, a la vista. Jimmy Ferris, mundialmente reconocido, la mejor voz del *rock and roll*, me repasaba con la mirada, y exhaustivamente. Por un momento, mi pudor fue inconmensurable. Pero no había nada en él que lo justificara; y como vino, se fue. Su cara era la expresión pura del deseo. Sentí una enorme calidez. Era hora de meterse en faena definitivamente. Ya mismo.

—Jimmy...

—¿Mmm? —Levantó con cuidado mi pierna mala y la movió con delicadeza hacia un lado, apartando también las almohadas. Mis piernas quedaron abiertas, dejando espacio suficiente para él.

—Desnúdate tú también —le pedí—. Quiero ver tu cuerpo.

Se bajó de la cama y casi al tiempo que lo hacía se quitó la camiseta. Después se desabrochó los pantalones, se detuvo un momento para sacar un preservativo del bolsillo y lo lanzó a la cama.

No llevaba ropa interior. Nada de nada: ni unos boxers, nada en absoluto. ¡Madre mía, qué visión! Dejé de respirar y me entraron palpitations. ¿Cómo demonios habría podido trabajar a su lado sabiendo que no llevaba nada debajo de los pantalones? Cuando me ponía a pensar en él, mi mente se llenaba de obscenidades. Lo dicho: no habría sido capaz de despegar los ojos de su entrepierna, ni estando quieto ni moviéndose de acá para allá.

Estaba condenada, sin futuro profesional a su lado.

—¿Pasa algo? —preguntó, mientras subía a la cama y se ponía de rodillas entre mis piernas.

Abrí la boca, pero no me salió palabra alguna.

Su sexo, grande y turgente, me señalaba como una especie de dedo acusador. ¡La necesitaba dentro, ya! Estaba absolutamente preparada para él, aquí y ahora. Ansiaba que me penetrara, abrazarle con todas mis fuerzas,

apretarle contra mí. El día que Jimmy nació, alguien debió de estar muy inspirado en el cielo. Hasta ese momento, tengo que decir que los penes nunca me habían resultado particularmente estéticos. Pero el suyo me parecía muy bien proporcionado, y en esa posición erecta estaba un poco inclinado hacia la izquierda. Era una o dos tallas por encima de la media, lo cual no me sorprendió: era típico de él ir siempre un poco más allá. Una gota de líquido blanquecino asomaba por la punta, y se me hizo la boca agua. Completamente absorbida, vi cómo desenrollaba el preservativo.

—Lena, concéntrate. ¿Qué pasa? ¿Por qué has fruncido el ceño?

Fascinada, no podía apartar la vista de su pene. Incluso recubierto de látex, era algo precioso. De haber tenido algo de talento, le hubiera escrito un poema. Un haiku, quizá.

—Lena...

Estaba hipnotizada, desarmada. Paralizada por su polla.

Jimmy soltó un taco y se acercó para poner su cara a la altura de la mía.

—¡Oye, mis ojos están aquí!

—¿Co... cómo? —Era obvio que mi autocontrol y Jimmy empalmado no podían coexistir de forma pacífica en el mismo lugar.

—Te has distraído —dijo en tono acusador, con el pelo sobre la cara y mirándome fijamente.

—No es culpa mía. Te has desnudado y...

—Es lo que querías, ¿no? —me interrumpió.

—Sí, sí.

Esbozó una media sonrisa y se incorporó sobre las rodillas.

—No te vayas. —Estiré las manos para sujetarlo por la cintura—. Por favor, hazlo así, quiero que estés encima de mí.

—¿Te apetece la postura del misionero? —Se puso las manos en las caderas, con los dedos encima de esas líneas increíbles que conducen al tipo de vientre que solo tiene la gente que está en forma de verdad—. ¿En serio es esa tu fantasía sexual?

—Sí. Y la próxima vez podríamos utilizar una de esas sábanas que tienen un agujero justo a la altura de nuestras partes, porque si te miro me distraigo. —Para apoyar la explicación hice un gesto con las manos, bastante universal,

extendiendo el índice de una mano y haciendo un agujerito con el pulgar y el índice de la otra. Después los hice coincidir varias veces—. ¿Me sigues?

La verdad es que la mirada que me echó fue de todo menos divertida.

—Tenemos que establecer una regla que impida las bromitas estúpidas o las discusiones cuando estamos follando, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, de acuerdo. Ha sido culpa mía.

Más negaciones con la cabeza.

—Bueno, ¿podemos volver al asunto? —dijo, algo molesto.

—Sí, por favor... Acércate. —Abrí los brazos y le hice señas para que me abrazara.

—Solo por esta vez —dijo—. Hoy en día nadie usa la postura del misionero. Dicen que es aburrida.

—Sí, lo sé, tienes razón. Mi repertorio sexual se ha quedado un poco anticuado. Te agradezco mucho que seas tan indulgente conmigo —bromeé, pero él no lo pilló.

Su calor me envolvió. Inmediatamente lo rodeé por la cadera con la pierna buena, y también por el cuello con los brazos. Solo por si intentaba escaparse. Su cuerpo, grande y cálido, me hundió en el colchón y me sentí en la gloria sexual.

—Si te aplasto, me lo dices.

—No me aplastas.

De todas formas, se apoyó con los brazos, de forma que mis pechos tocaban su torso. Hasta el ligero roce del vello de su pecho, que le llegaba hasta el vientre, contra mi piel era una delicia para mis sentidos. Situó la polla, dura y caliente, contra mi sexo, preparado y expectante. Era imposible no intentar ningún tipo de roce más íntimo y alocado en tal situación de espera. Intenté levantar un poco más las caderas para tener más contacto, siempre procurando no hacerme daño en el tobillo. Él me miraba con el ceño algo fruncido y la frente tensa. Me pareció ver en sus ojos una expresión de curiosidad. Como si no recordara cómo me había puesto ahí, debajo de él.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí. —Se detuvo, como si fuera a decir algo más, pero no lo hizo. En lugar de eso, inclinó la cabeza y acercó sus labios a los míos. Una, dos, tres

veces. ¡Qué dulce! Me pasó la lengua por el labio inferior y creí que me derretía.

—¿Así? —preguntó.

—Estupendamente. —Abrí la boca para demostrarle que aceptaba encantada la invitación. Y me besó a fondo, ¡vaya si lo hizo! Puede que antes pensara que besar no era lo suyo, pero aprendía deprisa, no había perdido ni una pizca de tiempo. Se podría decir que nos comimos la boca mutuamente. Igual no resultó muy bonito, pero sí caliente como el propio infierno. Se mezclaron las lenguas, chocaban los dientes, y ni siquiera paramos para respirar. Respirar es de cobardes. Por supuesto, me quité las gafas. Si no lo hubiera hecho, se habrían roto, seguro.

Empezó a presionar mi sexo con el pene, acariciando mis labios menores. No pensaba que fuera posible, pero eso me excitó todavía más. Si alguna neurona seguía durmiendo, seguro que se despertó. Por allí abajo todo estaba húmedo e impaciente, absolutamente preparado para recibirle. Su presencia, su olor, su sabor, todo lo que tuviera que ver con Jimmy me excitaba a tope. Antes ya había tenido sexo intenso, pero cuando estás enamorado de verdad, es otra cosa; no tiene nada que ver con lo conocido en el pasado. Cuando hay amor por medio, todo es distinto, y sin duda maravillosamente mejor.

En un momento dado apoyó todo el peso de su cuerpo sobre un solo brazo, dejando el otro libre. Con la mano se colocó el pene donde debía y lo movió para golpear ligeramente mi punto sensible.

—¡Oh, Dios! —exclamé, seguramente pegada a su boca.

Movió las caderas en dirección a mí, y apretó fuerte. Fue perfecto.

Hacer el amor con Jimmy era una exquisitez absoluta. Con un movimiento muy suave me penetró, me llenó y puso en estado de incendio mis entrañas, hasta el último milímetro. Su sexo era grande, lo suficiente como para llenarme por completo. Absolutamente insuperable. Con él dentro de mí, encima de mí, tenía todo lo que podía esperar del sexo, absolutamente todo. Eso que se suele decir de que dos se convierten en uno, alcanzaba su dimensión más plena y real. Éramos uno, sin más. Puede que David tuviera razón al decir que yo era la nueva droga de Jimmy. Pero, además, él también era la mía, sin lugar a dudas.

Éramos una nueva entidad viva, nacida del éxtasis. Una locura, pero así era.

Jimmy se movía una y otra vez en mi interior. Cuanto más besaba su piel, ahora algo sudada, más satisfecha me sentía. Él me acariciaba el pelo suavemente, y seguía besándome con ansia. Como antes, era un inacabable batalla por el dominio, que ganábamos los dos. Cada vez me penetraba con más fuerza y con movimientos más rápidos. De mi garganta salió un sonido que no recordaba haber producido nunca, a medio camino entre gemido y gruñido.

No podía controlarme, había perdido la voluntad. Quería llegar...

Bajó la boca hasta mi barbilla, y después al cuello. Lo mordisqueó con suavidad. En ese momento apreté más los muslos y el sexo. Jimmy gruñó y avivó el ritmo todavía más. Notaba sus palpitaciones. Entonces pensé que, si disfrutaba más, acabaría muriéndome, pero me daba igual: merecía la pena.

Me pareció que pasaba un montón de tiempo, aunque no tenía ni idea de cuánto. Lo ocurrido en la mesa de la cocina no había sido más que una especie de sinopsis. Conmigo de espaldas y sobre la cama tuve ocasión de ver la película entera.

Estábamos follando como locos, así de simple.

Me agarró el muslo con la mano libre y lo apretó contra él, manteniendo mi pierna sana alrededor de su cintura. Me atrapó la intensidad de su mirada, y me atreví a mostrarle sin tapujos todo lo que estaba consiguiendo de mí y conmigo, lo mucho que me estaba impactando. En ese momento era él quien controlaba mi cuerpo, no yo. Era como si las líneas de su rostro y de su cuerpo estuvieran delineadas en piedra, como si tuviera una máscara de concentración. Todo lo que podía hacer era apretarme contra él, mantenerlo lo más unido posible a mi cuerpo. Su pelvis impactaba contra la mía, penetrándome más y más, llevándome a las alturas...

—Jimmy... —gemí.

Todo dentro de mí se tensó y vibró, cada músculo tembló, antes de llegar del todo. Metió la polla muy muy dentro, su base me rozó el clítoris y, ¡catapún!, fuegos artificiales. Como si el cielo se llenara de cohetes y luces de colores brillantes. Mi cuerpo explotó de placer. No sé cómo estallará una

supernova, pero seguro que lo hace con menos intensidad. Mis músculos más internos se apretaron contra su pene, y hundí los dedos en su espalda. Si no hubiera tenido cerrada la garganta, seguro que habría hundido la casa con mi grito.

Cuando me recompuse, Jimmy estaba retirándose despacio.

—¡Oye! —susurré.

Un golpe seco. Su cuerpo golpeó el colchón y di un bote. Estaba cubierta de sudor desde la frente hasta el dedo gordo del pie, y me invadía una especie de sublime letargo. Me pareció que tardaba una eternidad en recuperar el resuello.

—¿Jimmy?

Estaba tumbado de bruces, y noté el movimiento de las costillas. Así que a él también le estaba costando recobrar la respiración normal. ¡Eso lo había conseguido yo solita! Bueno, yo y mi vagina, porque trabajábamos en equipo. De vez en cuando notaba el espasmo de un músculo, en el muslo, en el vientre... Las últimas réplicas del orgasmo. Mis piernas parecían de gelatina, débiles e inseguras.

—¿Estás bien? —pregunté, y me atreví a acariciarlo. Pasé los dedos por su brazo, desde el hombro hasta la mano.

—¡Sí! —Enlazó sus dedos entre los míos.

Se dio la vuelta para ponerse de espaldas y quitarse el condón. Lo colocó en un pañuelo de papel. Chico limpio.

—¿Por qué no hacemos esto cada mañana en vez de esa bobada del *jogging*? —pregunté.

Sonrió.

—Creo que me gusta más esta forma de quemar calorías.

—Haremos las dos cosas —dijo, y me apretó los dedos.

—Vaaale —concedí un tanto a regañadientes, acercándome un poco más al calor de su cuerpo. Me encantaba el olor de la habitación después de hacer el amor. Si el mundo fuera perfecto, lo metería en una botella y lo llevaría conmigo a todas partes.

—¿Te importa que me quede aquí contigo? —me pidió cariñosamente.

—No. Todo lo contrario, me encanta. —Estiré las sábanas y apagué la luz.

Me sentía muy bien, y me invadió una especie de naturalidad que no sentía desde hacía mucho tiempo. Completamente a gusto, como si todo estuviera en su sitio. No me soltó la mano en ningún momento.

—Estoy agotado —murmuró.

—Duerme —sugerí.

Noté que asentía.

Y nos dormimos. Tuve unos sueños maravillosos.

CAPÍTULO 17

—Lena, haz algo, anda —me provocó Jimmy.

—Ya lo estoy haciendo —dije, apuntándole con mi cámara mientras estaba sentado en el banco de ejercicios.

Empezó a golpear con los puños el *punching ball*, una y otra vez. No era de extrañar que esa mañana tuviera mis ingles algo doloridas, a juzgar por la enorme potencia que era capaz de desplegar. Y, por otro lado, ¡menuda vista, madre mía! Solo llevaba unos pantalones negros de entrenamiento y zapatillas de deporte. Iluminado por la brillante luz eléctrica, su torso brillaba intensamente, y se podía apreciar su desarrollada musculatura. Me encantaba observar las nítidas líneas de su rostro, la determinación de su mirada y de sus labios... En fin, todo. No me aburriría ni aunque me pasara toda la vida observándole.

—Verme trabajar con el saco no es hacer algo. —Dejó de golpear y respiró hondo varias veces seguidas.

—También te estoy haciendo fotos. —Levanté un poco la nueva y reluciente cámara, y disparé un par de veces para demostrar lo mucho que estaba trabajando—. No te importa que te fotografíe, ¿verdad?

—No.

—Estupendo. ¿Te importaría desnudarte, por favor? Me gustaría sacarte unas cuantas fotos sin nada de ropa.

Me miró de aquella manera.

—Es por motivos artísticos, lo prometo.

—No me lo creo —afirmó, y empezó a desatarse las cuerdas de los guantes de boxeo. Eran un poco menos gruesos que los reglamentarios.

—Ya me encargaré yo de que merezca la pena. —Me moví un poco hacia atrás y empecé a jugar con el escote de mi suéter.

—¿Cómo? —Noté en sus ojos un brillo de interés.

¡Qué maravilloso era disponer de la capacidad de atraer sexualmente a este hombre! Me quedé embelesada solo de pensarlo, y noté como si, dentro de mi cuerpo, las hormonas se hubieran vuelto locas.

—De muchas maneras. A estas alturas ya debes de saber que tengo mucha imaginación cuando estoy motivada. Confía en mí.

Se acercó, despacio y despreocupadamente. Pero en sus ojos yo leía algo completamente distinto.

—¿Quieres jugar, Lena?

—Bueno... —Bajé la cámara—. Anoche me dejaste tomar la iniciativa. No estuvo tan mal, ¿verdad?

—¿Cuándo me besaste?

—Sí.

Acercó su cara a la mía.

—¿Y cuando hiciste que me pusiera encima de ti?

—También.

—Pensaba que no te gustaba mi sudor —dijo, en tono irónico—. De hecho, recuerdo que una vez me lo dijiste así, tal cual, y me sugeriste que me duchara.

—No utilices eso contra mí ahora. En aquel momento trataba de resistirme, era un tema de pura supervivencia —dije con voz ronca. La boca se me estaba haciendo agua, anhelando volver a saborear su piel.

Y entonces empezó a sonar mi teléfono móvil, que estaba al otro lado de la habitación. Jimmy salió casi corriendo para dármele, y miró la pantalla.

—¿Quién es Alyce?

—Mi hermana. —Moví una mano con gesto de rechazo. Apenas habíamos hablado durante el último año, así que, fuera lo que fuese, podía esperar. Justo lo contrario que besar a Jimmy. Eso era inaplazable—. Déjalo, la

llamaré más tarde.

Con una sonrisa malévola tocó la pantalla y se puso al teléfono.

—¿Diga?

¡Maldito seas! Se me cayó el alma a los pies.

—Sí, soy Jimmy Ferris, su jefe. —Dejó de hablar, escuchando muy atentamente—. Sí, claro. Soy de Stage Dive. —Otra pausa, esta vez acompañada de una petulante sonrisita dirigida a mí—. Gracias, no sabía que fueras tan fan nuestra. —Más escucha—. Sí, Lena me ha hablado mucho de ti. De hecho me contó así, por encima, que te habías tirado a su novio y que ahora los dos os vais a casar. Y, dime, ¿te va bien con él?

—¡Jimmy, no! —Mierda, mierda, mierda. Dejé a un lado la cámara y comencé con el delicadísimo proceso de acercarme a él, renqueando por el peso de la bota ortopédica—. ¡No es asunto tuyo! —gesticulé sin apenas elevar el tono de voz.

El muy cabrón dio un paso atrás, y después otro, distanciándose más de mí. Mantenía un gesto serio, o más bien inexpresivo. No parecía gustarle mucho lo que estaba escuchando. De hecho, soltó un gruñido de desaprobación.

—No lo creo, Alyce. Verás... La cosa es que, sea como fuere, le robaste el novio a tu hermana. Y a no ser que tu llamada sea para disculparte, lo cierto es que no se me ocurre de qué más podéis hablar. Me importa una mierda si era amor verdadero o no. No hiciste lo que debías. ¿Y quieres saber por qué lo tengo tan claro? Pues porque yo le hice algo parecido a mi propio hermano. Fue una putada, no controlé mis deseos y le hice mucho daño. Lo cierto es que deseaba a aquella mujer, sí, pero aun así, no debí comportarme de esa manera con mi hermano. ¿Qué me dices, Alyce?

Hice el gesto de rajarle el cuello con un cuchillo, mientras seguía arrastrándome torpemente hacia él, tan rápido como me lo permitían el pánico y mi esguince. Cuando llegué a una distancia lo bastante adecuada para arañarle, Jimmy me agarró por la cintura y me alejó tanto como le permitía su brazo extendido. Luché y me agité para librarme de él, pero ambos sabíamos que yo tenía la batalla perdida de antemano.

—Lo que estás haciendo no ayuda nada —susurré—. ¡Déjalo ya!

—Sí, creo que soy el protector de Lena. Además, puede que no sea otra cosa que la persona más adecuada para llamar por su nombre a esta situación.

—¡Dame el teléfono! —Me estiré para intentar arrebatárselo, pero mis dedos resbalaron por su piel sudorosa. ¡Maldito cuerpo!

La voz de mi hermana sonaba lejana. Apenas era capaz de entender las palabras. Sin embargo, sí que me llegaba bien su tono, histérico hasta el extremo. Apostaría cualquier cosa a que la princesa perfecta no estaba disfrutando ni un pelo con esa conversación. Por una parte, eso me gustaba, pero lo cierto era que tenía ganas de arrancarle la piel a tiras a Jimmy por meter la nariz donde no le importaba. Pese a todo, no quería desatar la guerra total con Alyce. Y eso era lo que precisamente iba a pasar si seguíamos en ese plan.

—Pásamela, por favor.

No me hizo el menor caso.

—¡Jimmy! —La frustración me inundó por completo, y le di una bofetada. Sé que no debí hacerlo, pero lo hice.

Su reacción fue inmediata. Me miró desde arriba y me pegó a su vez con la mano abierta en pleno trasero, bien fuerte. Pegué un grito, sentía arder la nalga.

—No vuelvas a hacer eso, Lena —me ordenó y me hizo un gesto para que le dejara seguir hablando.

—Dame el maldito teléfono. —Lo agarré del brazo, intentando que lo bajara, pero era condenadamente mucho más fuerte.

—¿Me tomas el pelo, joder? —Él seguía hablando con mi hermana, y en ese momento su voz expresó la más absoluta incredulidad—: ¿De verdad esperabas que Lena lo olvidara todo y aceptara ser una de las damas de honor en tu boda con su exnovio? Pero ¿crees que se ha vuelto loca? ¿Qué pasa, que también te has tirado al novio de esa amiga tuya que ha renunciado a ser dama de honor?

Pude escuchar gritos consternados bramando desde mi teléfono.

—¿Quiere eso de mí? —pregunté asombrada. Seguro que había entendido mal. Alyce no podía ser capaz de pedirme algo tan horrendo y fuera de lugar. Tenerme de pie, frente al altar, mientras se casaba con mi ex, el hombre que

me había robado con todas las de la ley, tal como estaba diciendo Jimmy—. De ninguna manera.

Me hirvió la sangre de puro furor. Podía sentir el vapor saliéndome por las orejas.

—¡Maldita imbécil, insensible, mimada, jodida cerda! —grité a pleno pulmón. Para asegurarme de que mi queridísima hermana lo escuchaba.

Jimmy levantó las cejas hasta el techo.

—¡No me lo puedo creer, Alyce!

Por fin me acercó el teléfono y me lo llevé a la oreja.

—¿De verdad esperas que acepte ser tu jodida dama de honor? Alyce, yo me fui. Hice todo lo pude para no montar ningún drama, porque todo el mundo se quedó alucinado cuando se enteró de vuestro compromiso. ¿Cómo te atreves a pensar que no me importó? ¡Se supone que eres mi hermana! ¿Acaso eso no significa nada para ti?

—Lena —farfulló mi hermana. ¡Parecía sorprendida de verdad, la muy descerebrada!—. Yo... Mmm...

—¡Pero si nunca me pediste perdón! Por Dios, Alyce, con que hubieras reconocido una sola vez que lo que hiciste estuvo mal, lo hubiera dejado pasar, ¿comprendes? Te habría perdonado. —Apoyé mi costado en Jimmy, buscando algo de fortaleza—. Pero actuaste como si tuvieras derecho divino, y que se jodiera el resto del mundo; yo, para empezar.

—Yo... yo le quiero —dijo mi hermana.

—¿Ah, sí? Pues yo también le quería. Y me dolió. Me dolió mucho lo que me hiciste. Lo que me hicisteis los dos.

Con una mano Jimmy me acariciaba la espalda, y con la otra me sujetaba fuerte. Apoyé la mejilla en su pecho y escuché cómo respiraba, y los latidos de su corazón.

—Lo siento —dijo Alyce finalmente, y su voz sonó rota— Yo... Tienes razón. Lo que te hicimos no estuvo bien, y te pido perdón. Debí habértelo pedido hace mucho tiempo. Perdóname, Lena.

Por fin.

Con un gran suspiro solté todo el aire acumulado en los pulmones. Bajé los hombros y tuve la horrible sensación de que había soltado alguna lágrima

durante la maldita conversación.

—Gracias, Alyce.

—¿Vendrás a la boda, por favor? Me gustaría que fueras dama de honor, ya que Tiffany ha renunciado. Pero entenderé que no quieras serlo. En cualquier caso, no quiero que faltes. Eres mi hermana, lo serás siempre.

¡Dios, qué situación! No sabía si podría ser capaz de hacerlo. La ceremonia era dentro de tres días, nada menos. Jimmy me dio un pequeño apretón, solo para mostrarme que seguía allí, conmigo. Eso me ayudó.

—No lo sé, Alyce. Déjame pensarlo.

—Muy bien, lo entiendo. Gracias, Lena. —Colgó.

Con el brazo alrededor de su cintura y la mejilla apoyada en su pecho, allí estaba yo, de pie, intentando recomponerme.

—¡Menuda sorpresa! No me lo esperaba —dije, desalentada.

—Mmm.

—No vuelvas a contestar mi teléfono sin mi permiso.

—No vuelvas a abofetearme.

—Perdóname. —Apoyé la barbilla en su pecho y miré su cara perfecta. Pensé que iba a apartarme, para recuperar su espacio personal y detener todas esas bobadas del contacto físico. Pero no lo hizo.

—Me arde el trasero —informé, solo por decir algo.

—Normal. ¿Vas a ir a la boda de tu hermana o no?

—No lo sé, te lo digo de verdad. Parecía sincera, pero...

Cruzó los brazos. Su aspecto era fuerte, serio, absolutamente maravilloso. Su presencia, su apoyo y su protección mientras hablaba con Alyce, todo ello me había tocado la fibra más sensible.

—¿Vendrías conmigo si finalmente decido ir? —me atreví a preguntar.

—No lo sé —respondió haciendo una mueca—. No se me dan bien los eventos familiares. Seguramente la cagaría.

—Tienes razón. Será mejor que no vaya.

—Si dices que estamos saliendo juntos, tendrás que presentarme a toda tu familia, y eso sería un poco raro, dada la naturaleza de nuestra relación.

—¿Y cuál es la «naturaleza de nuestra relación»? —pregunté, poniendo énfasis en su descripción.

—Que soy tu jefe y tu pareja ocasional.

—¿Ah, sí? —Noté que mi voz sonaba completamente inexpresiva.

—Pues... sí. Aunque hablando de parejas, he escuchado por ahí que el sexo la noche de bodas tiene fama de ser bastante salvaje, así que no descartaría del todo que...

—Está bien, Jimmy. No hay ninguna necesidad de complicar nuestra relación informal. Y ahora, discúlpame, por favor. Quiero estar sola un rato.

—¡Por Dios, Lena! ¿Qué he dicho ahora?

—¡Además, tengo cosas que hacer! —le dije adiós con la mano mientras me alejaba. Creo que era incluso más de lo que se merecía.

Jimmy me estaba observando. Podía sentir sus ojos fijos en mí desde el otro extremo del salón. Aunque me resultaba agradable, si hubiera sido en otro momento, seguro que lo hubiera disfrutado más, cuando no estuviéramos rodeados de su gran familia, además de algunas otras personas.

La noche de chicas que Ev había propuesto organizar para mí finalmente se estaba llevando a cabo. Pero debido a la atención de los medios tras el debut de su madre en televisión, hubiera sido una locura acudir a un bar de moda o a una discoteca. Parecía que todas las cámaras móviles del país apuntaban en dirección de los hermanos Ferris, especialmente a Jimmy. Y los asquerosos programas de cotilleo, con sus repugnantes presentadores y asistentes, echaban humo. ¡Cuánta bazofia!

Así que todos estábamos en casa de David y Ev. Sonaba música y la gente bebía, bastante, a decir verdad, con excepción de Jimmy y yo. No podía evitar preguntarme si eso le hacía sentirse desplazado. Estaba elegantemente apoltronado, solo como él podía estarlo, en un sofá blanco, con Mal a su lado charlando animadamente. Anne estaba sentada sobre las rodillas del batería, bebiendo una Corona directamente de la botella y jugando con su pelo. Paseé la vista en aquella dirección, observando. David y Ben estaban por allí cerca, con toda seguridad hablando de guitarras.

Por mi parte, estaba contenta por haberme librado al fin de la condenada bota ortopédica. Todavía me dolía un poco el tobillo, aunque sobreviviría.

—Pssss...

¿Qué demonios...?

—Psss, Lena —Una amiga de la infancia de Ev, Lauren, me lanzó una nuez, y acertó a introducirla por el escote. Era una chica simpática, pero se estaba pasando con eso de jugar a tirarme alimentos.

Busqué la nuez debajo del suéter y me la metí en la boca.

—¿Puedo hacer algo por ti, Lauren?

Ev y Lizzy, la hermana de Anne, se acercaron también hacia mí, que estaba cerca de las ventanas de la terraza. El piso tenía una maravillosa vista de Pearl District. Y además veía a Jimmy.

—Venimos en busca de información sobre Jimmy y tú —atacó Ev.

—¡Vaya tontería! —dijo Lauren riendo—. Ya se lo ha tirado. Es absolutamente obvio.

Empecé a jugar con mi melena, larga y oscura, separándola de los hombros, mientras miraba con detenimiento a todas las que iban a disfrutar con el interrogatorio.

—No sé de qué estáis hablando, chicas.

—¿De verdad te torciste el tobillo intentando echar abajo la puerta de su dormitorio? ¿Es cierto eso? —preguntó Lizzy, evaluándome con la mirada.

—Bueno, sí. Hice eso, es verdad.

—Me parece muy romántico —expresó con cara de lo más soñadora.

—Pues yo creo que es cómico —dijo Ev—, excepto tu lesión, por supuesto.

—Por supuesto —confirmé con una sonrisa.

—¿Qué está pasando aquí, Lena? —Ev se apoyó contra la puerta de cristal, examinándome con ojos curiosos.

—No sé de qué estáis hablando —repetí.

Ev entornó los ojos.

—¡Por favor! Si Jimmy te mira de una manera...

—¿Ah, sí? ¿De qué manera?

—Pues como si hubieras inventado... eso. ¡Oye!, ayúdame a decirlo. —Se volvió hacia su amiga.

—Las mamadas —dijo Lauren solícita.

—Eso mismo. —Ev se cruzó de brazos—. Jimmy te mira como si hubieras inventado las mamadas, ¿y todavía te haces la inocente conmigo? No cuela. Vosotros dos estáis muy, pero que muy liados.

No respondí.

—Y Anne tampoco dice nada. Vosotras dos sois un muermo para los cotilleos. —Ev suspiró—. Tú jamás me ocultarías nada, ¿verdad Lizzy?

—No, Ev. No me atrevería.

Me miró de reojo.

—¿Por qué será que no te creo?

—Muy bien —dijo Lizzy riendo—. Voy a rescatar un rato a mi hermana, a ver si me la deja su novio. Hasta luego, señoras.

—Hasta luego —contesté, aprovechando para mirar de reojo cómo estaba el patio. Jimmy me miraba fijamente y con ojos turbados. Ahora que Mal estaba absorbido por Lizzy y Anne, no tenía distracciones. Y a mí, por otra parte, Ev y Lauren no me quitaban ojo.

—Esta está en las nubes —dijo Lauren refiriéndose a mí.

—Sí —confirmó Ev—. Pero me parece que él también está coladísimo.

Las ignoré a ambas. Más o menos.

—¿Y por qué en vez de preocuparnos por los dramas románticos que pueda estar o no viviendo, no nos preguntamos qué demonios estará tramando la zorra de su madre? —Cambié de tema con animosidad—. ¿Hay alguna novedad al respecto?

—Lo último que ha sabido David es que ha cobrado un dinero y ha echado a correr —dijo Ev con un estremecimiento.

—Pues Jimmy se comporta como si no le afectara, pero vaya si lo hace —dije, y volví a mirar a mi objeto de deseo, que se reflejaba nítidamente en los ventanales.

Se había recogido el pelo y llevaba una camisa de vestir blanca, *jeans* azules y botas negras que brillaban muchísimo. Se había subido las mangas, por lo que se le veían todos los tatuajes. Aún no conocía la historia que había detrás de ellos, ni lo que significaban para él. Era triste que, con toda probabilidad, se fueran a quedar muchas cosas pendientes entre nosotros, si yo solo podía aspirar a ser su pareja ocasional, como él dijo.

—Lena. —Ev se acercó a mí y bajó la voz—. ¿Estás bien?

—Sí, claro que sí. —Le dediqué la mejor de mis sonrisas.

Ella no sonrió.

Y yo deshice la mía, pues estaba claro que no había resultado convincente en absoluto.

—Están ocurriendo un montón de cosas, y todas a la vez —admití.

—No seguirás pensando en irte, ¿verdad?

Lauren, aburrida, nos había dejado para reunirse con su novio, que era el hermano de Ev, Nate. Estábamos solas. Ev, yo y todas mis preocupaciones y mis dudas, allí, en el rincón, viendo pasar la vida.

—Hace algún tiempo tuve... un problema con mi exnovio y mi hermana; una verdadera mierda. Se liaron a mis espaldas y van a casarse dentro de unos días —dije, soltándolo todo muy deprisa. Algo me decía que ella se haría cargo, que podría ayudarme a sobrellevarlo, y que además deseaba hacerlo. Por mucho que yo amara a Jimmy, a veces una chica necesita una amiga para contar las cosas.

Ev dibujó con la boca una O perfecta de asombro.

—¡Dios!

—Sí, es horrible. Creo que mi autoestima se quedó bajo mínimos, ¿sabes?

—No me extraña. —Se tocó la preciosa trenza rubia y me miró pensativa—. ¿Y ahora qué tal te llevas con tu hermana?

—Al fin me ha dicho que lo siente, y quiere que la perdone. Me ha pedido que vuelva a casa para la boda y que sustituya a una de las damas de honor, que ha salido huyendo.

—Vaya. —Ev exhaló un suspiro—. Menuda petición.

—Sí, desde luego. —Me reí, aunque la situación no tenía nada de graciosa.

—¿Y vas a ir?

—Todavía no lo he decidido. No quiero dejar a Jimmy, ni me apetece someterme a esa situación, pero una boda es algo muy importante. Si vuelvo, lo haré por la puerta grande, con toda la familia allí. He estado sin aparecer más o menos un año, y llevan insistiendo todo ese tiempo en verme. Así que creo que el hecho de ser o no ser dama de honor es lo de menos.

De entrada no dijo nada, solo se limitó a observarme, meditando mis palabras. Pero cuando habló, puso las cosas en la perspectiva adecuada.

—Lena, ¿esa boda te va a hacer daño de verdad? ¿O simplemente va a ser un pequeño rollo al que vas a acudir, te vas a tomar unas copas, vas a sonreír a la gente que te apetezca saludar y vas a salir pitando en cuanto te hartes?

—Pues yo diría que lo segundo. —Suspiré—. Creo que, al fin y al cabo, me sentiré mejor si voy. Sería una especie de punto final.

—Entonces deberías ir. Jimmy se las apañará solo durante un par de días, no pasa nada.

Eso era cierto, pero las posibilidades de no estar abatida y desalentada por alejarme de él eran mínimas. Aunque en realidad, eso no importaba. Era mi destino final: solo una amistad con derecho a sexo. Nada más. Él no quería que pasáramos las tardes sentados bajo un árbol, con las manos entrelazadas y besándonos. O al menos no de forma permanente. Yo no era lo que él quería. Me lo había dicho muchas veces, y de formas muy diferentes. Pero era como si, en este preciso momento, mi corazón lo estuviera asimilando de verdad, interiorizándolo. Nuestro tiempo juntos se acabaría tarde o temprano. Yo no podía dejar de quererlo, pero él no podía ni siquiera empezar a quererme a mí. Esa era la verdad, cruda, pura y dura.

Tenía que disfrutar el momento presente. Agarrar lo que pudiera, mientras pudiera, porque en algún momento las cosas se pondrían difíciles y yo tendría que marcharme, tal como pensé desde un principio.

—Gracias, Ev.

—Eres una de nosotros, Lena —dijo sonriendo—. Siempre lo serás.

—¡Hola! —La voz, profunda y familiar, sonó exactamente detrás de mí. Me sobresalté. Ni me había dado cuenta de que se había acercado.

—Lena, ¿puedo hablar contigo un momento? —dijo Jimmy.

—Claro.

Ev nos miró de forma intensa.

—Os dejo. Tengo que ir a la cocina a por una cosa.

—De acuerdo. —Moví la cabeza. Esa chica era tan sutil como una maza.

—¿De qué quieres hablar? —pregunté a Jimmy.

—Aquí no. Ven conmigo. —Jimmy apoyó su mano en mi espalda y me

guió hacia el baño.

No me negué, pero si pensaba que iba a echar un polvo conmigo después de sus rudos comentarios, estaba muy equivocado. Aun así, le seguí.

Cerró la puerta. Pese a que estaba poco receptiva a la decoración de interiores, he de reconocer que el baño era muy agradable: superficies brillantes de color gris, un enorme espejo de cuerpo entero y mucha luz.

—¿Qué pasa? —pregunté, dando un paso atrás y cruzando los brazos.

—He estado pensando en la boda de tu hermana y todo eso.

—¿Y...? —Fruncí el ceño.

—Y también he investigado un poco. —Se echó el pelo hacia atrás y se estiró la parte delantera de la camisa. Si no lo conociera como lo conocía, habría dicho que estaba nervioso. Solo que Jimmy no se ponía nervioso, y mucho menos por mí—. En tu ciudad no hay ningún hotel decente, así que lo único que he podido reservar es una habitación en el motel. Pero te he conseguido billetes de primera clase de ida y vuelta, y también un automóvil de alquiler, un Mercedes del mismo modelo que el mío, así que no tendrás problemas para conducirlo. Te estará esperando en el aeropuerto. Aunque si quieres también puedo conseguirte un chófer. No estaba seguro de qué preferirías.

Me acoplé las gafas en el puente de la nariz, con la mente en blanco.

—¿Has... has organizado todo eso?

—Sí. Y la chica del motel me dijo que tenían también un pequeño restaurante, pero miré su página web y me pareció basura. No quiero que te intoxiques ni nada parecido, así que voy a hacer que el restaurante que nos trae las cosas a casa te lleve allí la comida. Y también haré que manden ropa de cama decente. La chica me dijo que la del motel era mezcla de poliéster y algodón.

La forma de sus labios mostró claramente qué pensaba sobre esas sábanas. Como si dormir sobre algo que no fuera algodón egipcio significara la muerte para mí. ¡Cómo era!

—¡Ah! Y le he dicho a Sam que organice la seguridad, ya que todavía hay paparazzi rondando por ahí. Por si acaso. Serán discretos, te lo prometo.

—Jimmy, no puedo llevar colgado a uno de seguridad a la boda de mi

hermana.

—¿Ah, no?

—No —dije sonriendo.

—Muy bien. También se me ocurrió que podrías necesitar un vestido y otras cosas, así que mis estilistas están trabajando en ello —anunció—. Te he descrito y les he enviado tus medidas. No te preocupes, te mandarán por lo menos un par de cosas para que te las pruebes mañana.

—¿Que harán qué?

—Pues eso, que te prepararán algunos modelos para que puedas escoger. Ay, y les he dicho que no olviden los zapatos, el bolso y esos rollos de complementos.

—Has pensado en todo. —Incliné la cabeza—. Pero ¿cómo sabes mis medidas?

Tardó un momento en contestar.

—Lena, ya te lo he tocado todo con mis manos un par de veces. Conozco de sobra tu cuerpo. Es más, no puedo olvidarme de él en ningún momento.

—¡Oh!

—No estoy presuponiendo nada, te lo juro. —Su expresión era de total sinceridad—. Si decides no ir, no hay problema, cancelaré todo. No pasa nada. Pero quiero que todo esté preparado, por si acaso.

—¿Has hecho todo eso... por mí?

Levantó uno de sus poderosos hombros.

—¿Y todo esta tarde? —insistí.

—Ev me ha ayudado —confesó—. Sé que no ves a tu familia desde hace tiempo. Como alguien muy inteligente me dijo una vez, la familia es lo más importante.

Se apoyó de espaldas en la encimera del baño, observándome.

—No pretendía herir tus sentimientos. Sé que piensas que todo esto es un intento de compensar lo que te dije, o de que me perdones, pero no se trata de eso. Lo hubiera hecho en todo caso. Lo que de verdad me mueve es que quiero lo mejor para ti, porque es lo que te mereces.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pese a que intenté evitarlo por todos los medios. Pestañee muchas veces, y hasta inspiré intensamente.

—Lena, no llores. No estaría bien —gruñó.

—No voy a llorar. No me atrevería.

—Piensas que no me importas, pero no es verdad. Si sigues queriendo que te acompañe, me parece fenomenal. —Hizo una mueca—. Quiero decir, me gustaría. Lo que tú prefieras, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Lo miré maravillada, anonadada, con el corazón y la mente luchando por asimilarlo todo—. Gracias, Jimmy.

Me miró con cierta cautela, sin moverse. Así que fui yo la que lo hice, lanzándome a sus brazos. Sin dudarlo, me estrechó contra su pecho.

—No me odies, Lena —susurró—. Enfádate conmigo cuando haga o diga estupideces y la cague, pero no me odies. No lo soportaría. En tu caso no lo soportaría.

Le acaricie la mejilla, afectada por la honestidad de su voz, por su visible vulnerabilidad.

—¡Venga ya! ¡No podría odiarte nunca! —admití.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. —Y era verdad. Jimmy me frustraba y me enfadaba continuamente; sin embargo, no había la más mínima posibilidad de que me planteara odiarle. Apreté sus cara entre las manos y respiré hondo. Era algo extraordinariamente precioso para mí, y pese a ello parecía tan solo, tan perdido y tan asustado como un niño—. Eso no va a pasar nunca, Jimmy.

Cerró los ojos y suspiró con fuerza. Apretó la mejilla sin afeitar contra mi mano, poniéndome la piel de gallina. Me puse de puntillas y apretó sus labios contra los míos. Introdujo en mi boca su lengua, buscando la mía. ¡Vaya, qué pronto había aprendido! Su sabor, la sensación tan familiar de su cuerpo contra el mío... Todo era perfecto.

Era como estar en casa, en mi casa.

Me besó despacio, de forma profunda y suave, de una forma que solo podría describirse como un asalto sensual y frontal. Y su boca me conquistó con suma facilidad. Todas sus preocupaciones no parecían haber hecho otra cosa que alimentar el hambre; que, por cierto, parecía insaciable. Recorrió todo mi cuerpo con las manos: el pelo, el cuello, la espalda... todo. Mi piel se sintió viva con sus caricias. Hasta este momento ningún hombre me había

hecho sentirme tan deseada, tan adorada. Sin la menor duda, ninguno había mostrado tal necesidad de mí, tanto en cuerpo como en alma.

—¿Me perdonas? —preguntó, besándome continuamente en el cuello.

—Sí, pero no vuelvas a hacerlo. ¡Y no dejes de besarme!

—Como quieras. Deja que me disculpe como es debido. Déjame besarte entre las piernas. —Sus manos poderosas me agarraron las nalgas, apretándome contra su erección—. Quiero lamerte, Lena.

—Te gusta hacer eso, ¿verdad? —pregunté, un tanto asombrada. Otros novios no habían disfrutado demasiado de la experiencia.

—¡Y tanto, joder! Me encanta que te retuerzas contra mi cara, que me aprietes con el coño.

—¡Dios! —Sentía su pene, duro y grande, contra mi abdomen. Pero lo que realmente me ponía a cien eran sus palabras.

—Tu olor, tu sabor, me encanta todo lo que implica comerte —jadeó.

—¡Calla! —Cubrí su boca con la mano y junté las piernas con fuerza. Tenía las bragas hechas una verdadera pena. Jimmy lograba ponerme húmeda y absolutamente caliente sin necesidad de tocarme debajo de la cintura. Estaba sexualmente inflamado, fuera de control. O puede que fuera yo la que estaba así; cualquiera sabe. Fuera lo que fuese, había que detener aquello—. Alguien puede oírnos.

Se libró de mi mano. Sus hoyuelos brillaban.

—Nadie puede oírnos. Este sitio tiene un aislamiento acústico perfecto. ¿Cómo crees que Ev y Dave se las apañan para follar en las fiestas? Las paredes son muy gruesas, no te preocupes.

—Por si acaso.

—¿Estas preparada para mí, Lena? —preguntó, entornando los ojos—. ¿Tu precioso coñito está húmedo y preparado para recibir a mi boca? Porque tengo mucha hambre. Esta noche vas a llegar más de una vez, ya verás.

Mi cara se puso tan roja y caliente como una parrilla, y la entrepierna me latía como si fuera el corazón.

—¡Lo sabía! Te gusta escucharme decir guarradas —afirmó exultante, y me dio mordisquitos en la clavícula antes de besarme con la lengua. El muy animal.

—No, no me gusta. Te lo estás inventando.

—Vamos, estás vibrando de excitación. Te encanta, no me invento nada.

—Se rio de forma diabólica, y sentí en la piel el calor de su respiración—. ¡Ay, Lena! Hay algunas cosas de lo más sucias que tengo que decirte.

Acerqué la cara a su cuello y le di un par de mordisquitos. ¡Qué bien sabía su piel! Un poco a sal, unido al calor que emanaba... olía todavía mejor. Hundió los dedos en mis nalgas, agarrándolas muy fuerte. La presencia constante y dura de su masculinidad era excitante, y se apretaba contra mi estómago. Si estuviera más dura, seguro que se hacía daño.

—¿A ver? Lena, tienes las bragas muy húmedas...

No hacía falta ser un lince para darse cuenta. Parecía que quería entrar en una especie de guerra erótica. Mira qué bien. Lo que pasa es que, aunque él no lo creyera, en mí tenía al enemigo. En fin, ya fuese guerra o juego, éramos dos los que participábamos, y era divertido. Puede que de momento fuera él quien dirigiera las operaciones, pero yo le seguía muy de cerca.

—¿Estás muy empalmado, Jimmy?

—¿Se me nota? —preguntó, acariciándome el pelo un poco. Aunque lo suficiente como para que me erizara.

Jadeé.

—Me encantan esos ruiditos que haces —dijo—. Estoy deseando escuchar cómo reaccionas cuando te dé un mordisco en ese dulce melocotón que es tu trasero. Porque es magnífico, de verdad, Lena. Y por supuesto, también te tocaré el coñito al mismo tiempo. No quiero que se sienta celoso.

—Vaya, es todo un detalle. —Deslicé la mano entre nosotros para agarrarle la polla—. ¿Quieres que le dé lametones a esto, Jimmy? Desde luego, también estaré encantada de chuparla.

—¿Quieres hacerlo?

—Es algo que tenemos pendiente.

Apretó su frente contra la mía.

—Es verdad. Y tienes una boca preciosa.

Coloqué las manos sobre su estómago y le aparté un poco, dando un paso atrás. Bajó las manos, dejando de agarrarme.

—¿Ahora mismo? —preguntó.

—¿Hay algo más romántico que eso? —dije yo, sonriendo.

Él sonrió también de oreja a oreja.

—Yo no tengo ni idea de lo que es o no romántico. Pero sería un maldito idiota si rechazara una mamada tuya. ¿Estás segura?

—Sí.

Había toallas, densas y suaves, colgando de la encimera. Agarré una, la doblé y la tiré al suelo, al lado de sus pies.

Su mirada se movía de la toalla a mí.

—¿Estás segura? ¿De verdad lo estás?

—Completamente.

Tiré de otra toalla y la puse sobre la primera. Después me puse de rodillas sobre la suavidad del tejido.

Me pareció que sus pupilas se dilataban hasta el doble del tamaño habitual.

—Lena...

—¿Sí? —Deslicé la mano por sus firmes músculos. Le desabroché el cinturón y el botón de los pantalones y tiré muy despacio de los *jeans* hacia abajo.

—Se me ha olvidado lo que iba a decir... —jadeó.

—No importa. Me encanta que no lleves ropa interior. —La agarré con la mano. Su polla estaba maravillosamente cálida. La piel era suave como el terciopelo, y el glande, amplio y palpitante, estaba enrojecido. Aunque parecía imposible, creció todavía más en mi mano.

Pude ver cómo apretaba los puños.

—Me encanta tu polla, Jimmy.

—¡Dios!

—De verdad, me vuelve loca. —Le acaricié con el dedo gordo. Noté cómo se tensaban los músculos de sus piernas—. Pero me gustas mucho más tú, todo tú, quiero decir.

—Gracias. —Noté su tensión.

—No hay de qué. —Sonreí—. ¿Prefieres que me quite las gafas o que las lleve puestas?

—Puestas —respondió casi al instante.

—De acuerdo, pero no te corras en los cristales, no me apetece.
¿Entendido?

Vi cómo se le movía un músculo de la mandíbula.

—Sí, de acuerdo.

Pasé la punta de la lengua por el glande, recogiendo unas gotas de líquido blanco, denso y salado. ¡Mmm! Ya me daría más. Normalmente no es que me encantara el semen, pero saborearía con gusto cualquier cosa que el cuerpo de este hombre produjera para mí.

Realmente mi amor por él era absoluto.

Quería que se sintiera adorado y deseado, igual que había hecho conmigo. Eliminar todas las dudas que tuviera y darle placer, única y exclusivamente placer.

Me la llevé a la boca, chupando antes de apoyarla en la lengua. Debía tener mucho cuidado. Le masajeeé con la punta de la lengua hasta que empezó a sudar profusamente y a mover las caderas hacia delante y hacia atrás. Con la otra mano le acaricié con suavidad los genitales. La piel también era suave y delicada. La carne, dura y caliente, me llenó la boca por completo, y todo lo que podía oler era el aroma a almizcle que desprendía. Lo introduje en la boca todo lo que pude, trabajando con los labios, los dientes y la lengua. Con las manos lo acariciaba por todas partes. Tuve cuidado con los dientes al retirar un poco el pene, e inmediatamente volví a introducirlo más adentro.

—¡Joder, Lena! —Los testículos se elevaron hasta quedar más cerca de su cuerpo—. ¡Qué agradable!

¡Oh, no! Había utilizado la palabreja. Me saqué la polla de la boca con un sonido seco.

—¿Agradable? —repetí, intentando dibujar una sonrisa con mis labios, algo hinchados.

—Muuuy agradable —confirmó, mirándome borrosamente a través de los párpados caídos.

Volví a besar el glande con los labios, y esta vez empecé a chupar con más fuerza. Inmediatamente movió las caderas como respuesta. Era hora de acabar el trabajo. Se le tensaron los músculos del estómago y noté que las piernas se le ponían rígidas. Chupé con toda mi alma, ahuecando las mejillas

y llevándole muy muy adentro.

—¡Ah, Lena, ah! —Le siguieron varió jadeos y gruñidos. Parecía un animal.

Su semen inundó mi boca y mi garganta. Tragué rápido, sin desperdiciar ni una gota. Ni se me ocurrió la posibilidad de escupirlo... ¡Era Jimmy! Siguió y siguió eyaculando mientras yo también seguía acariciándolo con la boca suavemente, dándole golpecitos en la polla y toqueteándole los testículos. Todo su cuerpo se relajó por fin y jadeó, buscando aire. Ya estaba listo. Había acabado con él.

—Ayúdame a levantarme —dije, poniéndole bien los pantalones. Abrió los ojos despacio y me tendió una mano. Dejé que él me elevara del suelo para ponerme de pie—. Gracias.

Me rodeó con un brazo y me apretó fuerte contra su cuerpo. Todo él temblaba.

—¿Estás bien? —pregunté.

Asintió.

—Un poco sensible, ¿verdad? —Le revolví el pelo—. Es normal. Aunque he procurado hacerlo con mucho cuidado.

Gimió.

—Me alegra que te haya gustado —dije, apretándome contra él.

—Estoy limpio, Lena —dijo, apretando la cara contra mi cuello—. Me he hecho pruebas, y todo ha dado negativo, ¿de acuerdo?

—Sí, ya lo sé. Ni siquiera había pensado en eso.

—Me ha gustado que te lo tragaras —afirmó, sin que sus brazos de acero se aflojaran ni un ápice.

Me besó con labios cálidos y suaves. Jamás había volcado en mí semejante actitud de afecto. Mi cabeza se inundó de alegría y acudieron a mi mente palabras dulces y amorosas, que me resistía a que salieran a la luz. No obstante, siguieron abriéndose camino, sin importarles la posible reacción de Jimmy. Intenté detenerlas, juro que lo intenté. Pero el amor que sentía era imparable, y mi alma enamorada pudo con el cerebro, que observó la situación horrorizado.

—Te quiero, Jimmy.

Silencio.

Silencio absoluto y mortal.

El hombre que estaba en mis brazos se quedó helado. Hasta dejé de notar su respiración.

—No te preocupes, eso no cambia nada. —Oh, no. Quise acabar con mi boca de todas las maneras posibles. Habíamos estado tan bien hacía solo un momento, y ahí estaba yo, presionando y jodiéndolo todo—. Jimmy, no tienes que decir nada, de hecho, no debes. Es mucho mejor que no digas nada. Actuemos como si esto no hubiera ocurrido nunca, ¿de acuerdo? Porque lo estamos haciendo bien, como debemos, como nos conviene a ambos, y no quiero que esto cambie nada.

Me agarró los brazos y se separó de mí a la fuerza. Todos mis instintos me indicaron que debía inclinarme y cubrirme, casi salir corriendo. Pasara lo que pasase, no debía mirarle a la cara. Y es que se había puesto pálido, como demacrado, y sus ojos tenían una expresión muy parecida al terror.

—¿Que me quieres?

—Jimmy...

Me miró como si fuera una extraña, una desconocida e indeseada en todos los aspectos que son importantes.

—Lena, no puedo..., yo no...

—No, ya lo sé. —En ese momento me sentí morir, aunque mis pulmones no se hubieran dado cuenta todavía.

En ese instante escuché arañazos y ladridos procedentes del suelo. Unas uñitas pequeñas se enzarzaron en mis medias negras, destrozándolas. Seguramente el cachorro estaba echándose una siesta en algún rincón y se despertó con los gemidos de Jimmy.

—¡Hola, *Killer*! —Lo recogí del suelo, aunque pataleaba como si fuera a sacrificarle. La verdad es que resultó una distracción perfecta para mi corazón roto—. Pequeño... No te había visto. ¿Dónde estabas escondido?

—Será mejor que salgamos de aquí. —Jimmy miró fijamente la pared más alejada. Supongo que cualquier cosa era mejor que contemplar mi desaliño y mi devastación emocional. Seguro que se sentía avergonzado.

—Sí, supongo que sí. —dije, y salí primero, tomando la iniciativa igual

que lo había hecho en nuestro emotivo encuentro sexual. Las mujeres somos un desastre. La nariz húmeda e hiperactiva de *Killer* me acarició la barbilla.

—¡Hijo mío! —Mal, alborozado, saludó al perro. Todavía estaba charlando con Anne y Lizzy en el sofá—. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

—Lo he encontrado en el baño, seguramente echándose una siestecita. — Se lo entregué a su dueño.

Mal entornó los ojos al mirarme.

—Tienes los labios un poco más hinchados de lo normal, y el carmín hecho un desastre. ¿Qué demonios habéis hecho en el baño, a la vista de mi pobre e inocente hijito?

—Nada —contesté, retrocediendo un paso. Las bromitas de Mal eran lo último que necesitaba en ese momento, maldita sea.

Levantó al perrito y lo miró por todas partes.

—*Killer*, cuéntale a papá qué te han hecho estas dos malas personas.

—No hemos hecho nada. —Me volví hacia Jimmy en busca de ayuda, pero él seguía ensimismado, recogido en su caparazón, el muy inútil.

—¡Está traumatizado! ¡Miradlo! —Mal levantó al chucho todavía más para que todos pudieran verlo. Encantado de ser el centro de atención, *Killer* meneó la cola y ladró dos veces con fuerza.

—Anda, pásamelo —dijo Anne, recogiendo al perrito con cuidado—. No está traumatizado, aunque quizá tenga ahora más experiencia de la que debería, siendo tan pequeño... Pero hay que admitir que suele estar en nuestro dormitorio en momentos en los que tampoco debería, pues solemos estar demasiado ocupados como para atenderlo.

—¿No es una pena que tenga que vivir con la lacra de que sus papás no están casados? —Mal sacudió la cabeza con tristeza fingida—. Pobrecito, no puede disfrutar de una vida normal.

—Mmm —farfulló Anne, pasándole el perro a su hermana.

A este ritmo, *Killer* no volvería a poner las patas en el suelo en muchos años. Seguro que era el cachorro más mimado de la historia; podría contar y no acabar nunca historias sobre las vidas de los ricos y famosos. Además, centrar la atención de todos en ese chucho consentido era mucho mejor que

dar la oportunidad de que los demás miraran a Jimmy. ¿Habría salido ya de su estado catatónico?

Anne se puso de pie, pero inmediatamente dobló una rodilla en tierra delante del rubio batería, quedándose a sus pies.

—Mal, ¿quieres casarte conmigo?

Las charlas cesaron de repente.

—Se supone que el que hace las putas bromas soy yo —dijo Mal frunciendo el ceño—. No tú.

—No es ninguna broma. —Anne le tomó una mano y apretó fuerte—. Te quiero, y quiero casarme contigo, Malcolm Ericson. ¿Qué contestas?

Mal abrió la boca y todos le miramos conteniendo el aliento. Pero no dijo ni una palabra.

Al cabo de un rato fue Anne la que volvió a hablar.

—Ya no tengo ningún miedo. Sé que esto está bien, y si todavía quieres hacerlo, yo también lo deseo, de todo corazón.

—¿Quieres que volemos a Las Vegas y nos case un fulano disfrazado de Elvis, o de Papá Noel, ahora que la Navidad está cerca? —preguntó Mal con ojos sospechosamente brillantes.

Una lágrima solitaria corrió por la mejilla de Anne.

—Me gustaría muchísimo.

Se montó una auténtica algarabía cuando Mal se lanzó sobre Anne y la feliz pareja empezó a rodar por el suelo, fuertemente abrazados. Todos empezaron a aplaudir y a gritar como posesos. *Killer* ladraba como si no lo hubiera hecho nunca. Únicamente Jimmy y yo nos mantuvimos al margen, ambos visiblemente afectados por mi confesión. Me apetecía sentirme feliz por ellos, y así era, pero todavía podía notar el sabor de Jimmy en mi boca. Era como si tuviera trozos de mi corazón roto por todo el cuerpo, flotando en mi interior como pedacitos de vidrio que me herían las entrañas.

Sentí una mano en el brazo antes de desmoronarme.

—Vámonos.

Miré su querida y hermosa cara y le dediqué la más desalentadora de mis sonrisas.

—Sí.

Entre tanta alegría y confusión, nuestra huida hacia el ascensor pasó inadvertida. Bajamos hasta el *hall*, sin que ninguno de los dos abriera la boca para respirar. En el exterior soplaban algo de viento y una fina lluvia helada. Me apreté el abrigo mientras Jimmy abría la puerta del copiloto para que yo entrara.

Por la calle paseaba una pareja de la mano, felices y despreocupados. Veía las luces de la ciudad algo borrosas, debido a las gotas de lluvia que impactaban en mis gafas. ¿Nunca os ha parecido, durante uno de esos días gélidos en mitad del invierno, que estáis tan helados que no vais a ser capaces de sentirlos cálidos y a gusto nunca más? Pues eso era lo que me pasaba a mí esa noche.

—Lena... —dijo, mientras mantenía abierta la puerta del automóvil.

—Lo siento. —Me introduje en el lujoso Mercedes, que olía a cuero nuevo, y Jimmy cerró la puerta con cuidado detrás de mí.

Solo un momento después ocupó el asiento del conductor, al tiempo que se secaba la cara con una mano. Ninguno de los dos pronunció una palabra. La verdad es que no había nada más que decir.

El camino de regreso a casa se desarrolló sin incidencias. Veía pasar deprisa las luces del tráfico y de los edificios, pero sin fijarme realmente en nada. Muy pronto surgieron frente a nosotros los muros de su palacio, de brillante color gris. Unos cuantos fotógrafos, que desafiaban valientemente la lluvia y el frío, seguían haciendo guardia, bien contenidos por los guardias de seguridad.

Condujo hacia la parte de atrás, para entrar en el garaje. La gran puerta se cerró generando un ruido seco y aislante. Seguí sentada distraídamente, sin ninguna intención de salir del automóvil. Cuando Jimmy abrió la puerta y me ofreció la mano, fue como si me despertara.

—Gracias —dije, rechazando su ayuda, y salí del automóvil por mis propios medios—. Estoy bien.

Pero no lo estaba. Ni mucho menos bien. El amor no correspondido es una maldición.

Subimos las escaleras hasta la planta baja, y después hasta la primera. La puerta de mi dormitorio era la segunda a la izquierda. Jimmy se detuvo en la

entrada, encendí la luz y bajé la intensidad. Por la noche prefería tener menos iluminación.

—Lena. —Tragó saliva. Su semblante era sombrío—. Déjame pasar.

—No puedo.

—Pero...

—Hoy no puedo —repetí—. Tenemos que dejar esto.

—No, ni mucho menos.

—Sí —insistí—. No es bueno para mí. No puedo aislarlo, no puedo fingir que no siento por ti lo que realmente siento. No soy de esa manera, no lo puedo evitar, Jimmy.

—No digas eso, estamos bien. De verdad, lo estamos. —Me acarició los brazos y la espalda con ambas manos, como si delineara cada centímetro de mi piel. Lo deseaba, a todo él, y de una manera desesperada. No podía resistirme a sus caricias—. Todo está bien, Lena. Créeme.

—Jimmy...

—Shh... Calla. No te preocupes, soy yo, soy el mismo. —Apretó sus labios contra los míos y noté su sabor.

¡Qué bien! No había nada que supiera mejor, ni lo habría. Aunque hubiera querido, no habría podido alejarme. Incliné la cabeza y abrí la boca para recorrer sus labios con la lengua. Emitió con la garganta un sonido hambriento y me agarró de las caderas, apretando fuerte con los dedos.

Por la mañana seguro que tendría marcas en la piel.

Lo abracé por el cuello y apreté fuerte. Cuando intentó quitarme el abrigo por los hombros, tuve que soltarlo. Si era el gran amor de mi vida, ¿por qué no iba a poder echar el polvo de mi vida? Nada podría ya recomponer la situación después de lo que se había dicho. Lo sabía muy bien. Cada fibra de mi cuerpo lo tenía asumido. Esto era una forma, eso sí, magnífica, de decir adiós.

Nos libramos de la ropa, avanzando de forma tambaleante en dirección a la cama. Sin embargo, cuando estábamos a medio camino, Jimmy empezó a acariciarme los muslos con ambas manos, y me levantó la falda hasta la cintura. No parábamos de besarnos, con los labios, con la lengua, con los dientes. Prácticamente me arrancó las bragas, me condujo hacia la pared más

cercana y me empujó hacia el suelo.

El roce de su boca en mi sexo me produjo una sensación de éxtasis. Me lamía con la lengua y los labios; me devoraba, prácticamente. Era como si el recorrido de la sangre por mis venas se produjese a sus órdenes. Empujé el coño contra su boca, y emitió un largo gemido de aprobación. Tenía hambre de mí. Ojalá eso me resultara suficiente.

—¡Dios, Jimmy! —Le agarré del pelo con las dos manos, justo cuando me lamía el clítoris... ¡Qué bien!

Cerré los ojos y aun así noté cómo se ponían en blanco. Con cuidado, levantó mi pierna izquierda y la apoyó sobre su hombro, para así poder llegar más adentro. Se empleó a conciencia, y me acerqué al orgasmo bastante rápido. Todo mi cuerpo temblaba. Estaba preparada para el sexo oral, a pesar del cúmulo de emociones vividas. ¡Afortunadamente las vaginas no entienden de dolor emocional y de corazones rotos! No quería malgastar ese momento, probablemente el último que nos quedaba de compartir como amantes.

Introdujo dos gruesos dedos dentro de mí, los curvó y apretó un punto especial. Jimmy había dicho que conocía mi cuerpo, y lo cierto es que no mintió. Di un grito salvaje y llegué, cegada por el placer más exquisito. Le acaricié el pelo con fuerza, estoy por decir que casi tiré de él. Pero no se quejó. Me temblaban los huesos, tenía la mente en blanco y eso estaba muy bien. Durante un maravilloso instante el mundo pareció cobrar sentido. Sentía que estaba en mi sitio, donde me correspondía. Pero de inmediato, la realidad regresó, destrozando el momento. Con los ojos cerrados, él apretó sus labios contra mi pubis, estampándole un cálido beso que me pareció incluso respetuoso, como una especie de bendición. Apretó la frente contra mi estómago, tomándose un momento de soledad como si fuera él quien hubiera llegado al orgasmo.

Sus sedosos mechones se deslizaron entre mis dedos.

—¡Oye!, ¿estás bien? —le pregunté.

—Sí.

Jimmy Ferris no se andaba con rodeos.

Se puso de pie, se bajó los pantalones y se volvió a acercar a mí. Yo

todavía no había dejado de temblar, pero no se esperó. Me levantó en brazos y me obligó a colocar las piernas alrededor de su cintura. Me habría gustado ser lo suficientemente fuerte como para aguantar en esa postura para siempre. Apretó la polla contra mi sexo, completamente abierto, y la fue introduciendo muy despacio. Me llenó como nadie antes lo había hecho, ni seguramente tampoco podría hacerlo después. Aquello no tenía nada que ver con el tamaño.

—Eres preciosa, Lena.

—¡Dios, Jimmy!

—Te necesito.

Me mordió el lóbulo de la oreja, y el ligero pinchazo recorrió todo mi cuerpo, haciéndome jadear. Me cubrió la cara de besos, apretando sus cálidos labios contra mi piel, completando la posesión absoluta de mi cuerpo. Parecía como si no tuviera bastante, como si quisiera abarcarlo todo. Sus manos, su polla y su boca parecían decididas a dejar una impronta brutal en mi cuerpo. Mi loco corazón latía fuerte y deprisa, sintiéndose lleno y desbordado. No podía hacer nada para evitarlo. Lo agarré con todas mis fuerzas, dejando que se moviera en mi interior, que imprimiera su marca en cada uno de mis poros. No había ninguna parte de mi cuerpo que no le perteneciera, lo quisiera o no.

Sin tener en cuenta si ese comportamiento era racional o no, mi corazón se entregó y se entregó... hasta darlo todo, absolutamente todo.

¿Acaso no es esa la forma que adquieren algunos amores? Se corrió con fuerza, muy dentro de mí, y con los dientes en mi cuello. Apoyó la cabeza sobre mi hombro mientras recuperaba el aliento, ambos apoyados en la pared.

Entonces me llevó a la cama y se dejó caer en el colchón, a mi lado. Yo me di la vuelta para mirarlo de frente. Parecía completamente exhausto. Por mi parte, deseaba dormir durante mil años. Le caían mechones sobre la cara, de modo que no podía verle los ojos. El resplandor de la luz me cegaba un poco. Debería haber bajado la intensidad todavía más. ¡Demonios, debería haberla apagado del todo!

—No puedo seguir haciendo esto, Jimmy —dije en tono muy bajo.

No respondió.

—Nuestra relación tiene que volver a ser estrictamente profesional. Será

lo mejor. —No encontré otras palabras mejores y más explícitas.

Noté cómo le recorría un escalofrío y se dio media vuelta, dándome la espalda.

El hombre más guapo que había conocido en mi vida se fue de mi cama justo antes de la medianoche, y yo lo dejé marchar.

CAPÍTULO 18

Dormí hasta muy tarde. Cuando me desperté escuché ruido de voces y de risas inundando la casa.

Se esperaba otro día de lo más atareado en el mundo de Stage Dive. Con toda sinceridad, no sabía qué vendría después.

Puesto que Jimmy había hecho huir a Tom de aquella manera, tenía que encontrar para él a alguien que me reemplazara como compañera y asistente. Solo el tiempo diría si, finalmente, podría hacer el aprendizaje con Pam durante la gira. Quizá debería apuntarme a algunos cursos de arte, o algo así, para aprender fotografía de otra manera, estudiando y practicando por mi cuenta. Por fin había descubierto lo que realmente me apetecía hacer el resto de mi vida, algo con lo que me podía apasionar. Al menos habría sacado algo positivo de esta situación tan jodida.

—¡Hola! —dije según entraba en la cocina, con el pelo todavía mojado después de la ducha.

Los chicos estaban reunidos alrededor de la mesa, tomando café y bebidas energéticas. Parecía que Mal estaba ensayando su discurso de boda, preparándose para Las Vegas. Subido a una silla, los demás le abucheaban y le lanzaban bolitas de papel. Dean estaba en un rincón, apoyado contra la pared, y me dedicó un amago de sonrisa. Hasta Taylor y Pam estaban allí, abrazados como tortolitos. Una prueba más de que hay ejemplos de amor estable y de felicidad en pareja.

La próxima vez me comportaría de manera inteligente y me aseguraría de que me enamoro de alguien que me quiere tanto como yo a él. La próxima vez...

—Lena, estás de acuerdo conmigo. ¿A que sí? ¡Lena! —Mal se dirigió a mí a voces inmediatamente después de verme entrar en la cocina.

—Por supuesto, Mal. Claro.

—No tienes ni la más remota idea acerca de lo que está diciendo, y le das razón como a un loco —dijo Ben, sonriendo detrás de su taza de café.

—Cállate, Ben —dijo Mal totalmente de cachondeo—. Una boda en Las Vegas no es una boda en Las Vegas sin una pareja de cabareteras que bailen alrededor, y Lena lo sabe perfectamente. Ella es mucho más inteligente que vosotros, estúpidos paletos.

—Anne te va a atar a un poste para prenderte fuego —dijo Ben.

Negué con la cabeza y seguí mi camino. De ninguna manera iba a implicarme en aquella disparatada discusión. Vi a Jimmy con el rabillo del ojo, vestido completamente de negro, como siempre, y apoyado en la encimera. Si no lo miraba directamente, quizá podía salir del aprieto con alguna pieza pequeña sin romper del todo.

Bueno, lo primero es lo primero: un café. Me dirigí a la cafetera y llené una taza hasta el borde. Dejé de lado el azúcar y la leche, porque necesitaba una inyección instantánea de cafeína en mis venas antes de que alguien saliera herido.

—Dave, quita de la mesa tus malditas botas —gruñó Jimmy.

—Da gusto hablar contigo hoy, Jim —dijo David—. ¿Ha ocurrido algo a lo que podamos echar la culpa de tu mala leche, o es intrínseca?

Jimmy no respondió.

Sorbí un poco de café y me quemé la lengua, como no podía ser de otra manera. Pero, bueno, fue solo un ligero dolor, nada en realidad.

—Lena, necesito que prepares todo el rollo de la entrevista, y también la planificación de la primera parte de la gira. Inmediatamente. —Jimmy soltó en la pila la taza vacía con bastante violencia. Un milagro, que no se rompiera—. De ahora en adelante intenta levantarte antes para empezar a trabajar a tu hora, ¿de acuerdo?

Muy despacito, volví la cara hacia él, con la taza en la mano.

Me miró de frente, sin vacilar.

—No vayas por ahí jodiendo, ¿de acuerdo, Lena?

La taza me empezó a temblar. Su mensaje era claro y rotundo, a muchos niveles. Así estaba el patio, y no podía decir que no me lo esperara. De hecho, casi me llegó como un alivio, una forma de dejar claros nuestros problemas delante de todo el mundo. No obstante, podía haber esperado a que su semen ya no estuviera en mi interior, aunque solo fuera por cortesía.

—De acuerdo —asentí, con voz plana y extraña. No sonaba a mí en absoluto.

Vi sombras bajo sus ojos fríos y pálidos, y las líneas de la boca y de las mejillas parecían bastante más duras de lo habitual. Lo cierto es que yo había dormido muy poco, pero todo indicaba que él no lo había hecho en absoluto. Parecía en tensión, a punto de estallar en cualquier momento.

Todas las conversaciones que se estaban produciendo alrededor de la mesa cesaron de repente. Hasta Mal se bajó de la silla.

—Si quieres llevar a algún acompañante a la boda de tu hermana, búscalo por tu cuenta. Yo voy a reservar un vuelo a Los Ángeles, creo que haré una visita a Liv —afirmó. Agarró con los dedos el borde de la encimera, flexionando los músculos de los brazos—. Así que estaré ocupado.

Asentí. Noté que mis conductos lacrimales se llenaban y estaban al límite.

—Y cuando regreses, empieza a buscarte un sitio en la casa donde trabajar.

Se me contrajo el estómago y jadeé. Sentí como si me hubiera dado una patada y me hubiera roto una costilla o dos. Mucho dolor, tanto interno como externo. Estúpida de mí, este final estaba escrito desde el comienzo. ¿Cómo no lo vi? No se puede dejar de ser por las buenas la amante de un hombre como Jimmy Ferris.

—No necesito tenerte delante todo el puto rato —insistió—. Hasta que salgamos de gira trabajarás de nueve a cinco, y después ya veremos. ¿Lo entiendes?

David se puso de pie con cautela.

—Jimmy, no creo que...

—No te inmiscuyas —le cortó—. Es un asunto entre ella y yo. —Se volvió hacia mí de nuevo, con los labios muy apretados y mostrando una hostilidad extrema—. ¿Has entendido, Lena?

Ben soltó un juramento en voz baja.

—Entendido. ¿Algo más que quiera decirme, señor Ferris? —pregunté, con su mismo nivel de frialdad, dejando la taza sobre la mesa antes de que se me cayera al suelo.

—No me vengas con tus salidas ingeniosas, no me apetecen ni una mierda. —Sus palabras me atravesaron como una espada—. Es un tema estrictamente profesional. No quiero escuchar tu opinión, ni necesito tu consejo para nada, joder.

Tenía la garganta seca como el polvo del desierto.

—De ahora en adelante, harás tu trabajo. Eso es todo.

—Jimmy. —David golpeó la mesa, la misma en la que Jimmy y yo habíamos hecho el amor. O follado. O como demonios queramos llamarlo.

—¡Deja de una vez esta mierda! —exclamó David con tono enérgico y expresión de furia genuina—. No le hables así.

—Este asunto no te incumbe, Dave. No lo ha hecho nunca.

Allí estaba yo, de pie, como insensible. Pero sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

—Despídeme —me atreví a decir.

—¿Cómo?

Todos los ojos de la habitación se volvieron hacia mí, pero yo solo lo miraba a él. ¿No quería público para su escena? Pues ahí lo tenía. No me apetecía seguir jugando a esto por más tiempo. Que la gente pensara lo que le diera la gana, pues él tenía razón: no podíamos evitarlo. Desde que le dije que lo amaba, habíamos entrado en una espiral de caída libre. Era el momento de golpearse contra el suelo.

—Despídeme —repetí—. Este asunto debe terminar así.

Le temblaron las aletas de la nariz.

—Desde el primer momento estuvo claro que iba a terminar así —añadí.

Había furia en sus ojos.

—Pues adelante —le provoqué.

—Eso no es lo que quieres —dijo. Por primera vez cruzó su cara una sombra de duda.

—No puedo tener lo que realmente quiero, Jimmy, nunca he podido. De modo que lo único que tienes que hacer es despedirme, yo me voy, y a otra cosa. Nunca tendrás que volver a pensar en esto, será como si nunca hubiera ocurrido. Eso es lo que quieres, ¿no?

Quienquiera que dijera que el amor y el odio son dos caras de la misma moneda, sabía perfectamente de qué estaba hablando. Y es que la forma en la que me miró habría hecho arder a cualquier mujer menos fuerte que yo. La noche anterior me había amado, o al menos a mi cuerpo. Pero ahora estaba claro que prefería que en ese lugar solo hubiera un puñado de cenizas.

—Yo desaparezco y todo volverá a ser fácil, sin complicaciones. Puedes volver a esconderte del mundo, y yo ya no estaré aquí para impedirlo.

—Cállate.

—Despídeme, Jimmy. —Supongo que mi sonrisa resultaría tan amarga para quien la contemplara como me supo a mí—. Échame de aquí. Hazlo.

Alguien dijo algo, pero no me enteré de qué, ni de quién fue. Para mi percepción solo existíamos él y yo.

—Sé que deseas hacerlo —proseguí—. Todo sería mucho más sencillo si yo no estuviera aquí.

—Cierra la puta boca, Lena.

—¡Vamos! —le urgí, inclinándome hacia delante—. Solo existe el presente, ¿no es así? ¡Hazlo!

De nuevo le traicionó el músculo de la mandíbula.

—¡Despídeme, joder! —le grité.

Sacudió la mandíbula y asintió.

Ya estaba hecho.

Di un profundísimo suspiro y cerré los ojos con fuerza. De todas formas se me escaparon algunas lágrimas, las muy cabronas. ¡No me gustan nada las escenas dramáticas, ya estaba bien!

—Bien. Me dijiste que no recaerías si me marchaba. Espero que mantengas la promesa —dije con la voz rota. Me costaba muchísimo hablar en ese momento.

Asintió de nuevo.

—¡Espera! —dijo Mal acercándose precipitadamente—. ¡Jim, colega, vamos! Es Lena. ¡No puedes despedirla!

—¡Lena, espera! —David alzó una mano.

—No pasa nada —dije, secándome las lágrimas y abriéndome paso entre todos.

No quería mirar al resto de la banda, pero no tuve más remedio, ya que estaba justo en medio de aquella horrible y patética escena. Vi un montón de caras estupefactas y la mirada vagamente avergonzada de Dean. Tampoco me importaba tanto, pues no volvería a verlos jamás. A ninguno de ellos. Ese periodo de mi vida ya lo daba por zanjado.

Detrás de mí, en la cocina, comenzó una discusión bastante acalorada, llena de murmullos crispados y tristes. Ni me detuve ni aflojé el paso.

Seguramente podría decir muchas cosas acerca de la naturaleza del amor. Nunca sabría exactamente qué era lo que yo significaba para Jimmy, puede que incluso ni él mismo lo supiera. El amor es uno de los auténticos misterios de la existencia. Son tantas las formas en las que se presenta, y muchas de ellas tan asombrosas y desconocidas, que resulta impresionante. Me imagino que todo depende de cómo lo encares. Pero en esos momentos, lo que yo afrontaba era un solitario regreso a casa, a mi casa, pues la casa que había compartido con él ya no era mi hogar.

Las lágrimas brotaron con fuerza, y ya no las contuve.

Algunas cosas hay que vivirlas hasta sus últimas consecuencias. Dejarlas salir, liberarse de ellas y seguir adelante.

Quería pensar que me iba a echar de menos, pero la verdad era que estaría mejor y mucho más tranquilo una vez que yo me hubiera ido. Ya encontraría a alguien que ocupara mi puesto, que contestara su correo y lo mantuviera bien ordenado. Incluso era bastante posible que hiciera el trabajo mucho mejor que yo.

Punto final.

Un enorme lazo de satén blanco presidía orgullosamente la puerta principal.

No faltaba más, Alyce y su habitual egocentrismo. Esta celebración había adquirido dimensiones gigantescas en mi ausencia, estaba claro. Puede que debiera haberme escondido debajo de la cama en la habitación de un hotel hasta que hubiera pasado todo.

No, eso sería de cobardes. Yo estaba hecha de un material más resistente.

Después de todo, acababa de vivir una situación vitalmente decisiva y devastadora, así que encontrarme con mi hermana y mi ex en su boda no sería algo tan tremendo.

Se escuchaba cierto griterío femenino procedente del interior. Era la víspera de la celebración, por lo que me imaginé que había reunido a las tres damas de honor para pasar un rato de despedida, o lo que fuera. De repente sonó a todo volumen una canción de Britney Spears.

¡No, por Dios! Eso ya era demasiado. Me sentía incapaz de pasar por ello. No había ninguna posibilidad de escapar.

Ya había arrastrado mi cansado cuerpo y mi mente destrozada por medio país. Dejé atrás un montón de material, ordenado en cajas, con una nota para Ev pidiéndole por favor que me lo reenviara. Lo único que me importaba era salir de casa de Jimmy cuanto antes y de una pieza, más o menos entera.

Pam me llevó al aeropuerto, pese a mi insistencia en ir en taxi. ¡Qué mujer tan adorable! Lástima que no pudiera aprender fotografía con ella. El resto de la banda y demás acompañantes se quedaron en el sótano. No habría podido soportar enfrentarme a ninguno de ellos después de la dramática escena que montamos Jimmy y yo. La Nikon de diez mil dólares se quedó allí, encima del mueble antes conocido como mi mesilla de noche. Que Jimmy hiciera con ella lo que le diera la gana. No iba a llevármela, de ninguna manera.

Tenía que encontrar la forma de eliminar de mi memoria cualquier rastro de él; ese sería casi el único objetivo de mi inmediato futuro. Olvidarme del sonido de su voz, del olor de su cuerpo cubierto de sudor. No debía pensar en los cientos de conversaciones banales que habíamos mantenido, en todos los motivos por los que nos habíamos peleado. Tenía que reconstruir y pegar perfectamente los trozos de mi corazón roto. Todas esas cosas ya se habían terminado.

Tenía que acabar de verdad con ellas, situarlas en el pasado para así poder

encarar el futuro con garantías.

Pero en aquel momento no vi la manera de enfrentarme a lo que estaba pasando en la casa de mi infancia. ¡Britney Spears, el infierno entre nosotros! ¡Señor, dame fuerzas! Estuve a punto de darme la vuelta y marcharme, aunque fuera arrastrando la pesada y abarrotada maleta hasta el centro de la ciudad, pues el taxi se había marchado hacía rato. Por lo que sabía, Toni todavía trabajaba en el hotel Burns. Si le daba veinte dólares, seguro que no pondría inconvenientes en esconderme durante un par de días.

Pero no.

En medio de mi vía de escape vi a mi padre, de pie. El tiempo no había realizado excesivos cambios en él. Seguía con ese aspecto sólido y robusto que siempre le caracterizó. Quizá con el pelo un poco más gris.

Llevaba dos paquetes, uno en cada mano, llenos hasta arriba de recipientes del restaurante chino Kwong; en mi muy experta opinión, todo hay que decirlo, la mejor comida que podía conseguirse en mi ciudad natal.

—¡Lena! —Parpadeó al verme, iluminado por la luz cálida del atardecer. La pesadumbre que sentía en mi corazón se alivió un poco.

—¡Hola, papá!

Me miró con expresión de enorme sorpresa y alegría.

—¡Mi niña ha vuelto a casa!

—Sí, he vuelto. —¡Vaya! Inmediatamente se volvió a abrir el grifo de mis ojos y mis mejillas se inundaron en un momento. ¡Tenía que aprender a controlar las emociones, joder!

Papá avanzó con dos largas zancadas y me obsequió con el abrazo más fuerte sin soltar las enormes bolsas de comida. Se me hizo la boca agua con el delicioso aroma del pollo a la miel y, de paso, mis tripas emitieron un gruñido. ¿Sería demasiado pedir que yo fuera una de esas chicas sufridoras que pierden la mitad de su peso cuando dicen adiós al amor de su vida? Lo dudaba mucho. Lástima.

Me apreté contra él, era muy reconfortante.

—¡Qué bien que hayas vuelto a casa, cariño! —dijo.

—Sí, es agradable volver.

Durante un momento nos miramos el uno al otro, encantados de poder

contemplarnos. Es bueno saber que hay cosas que no se van a perder nunca. Y mi vínculo con mi padre era una de ellas.

—Mala cosa lo que hizo tu hermana —afirmó—. Tu madre y yo tuvimos una conversación muy seria con ella.

—¿De verdad? —¡Mira por dónde! Yo creía que Alyce, la niña maravillosa, lo hacía todo bien. ¡Hay que ver!

—Pues claro que sí. Aunque, sinceramente, tú eres mucho más de lo que se merece ese imbécil de Brandon. Nunca habría sido capaz de hacerte feliz —afirmó, al tiempo que me miraba por encima de las gafas—. Pero, oye... ¿qué es lo que te ocurre, cariño?

—Me han vuelto a romper el corazón —respondí con una risita y encogiéndome de hombros—. Estúpida de mí, ya sabes.

—Estúpido de él, no te quepa la menor duda. Mi niña es una reina. Cualquier chico que no se dé cuenta de eso, no merece estar a tu alrededor ni un minuto. —Este hombre tenía que ser presidente. Siempre decía las cosas más maravillosas.

—Gracias, papá.

Se quedó mirándome, esperando a que le contara.

—Es una historia muy larga —me limité a decir.

De dentro de la casa nos llegó un grito tan agudo que me hizo daño en los oídos. Al parecer, era solo una muestra de intenso entusiasmo. Me estremecí.

—Va a ser una noche muy larga, hija —dijo papá suspirando—. Te propongo una cosa: entramos, repartes felicitaciones con toda la brevedad que puedas y después nos encerramos en el sótano, cerca del frigorífico en el que escondo las cervezas. ¿Qué te parece?

—Un plan magnífico.

—Tu madre te echa mucho de menos, Lena. —Intentó sacar las llaves del bolsillo del abrigo, aunque le resultó imposible, cargado como iba de delicias orientales.

—Deja que te ayude. —Le liberé de una de las bolsas—. Yo también la he echado de menos. Pero necesitaba estar fuera por un tiempo. Encontrarme a mí misma, y esas cosas.

—¿Y qué has averiguado?

—Pues... que sigo sin tener ni un ápice de sentido común a la hora de escoger a los hombres. —Solté una tímida sonrisa—. Pero ¿sabes una cosa, papá?

—¿Qué, cariño? —Me miró sonriendo.

—Estoy bien conmigo misma, y no pasa nada si estoy sola.

Las llaves repiquetearon mientras él buscaba la de la puerta.

—Pues claro que sí. Siempre has sido la más fuerte de mis chicas. Tu hermana ha estado toda su vida celosa de ti, ¿lo sabías?

—¡Anda ya! —Me reí. La sola idea era ridícula—. ¿La perfecta y brillante Alyce?

—Pues sí. Celosa de la brillante y descarada Lena, de respuesta rápida, mordaz y siempre graciosa en cualquier circunstancia, capaz de enfrentarse y hablar con quien sea. —Papá sonrió y abrió la puerta principal.

Nos invadió la luz y una música bastante estridente. Un montón de chicas gritaron mi nombre, gratamente sorprendidas.

—Hola. —Moví mínimamente la mano.

Alyce me dedicó una sonrisa algo vacilante. Un metro setenta y cinco, delgada y esbelta, con una magnífica melena de color caoba.

—Hola, Lena.

—Hola —repetí, demostrando con hechos lo que había dicho mi padre acerca de lo excelente conversadora que era.

Papá se adelantó para ir a la cocina a dejar la comida. Las damas de honor me miraban con ojos muy abiertos y llenos de curiosidad, las muy cotillas. Seguro que en pocos minutos corrían por toda la ciudad las noticias sobre mi regreso.

—Gracias por venir —dijo mi hermana, mostrando timidez e incertidumbre. Era incapaz de sostenerme la mirada cinco segundos seguidos.

—Oh, no es nada.

Y entonces, ese huracán desatado que a veces es mi madre llegó volando desde la cocina y me abrazó como si quisiera imitar un pase de un partido de fútbol americano. Nuestros amplios y respectivos pechos chocaron. Sin duda, ni las profesionales de lucha libre femenina habrían resistido semejante empujón. Di por hecho que tendría que cambiar de gafas o, como mínimo,

arreglarlas.

—Justo a tiempo —susurró—. Bienvenida a casa, mi amor.

—Gracias, mamá. —le devolví el abrazo hasta que me dolieron los músculos.

Había acertado volviendo a casa. Ya me sentía infinitamente mejor, más ligera. Seguro que allí volvía a encontrar la paz perdida. Era el lugar apropiado para olvidarme de las estrellas del *rock*, de sus ropas brillantes y del resto de la parafernalia.

Mamá, papá y yo nos hicimos con nuestros platos de cerdo agri dulce y demás maravillas y nos retiramos al sótano. El salvaje grupo de damas de honor podía continuar con sus grititos y sus carreritas allí mismo. Parecía que hasta mi propia madre sentía la necesidad de un descanso, harta de tanto estrógeno suelto.

Como éramos dos mujeres, papá cambió discretamente el partido que había puesto por una película antigua en blanco y negro. Era estupendo estar otra vez en casa, con mis padres y todo lo demás. Mi territorio. Era tremendamente agradable.

—¿Otra cerveza, Lena? —preguntó papá desde su sitio en la esquina.

—¿Debo entender que esa es tu sutil manera de decirme que vaya a buscar una para ti?

—Ya estoy mayor, cariño. Es tu deber cuidar de tu pobre y anciano padre.

—Vaale.

Mamá soltó una risita nerviosa. Sabe Dios cuántas copas de vino blanco se habría tomado antes de que llegáramos a casa. No la envidiaba, en absoluto. Sin duda los preparativos para la boda de Alyce le habían hecho pagar lo suyo. Tanta tensión...

El sótano era el refugio masculino de mi padre. Una enorme pantalla plana de televisión, sofás confortables y, por supuesto, el ya mencionado frigorífico en un rincón lleno de cervezas. Las paredes estaban decoradas con camisetas de fútbol enmarcadas. A veces me preguntaba si mi padre lamentaba no haber tenido algún hijo varón, aunque él nunca decía nada semejante, ni lo daba a entender.

Mis padres eran buenas personas. Todos los problemas que yo sufría, de

alma y de cuerpo, eran míos, no de ellos. Y aunque era magnífico estar de nuevo en casa, tenía claro que no debía quedarme ahí demasiado tiempo. Lo justo para olvidarme del pasado y hacer lo que debía, fuera lo que fuese. La decisión estaba tomada.

Agarré la cerveza de mi padre, la segunda, por cierto. Yo no tenía ningún problema con la bebida. El hecho de mantenerme abstemia estos meses fue para apoyar a Jimmy.

—¡Que le den! —murmuré, agarrando otra cerveza bien fría del frigorífico. No iba a renunciar a estar a gusto con mis padres privándome de beber solo por él. Entonces me di cuenta de que Jimmy Ferris no influía en mis actos. De ninguna manera. Nunca lo hizo y nunca lo haría. Lo que le demostré durante esos meses fue por mi propia decisión, para compartir mi solidaridad. Eso fue todo. Lo cierto es que él en ningún momento me lo pidió, ni siquiera lo insinuó; todo lo contrario.

Daba igual. Era el momento de dejar las cosas atrás y de relajarse.

Me disponía a disfrutar de mi cerveza.

—¿No es ese el hombre para el que trabajabas? —preguntó mamá.

Me volví y allí estaba, a todo color y en alta definición, en imágenes recién captadas desde Hollywood: Jimmy y Liv en una alfombra roja, acudiendo a algún evento. Tenía un magnífico aspecto, para variar, con su pelo bien arreglado, y el sempiterno y elegantísimo traje negro. Fue como si me clavaran un cuchillo en mitad del pecho. Se me escurrieron de las manos las dos botellas de cerveza y se estrellaron contra el suelo. El cristal se esparció por todas partes, lo mismo que la espuma. Volví a mirar y ya no estaba en la pantalla; el bloque de noticias breves había terminado, ya estaban de nuevo con los anuncios, e inmediatamente la película en blanco y negro volvió a la pantalla.

Mamá y papá se levantaron a toda prisa y corrieron hacia mí.

—Lo siento mucho —me disculpé, observando el desastre que había organizado.

No supe cómo reaccionar. Estaba paralizada. Estaba claro que Jimmy no había perdido nada, estaba perfectamente, guapo, saliendo por ahí, disfrutando de la vida en la mejor compañía. Y sin embargo... me destrozó,

me echó fuera para seguir su camino como estrella rompecorazones del *rock and roll*.

—Que se vaya a la mierda —susurré.

Mi hermana bajó por las escaleras corriendo.

—¿Qué ha sido eso?

—Tu hermana ha tenido un pequeño accidente —contestó mamá al tiempo que agarraba una toalla de la pila de ropa que había junto a la secadora.

—No es nada. Tan solo he cometido un error —confirmé—. Y bien grande.

Mi padre me miró muy serio y parpadeó un par de veces tras los cristales de las gafas.

—¡Oh, querida!

Y estallé en un incontrolable llanto.

No paré hasta pasado mucho mucho tiempo. Creo que solo acabé cuando me quedé completamente seca por dentro.

CAPÍTULO 19

Estoy casi segura de que Dante tenía la intención de que las malditas bodas formaran uno de los niveles de su infierno, pero al final se le olvidó incluirlas.

Me encontraba sola, sentada en un rincón de la gran sala de baile del Long Oak Lodge, mientras los asistentes charlaban, normalmente a voz en grito, y bailaban animadamente a mi alrededor. La sala estaba decorada en tonos plateados y blancos. Globos, cintas, lazos... Ya os lo podéis imaginar. La ingente cantidad de flores me recordaba al funeral de Lori; y las cintas, a las corbatas de seda de Jimmy. Él me solía decir que, en lo que se refiere a las adicciones, cualquier cosa podía actuar como un desencadenante. Ahora entendía perfectamente lo que quiso decir con eso. En este caso, mi droga medía un metro ochenta y cinco, y era condenadamente guapo; me había conducido a límites de placer que nunca había ni soñado alcanzar, y había hecho correr el éxtasis absoluto por mis venas. Por tanto, no era nada sorprendente que, tras perderlo, me encontrara anímicamente en las alcantarillas.

Se podría decir, sin miedo a equivocarse, que allí, en aquel rincón de chicas solteras, el estado de ánimo dominante era la autocompasión. Di otro trago al vaso de refresco usando la pajita, que no era una pajita normal, claro, sino «de boda».

¡Qué divertido! A la gente deprimida por un amor no correspondido hay

que dejarla sola, no vaya a ser que su dolencia sea contagiosa. En todo caso, no es una compañía muy recomendable para nadie.

La sala estaba tenuemente iluminada por lamparitas y... ¡velas!, mientras que en el escenario una banda tocaba baladas románticas de temas clásicos. Le había pedido prestado un vestido a una vieja amiga (hasta la rodilla, plateado, de satén y encaje, bastante bonito, aunque algo ajustado en la zona del pecho). Brandon intentó acercarse una vez y opté por limitarme a enseñarle los dientes. Y así como lo pensé, lo hice. Todavía me resultaba gracioso recordar a qué velocidad se dio la vuelta y salió como alma que lleva el diablo. Ni siquiera intentó volver a hablar conmigo. Al parecer, era bien conocida mi fama en eso de perdonar a la gente que me hace faenas; definitivamente no es una de mis virtudes.

Ya era cerca de medianoche y la fiesta empezaba a dar señales de agotamiento. Alyce y Brandon bailaban lentamente en medio de la pista, echándose miraditas enamoradas de vez en cuando. Pese a sus turbios comienzos, lo cierto es que creía que tenían posibilidades de salir adelante, y ya lo deseaba de verdad. Mamá y papá también bailaban cerca de ellos, y de vez en cuando se daban algún besito o se hacían una carantoña. Todo el mundo parecía estar disfrutando.

Pasó cerca de mí el tío Bob, marcándose una lambada con dudoso acierto, y levanté los pulgares para animarlo.

—¡Estupendo! ¡Adelante, tío Bob! —le animé sin el más mínimo signo de sarcasmo. Y es que cuando quiero, puedo ser así de genial.

Me bajé las gafas y me froté el puente de la nariz. Durante horas me había estado rondando un dolor de cabeza detrás de los ojos, seguramente gracias a mi decisión de optar por un peinado complicado, en lugar de mantener mi habitual y sencillo estilo natural. Lo cierto era que me sentaba bien, pero tiraba como un demonio. Y no quería ni pensar en el tiempo que tardaría en quitarme los cientos de malditas horquillas.

Al principio no me fijé en el chico del traje negro. Estaba demasiado ocupada sintiendo pena de mí misma. No era más que una sombra que se movía entre las borrosas figuras de las parejas que bailaban en la pista. No obstante, cuando se produjo una pequeña escaramuza en el escenario, atrajo

toda mi atención. Me volví a colocar las gafas...

—¡Suelta el puto micrófono! —Una voz, ronca pero clara, resonó por los altavoces. Era extrañamente familiar.

Se escucharon murmullos. Algunas voces, apenas audibles, discutían por lo bajito, aunque también con cierto acaloramiento.

—Sí, ya sé que es una boda. Ya me lo había parecido por la decoración... —dijo aquel tipo, alto y claro—. ¡Escuchadme! Tengo la canción perfecta para felicitar a la feliz pareja.

—No. Mierda... Ni se te ocurra. —Me levanté como un resorte, pero no avancé por no tropezarme con los globos y las cintas, pues la luz de las lamparitas y las velas era insuficiente. Así que volví a sentarme y me limité a decirme a mí misma con cierto desmayo—: Ni se te ocurra...

En el escenario volvió a escucharse la voz, algo más suavizada. La gente, que se acercaba curiosa a la pista de baile, empezó a arremolinarse algo inquieta. No me pareció que este secuestro del escenario en plena celebración estuviera siendo muy bien recibido.

—Estupendo. ¿Qué canción seríais capaces de tocar más o menos decentemente? —preguntó el intruso del traje negro. Más charla sorda—. Vale, de acuerdo, tocad esa.

Empezaron a sonar los primeros acordes de guitarra. De inmediato reconocí la canción. Era *She will be loved* **, de *Maroon 5*. Una magnífica balada pop, de mis favoritas.

Y entonces, el cantante abrió la boca: «*Reina de la belleza de solo...*».

Me temblaron las rodillas, y todas mis dudas desaparecieron en un instante.

¿Cómo diablos podía estar aquí?

Gracias a esa maravilla de la tecnología que es el micrófono inalámbrico, Jimmy saltó desde el escenario a la pista, y empezó a abrirse paso entre la multitud, buscándome, pero sin dejar de cantar. Quizá se tratara de una extraña coincidencia y hubiera decidido empezar a cantar por sorpresa en fiestas particulares. Se adentró entre el mar de globos de helio, buscando con la mirada por todos los lados. Y cantando, maravillosamente.

Yo no sabía qué hacer.

Sentía en mi pecho una extraña sensación, cálida y expansiva. Empecé a pensar que me estaba dando un ataque al corazón, o algo así. La letra no era la más adecuada para una boda, ni remotamente. Supongo que la expresión de mi cara no era una sonrisa, sino una especie de mueca, temblorosa y preocupada. Por otra parte, como decía la canción, tampoco había estado conmigo «*tantas veces*», solo tres. Además, cuando me caí y aterricé en el suelo, no «*me recogió*». Todo ello me hizo llegar a la firme conclusión de que el tipo era un buen cantante, pero un redomado mentiroso.

Jimmy Ferris se abrió camino entre la multitud, continuando con su búsqueda. Su voz era suave y sugerente, la más dulce que había escuchado en mi vida. Varias señoras se pusieron rojas como tomates y se abanicaron con la mano cuando pasó por su lado. La edad no era un factor disuasorio. Hasta mi propia madre se quedó extasiada al contemplar su diabólica belleza.

Se detuvo en el extremo de la pista y se volvió despacio, trescientos sesenta grados. No había escapatoria: por fin encontró lo que deseaba. Me miró directamente, y dejó de cantar de inmediato.

Silencio.

Surgió un murmullo de decepción entre la multitud.

—¿Lena? —Mi nombre resonó con eco por cada una de las rendijas y recovecos del sistema de altavoces, inundando el ambiente—. ¿Qué diablos haces ahí sentada, en el último rincón?

Mi corazón empezó a latir a toda prisa. Simplemente estaba ahí, sentada, presa de una conmoción absoluta. Honestamente, no tenía nada que responder.

Jimmy le entregó el micrófono a un camarero que en ese momento pasó por su lado, mientras la banda seguía tocando, ya sin cantante. Empezó a andar hacia mi mesa con pasos firmes, pero tranquilos. Me hubiera gustado pegarle un tiro por ir tan despacio. Al parecer, él no era capaz de darse cuenta del caos de sentimientos que me inundaban, ya que iba tranquilamente, como de paseo. Supuse que debía agradecerle que hubiera hecho tal esfuerzo por venir, finalmente. Pero, dado que había perdido por completo los papeles, no lo hice. ¡Qué maleducada!

—Hola —dijo finalmente, cuando se detuvo a un metro de mí.

Lo único que pude hacer fue alzar la mano para saludarle, sin decir una palabra, claro. No podía ni hablar.

—Estás muy guapa.

—Gracias. —¡Vaya! Mira por dónde, fui capaz de decir algo. Pasé la mano por la falda del vestido, tanteando el dobladillo. ¿Por qué demonios estaba tan nerviosa? Mierda, ese cabrón debería haber temido por su seguridad física, incluso por su vida.

—Me imagino que te estarás preguntando por qué estoy aquí —dijo con una tranquilidad pasmosa.

Respiré hondo.

—Pues más o menos... sí.

—Yo, eh... —. Me miró confundido. Parecía inquieto.

—¿Qué? ¿Tú qué? —Espeté. Fue un estallido repentino, se me había acabado la paciencia. Después me senté sobre las manos, para impedir que actuaran por su cuenta. Era una situación de lo más rara, estaba muy indecisa. Mis dedos querían lanzarse sobre él, no sé si para abrazarlo o para arrancarle la piel a tiras, eso aún estaba por decidir. Aunque no creo que fuera muy conveniente para mí acabar con él en público. Demasiados testigos.

Agarró la silla más cercana y se sentó. Yo me eché para atrás unos centímetros, intentando establecer algo más de distancia. Sí, sin duda era él. Los rasgos familiares y definidos de su cara y su mirada recelosa me hacían un daño casi físico. No podía dejar de mirarlo, me lo comía con los ojos, como si tuviera hambre acumulada.

—Lena, después de que te marcharas estuve pensando —explicó, con los codos apoyados sobre las rodillas—... sobre muchas cosas.

El detector de estupideces empezó a pitar como un loco en mi cerebro.

—No, de eso nada. Fuiste a alguna mierda de fiesta con Liv Anders. Haz el favor de no decir mentiras.

—Pero...

—No.

—Lena, no pasó nada. Te lo juro. Por favor, déjame explicarte. —Se pasó la mano por el rostro, bastante descompuesto, la verdad—. No sabía cómo encajar lo que me dijiste. Si... si de verdad era eso lo que sentías por mí,

entonces las posibilidades de que yo lo jodiera todo y que me dejaras para siempre eran muy altas.

—Pues, mira, sí. Tú lo jodiste todo, y yo me fui.

—Sí, te fuiste.

—¿Y entonces? —Abrí los ojos con tal fuerza que casi me dolieron.

—Entonces... necesito que vuelvas. Reaccioné de manera equivocada. Vuelve y encontraremos la manera de que la cosa funcione.

—¿Y qué se te ocurre que podemos hacer para que la cosa funcione, Jimmy? —pregunté con demasiado sarcasmo.

Las arrugas de su frente se apretujaron unas contra otras. Y la expresión de su perfecta cara era tremendamente sincera, aunque igualmente indescifrable.

—Bueno, no me importa que te sientas así. Lo entiendo. Vuelve conmigo, vuelve a trabajar para mí y sigamos follando. Hasta puede ser exclusivo para ambos, si tú lo quieres así, ¿de acuerdo?

—Lo siento, pero no, no me sirve. —Intenté sonreír, como si con eso pudiera suavizar la tormenta que estaba descargando sobre ambos. No paraba de retorcer las manos en el regazo—. Tienes que marcharte, Jimmy.

—¿Cómo?

Me dolía mirarlo. Y me dolía mucho más amarlo como lo amaba.

—Tienes que marcharte. Porque no voy a volver. Eso no va a pasar.

—Lena... —Se acercó y me agarró por la cintura, apretando bastante—. No es verdad. Me quieres, me lo has dicho.

—Sí, claro que te quiero, y lo sabes. —Me dolían la garganta y los ojos al decirlo.

—Entonces, ¿por qué no quieres volver? —preguntó, sin soltarme la cintura.

—Por respeto hacia mí misma y por autoprotección. Esas son las dos razones. Y porque en el momento en que te canses de que te ame, volverá a pasar lo que pasó ayer. Y no quiero que ocurra, de ninguna manera. No quiero ser tu eterna compañera de polvos, Jimmy, sea o no en exclusiva. Lo que me ofreces me destroza el alma.

—Pues pensé que te haría feliz —dijo con expresión sombría.

—Bueno, pues no es así.

—Te estoy ofreciendo lo que creo que querías. Esa es mi intención, Lena.

—No, no te confundas. Me estás ofreciendo lo que tú quieres, no lo que yo quiero. Las relaciones no funcionan así. No has aprendido nada. —Al decirlo, me tembló de emoción la barbilla, que había levantado con gesto de pretendido orgullo. ¡Qué frustrante!—. Todavía no se te ha pasado siquiera por la cabeza lo que yo quiero.

—¡Joder! ¿Y qué coño es lo que quieres? —espetó.

—Que me ames. —Aparté sus dedos de mi cintura. Y esta vez me lo permitió. Su gesto de impotencia era evidente.

—Pídeme otra cosa... lo que sea.

No había solución para nosotros. Me levanté despacio y me alisé el vestido.

Jimmy me miró intensamente, con gesto inflexible.

—No puedo —sentenció.

—Entonces no tendrías que haber venido. Tenías que haberme dejado marchar.

Se puso de pie muy deprisa, al contrario de lo que yo había hecho. Hasta tiró al suelo la silla en la que había estado sentado.

—¡Espera! —dijo.

—¿Qué?

—Ella me dijo que nadie me amaría jamás.

«Ella» era la zorra de su madre, por supuesto. Negué tristemente con la cabeza.

—Pues ella estaba equivocada.

Toda la sala se tornó borrosa debido a las lágrimas que inundaban mis ojos. ¡Mierda de amor! Estaba hasta las narices de todo esto. No sé cuántas veces se le puede a una romper el corazón por causa de un mismo hombre, pero ya era suficiente, en serio. Tenía que pedirle un pañuelo de papel a mi madre.

Y además, ¿por qué seguían tocando esa estúpida canción los de la banda? A partir de ahora la odiaría oficialmente. «*Caminé resueltamente hacia mi destino, sin decir nunca que iba a morir...*», y todo eso.

Papá me llevaría a casa. Él único hombre del cual una chica se puede fiar

es su padre.

—Lena.

Me detuve. Todo el mundo nos miraba, supongo que sin excepciones. Éramos un auténtico espectáculo, y encima gratuito. En aquel momento no me importaba nada ni nadie más.

—Lo siento. —Su voz sonó muy cercana.

—Jimmy...

—Escúchame, por favor. Déjame que suelte lo que llevo dentro.

Apreté la mandíbula conteniendo la tensión.

—Necesito que vuelvas conmigo, por favor. —Sentí en la oreja su cálido aliento. El calor de su cuerpo, detrás de mí, era como una llama—. No puedo soportar no tenerte cerca, no saber qué estás pensando, ni lo que estás haciendo, no poder contarte cosas, ni compartir contigo lo que pienso, lo que hago y lo que quiero hacer. Es como sí... No lo sé, pero nada es igual. Odio despertarme sin ti y me preocupa constantemente que no estés bien, o que no tengas todo lo que necesites. Mira, lo cierto es que... lo eres todo para mí, Lena. Eres mi mejor amiga. Eres mi chica.

Yo estaba con los ojos cerrados para concentrarme exclusivamente en sus palabras.

—Nadie, en toda mi vida, ha significado lo que tú significas para mí. Por favor..., vuelve, vuelve conmigo. Para siempre.

Esta vez fueron mis hombros los que empezaron a temblar sin avisar, y parecía que mis rodillas se habían vuelto de goma. ¡Joder con las estrellas del *rock*, la madre que los parió! Lo pensé, en serio.

Sentí unas manos poderosas sobre mis hombros, que me obligaron a volverme.

—Siento muchísimo haberlo jodido todo —siguió, a pesar de mis inminentes lágrimas—. Pensé que si dejábamos las cosas como estaban, todo iría bien, y nunca querrías marcharte. Pero no fui capaz de darte lo que necesitabas, y todo se fue a la mierda. —Sus preciosos ojos azules se pusieron sospechosamente brillantes. ¿De verdad sería capaz de llorar, o algo así?—. No sabes cuánto lo siento. No quiero a nadie más que a ti, Lena. Nunca he sentido esto por nadie. Necesito que lo sepas. Que lo entiendas...

Me limité a observarle, absolutamente paralizada.

—Por favor, dime algo —me rogó.

—Jimmy, eso es amor.

Abrió la boca, e inmediatamente la cerró. Lo cierto es que me habría echado a reír ante su expresión de sorpresa si mi corazón, mi alma y mi felicidad futura no hubieran estado en juego. No estaba imaginándome nada. Acababa de decir todo eso de verdad. Cabía la posibilidad de un final feliz, era cierto, tenía que serlo. Porque no es posible sentir por una persona esas cosas que él había dicho y volver a irse. No lo es.

—Amor... —repitió, como midiendo y sopesando cada letra, probándolas o calculando su composición. Había colocado las manos a ambos lados de mi cuello, y me acariciaba la barbilla con los pulgares—. Vale, joder. De acuerdo. Muy bien.

Esperé.

No podía tener los ojos más abiertos.

—Sí, tienes razón. Te quiero —dijo finalmente.

—¿Estás seguro? —Tenía que preguntarlo.

—Sí. —Asintió, moviendo la cabeza muy despacio—. Lo estoy. No creí que fuera capaz de amar, pero...

Lo agarré de la camisa blanca con ambas manos y enterré la cara en su pecho. Aquello era demasiado. Me rodeó con los brazos y me apretó muy fuerte. Sin poder evitarlo, estuve tentada de darle una patada en la espinilla por haberme hecho pasar por todo esto.

—Lo siento muchísimo —murmuró, con la cara enterrada en mi magnífico peinado—. Me jode muchísimo haberte hecho sufrir. Te quiero, Lena. Te quiero mucho, mucho...

—Yo también te quiero —dije casi sollozando. Cualquier tipo de decoro estaba fuera de lugar.

Él tembló y yo temblé, y no me explico muy bien cómo logramos mantenernos de pie. Nos aferrábamos el uno al otro, en plena pista de baile, mientras la banda tocaba una canción de amor clásica. ¿A que no adivináis de qué grupo?

—¡Por Dios! —susurró—. Tenemos que largarnos de aquí. Ese tipo es un

mago, pero de los peores. Ha convertido mi música en mierda.

En ese momento se separó un poco de mí, y yo me partí de risa sin querer evitarlo.

Es la vida, soy así. ¿Qué se le va a hacer?

Jimmy pegó su boca a la mía y toda la comicidad desapareció enseguida, reemplazada por hambre de él. Dios, cómo lo había echado de menos. Solo habían sido un par de días, pero a mí me pareció toda la vida. Su sabor, su tacto, el aroma de su piel. Todo lo que emanaba de él, tanto lo bueno como lo malo. Pasó la lengua por mi boca y literalmente puse los ojos en blanco. La gloria. Nos comportamos como si estuviéramos solos y no hubiera más o menos un centenar de invitados a nuestro alrededor. Lo besé a conciencia, hasta que mis labios perdieron la sensibilidad y la falta de oxígeno hizo que en mi visión empezaran a formarse una especie de circulitos.

—¿De verdad me quieres? —le volví a preguntar mientras apoyaba su frente contra la mía.

Gruñó a su habitual manera.

—¡Dilo!

Esbozó una sonrisa, de las que él llamaba «raras».

—Te quiero, Lena.

—¡Joder, Jimmy, ya era hora! —dije riendo.

Él se rio también, y volvió a besarme.

Y esta es la historia de cómo mi hermana se casó con el imbécil de mi exnovio mientras yo me iba a casa con el hombre más guapo de todo el planeta, de nombre Jimmy Ferris, cantante solista de Stage Dive.

EPÍLOGO

Lo que en principio iba a ser solo una fiesta para celebrar el compromiso de Mal y Anne, se transformó en una especie de estrambótica bacanal hedonística, aderezada con música. Instrumentos, regalos, *pizzas* vegetales y bebidas... todo desperdigado allá por donde miraras. La feliz pareja había desaparecido hacía un rato, rumbo a uno de los dormitorios libres de Ev y David. *Killer*, el cachorrillo, perseguía a Ben por todo el piso, mientras Lizzy estaba tumbada en el sofá, riéndose a mandíbula batiente.

Era bastante divertido, dada la evidente diferencia de tamaños.

Jimmy y David tocaban la guitarra, y además mi chico cantaba *Ain't no sunshine*, una antigua canción de Bill Withers. Yo estaba sentada en el suelo frente a ellos, sacándoles una foto tras otra con mi Nikon. Mi novio era sin duda el más fascinante de los objetivos a fotografiar. Y que Dios tuviera piedad de mis bragas cuando se pusiera a cantar en tono susurrante, aunque supongo que ni eso las salvaría de la inundación.

Finalmente le había pedido a su hermano que le enseñara a tocar la guitarra. Por descontado, David aceptó de buen grado, y le ayudaba a practicar con algunas canciones. Hablaron de la posibilidad de que Jimmy tocara en algún momento la guitarra rítmica durante la próxima gira, respaldando a David. Se sentiría más seguro así, y le hacía feliz poder ofrecer algo más al grupo.

—¿Todo bien? —me preguntó Ev, que se acercó a donde yo estaba.

—Estupendamente, ¿y tú?

—Fenomenal, Lena. Gracias por preguntar —respondió sonriendo.

Más allá, junto a las puertas de la terraza, Nate y Lauren bailaban agarrados, embelesados el uno con el otro. ¡Ah, el amor! Tan magnífico, y todas esas cosas. El mundo es un lugar maravilloso.

—¿Deberíamos ir planificando ya tu boda con Jimmy? —preguntó Ev echando un trago a su cerveza.

—No, no lo creo. Estamos bien así.

—¿Que estamos cómo? —preguntó Jimmy.

La canción había terminado. Me tendió una mano y me incorporé poco a poco. Con gran elegancia.

—Ev me ha preguntado si teníamos pensado casarnos pronto. —Coloqué mi cámara con muchísimo cuidado sobre la mesa auxiliar antes de levantarme. Era tanto un deber como un privilegio el hecho de que Jimmy me quisiera pegado a él. Bueno, en realidad, sobre todo un privilegio.

—¿Y lo deseas? —me preguntó, ladeando la cabeza.

—Algún día.

—Suená bien.

—Jimmy. —Me acerqué a él para hablarle al oído—. Estoy muy excitada.

Me acarició el pelo con una mano, mientras con la otra me agarraba firmemente por la cadera.

—¿De verdad?

—Te digo que un día deberíamos comprometernos más y a ti te parece bien. Me da la impresión de que en estos momentos podría obtener lo que quisiera de ti. ¿Sabes? Y eso me excita muchísimo.

Inclinó la cabeza y me besó en los labios con mucha suavidad.

—Me encanta que estés superexcitada. Hace que las cosas se pongan interesantes...

—Lo tendré en cuenta.

Me dio un mordisquito en el labio inferior.

Sonreí y me retiré un poco para que dejara de hacer eso.

—Animal. —Esta vez solté una carcajada.

—Sí, lo soy. ¿Algún problema?

—En absoluto —dije, acariciándole el pelo con los dedos extendidos—. Me gustas tal como eres.

—Te quiero, Lena —afirmó. Me lo decía continuamente desde la boda de mi hermana. Y yo no lo dudaba.

En cuanto regresamos a casa trasladé de inmediato mis cosas a su dormitorio, y Jimmy se encargó de dejar muy claro a todos que estábamos juntos. Ni siquiera me molesté en escuchar a escondidas su conversación con Liv Anders cuando le transmitió la noticia. Confiaba plenamente en él. Después de su salida precipitada de Los Ángeles para llegar a tiempo a la boda de mi hermana, por lo visto la actriz no se sorprendió demasiado.

Lo cierto es que la compadecí. Yo sabía qué era amarlo y no poder estar con él.

Pero no se lo iba a devolver. Lo siento, Liv.

En medio de muchas risas y ladridos del cachorro, Anne y Mal finalmente salieron del dormitorio. Anne estaba encendida y Mal todavía se estaba poniendo su brillante chaqueta de satén blanco, estilo Elvis. Siempre me pregunté qué demonios le habría llevado a sentir la necesidad de ponerse una prenda como esa. Estaba claro que la idea de casarse en Las Vegas le embriagó por completo, y a partir de ahí todo fue posible.

—¡El rey está vivo! —gritó, alzando las manos por encima de la cabeza—. ¿Qué tal, Benny, muchacho?

El guitarrista se derrumbó sobre un sillón, renunciando a seguir con las carreras. Mientras, *Killer* no dejaba de enredar entre sus tobillos.

—¡Uf!

—Ahora que la bella Lena ha domesticado al imponente Jim, eres el último de nosotros que sigue sin pareja.

—Y puedes apostar a que seguiré así —afirmó Ben riendo.

—¡Anda ya! —Ev se sentó en el sofá al lado de David, y lo rodeó con un brazo—. Echa un vistazo a las parejas inmensamente felices que hay en esta habitación. ¿No te tienta la idea de sentar cabeza, Ben?

—No. —Su respuesta fue así de simple y rotunda.

—¿No hay ninguna persona especial de la que te gustaría hablarnos, Benny? —inquirió Mal, lanzándole una mirada llena de curiosidad.

—No. —Ben cruzó los brazos sobre su pecho ancho y fuerte—. Soy feliz yendo a mi aire y divirtiéndome. ¿Por qué voy a ponerme límites?

Las chicas lo abucheamos. Todas menos Lizzy, que de repente se levantó del sofá como un resorte.

—Chicos, tengo que marcharme. He tenido un día duro. —La chica se acercó a Anne y le dio un abrazo—. Felicidades otra vez.

—Pues gracias, otra vez —respondió Anne riendo—. ¿Nos vemos mañana en el desayuno?

—¡Ni lo dudes! —Se despidió del grupo en general agitando la mano—. ¡Buenas noches a todos!

—Espera. Tomaremos un taxi juntos —dijo Lauren, desenredándose de un muy amoroso Nate. Ambos se habían tomado unos cuantos tragos, por lo que no era conveniente que condujeran. Cuando Anne y Mal se mudaron a su nuevo piso, la hermana de Anne se quedó con el antiguo apartamento. Ya que Mal había pagado el alquiler de todo el año siguiente, hubiera sido una bobada desaprovecharlo. Lizzy aceptó el ofrecimiento con mucho gusto, y cambió su habitación en un piso compartido por un apartamento algo más grande y libre de alquiler.

—Buenas noches —me despedí de los tres, al tiempo que los saludaba con la mano.

Ben observó la súbita partida del grupo con el ceño fruncido. Interesante.

Pero inmediatamente me distraje al notar la nariz de Jimmy en mi mejilla.

—Esta noche aún no me has dicho que me quieres, Lena.

—Te quiero, Jimmy. —Sonreí y le di un beso en los labios.

Desde que descubrió el amor, se había empeñado en convertirse en un experto en el tema. Y, tengo que admitirlo, yo me estaba aprovechado de los beneficios, tanto emocionales como sexuales. Poco a poco fue superando el inmenso daño que le hizo su madre. Las relaciones con su hermano iban mejor que nunca. Incluso me permitió buscarle un nuevo terapeuta (¡no Tom!), y estaba aprendiendo a confiar y a abrirse, tanto a sí mismo como a los demás. En realidad, creo que ambos lo estábamos haciendo, y eso era bueno. No siempre resultaba sencillo, pero los dos perseverábamos, porque nos merecía la pena. Nuestra dedicación a consolidarnos como pareja ya era

absoluta.

—¿Me llevas a casa? —le pedí.

Jimmy sonrió mostrando ambos hoyuelos. Ese gesto siempre conseguía que mis entrañas se estremecieran, sexualmente hablando, quiero decir. Y era indescriptible la forma en que afectaba a mi corazón.

—Lo que tú quieras, Lena.

Agradecimientos

Agradezco a mi marido y al resto de mi familia que hayan sido capaces de aguantar una vez más la locura de otra fecha límite. Su cariño y tranquilidad para resistir la presión son asombrosos. Sería incapaz de cumplir plazos si me faltara su apoyo incondicional y su disposición a ingerir platos precocinados de los que se calientan en el microondas.

Muchas gracias a toda la gente de St. Martin's Press y de Pan Macmillan de Australia y del Reino Unido. Y especialmente a mi maravilloso y comprensivo equipo editorial, formado por Rose Hilliard, Haylee y Catherine. Gracias a mi adorable agente, Amy Tannenbaum, de Jane Rotrosen Agency, por su inagotable fe en mí y por sus excelentes consejos. También a Chasity Jenkins, de Rock Star PR & Literary Services, por su amistad y su ayuda, y a By Hang Le por su cariño y sus impresionantes gráficos.

Y un agradecimiento muy especial a las chicas de Groupies. Vosotras sois el *rock*.

Bloguear sobre libros es un acto de amor. No creo que haya dinero suficiente en el mundo para pagar tanta y tan completa dedicación a leer, revisar y mantener informada a la comunidad aficionada a la novela romántica acerca de las noticias de última hora, de las nuevas publicaciones, etc.

Como siempre me ocurre, sé que voy a dejar fuera a mucha gente, así que pido perdón por adelantado: *Natasha is a Book Junkie*, *The Rock Stars of*

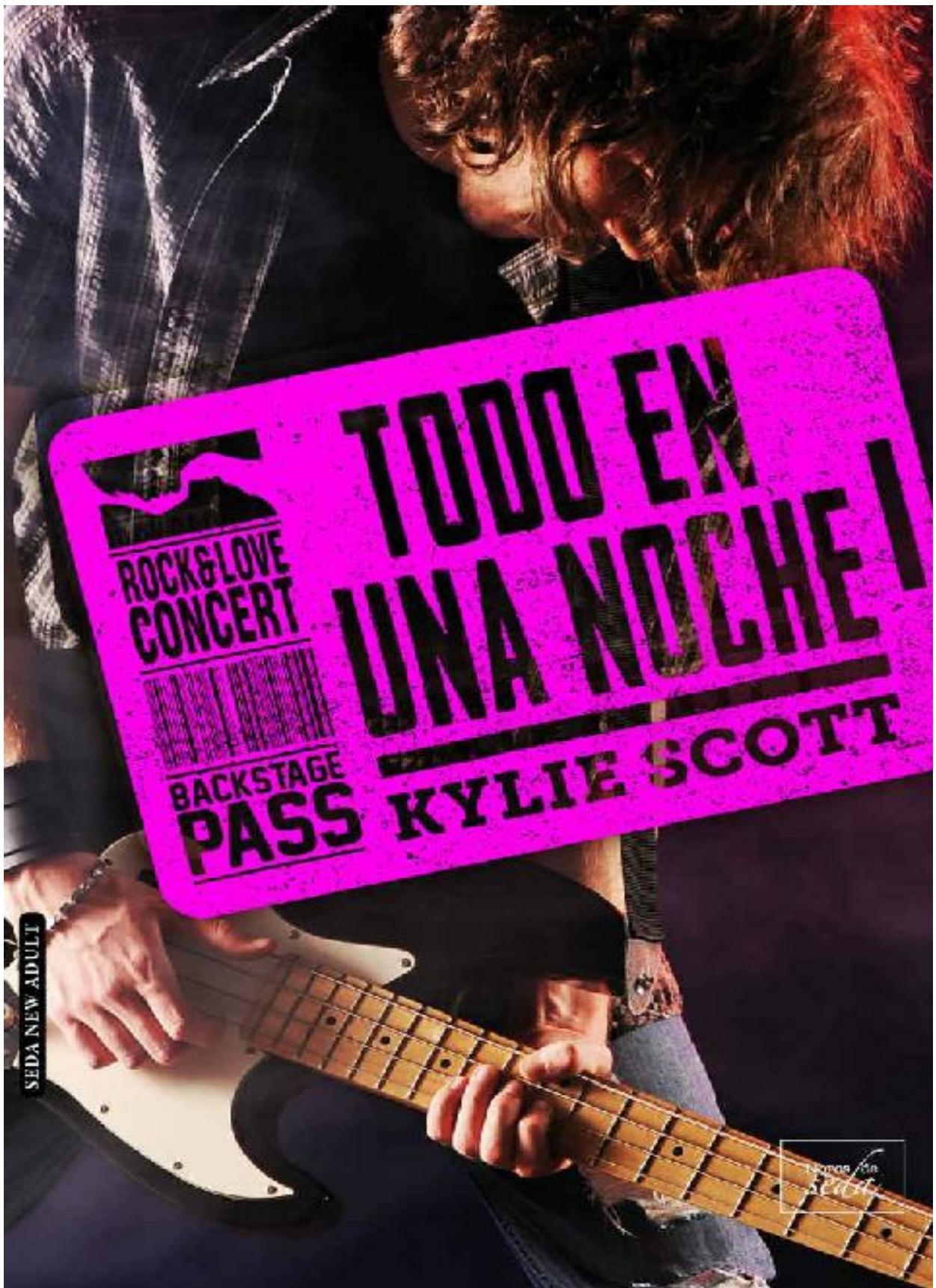
Romance, Maryse's Book Blog, Smut Book Club, Totally Booked Blog, Aestas Book Blog, Give Me Books, Love N. Books, Angie's Dreamy Reads, Globug and Hootie Need a Book, The Autumn Review, About That Story, The BookPushers, Wicked Little Pixie, Heroes and Heartbreakers, Hopeless Romantic, Smexy Books, Under the Covers Book Blog, Book Thingy, Shh Moms Reading, Hook Me Up Book Blog, Ana's Attic Book Blog, Kaetrin, Nelle, Jodie and Jess from Indie Author's Down Under, Sassy Mum, the ladies from Fictionally Yours, Melbourne, Angie, Mel and the Triple M Bookclub, The Book Bellas, Random Hot Guy of the Day, VeRnA LoVeS bOoKs, Valley of the Book Doll, Up All Night Book Blog, Lit Slave, Three Chicks and Their Books, Love Between the Sheets, Rude Girl, Joyfully Reviewed, Night Owl Reviews, Crystal, Cath, Dear Author, Twinsie Talk Book Reviews, A Love Aff air with Books, Harlequin Junkie, Sahara, Kati, Martini Times Romance, booktopia, Rosemary's Romance Books, y muchos, muchísimos más.

Y si tú eres alguien que se pasa un rato leyendo uno de mis libros, gracias a ti también.

NOTAS

* N. del T.: *Killer* significa «asesino».

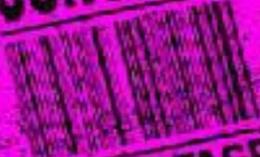
** N. del T.: En español, *Será amada*. En los párrafos siguientes del capítulo la autora hace referencia en varios momentos a la letra de esta canción.



SEDA NEW ADULT



**ROCK & LOVE
CONCERT**



**BACKSTAGE
PASS**

**TODO EN
UNA NOCHE!**

KYLIE SCOTT

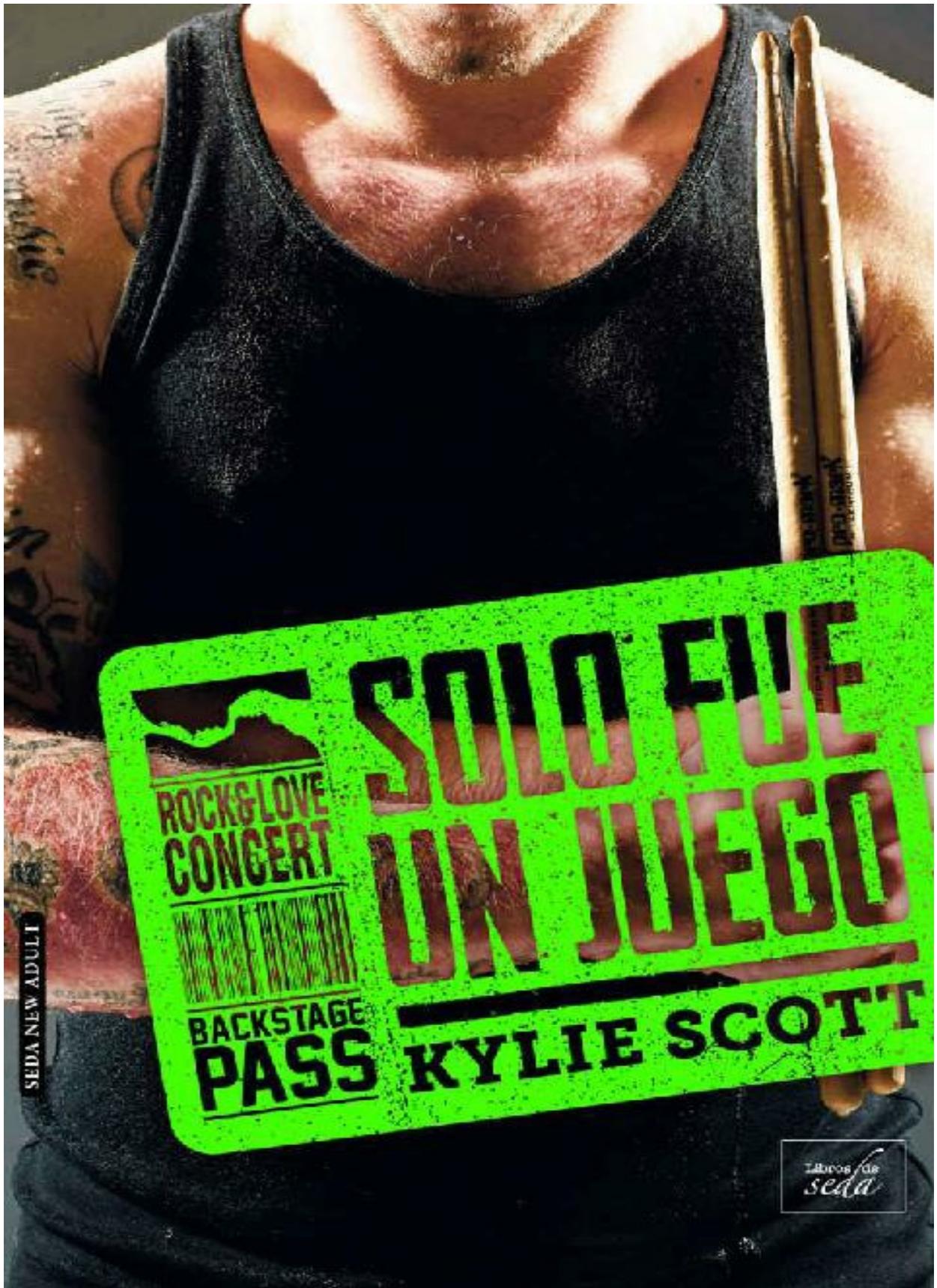


TODO EN UNA NOCHE

Casada sin preaviso: ¿y él es una estrella de la música?

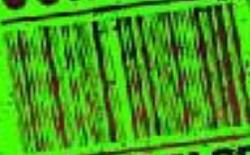
Los planes de Evelyn Thomas para celebrar su veintiún cumpleaños en Las Vegas eran increíbles. Lo más. Pero en ellos no estaba despertar en el suelo de un cuarto de baño con una resaca peor que la peste negra y junto a un atractivo desconocido tatuado, además de con un diamante en el dedo anular que hubiera asustado al mismísimo King Kong. Si al menos pudiera recordar cómo sucedió todo...

Una cosa está clara: amanecer casada con una estrella del rock promete ser duro.



SEDA NEW ADULT I

ROCK & LOVE
CONCERT



BACKSTAGE
PASS

SOLO EN
UN JUEGO

KYLIE SCOTT

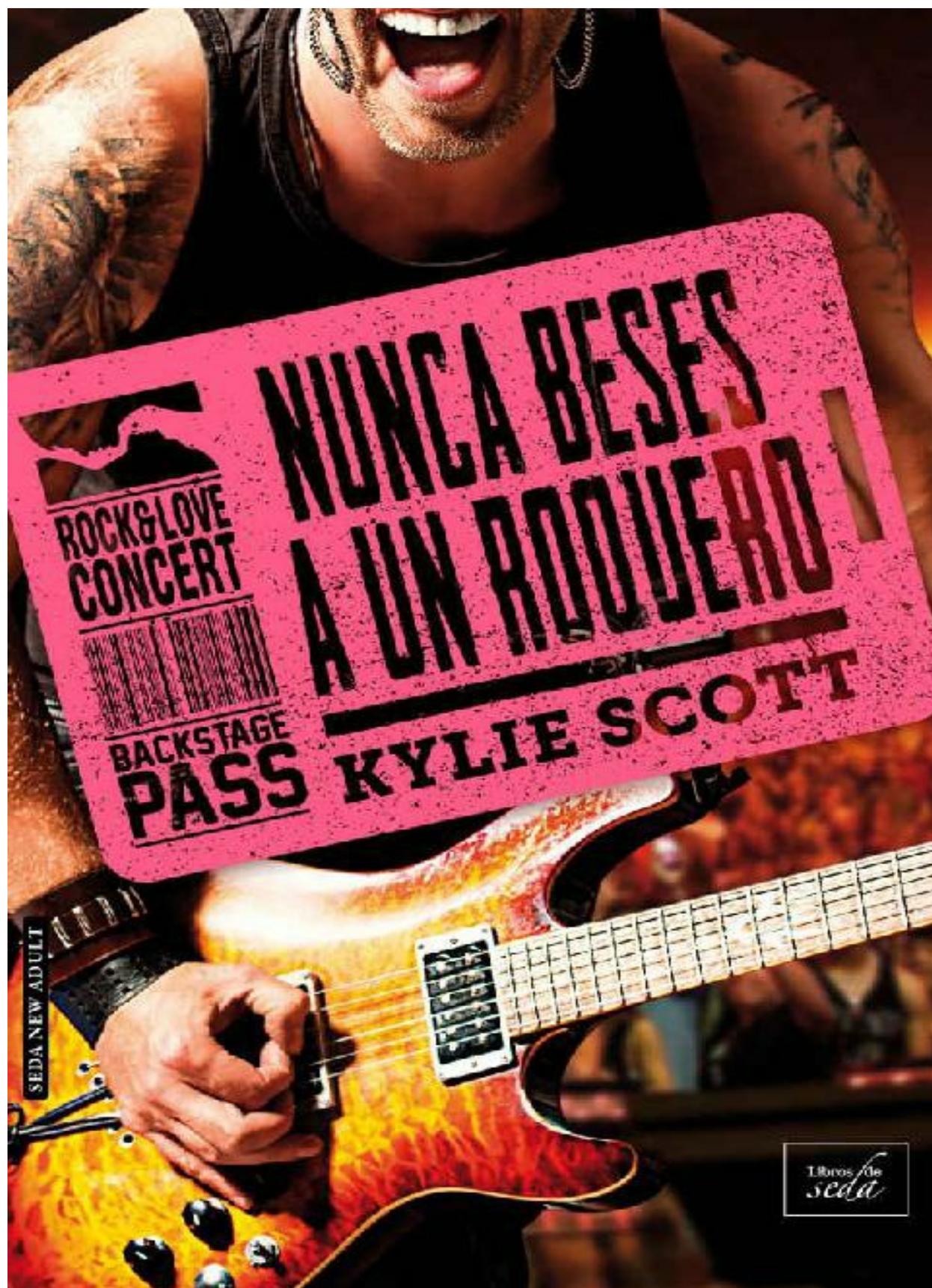


SOLO FUE UN JUEGO

¿Puede un acuerdo de conveniencia entre una buena chica y un chico malo de los Stage Dive salir bien?

Mal Ericson, el batería de Stage Dive, necesita limpiar su imagen y rápido, aunque solo sea durante un tiempo. Y para conseguirlo, nada mejor que llevar del brazo a una buena chica que le haga el trabajo. Lo que no espera es que este arreglo temporal se convierta en algo permanente.

Anne Rollins nunca pensó que conocería a una estrella del *rock* como las que colgaban de las paredes de su habitación... y mucho menos en esas circunstancias. Anne está mal de dinero. Muy mal. Pero eso de aceptar que le paguen para interpretar el papel de la novia buena que sale con el batería de un grupo no puede acabar bien. ¿O tal vez sí?



SEDA NEW ADULT

Libros de
seda

NUNCA BESES A UN ROQUERO

Una noche de desliz con una estrella de la música unirá sus destinos. ¿Llevará eso a que sus corazones se unan también?

Positivo. Dos rayitas en un test de embarazo y la vida de Lizzy Rollins cambiará para siempre. Solo por un error, uno de los grandes, cometido en Las Vegas con Ben Nicholson, el irresistible y sexi bajo del grupo Stage Dive. Pero ¿qué pasa si Ben es el único hombre capaz de hacer que se sienta segura, querida y al mismo tiempo le hace perder el control? Lizzy sabe que el roquero no busca nada serio, solo pasar un buen rato, y no importa cuánto ella desee que eso no sea así.

Ben sabe que Lizzy está fuera de su alcance. Es la hermana pequeña de su mejor amigo, así que no importa lo fuerte que sea la química entre ellos, ni lo dulce que sea ella. Se resistirá. Pero cuando se ve forzado a sacarla de un lío en Las Vegas, es incapaz de controlar su deseo. Las consecuencias de ese desliz van a unirles, pero... ¿para siempre?

¿QUIÉNES SOMOS?

Libros de Seda nació de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de profesionales que llevaban trabajando en el mundo editorial más de veinte años. Un equipo que tiene en común una amplia experiencia en este ámbito en lengua española.

Nuestra línea editorial se fundamenta en la reivindicación de la novela romántica y erótica, por medio de una dignificación del libro de ambos géneros, al igual que de la novela juvenil. En 2014, además, abrimos una nueva línea de novela sentimental de crecimiento personal, que vamos ampliando poco a poco.

Nuestra producción se dirige a ofrecer al mercado editorial un producto de calidad que cubra la elevada demanda que de este tipo de narrativa que existe en el mercado, tanto en el ámbito español como hispanoamericano.

En la actualidad, nuestros libros llegan a países como España, Estados Unidos, México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, El Salvador, Argentina, Chile o Uruguay, y seguimos trabajando para que cada vez sean más los lectores que puedan disfrutar de nuestras cuidadas publicaciones.

Si quiere saber más sobre nosotros, visite nuestra página web, www.librosdeseda.com, o síganos por cualquiera de las redes sociales más habituales

